



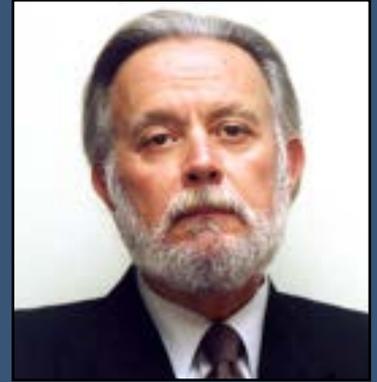
UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA DE  
QUERÉTARO

*Hugo Gutiérrez Vega*

---

ITINERARIO DE VIDA

Angélica María Aguado Hernández y José Jaime Paulín Larracochea



Hugo Gutiérrez Vega

---

ITINERARIO DE VIDA

Conversaciones con  
Angélica María Aguado Hernández  
y José Jaime Paulín Larracochea



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO

**Dr. Gilberto Herrera Ruiz**  
Rector

**Dr. Irineo Torres Pacheco**  
Secretario Académico

**Q.B. Magali E. Aguilar Ortiz**  
Secretaria de Extensión Universitaria

**M. D. H. Jaime Eleazar Rivas Medina**  
Director de la Facultad de Psicología

**LLME. Verónica Núñez Perusquía**  
Directora de la Facultad de Lenguas y Letras

**Tec. Prof. Ricardo Saavedra Chávez**  
Coordinador de Editorial Universitaria

**José Ramón Montijo González**  
Diseño Editorial

D.R. © Universidad Autónoma de Querétaro,  
Centro Universitario, Cerro de las Campanas s/n,  
Código Postal 76010, Querétaro, Qro., México

ISBN: 978-607-513-460-4

Primera edición, marzo de 2015  
Hecho en México  
*Made in Mexico*

PALABRAS DE LOS AUTORES

PRÓLOGO

CONVERSACIONES

HOJA DE VIDA

## ÍNDICE

5

9

17

269

*...tiene y Reg...*





## PALABRAS DE LOS AUTORES

“(...) todos somos lo mismo;  
todo es uno,  
uno es todo,  
cada hombre es, al fin,  
todo este mundo  
y el mundo  
es un lugar  
desconocido...”

HGV,

*Por favor, su currículum* (1986)

Nunca imaginamos llegar a conocer a Hugo Gutiérrez Vega como lo conocemos el día de hoy. En un primer momento y como alumnos de la Licenciatura en Psicología, su nombre nos remitía, invariablemente, a la sala Hugo en el edificio “B” de la Facultad en el Centro Universitario, a un costado del Cerro de las Campanas. Sin embargo, la historia nos llevó más tarde a coordinar un semanario estudiantil (*OPsiones*) que nos permitió – entre otras muchas cosas– entrar en contacto con Gutiérrez Vega para invitarlo a dictar una conferencia magistral. Hugo aceptó con gusto, y desde ese momento se inició un encuentro que ya hoy cumple más de una década, y que nos ha dejado llenos de momentos inolvidables, en los que por cierto, la mayoría de las ocasiones, estuvieron presentes las aguas frescas que amorosamente siempre preparó *Luci*, para acompañar las largas tardes de conversaciones en la casa de Juárez en Querétaro, o en la de Copilco en la Ciudad de México.

Tiempo después, en julio de 2007, caminábamos en el Centro Histórico de La Habana, cuando llegó a nuestras manos el texto titulado *Cien horas con Fidel*, entrevista realizada al entonces presidente Fidel Castro, por el periodista gallego Ignacio Ramonet. Ese mismo año, pero cuatro meses antes, habíamos emprendido un viaje a Cartagena de Indias, donde se desarrollaba el IV Congreso Internacional de la Lengua Española; lo hicimos comisionados por la Rectoría de la Universidad Autónoma de Querétaro para compilar firmas de apoyo (como las que plasmaron Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Juan Gelman, William Ospina, Javier Garcíadiego, Gonzalo Celorio y Ángeles Mastretta) en la postulación que nuestra Universidad realizó de Hugo Gutiérrez Vega al Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, así que después de esa aventura, que esperamos contar en otra ocasión, aumentó nuestra admiración a Gutiérrez Vega, misma que se sintió convocada por el libro de Ramonet. Así surgió la idea de realizar una entrevista al querido Hugo para conformar un documento donde el exrector de nuestra alma máter y fundador de la Facultad de Psicología, contara sus muchas andanzas y anécdotas. Siete años después, por fin, vemos concluido lo que un día fue un sueño. Han sido muchos kilómetros recorridos entre las

ciudades de México y Querétaro y una cantidad extraordinaria de horas en las que hemos podido conocer al diplomático, actor, académico, promotor y defensor de la cultura mexicana, al periodista agudo, al hombre que aunque quisiera ocultarlo se le escapa en cada frase la poesía; también hemos podido conocer al padre amoroso, al abuelo cariñoso y al esposo que es compañero de aventuras de la bella, inteligente y siempre generosa Lucinda Ruiz Posada. Ambos conforman el sueño de toda pareja que se encuentra y que no es otro que el de caminar juntos queriéndose cada día más.

Otra de las muchas facetas que este trabajo nos permitió conocer de Hugo Gutiérrez Vega, sin duda, es la de viajero; con su impecable y envidiable buena memoria, excelente sentido del humor y maravillosa conversación, Hugo tiene la capacidad de compartir con sus interlocutores (de una forma casi sensorial) cada uno de sus viajes, quizá por eso en cada ocasión que hemos tenido la oportunidad de emprender un recorrido hacia un nuevo destino, Hugo siempre está presente con sus sugerencias de ruta y, por supuesto, gastronómicas.

Viajamos en tren dejando atrás el hermoso y mágico Machu Picchu justo cuando estas líneas han nacido y el libro entra en su proceso de edición final. Además de homenajear al peregrino incansable que él ha sido (un peregrino cuya patria es la poesía y el ser humano, su casa), también deseamos que este texto se convierta en la mejor forma que la comunidad de la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Querétaro tiene para celebrar sus ochenta años de vida. Una vida incansable, fructífera, desprendida y entregada. Una impresionante trayectoria que merece ser contada como un itinerario de vida.

No podemos dejar de mencionar que la realización de este trabajo hubiera sido imposible sin el invaluable apoyo recibido de extraordinarias personas. Gracias a Gilberto Herrera Ruiz y a Jaime Rivas Medina por confiar en este proyecto. Agradecemos a Lucinda Ruiz Posada, Jorge Antonio Lara Ovando, Marco Antonio Carrillo Pacheco, Ricardo Saavedra Chávez, Rafael Jaramillo Villalobos, José Ramón Montijo González

y Verónica Silva, su trabajo, confianza, consejos y aliento. Nuestra gratitud también a la maestra Elena Poniatowska por su gentileza al aceptar la invitación para redactar el prólogo, y a nuestros amigos y familiares con quienes dejamos de compartir tiempo valioso por ver este libro terminado. Desde luego, esta lista no estaría completa sin mencionar al excepcional ser humano que nos permitió entrar en la intimidad de su casa y sus pensamientos durante muchas horas, poner historias a las fotografías, imágenes a los recuerdos, y conocer el placer de una vida bien vivida: gracias Hugo por la amistad, complicidad y paciencia, para ti nuestro cariño y memoria agradecida.

Confiamos en que el resultado sea un modesto pero merecido reconocimiento a Hugo Gutiérrez Vega, y sea también fuente de orgullo e inspiración para todas las y los universitarios.

*Angélica María Aguado Hernández*

*José Jaime Paulín Larracochea*

*Profesores de la Facultad de Psicología de la UAQ*

*Machu Picchu, Perú – Santiago de Querétaro, México*

*Invierno de 2014*

## PRÓLOGO

Lo primero que llama la atención es la modestia de la casa de Hugo y Lucinda en Copilco el bajo. El de Hugo Gutiérrez Vega es un conjunto habitacional bonito con unos árboles enormes y espacios para estacionar el coche, pero uno pensaría que un hombre que ha sido embajador, rector, académico de la lengua, y tenedor de puestos de gran envergadura, viviría en una casa también de gran envergadura. Y no. Este es el mismo conjunto de edificios casi de interés social en el que vine a entrevistar a Germán List Arzubide, el comunista, el estridentista a quien Tina Modotti le sacó una buena fotografía. Que un líder comunista haya vivido aquí me parece lógico, pero ¿Hugo y Lucinda?

No.

“Nuestra casa provisional/ tiene cinco ventanas, dos puertas,/ veinte cuadros, quinientos libros,/ un gato precursor y caudillo/ de los movimientos independentistas,/ cuatro o cinco maletas siempre listas,/ mesas, sillas, discos, una escoba/ y un aire permanente/ de casa abandonada/”.

¿Por qué no quisieron Hugo y Lucinda tener todo lo que los demás atesoran? ¿Por qué viven tan sin alardes? ¿No sería lógico que tuvieran una residencia en Las Lomas, un carrazo, una cuenta en el banco, una caja fuerte para las condecoraciones y las legiones de honor?

A lo largo de toda su obra, a lo largo de toda su vida, Hugo escribe: “Voy haciendo los días/ y ellos me van haciendo/ y deshaciendo;/ finjo resignación/ y me contento/ con las luces del alba/ (me gusta más la noche)/”.

Su casa es de una sencillez apabullante, los cuartos son como camarotes de barco o gabinetes de tren, alineados a lo largo de un corredorcito. Nada hay ostentoso. A Guillermo Haro le encantaría, porque le avergonzaba su casa de amplios ventanales abiertos a la noche, frente a la modestia del departamento en Moscú de Viktor Ambartsumián, director del Observatorio Astronómico de Byurakan, en Armenia.

Observo los muebles, busco en qué objeto colgar alguno de los poemas de Hugo, qué destapar para saciar mi curiosidad. “Hoy, al abrir el cajón del buró,/ un sueño rezagado/ me mordió la mano/”. La poesía de Hugo es su única casa y la única casa de Lucinda, su mujer.

“El hombre necesita/ un techo firme sobre su cabeza/ y, algunos lo aseguran, ese techo/ tiene que ser tan suyo/ como lo son sus manos,/ sus ojos, su tristeza.../ Yo no estoy tan seguro/ de que la propiedad/ tenga origen divino,/ pues me invento una casa/ todas las madrugadas;/ una casa con hiedras,/ con ventanas y muros;/ con hijas, con amigos,/ con la suave mirada/ de una esposa que huye/ pero siempre está aquí./ La casa que no existe/ o que vive en el sueño,/ la que ha sido y será,/ que no es refugio/ sino una puerta abierta/ para irnos/”.

Hugo insiste en “Arquitectura volante”: “Con diez cuadros,/ mil libros, una cama,/ los amores ausentes,/ la cercanía del mar./ Con un amor pequeño/ como la raza humana,/ con pedazos de vida,/ con sombra y claridad,/ formamos esta casa./ Con cimientos tan leves/ la casa va flotando/ y puede establecerse/ en cualquier latitud”.

Y vuelve a lo mismo: “Como un señor de nada/ visito mis terrenos/ y todas las mañanas,/ como buen campesino/ voy a arar en el mar/”.

Su casa me conmueve. Ahora miro a la pareja, la primera, la de a de veras, Hugo y Lucinda el uno al lado del otro, hombro con hombro, los dos frente a mí, Lucinda, Hugo, el hombre y la mujer que forman “la familia del hombre”, la multitud que de ellos descende, la que viene atrás, ellos son esa multitud de seres esperanzados, Hugo y Lucinda encabezan la manifestación y me pregunto por su amor y por lo que han

vivido, sus largas misiones diplomáticas en Roma, Londres, Washington, Madrid, Rio de Janeiro, Atenas, San Juan de Puerto Rico. ¡Con cuanta gallardía han representado a México! Mi mamá exclamaría: “¡Tienen muy buena facha!” y los consideraría “gente decente” y más si supiera de la religiosidad de Lucinda que sabe que los viajes interiores resultan más aleccionadores que los de las grandes embajadas.

Hugo se ha de haber visto muy guapo con su top hat, o su jacquet y paraguas entrando al Palacio de Buckingham.

Es un conversador extraordinario. Diserta con una enorme libertad acerca de su familia, su madre que falleció cuando él era tan pequeño que su abuela fue quien lo educó como a Sergio Pitol lo educó la suya, en Córdoba, Veracruz. Ilumina su relato con la liviandad de sus palabras. “Estar de paso/ es la mejor manera/ de desprenderse de las cosas/ sin hacer demasiados aspavientos”.

Hugo y Lucinda me tratan con una “cortesía esmeradísima” característica de Hugo tanto en la redacción de *La Jornada* o de *El Seminario* como en las reuniones de Morena en la casa “de película” de la autora de *Como agua para chocolate* Laura Esquivel. Supongo que lo mismo ha de suceder en las largas sesiones de la Academia de la Lengua: Hugo es siempre un quijote. Lucinda, providencial, ofrece café o té o galletitas o refresco o algún remedio para el alma. ¿Qué te doy? ¿Qué necesitas? ¿Qué quieres? Su voz es tan sonora como la de Hugo. Alta y delgada, su presencia es igualmente poderosa.

¡Cómo se aman!

Me basta con abrir *Peregrinaciones. Poesía reunida (1965-2001)* para que su amor me caiga encima como una lluvia bienhechora: “Da risa habernos querido tanto./ Tenemos los brazos cansados,/ las piernas destrozadas./ Esto da mucha risa./ Hemos levantado una casa pequeña;/ aquí los cuadros,/ los objetos comprados en las ferias,/ el ojo del dios de los huicholes/ que va a todos lados con la casa”.

Al amor de Lucinda, Hugo nunca lo abandona, lo canta desde que amanece, a través de él, conoce el mundo:

“Se me han subido/ estos años de gozo a la cabeza./ Nadie dudaba/ al mirarme pasar por esas calles/ que una felicidad casi insultante/ me brincaba en el cuerpo./ Pero gran parte del goce sin medida/ no dependía de mí./ Me lo habían dado./ Y nunca supe cómo conservarlo./ Hoy, sin mover un dedo,/ algo que es imposible distinguir/ entre las luces de la madrugada,/ me tumbó de la cama./ Aquí estoy, sublimemente bobo,/ sentado al lado del buró./ Cuento mis dedos y las horas,/ mientras espero que regrese/ lo que habrá de pasar./”

¿Qué quieres, Elena? ¿Qué te doy?

“Cómo viajé en sus brazos, gacelas de piel fina,/ y descubrí en sus ojos la forma de los astros;/ cómo amaba la vida a través de los labios; cómo el viento del norte ya sólo abría la puerta a un goce sin medida/ sin límites, sin sombra del miedo de acabarse./ Nombrar las cosas era apoderarse de ellas,/ hacerlas formar parte de nuestro propio cuerpo./ Lo que pasó después no es parte de esta historia;/ el amor no termina,/ la furia no lo borra y sigue sucediendo.../ ese río nunca para”.

Líder juvenil del PAN, con su primer amigo Manuel Rodríguez Lapuente, su capacidad oratoria lo hizo destacar de inmediato. Entonces, el PAN era decente y Efraín González Luna, su fundador en Jalisco, un intelectual que introdujo a Claudel y a Peguy en México, así como a Jacques Maritain. Tradujo *La Anunciación hecha a María* y dato curioso, a James Joyce. González Luna tuvo una enorme influencia en Manuel Gómez Morín, rector de la UNAM y fundador del Banco de México. El joven Hugo hizo su primer discurso sobre los ejércitos aliados en la Segunda Guerra Mundial, en un México germanófilo que NO apoyaba a los aliados, y ganó el concurso. Siempre supo enfrentarse al micrófono y por lo tanto a los oyentes. Con sus primeros poemas “El niño y el mar” ganó a los 18 años, los Juegos Florales de Sahuayo, Michoacán, y recibió 500 pesos, ¡una fortuna!

Su primer gran amor poético fue el padre Alfredo Placencia, y hoy por hoy habla largamente de ese sacerdote tapatío con todo e hijo, quien asombra a todos al interpelar a Cristo: “Así te ves mejor, crucificado./

Bien quisieras herir, pero no puedes./ Quien acertó a ponerte en ese estado/ no hizo cosa mejor. Que así te quedes”.

Otra de las constantes en su conversación es Carlos Pellicer, a quien yo tuve la fortuna de conocer tanto en Tepoztlán como en México, porque viajó a Jerusalén con Francisco Iturbe, hermano de mi abuela. Hugo me cuenta que cuando Pellicer fue senador de la República un reportero le preguntó en tono de denuncia: “Maestro, ¿por qué no va a las sesiones del Senado?” y Pellicer le respondió: “Ay, mi señor, es que no sé dónde está”. También pondera la fidelidad de Pellicer “por la América española, sus luchas libertarias y la búsqueda de su identidad cultural”. Recuerda el poema *Piedra de sacrificios*: “Agua de América, agua salvaje, agua tremenda,/ mi voluntad se echó a tus ruidos/ como la luz sobre la selva”. Y finalmente Hugo dice en voz alta con su voz de barítono el poema de Pellicer dedicado a Juárez: “Un nopal de paciencia por tu vida responde/ y detrás de unos robles se escuche siempre el mar”.

Sus recuerdos más sentidos y personales son para el Actor’s Studio de Elia Kazan que en Nueva York lo convirtió en actor, para Ionesco y *La cantante calva* que Hugo montó en el Teatro de la República en Querétaro, para Rafael Alberti quien le hizo un poema, Félix Grande, especialista en flamenco, don Alfonso Reyes, Carlos Fuentes, Rita Macedo y Cecilia que vivieron con él en Londres, José Carlos Becerra, el joven tabasqueño que salió de una curva en su coche camino a Brindisi y encontró la muerte, Sergio Pitol, Manuel Puig y su madre Male en Rio de Janeiro, Carlos Drummond de Andrade y Joao Cabral de Melo Neto y sobre todo para su gran, gran amigo Carlos Monsiváis.

“La inteligencia universal enriquecida por una memoria verdaderamente prodigiosa” de Carlos Monsiváis, es la que más falta le hace. Hugo y Lucinda albergaron a Monsi en la Inglaterra de John Lennon, Give peace a chance, All you need is love, lo cuidaron, consintieron, aguantaron y llevaron al cine durante meses. A José Gorostiza, “yo lo quise mucho”, como hoy busca a sus amigos en la Academia de la Lengua, Margit Frenk, Eduardo Lizalde y Jaime Labastida. También en Puerto Rico, Hugo hizo una muy buena amistad con Luce y Mercedes López Baralt y Carmen Dolores Hernández, así como Rosario Ferré y su prima Olga Nolla que por desgracia murió.

Como es un extraordinario actor y sigue pareciendo un personaje chejoviano igualito al tío Vania de *El Jardín de los Cerezos*, el polaco Ludwig Margules sigue siendo para él una presencia. Con Gurrola montó *Lástima que sea una puta*, y participó en *Roberte ce soir* de Klossowski, una obra que causó escándalo y ahora podría figurar en *Rosas de la infancia* de María Enriqueta.

Dos grandes mujeres: Clarice Lispector, su Macabea brasileña en *La hora de la estrella*, y Melina Mercouri, quien le enseñó las islas griegas a “l’Ambassadeur du Mexique”, todavía son figuras recurrentes en sus sueños.

\* \* \*

Angélica María Aguado Hernández y José Jaime Paulín Larracochea entrevistaron con la excelencia que da el respeto y la admiración al personaje, a don Hugo Gutiérrez Vega, a través de varias sesiones e hicieron un amoroso trabajo de recuperación de su vida, su obra y sobre todo su experiencia griega. Supieron interrogarlo sin cansarlo, con preguntas preparadas con anticipación, y conocimiento de causa. Ni lo atosigaron ni pesaron sobre él, y jamás interrumpieron el flujo de su pensamiento. Sacaron a flote sus memorias y, sin presionarlo, devanaron el hilo de una vida apasionante y apasionada. Lo único que les faltó quizá fue hablar más del discurso de Hugo en el aniversario de CONACULTA.

Cuando Rafael Tovar y de Teresa invitó a Hugo Gutiérrez Vega a hablar ante el presidente Peña Nieto en el veinticinco aniversario de CONACULTA, Hugo, hombre de izquierda, militante activo de Morena y partidario de Andrés Manuel López Obrador le respondió: “Con todo gusto Rafael, pero diré lo que pienso. Toda la vida lo he hecho, no tengo por qué callarme ahora”. “Claro, tienes absoluta libertad” respondió el director de CONACULTA. Hugo no quería escandalizar ni jugarle al radical, pero sí condenar la actual política de México regida por el PRI. Almeida Garrett, el escritor favorito de Saramago, un constitucionalista portugués de mediados del siglo XVIII llamó “barones” a todos los miembros de la política capitalista. Los barones son los jerarcas católicos, los banqueros, los empresarios, los senadores y diputados (que ahora reciben 225 millones de pesos por “subvención especial”). “Gobierno que deja comer de más a sus barones es mal gobierno” dice

Almeida Garrett. El gobierno mexicano no sólo deja comer de más a sus barones, sino que se alía con sus socios, empresarios y políticos, para despojar al país de sus bienes.

Hugo habló de las reformas constitucionales, sobre todo de la energética, y de la necesidad de un debate con científicos e intelectuales para aprobarlas. Hasta la fecha, Peña Nieto ni siquiera ha respondido a las diez preguntas del mejor director de cine de México, Alfonso Cuarón, ni ha mostrado respeto por el acto de ciudadanía de nuestro único ganador del Oscar.

La lista de premios que Hugo ha recibido no tiene fin y hasta aburre. ¿Dónde guardar tantas preseas, tantas copas, medallas, galardones y diplomas? Entre todos, el único que conserva a la vista es el de su hija Mónica que en Londres tenía que ir al dentista. Como se portaba muy bien, no gritaba ni le mordía el dedo, al término del tratamiento, el médico inglés le dio un diploma de letras doradas: “To Mónica Gutiérrez Ruiz, for distinguished conduct on the dental chair”. Hugo se enceló y reclamó: “Yo también quiero un diploma así”.

Siempre fue un jefe alto y hermoso, un rebelde al que expulsaron del PAN. Desde entonces, lo tachaban de comunista (como tachan a cualquier joven idealista) y lo corrieron por tener ligas con la Revolución Cubana y por apoyar al líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo en su huelga de 1959. De la cárcel en Mérida tuvo que exiliarse a Belice. Y de ahí en adelante, joven fogoso y lúcido, siguió desafiando al sistema de prebendas y al tejido de corrupciones que caracteriza al México actual como lo hizo en Querétaro, frente a los latigazos del todavía incomprensible y absurdo Diego Fernández de Cevallos.

Quién lo condujo por el camino de la diplomacia fue el gran poeta José Gorostiza, su amigo y compañero poeta. “Ponga tierra de por medio, Hugo, la derecha nunca es inventada”, le dijo el entonces presidente, Adolfo López Mateos. “Una frase muy sabia, muy certera”, reflexionó Hugo en esos días de persecución y cárcel.

A sus ochenta años ejemplares, Hugo Gutiérrez Vega asegura que las mayores alegrías de su vida han sido sus nietos, verlos crecer. “Tengo uno que ya anda por los dieciocho años y es muy buen rockero, Bruno, hijo

de Lucinda, y tengo a Rita, hija de Mónica, mi hija que murió a los cuarenta y cuatro años. Rita cumplió quince años, y le gusta la pintura. También tengo a los tres de Fuensanta que viven cerca de Nueva York: Gabriel, un futbolista muy exitoso, y los gemelos Nicolás y Fiona, quien se dedica a la danza. Nicolás es un filósofo desde que tenía nueve años. Gabriel también lo es y me ha enseñado muchas cosas. Cuando era pequeño lo vi pasar a mi lado y le pregunté: ‘¿A dónde vas, Gabo?’

– ‘Voy a mi cuarto a encerrarme para ver si entiendo.’

Le respondí: ‘Voy a hacer lo mismo que tú. Voy a mi cuarto a encerrarme para ver si entiendo’”.

*Elena Poniatowska*

Hugo Gutiérrez Vega

ITINERARIO DE VIDA



## POR FAVOR, SU CURRÍCULUM, DOCTOR.

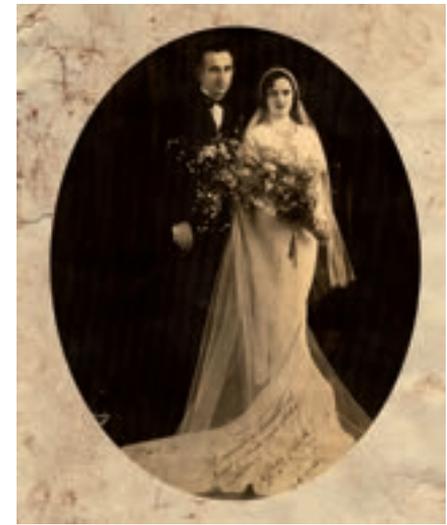
Nací en Guadalajara, Jalisco, el 11 de febrero de 1934 donde permanecí el primer año de mi vida, después viví en Veracruz, Jalapa y la Ciudad de México; tenía tres años y medio cuando llegué a vivir a Lagos de Moreno. Cuando tuve siete regresé a Guadalajara, así que gran parte de mi infancia, mi adolescencia y juventud tienen el signo de esa ciudad.

Mi madre era de Lagos de Moreno, de una familia conservadora, de agricultores muy tradicionales. Mi padre era del norte de España, de Santander, se vino –como decían los españoles– “A hacer la América”, primero a La Habana y luego a Veracruz donde vivió un tiempo.

Cuando murió mi madre yo tenía tres años; mi padre tuvo que quedarse en México por cuestiones de trabajo, y yo regresé a Lagos con la abuela. Él me entregó en sus brazos y con ella viví toda la parte formativa.

Mi padre se llamaba Francisco Gutiérrez Arce y mi madre, María de Jesús Vega Anaya. Mis abuelos paternos eran españoles, Jesús Gutiérrez Godoy y María Arce de Gutiérrez, él de Santander y ella sevillana. Mis abuelos maternos se llamaban Pedro Vega y Vega y Josefina Anaya y Anaya; en Lagos de Moreno se casaban entre sí los miembros de las principales familias, por eso la particularidad de los apellidos.

Ahí no hubo mestizaje; los indios eran chichimecas, muy bravos, y los españoles que se avecindaron siguieron la política inglesa de matarlos a todos; tiempo después llevaron a indios tlaxcaltecas para su servicio.



Los padres de Hugo, Francisco Gutiérrez Arce y María de Jesús Vega Anaya  
[Fotografía: Archivo familiar]



Hugo en brazos de su abuela, Josefina Anaya y Anaya.  
[Fotografía: Archivo familiar]

No hay que olvidar que Tlaxcala era aliada de la Corona española. Todavía en Lagos hay lugares donde está ese recuerdo; pasa lo mismo en Aguascalientes, Zacatecas o Guadalajara, cuyos barrios fueron habitados inicialmente por ellos. Los tlaxcaltecas llegados a Lagos se establecieron en los pueblos vecinos, y los españoles empezaron a casarse entre sí: “Tierra de Lagos, tierra de Godos, parientes todos y enemigos todos”.

Ahí pasé cuatro años y tuve mi primer amor. Tenía siete cuando conocí a una monja, maestra del colegio, ¡era bellísima!, así como la del poema de Francisco González León; en fin, no sé si la esté embelleciendo a través de la memoria, pero recuerdo que mi tío Guillermo –hermano de mi madre– la conoció, se encantó con ella, y le mandaba recados conmigo. Yo le decía: “Madre, dice mi tío que la quiere mucho”, y la pobre se sonrojaba apenadísima. Una vez me atreví a completar la frase: “Madre, dice mi tío Guillermo que la quiere mucho, y yo también la quiero mucho”; se puso doblemente roja. Era un amor imposible; su vocación era firme y no iba a romperla conmigo o con el tío Guillermo, que tenía considerablemente más edad, y no era merecedor de esa ruptura.

¿DE QUÉ ORDEN ERA?

Era carmelita; raro que tuvieran colegio, porque las carmelitas son monjas de clausura.

¿ESO QUIERE DECIR QUE SU PRIMER COLEGIO FUE DE RELIGIOSAS?

Sí, fue escuela de monjas. Como en Lagos no había posibilidad de seguir estudiando porque la ciudad era muy pequeña y fue devastada por la Guerra Cristera, mi abuela decidió que regresáramos a Guadalajara para continuar mis estudios. Ella recibía apoyo económico de mi padre, pero tuvo que poner una casa de

asistencia a fin de poder salir adelante. Así que gran parte de mi infancia, adolescencia y juventud no las viví en una casa formalmente, sino en una pensión de estudiantes al lado de la abuela. Ella era la que organizaba mi vida, generalmente con ironía y buen humor. La recuerdo con mucho cariño. Tengo dos poemas dedicados a ella: “Para la abuela que hablaba con pájaros creyéndolos ángeles” (I y II).

Entré a primaria a los siete años, en el colegio de los jesuitas; fui un estudiante mediano, me desempeñaba con poco entusiasmo, no recuerdo haber sido un alumno brillante en ningún momento; en la carrera sí fui más o menos eficiente. Nunca me gustó la escuela, pero cumplía con mis obligaciones, salí muy bien en Literatura, Geografía e Historia; de panzazo siempre en Matemáticas, Física y Química, con estas materias siempre tuve muchas dificultades, inclusive necesité clases especiales de matemáticas, y apenas pasé. Actualmente, si me preguntan algo de geometría, no sé qué contestar; si es algo de trigonometría ¡se acaba la amistad! Aquí recuerdo un poema de Salvador Novo:

PERO SI TENGO UN HIJO  
NO QUIERO QUE NADIE  
LE ENSEÑE NADA.  
QUIERO QUE SEA  
TAN PEREZOSO Y FELIZ  
COMO A MÍ NO ME DEJARON  
SER MIS PADRES  
NI A MIS PADRES MIS ABUELOS  
NI A MIS ABUELOS DIOS.

## ¿Y DÓNDE PASABA SUS VACACIONES?

Era costumbre ir a los ranchos de los tíos en Lagos, época que coincidía con la temporada de lluvias. Recuerdo que siempre oía en casa sobre “la esperanza de la lluvia”.

Desde que amanecía, los tíos volteaban a ver las montañas, la Sierra de Comanja, que está entre Guanajuato y Jalisco; cuando veían una nube negra se encantaban y decían: “¡Ahí viene la lluvia!”, pero al rato llegaba el viento y se la llevaba; sus cosechas dependían de la generosidad del cielo.

No sé si sepan cuál es la diferencia entre un citadino y un ranchero: cuando está nublado el citadino dice: “¡Qué feo está el cielo!”, y el ranchero exclama: “¡Qué bonito se está poniendo!”. Se vivía con la esperanza de la lluvia, y nos encantaba el olor a tierra mojada al caer las primeras gotas. Los paisajes y las mujeres son las cosas que más me iluminaron, y aún me iluminan.

Eran pocas las tierras que les quedaron después del reparto agrario; mantenían algunos potreros por las trampitas: habían puesto las tierras a nombre de los hijos o de los primos para cumplir los requisitos de la pequeña propiedad, pero realmente eran ranchos que estaban en plena decadencia. Las haciendas habían sido enormes, y ya sólo quedaban los cascos, con muebles elegantes, muy deteriorados, pero con cierto empaque de importancia.

Recuerdo dos de los ranchos: el del tío Juan José que se llamaba El Maguey, y el del tío Camilo, Santa Cruz. Nos reuníamos todos los sobrinos y a veces llegamos a estar veinticinco o treinta. Era divertido; había camastros, camas y más camas. En la noche uno de los tíos nos espantaba recorriendo los pasillos con un sudario blanco pegando alaridos, y nos daba mucho miedo ir a la parte de atrás de la casa, porque ahí había vivido una loca que se llamaba Justa, y todos temíamos enfrentarnos a Justa la Loca.

Eran casas enormes, gigantescas; imagínense, para que cupiéramos como treinta niños y no sé si doce o trece adultos. Durante las comidas, que eran muy largas, se comía mucho; los adultos se sentaban en el comedor y los niños en el pasillo. Recuerdo que el desayuno era muy temprano, nos despertaban a las siete, cosa que para mí siempre ha sido difícil. Ahora sería incapaz de despertarme “ya claritas las once”; ¡antes de esa hora soy como Drácula, me da un rayo de sol y me disuelvo!

Me acuerdo perfectamente de los desayunos: leche cuajada con azúcar y canela. Eran queseros los tíos. Además de tener sus chivas, sus plantíos de frijol, maíz y chile, hacían quesos, uno muy rico que hay en Lagos llamado “adobera”. La primera parte del proceso es la cuajada, y ésa la comíamos con leche y azúcar. Nos daban también un plato de frijoles que habían sido cortados el día anterior y eran una verdadera maravilla, con una salsa de chile y un pedazo de queso, tortillas calientitas y un vaso con leche. Como yo era malo para tomar la leche, uno de mis tíos encontró el camino: me daba un taco de chile y retiraba el agua de la mesa, yo me comía el taco y me daba tal enchilada que tenía que recurrir a la leche y me la acababa. De esa manera me acostumbé a tomarla; mi familia era fundamentalmente lechera, quesera y cuajadera.

Salvo las temporadas en los ranchos de los tíos, los menús que conservo en la memoria eran modestos. Pasé una infancia y una adolescencia con limitaciones; recuerdo haber tenido un par de pantalones, dos camisas, un traje azul marino –que era el uniforme del colegio–, tres pares de calcetines que mi abuela remendaba hasta el delirio con un huevo de madera, unos pocos calzones y tres pañuelos. Vivíamos muy al día. Yo ahorrraba lo poco que me daban para poder ir al cine. Generalmente las comidas eran parcas, muy esquemáticas, bien balanceadas porque la dieta jalisciense tenía algo de dieta mediterránea –salvo el pescado–, con muchas verduras.

Me acuerdo de que cuando nos acercábamos al fin de mes empezaban a llegar a la mesa el picadillo y las albóndigas, que ya eran comida de estado de necesidad; por eso mi abuela adoraba el mes de febrero, decía: “¡Me gusta febrero!; tiene nada más veintiocho días y sí me alcanza el gasto”. Los otros once, ya para el 28 o 30, andaba por ahí pidiendo prestado para sacar adelante a los habitantes de su casa que eran muy buenos

chicos, pero muy malas pagas, tardaban mucho y la pobre se veía en grandes aprietos para conseguir dinero. Después, ya cuando pude comer bien, me vengué de mis antiguas privaciones.

Hasta la fecha, conservo entre mis platillos favoritos la sopa de fideos y los frijolitos. Nunca se decía “frijoles”, era “¿no quieres unos frijolitos?”, en México siempre los nombramos en diminutivo, con un cariño infinito, ahora con la carestía ya son “frijolazos”. Para la mayoría de las familias, la alimentación consistía en tortillas, frijoles y chile, básicamente; no era mi caso, en mi dieta había carne, el pollo se comía una vez al mes, pues era un lujo; ignoro la razón por la que la carne de res y cerdo eran más baratas. Como estábamos cerca de Chapala era fácil conseguir pescado; había bagre, pescado blanco y charales, y de vez en cuando los comíamos.

Mi posterior afición por la comida y la gastronomía, que me inclinó a leer y estudiar textos sobre el tema, se debe en buena medida a que la infancia fue de sopita de fideos y frijolitos. Uno de mis grandes placeres es la comida. Como decía el conde Lucanor:

A LOS VEINTE PADECÍ LA LUJURIA

A LOS TREINTA LA IRA

A LOS CUARENTA LA SOBERBIA

Y AHORA CON MIS CINCUENTA  
CUMPLIDOS

Y ANTES DE QUE ME LLEGUE LA  
AVARICIA

QUE ES MALDICIÓN DE VIEJOS

BENDITA SEA ESTA GULA

QUE ME LIBRA DE TANTOS MALES

Y ME PRODUCE TANTOS BIENES.

Ahora agréguele ustedes unos años, pues en aquella época la esperanza de vida era menor.

## ¿Y LAS FIESTAS DEL PUEBLO?

Agosto era importante por las fiestas del Señor del Calvario. Una pausa en la vida de Lagos, como todas las fiestas patronales en las pequeñas ciudades. La charrería como deporte se inventa en Lagos de Moreno; con los charros terminaban las fiestas con un coleadero en el lienzo de Santa Elena en las afueras de la ciudad.

Recuerdo que todas las familias llevaban su comida: arroz, mole colorado típico de la región, frijoles y tortillas recién hechas; se bebía cerveza y mucho tequila. Fiestas charras y tequila eran una combinación un poco explosiva. Terminábamos tarde, regresábamos a la ciudad cansados y, sobre todo, tristes, porque acababan las fiestas y al día siguiente empezaba de nuevo la realidad.

Mis tíos, primos y sobrinos eran charros, y se vestían y actuaban como tales; eran machines, machines, absolutamente machines. Yo tenía fama de maricón porque me dedicaba a leer. Desde muy pequeño me escondía debajo de la cama para leer cuentos de hadas; había una colección muy hermosa de El Molino, una casa editorial española que tenía cuentos de hadas holandeses, ingleses, de los Grimm y de Andersen. Fui un gran lector y para que no me vieran que leía en lugar de andar lazando reses y pensaran “este maricón está leyendo”, me escondía debajo de la cama con mis libros. Recuerdo con cariño también la Colección Marujita, igualmente de cuentos de hadas; después pasé a Salgari y Julio Verne. Dedicaba gran parte de mi tiempo a la lectura.

Tendría trece o catorce años cuando empecé a leer los clásicos: *La Ilíada* y *La Odisea*, los dramaturgos griegos, algunos de los poetas latinos y *El Quijote*. Salgari y Verne fueron muy importantes para mi formación, me dotaron de sensibilidad, y de una obsesión literaria. Leía porque me gustaba, pero también porque me gustaba evadirme, escapar un poco de la realidad. Era huérfano, débil; no tenía fortaleza.

Salíamos a montar. Yo tenía un caballito que se llamaba Pepe, era negro, chiquitín, un encanto; era el caballo más apapachado del mundo porque yo no me atrevía a pegarle ni a darle indicaciones, y me daba pena jalarle demasiado al bocado del freno, así que el caballo realmente me quería y me ayudaba mucho. Era muy mal jinete, pero Pepe era muy amable y suplía mis deficiencias. Recuerdo un día que me perdí: salimos, y de repente me vi totalmente extraviado y sin saber qué hacer. Me dije: “¿Y ahora qué?” Se me ocurrió soltar la rienda y el caballo solito me regresó a La Querencia. Muchas veces en mi vida he sentido ese deseo de soltar la rienda y que alguien me lleve, porque yo pierdo con cierta frecuencia la capacidad de orientación.

Los tíos eran personas amables y bondadosas, pero los niños éramos menores de edad en todo sentido, por lo tanto estaba la mesa de los adultos y la de los pequeños. La comida era de cinco o seis platos: sopa aguada, sopa seca, guisado de verduras, carne, y en rarísimas ocasiones, pescado. Jalisco, Guanajuato y el centro del país nunca lo consumieron; a lo sumo bacalao y en algunos casos bagre. Los que nunca faltaban eran los frijoles, según mi tía “para llenar huequitos”. Nos daban algo de postre, generalmente jalea de membrillo, y a las siete ya estábamos merendando.

Las meriendas no eran tan abundantes: algún antojito o un plato de frijoles. La situación económica no era muy boyante, la familia prácticamente ya no poseía nada de lo que había tenido; vivía llena de nostalgia y al mismo tiempo de rencor, el rencor de los ricos arruinados y de las personas que no sabían hacer mayor cosa. Cuando terminó el reparto agrario mi abuelo, don Pedro Vega y Vega, se quedó nada más con el casco del rancho. Un buen día regresó a caballo con el mayordomo a la casa de Lagos, al llegar a la puerta se lo regaló, acto seguido lo despidió, y se sentó en un equipal; llamó a su esposa y le dijo: “Josefina, aquí me siento a esperar a la muerte. No sé hacer nada. Yo lo único que sé hacer es ir los sábados a recoger el dinero del rancho. Ya no hay esa posibilidad, y no sirvo para nada”. Y así fue, simbólicamente se quedó sentado en el equipal el resto de su vida, y mi abuela sacó la casa adelante vendiendo leche a comisión y llenando ampolletas en un laboratorio; después se fueron a Guadalajara y ahí pusieron una pensión de estudiantes.

Mi abuela era la que luchaba para salir adelante; el abuelo lo intentaba. No lo recuerdo muy bien, lo tengo presente a través de las descripciones de mi abuela como un hombre de mediana estatura, gordito, de ojos azules, muy agradable y educadísimo. Nunca dejó el traje; casi se le caía a pedazos de viejo, pero era un traje de tres piezas: corbata, polainas (que deben haber dado pena después de tantos años), su sombrero, y lo que llamamos en Jalisco una saca, una de esas bolsas de yute, en donde tenía los quesos y los chiles que iba a vender al mercado. Se paraba en un lado y le decía al puestero: “Caballero... caballero...”; por supuesto, no le hacía caso, alguna vez vendía una adobera, o un poquito de chiles secos, pero en fin, nada importante.

Una vez se sacó quinientos pesos en la lotería, fue a cobrarlos y no regresaba a la casa. Por fin volvió en la noche con cuatro álbumes de discos de ópera –porque le fascinaba–, una sarta de chorizo español, unas botellas de vino de La Rioja y latas de varios tipos. Mi abuela estaba furiosa, le dijo: “En lugar de frijoles y maíz compras latas de atún y chorizo español, y sobre todo ¡discos de ópera! Se te pasa un dato importante: ¡no tenemos tocadiscos!”.

## EN EL TIEMPO QUE ESTUVO AL CUIDADO DE SU ABUELA, ¿DÓNDE ESTABA SU PAPÁ?, ¿LO VEÍA?

Estaba en México y lo veía una vez al año nada más. Iba a Guadalajara y a veces me llevaba con él a la capital del país; tenía un hermano allá y me dejaba en su casa. Así que primero me quedaba con los tíos y la pasaba muy bien porque me compraban muchas cosas, me llevaban a Larín, que era la gran chocolatería de la ciudad, y también al cine. Para mi fortuna no eran sumamente cuidadosos respecto a las películas. Me dio gusto haber visto algunas que me inquietaron enormemente como *La luna y seis peniques*, basada en la vida de Gauguin y en la novela de William Somerset Maugham. Para mí, el cine era importantísimo. Después de la lectura, el cine.

## ¿A QUÉ CINE IBA?

En la Ciudad de México iba a todos los cines habidos y por haber. Me llevaban mucho al Lido, y al Lindavista. Además de la película el espectáculo era ver el edificio en sí. Cuando me llevaban al Palacio Chino lo recorríamos completo antes de entrar a la sala; en el Alameda había nubecitas, estrellas y una luna que salía y se metía antes de que empezara la función.

La pantalla cinematográfica fue mi educadora sentimental; fue para mí importantísima. Con ella uno aprendía muchas cosas, por ejemplo palabras de amor o cómo besar; si no hubiera sido por el cine hubiera sido torpe, pero el cine nos enseñaba cómo hacerlo. También iba al del colegio de los jesuitas; recuerdo que cada vez que se daban un beso el padre Quevedo tapaba el lente, y nosotros empezábamos a contar: “¡Uno, dos, tres, cuatro...!”. Cuando vio que le resultaba contraproducente dejó que viéramos el beso; eran de larga duración. En aquella época el padre Quevedo nos recomendaba no besar a nuestras novias; nos decía: “De ese orificio se pasa a los otros”.

## ¿DE QUÉ MURIÓ SU MAMÁ?

Mi madre murió de fiebre puerperal cuando nació mi tercer hermano. El primogénito fui yo, luego una hermana que vivió unas horas, y después mi hermano, a quien le pusieron un nombre austrohúngaro: Francisco José. Supongo que mi madre tenía simpatía por la emperatriz Isabel, Sissi, o por el Imperio Austrohúngaro; la sobrevivió sólo siete meses. Después del parto a mi madre le sobrevino lo que se llamaba en aquella época fiebre puerperal porque se daba en el puerperio, dentro de los cuarenta días siguientes al parto. Era una infección terrible y lo único que tenían era permanganato; no había otra cosa más que eso, paciencia y la espera del milagro. A mi madre le tocó el permanganato y la paciencia, pero no el milagro. Murió teniendo yo tres años y ella, veintiocho.

## ¿QUÉ RECUERDOS CONSERVA DE SU MADRE?

Sé que estudió para taquimecanógrafa. Trabajó en la Cervecería Modelo y era aficionadísima al cine, entre las cosas que conservo de ella está un álbum de actores y actrices de la época: la Harlow, Myrna Loy, Norma Shearer, Clark Gable y Rodolfo Valentino. Cortaba de las revistas las fotografías y las pegaba en un álbum. Tengo un álbum con sus trabajos de taquimecanografía y otro con cuentos. Yo los conservaba junto con una maleta llena de retratos de la familia. Sin embargo, mi recuerdo de ella es muy vago. La tengo presente a través de la memoria de mi abuela quien decía que era una santa, como todas las señoras que morían de parto. Creo que fue una buena mujer. Por los cuentos que escribía o que copiaba, y por su gusto por el cine debe haber sido una muchacha muy de su época. Tengo algunas fotos, era muy guapa, una muy bonita mujer; mi padre era un hombre guapo también. Ella aparece en las fotos generalmente copiando los peinados de las actrices; la recuerdo como muy hermosa a través de estas fotografías y del testimonio interesado de mi abuela.

## ¿DE DÓNDE ERA LA FAMILIA DE SU MADRE?

Era de los Altos de Jalisco, donde la Guerra Cristera había sido muy fuerte, y perteneció a una familia tradicional, muy católica; entonces yo me veía obligado a cumplir mis obligaciones religiosas. Creo que al principio con poco entusiasmo, pero en la adolescencia me entró una especie de fervor místico, inclusive hasta pensé en ser cura. En fin, ese pensamiento me lo sacudí un día.



La pequeña que aparece de pie en la fotografía es la madre de Hugo, María de Jesús; está acompañada de su hermano Guillermo en una fotografía que retrata el México de principios del siglo XX (1909).  
[Fotografía: Archivo familiar]

De niño las obligaciones religiosas eran muy pesadas, me levantaban a las cinco de la mañana. A esa hora yo estaba incapacitado, casi catatónico. Recuerdo que la abuela me ponía los calcetines, me vestía, y me mandaba a acolitar en la misa del padre Lapuente al Templo Expiatorio. Había que recorrer las calles de Guadalajara, unas diez o doce, en el frío de la ciudad, con un *maquinoff* (especie de abrigo) que me había comprado mi padre. La misa se celebraba entonces en latín. La educación era muy latinista y muy helénica. Los jesuitas todavía tenían esa buena costumbre. Recuerdo haber hablado y escrito en latín con cierta facilidad. Ahora todavía conozco el latín, y el griego antiguo me sirvió para aprender después el griego moderno, así es que la formación clásica fue un aspecto muy positivo de la educación de los jesuitas en mi infancia.

A las cinco de la tarde ya estaba de regreso del colegio rezando el rosario en la sala de la casa, a las seis y media salíamos rapidísimo a un templo que estaba enfrente para recibir la bendición; recuerdo que rezaba una oración terrorífica:

PECADOR NO TE ACUESTES NUNCA  
EN PECADO

PUEDE SER QUE DESPIERTES YA  
CONDENADO.

Era la época de las primeras masturbaciones y yo me acostaba en pecado y realmente vivía con terror. Para mí, la religión fue terrorífica en muchos sentidos; en otros fue agradable por la amistad con algunos curas simpáticos e inteligentes, que eran buenos educadores y formaban bien a los estudiantes. También hubo un pederasta por ahí que me pegó alguna corretiza, pero no me alcanzó, yo corrí más rápido. Tengo recuerdos malos y buenos del colegio de los jesuitas, pero si somos justos predominan los buenos, tal vez por la edad, pues es una época de grandes esperanzas, “Great Expectations”, como dice Dickens. Viví eso con mucha intensidad.

Llegó un momento en que la abuela ya no tenía la necesidad de obligarme, sino que yo cumplía mis deberes religiosos con monotonía. Creo que por el camino del pecado adquirí cierta forma de fervor, por el temor a los castigos inmediatos, no por los castigos infernales pues nunca tuve una idea muy clara del infierno, sino por ejemplo, el reprobar como castigo por haber sido pecador.

### ¿HAY ALGÚN SACERDOTE QUE RECUERDE CON ESPECIAL AFECTO?

Recuerdo al padre Hernández del Castillo, le decíamos el Tololo. Era un magnífico lector, y esperábamos sus clases de Literatura porque los últimos veinte minutos los dedicaba –imitando las voces de los actores y de las actrices– a comedias de los hermanos Álvarez Quintero. Era divertidísimo oírlo hacer la voz de la mujer o la de la vieja, la voz del viejo o del joven; él me introdujo a los clásicos. Recuerdo que me prestó aquellos libros verdes de la Secretaría de Educación, que José Vasconcelos editó y distribuyó generosamente por todo el país. En ellos leí *La Ilíada* y *La Odisea*. Raro que no me haya dado los de Espinosa Pólit, el jesuita ecuatoriano.

## ¿HABLABA CON ALGUIEN DE SU SENTIMIENTO DE ORFANDAD?

No, me lo quedé. Con los clérigos era difícil tratar el tema, los confesores iban directamente al grano: el tema sexual. Como eran morbosos el único pecado que realmente les interesaba era el de la carne. Hacían preguntas y pedían detalles: “¿Tocamientos impuros?”, cuestionaba el padre. Después aprendí que “tocamientos impuros” era masturbación; yo al principio pensaba que era solamente tocarse los genitales. Creo haber sido bastante masturbador y haber tenido “pensamientos impuros” o “malos pensamientos”, ¡pero para mí esos malos pensamientos eran buenísimos! Uno tenía que hacer el recuerdo de los malos pensamientos para contabilizarlos y poder decir: “Padre, tuve cuarenta malos pensamientos y siete tocamientos impuros”. Jamás se interesaron en la soberbia, la avaricia o los otros pecados capitales, pasaban de largo por ellos, y llegando al sexto se detenían y ahí estaba la morbosidad de la confesión.

Recuerdo haber hablado una vez de este sentimiento de orfandad con uno de los curas. No me hizo demasiado caso, así que lo guardé para mí. En varios de mis poemas está presente; yo creo que por ahí vino el desahogo.

## ¿Y CON SU PADRE HABLABA DE ESTO?

Mi padre era una figura lejana, iba a verme una vez al año o me recogía para llevarme de vacaciones. Para mí era muy importante cuando él iba a Guadalajara porque llegaba con su coche nuevo, pues estaba en situación bonancible, y yo podía darme el lujo de pasear a mis amigos en el auto, cosa que me causaba gran entusiasmo. De pronto desaparecía, no le gustaba despedirse; se levantaba a las cinco de la mañana y se iba de regreso a México. Yo me acostaba en su cama a aspirar el olor de la loción o de su pomada gris para el pelo, y me abrazaba a la almohada; necesitaba a mi padre y no lo tenía.

## CUANDO ERA NIÑO, ¿QUÉ QUERÍA SER DE GRANDE?

Tuve muchas vocaciones. Me interesaba ser héroe, organizaba desfiles con banderas y sabía mucho de historia patria, de Hidalgo y Morelos; ponía a mi abuela y a las dos muchachas de servicio a que desfilaran conmigo, debo haber tenido unos ocho años. A banderas desplegadas desfilábamos por la casa, y yo era héroe. Muy pronto pasó ese interés y quise ser científico. Recuerdo que un experimento importante fue meter en una cubeta un ladrillo y oír el ruido del agua al entrar en el bloque; eso me parecía ya un experimento químico. No sé qué estaba descubriendo. Cuando se enteró de eso una novia de mi padre –mujer inteligente–, me regaló la biografía de madame Curie para fomentar mi interés científico, interés que, dada mi torpeza para la Física, la Química y las Matemáticas, se vio muy pronto frustrado. Después, quise ser escritor, y me quedé en eso.

## ¿ERA UN NIÑO TRAVIESO?

No excesivamente porque estaba ocupado en la lectura. Hacía travesuras inocentes: me acuerdo de que en una ocasión a mi primo Héctor y a mí nos levantaron a las cinco de la mañana para ir al templo a ayudar en la misa, pero en lugar de hacer eso nos subimos al campanario para observar cómo llegaban las muchachas. Mi primo tenía una facultad especial para pederrearse a voluntad. Asistían a misa unas muchachas preciosas de Sinaloa y de Sonora. Durante la misa, mi primo al acercarse a ellas se pederreaba, entonces se morían de risa y las regañaba el padre Lapuente. Hacía travesuras más o menos de ese tipo, bastante inofensivas; no recuerdo haber sido desmedidamente travieso.

## ¿CÓMO VIVÍA LAS NAVIDADES?

No eran importantes para mí, recibía pocos regalos de mis tíos y alguno de mi padre. En la casa del abuelo ese día la cena era común y corriente, quizá con algún agregadito por ahí, unas tostadas o algo como un antojo jalisciense; no recuerdo la Navidad como algo especial. No significaba mucho en aquella época, como tampoco significaban mucho las vacaciones ni el día del cumpleaños; hasta que empecé a venir a Querétaro, muchos años después, viví la tradición de la cena navideña en casa de mis suegros y la de Año Nuevo en casa de mi padre.

## ¿RECUERDA ALGÚN REGALO SIGNIFICATIVO QUE LE HAYA TRAÍDO EL NIÑO DIOS?

Sí, una bicicleta, todos mis amigos tenían una. Una Navidad mi padre la llevó a casa de mi abuela, me la ocultaron y en la mañana apareció la bici; fue la única Navidad realmente buena que tuve. Debo haber tenido unos once o doce años. Ya no puedo moverme en bici, pero me sigue gustando.

## ¿HABÍA ALGUNA CELEBRACIÓN RELIGIOSA SIGNIFICATIVA?

La primera comunión, que se solemnizaba enormemente. A los niños nos vestían de marinerito o de traje blanco y se impresionaba uno mucho, con la idea de comerse el cuerpo de Dios, de introyectarlo como dice Gramsci. La idea de tener a Dios adentro para mí fue muy emocionante y al mismo tiempo terrorífica. La primera comunión tenía el atractivo del traje nuevo, del desayuno que preparaban las monjas: huevos revueltos, galletas, pastel y algún regalito, y sobre todo se llegaba a una etapa de la vida que –según se suponía en aquella época– era la de la razón. Esta fiesta era el primer signo afirmativo de una religión y de una cultura, ésa era su importancia sociológica, y su relevancia sentimental. Dios lo decidía todo: los

premios y los castigos, nada tenía que ver la naturaleza; si llovía mucho y había tormenta se le pedía que parara, se prendía el cirio pascual y se quemaba la palma bendita pues sabíamos que la lluvia venía de Dios; si recibíamos algún castigo venía de Él. Dios era una figura omnipresente en todos los momentos de la vida, no había posibilidad de que algo fuera fortuito, se debiera a la suerte, o a alguna tara personal. Todo venía directamente de Él.

### ¿SU PRIMERA COMUNIÓN FUE INDIVIDUAL O COLECTIVA?

Individual. Así eran entonces. Tenía como siete años. El tío Pepe, hermano de mi padre, y su esposa, la tía Teresa, fueron mis padrinos, muy generosos en los regalos.

### ¿TUVO UNA PREPARACIÓN PARA LA PRIMERA COMUNIÓN?

Sí, te daban una especie de retiros espirituales. ¡A los siete años yo no sé qué retiros iban a hacer, pero en fin! Lo preparaban a uno para recibir a Jesús, con frases muy elementales, como “lo vas a recibir en tu corazón”. Recuerdo que después de comulgar me tocaba el pecho porque por un lado me daba gusto y por el otro miedo, ya que era una responsabilidad muy seria tener a Jesús en mi corazón.



Hugo el día de su primera comunión.  
[Fotografía: Archivo Familiar]

Recuerdo las encerronas que eran los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola cuando fui más grande: cinco días encerrados en una casa, y al término de la penúltima jornada, ya entrada la noche, se abordaban los castigos del infierno; entonces el cura hablaba largamente sobre el tema y ya aterrorizados nos íbamos a acostar. El padre tenía dos o tres ayudantes que en la noche caminaban con cadenas por los pasillos y encendían fuegos fatuos. Yo creo que eran ejercicios espirituales más duros que los que describe Joyce en su *Retrato del artista adolescente*, o los que describe Agustín Yáñez en *Al filo del agua*. Eran terroríficos. Recuerden aquello de no acostarse nunca en pecado...

Después fui perdiendo la noción religiosa cuando llegaron las primeras inquietudes sexuales, creo que el sexo llegó a ser más poderoso que la religión.

### ¿A QUÉ JUGABA CON SUS AMIGOS?

Jugábamos a la guerra. Era la época de la Segunda Guerra Mundial y México le había declarado la guerra al Eje. Los estudiantes estábamos organizados en secciones y pelotones, nos daban instrucción militar que sólo era flanco derecho, flanco izquierdo y media vuelta; teníamos un instructor que era capitán del ejército. Nos dieron fusiles, copias de los máuser, de madera, para que no nos fuéramos a matar entre nosotros; tenían percutor y bayoneta, y no faltó por ahí algún accidente al utilizarla, esto obligó a los jesuitas a quitárnoslas y nos quedamos con el puro rifle. A veces desfilábamos por las calles con uniforme y los fusiles de madera, y nos sentíamos importantísimos; era nuestra colaboración para la guerra.

También jugábamos a los submarinos. El submarino era un aparato bélico que me llamaba mucho la atención porque producía toda la angustia de los litros de agua por encima del sumergible tan frágil y débil; de igual forma jugábamos a los pilotos.

La canción que más se oía en la radio era una de Daniel Santos, el gran cantante puertorriqueño, y decía así:

QUIÉN ME LE HARÁ UN FAVOR SI NECESITA  
QUIÉN LA SOCORRERÁ SI SE ENFERMARA  
QUIÉN LE HABLARÁ DE MÍ SI PREGUNTARA  
POR ESTE HIJO QUE NUNCA QUIZÁ VOLVERÁ.

Y lo que más le angustiaba al autor:

QUIÉN SE CONDOLERÁ DE MI AMARGURA  
SI YO VUELVO Y NO ENCUENTRO A MI MAMÁ.

## ¿ALGUNA VEZ PENSÓ QUE LA GUERRA PODÍA LLEGAR A MÉXICO?

Nos ilusionaba, mejor dicho, nos emocionaba la idea de que pudiera llegar la guerra y por eso tomábamos tan en serio los simulacros y los ejercicios. Había simulacros en la ciudad, se apagaba la luz y se cerraban las ventanas durante una hora, no fuera a ser que los japoneses vinieran a bombardearnos, ¡estábamos en guerra!; había una economía de guerra bastante bonancible por cierto, nunca hicimos grandes sacrificios, creo que el racionamiento consistía en que en lugar de tomarnos dos Coca-Colas nos tomábamos una.

En el fondo, para mí, pensar en la guerra en México era un juego infantil, sabíamos que no íbamos a participar, aunque algunos grupos de derecha lo intentaron, sobre todo los sinarquistas, ya que abrieron en Baja California la colonia de María Auxiliadora. Mandaron colonizadores a aquellas terribles tierras secas y plantaron algunos frijolitos para justificar su presencia muy cerca de la Bahía de Magdalena. Los japoneses siempre tuvieron la idea de entrar a Estados Unidos por el lado mexicano, por esa bahía, así que no era tan descabellado pensarlo, cabía la flota imperial japonesa porque era enorme, y parece que hubo pláticas, por lo menos así lo dice Mario Gil, un periodista importante en su época (compañero de Benita Galeana, la militante comunista). Gil obtuvo información acerca de que hubo contactos entre el Instituto de Cultura Hispánica de Tokio y el Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno de Franco con el sinarquismo, para ver si la flota japonesa podía entrar en la Bahía de Magdalena, sobre todo los submarinos, y, desde ahí, por atrás, atacar a Estados Unidos; de modo que, si hubiera dependido el asunto de las fuerzas de derecha del país, especialmente de los sinarquistas, nos habríamos comprometido de una manera siniestra. Ávila Camacho, un hombre que había tranquilizado los ánimos al declararse creyente, era muy hábil en ese aspecto, y cuando México entró al conflicto nombró a Lázaro Cárdenas como secretario de la Defensa Nacional.

El general Cárdenas se fue a radicar a Ensenada para estar cerca del campo de operaciones de la base militar de San Diego, y para evitar que el país se comprometiera demasiado; la gran preocupación era que, por razones de emergencia, las fronteras se violaran tranquilamente.

México participó de una manera muy modesta con un escuadrón aéreo, se llamaba Escuadrón 201. Creo que participaron en una o dos batallas, llegaron ya casi a punto de terminar la guerra y cuando regresaron a México fueron recibidos como héroes. Aunque tuvimos una participación en la guerra, ésta no fue tan numerosa como la de los brasileños pues ellos sí mandaron varias divisiones, una de ellas tomó parte en la toma de Montecassino, Italia, y murieron una buena cantidad de soldados de su infantería.

¿Y ADEMÁS DE JUGAR A COSAS TAN SERIAS COMO LA GUERRA, NUNCA LE GUSTARON LOS JUEGOS DE MESA?

No. Sé jugar dominó, sé mover las piezas en el ajedrez pero ninguno de estos juegos me ha interesado, yo casi todo el tiempo lo empleaba en leer; desde niño la lectura siempre ha ocupado el centro de mi vida.

¿RECUERDA ALGÚN AMIGO SIGNIFICATIVO EN ESTA ÉPOCA?

Sí. En la infancia hubo un momento muy importante para mí, cuando llegó mi primo Héctor a Guadalajara. Mi madre tuvo un solo hermano, el tío Guillermo (el enamorado de la monja, de la que estaba yo enamorado también). El tío Guillermo tuvo tres hijos, uno de ellos, Héctor. Mi tío viajaba mucho, era agente viajero de la Compañía de Cigarros El Águila y tenía que cambiarse constantemente de ciudad, entonces consideró que lo más prudente era que Héctor se quedara en Guadalajara en la casa de asistencia de mi abuela donde yo vivía; así adquirí un hermano, él es un año mayor. Antes de que llegara tenía a los compañeros de la casa de asistencia, algunos eran mis amigos, otros no tanto.

A esa edad y en esa época en Héctor encontré un hermano, con todas las características fraternales: nos queríamos mucho, nos apoyábamos, nos defendíamos y, obviamente, nos peleábamos. Fue para mí toda una

experiencia crecer al lado de otra persona; verla desarrollarse es precisamente lo importante de la relación fraternal, por eso es tan dolorosa la pérdida de un hermano o hermana.

Héctor y yo jugábamos todo el tiempo juntos. Era la época de la Segunda Guerra Mundial. En el colegio fuimos los únicos partidarios de los Aliados porque el resto eran seguidores de los nazis. Pasaban los noticiarios de la UFA o la Luce, las compañías de propaganda alemana e italiana, respectivamente. La gente aplaudía cuando aparecían Hitler, Mussolini e Hirohito, pero sobre todo, con Hitler y Mussolini muchas personas se levantaban, aplaudían y hacían el saludo fascista. Los únicos que silbábamos éramos Héctor y yo, ¡y nos llevábamos pamba, por supuesto! Éramos los únicos aliadófilos, todos los demás eran germanófilos.

### ¿POR QUÉ SUCEDÍA ESTO?

Por el odio a Estados Unidos. Había que estar en contra del que estuviera con Washington y porque, supongo, les impresionaba también la parafernalia nazi y fascista. Recuerdo que cuando un instrumento era perfecto, unas tijeras impecables por ejemplo, mi abuela decía: “Deben ser alemanas”. Y en efecto, eran tijeras de la Casa Boker, de unos alemanes que hacían todo tipo de instrumentos. Así que había una gran admiración por Alemania y odio por Estados Unidos.

En Guadalajara acababa de pasar la Guerra Cristera, así es que los conservadores – entre ellos muchos jesuitas y algunos otros sacerdotes– eran partidarios tanto del Eje como de la Falange Española y de Franco; la Guerra Cristera había sido terrible y las heridas que dejó todavía estaban abiertas y muchas de ellas escocían.

## ¿LE DIO MIEDO ALGUNA VEZ LA GUERRA?

Hubo un momento en que todos tuvimos miedo, casi al terminar el conflicto, cuando empezaron a llegar las películas sobre el Holocausto.

Al principio pensamos que la guerra eran Errol Flynn, que con una ametralladora derrotaba a todo el ejército japonés, o Tyrone Power, quien liquidaba a mil alemanes en cosa de segundos. Uno no entendía por qué duraba tanto la guerra si ellos solos podían acabarla tan rápidamente. No había una película en la que los gringos perdieran, ni siquiera cuando los japoneses los derrotaban; lo que sabíamos era que MacArthur había dicho que regresaría a Batán, y efectivamente regresó a matar y a derrotar a los japoneses. Así es que la guerra era como un juego que veíamos en las pantallas, en películas muy elementales donde si alguien quedaba herido no se veía la sangre (estaba prohibida terminantemente), nada más se caían y empezaban a decir discursos patrióticos poco antes de estirar la pata.

Los yanquis eran muy hábiles. Me acuerdo de que todos los días en la mañana nos llevaban al cine del colegio a ver documentales y caricaturas de la guerra, en las que ya no Errol Flynn ni Tyrone Power, sino Mickey Mouse y el Pato Donald acababan con Hirohito, Hitler y Mussolini.

Roosevelt había inventado la política del panamericanismo para meter a los países de América Latina en la guerra y para que de alguna manera cooperaran con el esfuerzo bélico de Estados Unidos. Dentro de los personajes del panamericanismo encontrábamos al Pato Donald representando a Estados Unidos; un gallito que se llamaba Pancho Pistolas, a México; y un perico con sombrero de carrete, de nombre Pepe Carioca, a Brasil. Los tres cantaban temas de Carmen Miranda y se hacía la gran apología de la unión americana, de la América sajona con la América ibérica; todo esto formaba parte del aparato de propaganda de Estados Unidos, su repetición constante y luego la aparición de los primeros testimonios de los campos de concentración fueron cambiando el ánimo de los muchachos del colegio, y ya nosotros no éramos mal vistos como aliadófilos, sino que muchos se unieron a nuestro grupo y seguíamos las peripecias de la guerra,

hasta que terminó con la derrota de Japón, después de la terrible bomba atómica arrojada sobre Hiroshima y Nagasaki.

### ¿Y SUS COMPAÑERITOS A LOS QUE LES GUSTABA JUGAR A SER DEL EJE?

Cambiaron radicalmente. Después de conocer los horrores de los campos de concentración la única aventura con que nos quedamos fue la de los piratas en las novelas de Salgari, y luego las científicas de Verne.

### ¿CÓMO RECUERDA LA NOTICIA DE LA BOMBA ATÓMICA?

Como algo impresionante para toda mi generación, la vimos con horror. Al principio no nos dimos cuenta de lo que era. Creo pertenecer a la generación de la bomba, de Oppenheimer y de todos los científicos que inventaron ese horror. Empezaron a llegar a los noticieros las fotografías de los japoneses quemados por la bomba, de los niños con llagas horribles... su amenaza era la imagen más inmediata del infierno, y a lo que más le temíamos era a ese lugar. La bomba atómica marcó a mi generación de una manera muy drástica.

### ¿TENÍA AMIGOS JUDÍOS?

Sí, México les abrió las puertas, yo tenía varios amigos judíos que estaban informados de primera mano sobre lo que había pasado en los campos de concentración y que nos lo contaban. Recuerdo que los jesuitas recibieron a tres o cuatro de estos judíos como alumnos del colegio.

Tengo presente que orábamos antes de empezar las clases y cuando íbamos a rezar el rosario ellos tenían permiso de salirse y se quedaban en el pasillo. Era un signo de respeto muy digno de encomio por parte de los jesuitas. México recibió a muchísimos judíos perseguidos: ucranianos, polacos, alemanes. Después llegaron testimonios cinematográficos clarísimos de lo que había sucedido, de los horrores, se develó el misterio, y los que habían sido partidarios del Eje, dieron marcha atrás.

### ¿SEGUÍA LAS NOTICIAS POR EL PERIÓDICO Y LA RADIO? ¿HABÍA TELEVISIÓN?

Todavía no había televisión, sólo periódico y radio. Yo fui –como dice Woody Allen– de *radio days*. La tele llegó a ampliar su cobertura a Guadalajara cuando yo ya estaba en México, pero en mi infancia fui de radio y prensa, sobre todo, radio. Nos sentábamos en la sala en torno a un enorme aparato marca Clarion con un ojo amarillo.

Me molestaba mucho que se interrumpieran las sesiones de radio, porque estábamos pendientes de las noticias de la guerra, y seguíamos en un mapa el avance de los Aliados; cuando desembarcaron en Normandía lo marcamos con una tachuela roja, porque era el principio del fin. Estábamos seguros –y así fue– de que liberarían París y llegarían a Berlín rápidamente.

### ¿HABÍA ALGÚN LÍDER DE OPINIÓN QUE RECUERDE ESPECIALMENTE?

En materia de líderes de opinión no recuerdo a ninguno en especial. Mi padre leía el *Excelsior*, y yo algún artículo de opinión de Carlos Denegri, periodista corrupto, inteligente y astuto.

Tomás Perrín daba las noticias en la radio. No había muchos comentarios sobre la guerra porque los programas estaban hechos por el Consulado y el Departamento de Defensa de Estados Unidos, eran de propaganda, muy elementales y maniqueos, como son los norteamericanos; había buenos-buenos y malos-malos, sin posibilidad de algún matiz. No recuerdo a ningún líder de opinión porque no había posibilidades de dar opiniones.

Me interesaban personas como Almazán, que fue candidato a la Presidencia de la República en 1939. Recuerdo haber ido con mi abuela al mitin de Almazán en Lagos. Había muchísima gente pues era zona fuerte de los sinarquistas. Yo me quedé con la impresión de que ya era presidente, después, cuando me enteré de que el presidente era Manuel Ávila Camacho, no entendí. Yo pensaba: “Pero si a Almazán estaba todo Lagos esperándolo en la Plaza”. Claro, le robaron la elección, pues tanto en aquella época como en ésta, las elecciones eran una mala farsa.

Hablando de líderes creo que, hasta cierto punto, uno de ellos fue el general Almazán, y también algunos de los curas jesuitas que influyeron en nuestra formación, como los padres Vertiz, Castiello, y Mayagoitia, quienes eran muy interesantes como oradores, y sabían manejar bien la psicología del miedo o la del éxito.

Ahora que menciono la radio, recuerdo al Doctor IQ y su programa de concurso, donde hacía preguntas difícilísimas; había muchos chistes respecto a él, como uno en el que su asistente le decía: “Aquí tenemos una dama, doctor”, y el doctor preguntaba:

- Señora, ¿con qué nombre común se conoce el cloruro de sodio?
- Ay, doctor, pues no sé...
- Le voy a dar una pista, ¿qué es lo que le pone en la mañana a los huevos su marido?
- ¡Talco, doctor!, ¡talco!

### ¿QUÉ MÁS ESCUCHABA EN LA RADIO?

Radionovelas como El santo, El monje loco y una de Tomás Perrín, donde había un detective que decía: “¡Dispara, Margot, dispara!”. Y Margot, que era su secretaria, disparaba y salvaba la situación; era raro que una mujer hiciera eso, ya que las mujeres estaban para ser salvadas, no para salvar a nadie. Eso era lo original de la novela de Tomás Perrín.

Oíamos programas de cómicos que eran buenísimos en aquella época; no sé si sea mi nostalgia pero recuerdo muy bien al Panzón Panseco, a Gamboa (quien después fue el Tío Gamboín en la televisión), y a un par de gays cómicos que se llamaban Faustis y Cornis; que bromeaban así:

- ¿Cómo se llama usted, señorita?
- María.
- ¡Ay, fuchi, nombre de galleta!

También, oíamos a Luis Manuel Pelayo, quien hacía la voz de un español de nombre Félix Amargo. Me acuerdo de que entregaba una tarjeta donde decía: “Dr. Félix Amargo. Doctor en Ciencias de la Universidad de Salamanca. Doctor en Letras de la Universidad de Madrid. Doctor en Teología de la Universidad de

Roma. Doctor en Filosofía de la Universidad de Santiago”, y en la parte de abajo decía: “Se castran gatos”, porque ¡ésa era su verdadera ocupación!

¡No dudo de que ahora haya varios doctores en Psicología que se dediquen a castrar gatos!

### ¿LE GUSTABA ESCUCHAR MÚSICA DE LA RADIO?

La música me gustaba mucho, oía boleros en la XEW, aunque muy pronto me gustó la música clásica y empecé a asistir en Guadalajara a los conciertos de la Sinfónica de Jalisco, que no era muy buena, pero en fin, se acercaba más o menos a la idea de música que yo tenía.

### ¿TAMBIÉN LE GUSTABA BAILAR?

Ya les había hablado de las fiestas de agosto en Lagos, en ellas había bailes. Recuerdo a una tía, mujer muy estricta y defensora de las buenas costumbres, que me dejaba llevar a su hija a los bailes, porque me veía seriecito, tal vez inofensivo, no sé con exactitud; la llevaba y como dice López Velarde, bailando sentía “calosfríos ignotos” cuando por razones buscadas tocábamos los muslos. En aquella época estaban muy de moda las orquestas que imitaban a las *Big Bands* de Estados Unidos, sobre todo a la de Glenn Miller; recuerdo que terminaban los bailes con un popurrí de música ranchera y todo el mundo bailaba frenéticamente. Eran en la Presidencia Municipal de Lagos y todos estrenábamos traje y corbata, y las muchachas, vestido. No siempre tenía suficiente dinero, pero mis tíos me regalaban corbatas un poco anticuadas, pero corbatas al fin. Me sentía elegantísimo al lado de mi prima que era muy bella; después tuvo mala suerte en la vida, pero la recuerdo con mucho afecto, y los calosfríos ignotos no se me olvidan.

AHORA QUE VUELVE A TOCAR EL TEMA DE SUS TÍOS,

¿HAY ALGO MÁS QUE RECUERDE DE ELLOS?

Como les había comentado, una vez al año mi padre iba a verme a Guadalajara y se quedaba una temporada o me llevaba con él a Veracruz o a México. Nunca me dijo que tenía una familia, no estaba casado, quizás por eso nunca quiso llevarme con ellos. Los conocí en mi adolescencia cuando vivían en Querétaro.

Cuando íbamos a la Ciudad de México me dejaba en un hotel del Centro: el París; yo era chico y quedarme solo en él era muy angustiante; recuerdo que una camarera me tenía compasión y me acompañaba, inclusive se quedaba conmigo hasta que me dormía, estoy hablando de los doce o trece años, al principio de la pubertad. Mi padre me llevaba a las ferreterías con sus amigos que me llenaban de regalos de propaganda de ellas: reglas, alicates, cuadernos, calendarios y todo ese tipo de cosas, y luego me llevaba al cine y a comer a los restaurantes españoles, como el Círculo Vasco y el Centro Gallego. La Peña Montañesa fue adonde más íbamos porque mi padre era del Valle del Pas. Los de esa región en la actualidad se llaman cántabros por las tribus originales, pero en aquel entonces se les decía montañeses.

Lo que más recuerdo de esas visitas era cuando me dejaba en casa de su hermano. El tío Pepe y su esposa no tenían hijos, y veían en mí a uno. Me llevaban al Jai Alai y me hacían regalos incontables, yo regresaba a Guadalajara con ropa para todo el año; los primeros pantalones largos que usé me los compraron ellos, antes usaba, como todos los chicos de mi época, pantalones cortos o pantalones bombachos, que se llamaba *knickers*, con medias a cuadros. Ellos eran muy generosos y me *ajuareaban* de arriba abajo, me compraban libros, me paseaban, yo estaba feliz en su casa.

## ¿SON SUS TÍOS JOSÉ Y TERESA?

Sí; ellos entraron en conflicto con mi padre precisamente por una muchacha; querían que se casara con ella, y mi padre no le hizo caso. Cuando se enteraron de que tenía otra familia se pelearon con él. Fue un pleito más o menos ligero, dejaron de hablarse ¡durante cuarenta años! Después, un buen día llegó mi tío a Querétaro, y volvieron a hablarse ya a punto de morir mi padre.

Cuando se rompieron las relaciones dejé de ir a casa de mis tíos. Después ya casado, y con Lucinda, volví a verlos y los frecuentábamos.

## ¿Y HASTA QUÉ EDAD SUPO USTED DE LA FAMILIA QUE HABÍA FORMADO SU PADRE?

Creo que estaba en preparatoria, descubrí que tenía tres medios hermanos y nos hicimos muy amigos, nos quisimos como hermanos, pues ya murieron, eran Paco y Pepe, Raquel vive en Querétaro y la quiero bien.

Recuerdo que para informarme que mi padre tenía otra familia utilizaron los servicios de un jesuita, el padre Lapuente, pensaron que iba a ser un *shock* terrible, pero sinceramente no lo fue, no me preocupó ni me angustió, dije: “Tiene otra familia, pues bueno”; entonces me llevó a conocerlos y nos hicimos amigos.

## ¿ENTONCES ÉSA ES LA RAZÓN POR LA QUE LLEGÓ A QUERÉTARO?

Sí; yo seguía en Guadalajara, primero vine a conocer a la familia y después, con cierta frecuencia, a visitarlos, y más tarde, a terminar mi carrera de abogado.

## ¿QUÉ MÁS RECUERDA DEL MÉXICO DE LOS AÑOS CUARENTA?

La ciudad era pequeña y muy agradable. La clase media iba creciendo y el proletariado ahí estaba, por supuesto, pero no lo veíamos. Las ciudades prosperaban, sobre todo, para los que habían vivido la Revolución y la Guerra Cristera, ya que la paz era una novedad. Estoy hablando de la época del alemanismo más o menos. Empezaban a prosperar algunas fábricas y había cierto orgullo por lo nacional. Habíamos ganado la Segunda Guerra Mundial – cosa que era muy importante –, y los negocios habían crecido; inclusive mi padre se volvió rico durante el conflicto gracias a la varilla corrugada: hizo un pedido a una firma norteamericana por diez mil piezas y resultó que se equivocaron y le mandaron cien mil, entonces se vino la guerra, se cerró la frontera y sólo él tenía varilla en el país, lo cual le permitió fijar el precio; después en malos préstamos perdió parte de su dinero, aunque más tarde algo recuperó. Él amanecía un día pobre y al día siguiente rico, era bueno para hacer negocios, aunque demasiado generoso a mi entender. Los capitalistas no tienen corazón, y él sí lo tenía, así que se lo llevaban entre las patas con cierta frecuencia.

Guadalajara y Querétaro eran ciudades pequeñas y muy habitables, como decía don Jorge Manrique “cualquier tiempo pasado fue mejor”, ciertamente, la vida podía ser dura, pero era más fácil, más entrañable que ahora, especialmente en este momento cuando en el país se vive tanta violencia (en el periodo de Felipe Calderón se sumaron miles de muertos; el país perdió el rumbo). En aquella época parecía que México estaba encontrando el camino, aunque no era cierto, teníamos esa impresión porque se habían superado etapas muy traumáticas y se vivía una especie de *pax* alemanista como había sido la *pax* porfiriana.

## ¿ENTONCES HABÍA MÁS OPTIMISMO QUE AHORA?

Sí, había optimismo, definitivamente. Estoy hablando de las clases medias porque el proletariado nunca ha tenido optimismo, pero en las clases altas, medias y bajas se sentía cierto optimismo, por supuesto siempre

y cuando tuvieras una profesión. En la generación anterior era distinto, mis parientes eran agricultores, lo único para lo que servían era para montar a caballo, ver sus potreros, vender sus cosechas; consideraban que ser profesionista era descender en la escala social, pasar de la aristocracia a la clase media. Llegó el momento en que se dieron cuenta de que eso había sucedido y no les quedaba otra que recomendar a sus hijos estudiar una profesión.

### ¿CÓMO FUE SU ESTANCIA EN LA SECUNDARIA?

Hice la secundaria en Guadalajara, en el Instituto de Ciencias. Nunca fui un buen estudiante, más bien discreto, bueno para materias como Literatura, Historia y Geografía las cuales despertaban mi imaginación, y debo decir que hice intentos por salir adelante en Matemáticas, Química y Biología, pero “salí de panzazo”; en Matemáticas sacaba seis y ya me daba por satisfecho, en Química era muy torpe para los experimentos, pero me llamaba la atención que las cosas cambiaran de color, inclusive en algún momento tuve la ocurrencia de que quería dedicarme a la Química, sentía cierta fascinación ante lo que provocaba (sin explicación directa) un estallido o un cambio repentino en una sustancia, sin embargo mi fascinación no me llevaba a sacar buenas calificaciones, también pasaba esta materia de panzazo.

Mi educación secundaria fue religiosa por tener al frente jesuitas, sin embargo, prevalecía un doble juego. Al existir el artículo tercero constitucional, que prohibía la educación religiosa, los jesuitas se disfrazaban de agrupación de maestros y sus escuelas eran “oficialmente” laicas. Recuerdo que cuando llegaban los inspectores de Educación quitaban los Cristos de los salones, cerraban la capilla y andaban vestidos de civiles, aunque se les veía de inmediato que eran religiosos por supuesto, por la corbata y por el traje; llegaba el inspector y de pronto no había ningún aspecto de educación religiosa.

Recuerdo que el hermano tesorero algo le entregaba al inspector; un sobrecito con dinero, supongo, y éste asentaba en su informe que no se trataba de un colegio religioso y por lo tanto no se había violado el espíritu del artículo tercero de la Constitución. Como de costumbre en México, la hipocresía, el doble juego y la mordida actuaban, en este caso para evitar que el colegio se cerrara.

Los políticos cerraban uno o los dos ojos, se hacían tarugos y mandaban a sus hijos a los colegios de los jesuitas, de los maristas, de los salesianos o de los hermanos de las escuelas cristianas, y a las niñas, con las Damas del Sagrado Corazón o con las monjas guadalupanas, porque los políticos pensaban que llevarlos ahí significaba “educarlos bien”, porque había una tonta desconfianza en las escuelas públicas que, al margen de su pobreza o de sus deficiencias, han sido por muchos aspectos beneméritas, no sólo por quienes han podido estudiar gracias a ellas sino también por el entusiasmo de los maestros, siempre tan mal pagados, tan sufridos y heroicos en muchos sentidos. Pese a haber sido educado en escuela privada soy un entusiasta partidario de la educación pública, laica y gratuita, me parece que es lo mejor de la herencia de la Reforma Liberal, de Lerdo, Comonfort, Ocampo y, sobre todo, de Juárez, y antes, de Gómez Farías, otro de los grandes liberales de este país.

## ¿LOS GRUPOS COMO EN EL QUE USTED ESTUDIABA, ERAN PEQUEÑOS O NUMEROSOS?

De cuarenta o cincuenta alumnos. Teníamos la estructura de la educación jesuita española trasladada a México; todos los años había una “proclamación de dignidades del colegio”, figúrense ustedes que había un chico que era nombrado “príncipe del colegio”; generalmente, era el hijo de un político porque les convenía a los jesuitas quedar bien con la clase política, o era elegido algún muchacho virtuoso, de preferencia güerito, de ojo claro –no precisamente un príncipe náhuatl–. Después esta tradición cambió, de “príncipe” a “brigadier general”. Así era la educación jesuita de la escuela de San Ignacio de Loyola; en cada grupo había

un “edil de clase” que era el que pasaba lista, y se encargaba de que el salón estuviera abastecido de materiales e instrumentos pedagógicos como gises, borradores, reglas, etcétera. Había también un “cuestor de pobres”, que recogía la limosna que dábamos para mantener un colegio de jesuitas para niños de escasos recursos en Guadalajara; existía un “jefe de filas”, quien organizaba las filas para entrar al salón, esas responsabilidades eran para los estudiantes de “excelencia”.

En la primaria teníamos un uniforme ridículo, lleno de galones y con una cachucha; después, en la secundaria, se simplificó: era un traje azul marino y una cachucha con el escudo del colegio que usábamos para las fiestas y los bailes. Nuestro himno tenía la música del de la Infantería Española, posiblemente porque algunos jesuitas habían estado en la Guerra Civil, seguramente del lado nacional, del lado de Franco.

El jesuita que lo hizo tomó la música y le puso una letra solemne y rimbombante; decía “... ardor guerrero vibre en nuestras voces, y de amor patrio henchido el corazón, entonemos el himno sacrosanto del honor, de la patria y del amor; de los que amor y vida te consagran, escucha ¡oh Patria! la canción dolida...” Lo cantábamos como un himno nacional, un himno de batalla, lleno de bridoses y de estruendos de cañón.

La fiesta de entrega de “dignidades” para mí era importante, pero en honor a la verdad recibía muy pocos diplomas, quizá alguno de aprovechamiento en una que otra materia. Había varias clases de medallas; algunos compañeros parecían mariscales de campo alemanes con medallas de todo tipo; yo tenía quizás un par, no recuerdo haber tenido más.

Las clases de Literatura me fascinaban, dedicaba una buena parte de mi tiempo a escribir dramas en verso, había leído ya algo de Lope de Vega y Tirso de Molina, pero sobre todo, a Lope, y lo imitaba en unos dramones de capa y espada.

## ¿Y ERAN DRAMONES DE PAREJA?

Sí, por supuesto, pero dramas de cinco actos y en verso. No los conservé, en algún cambio de casa se perdieron, pero deben haber sido malísimos.

## ¿RECUERDA ALGUNO?

Recuerdo los temas eternos del caballero y la dama, las guerras y las luchas, el regreso del caballero fatigado a la casa y la dama esperándolo, el reposo del guerrero; y todo esto estaba escrito en versos que pulía y pulía, un poquito heterodoxo, no demasiado fiel a las reglas de retórica. Mientras los otros jugaban fútbol, yo me sentaba a escribir mis dramones.

## ¿EN ESTA ÉPOCA COMENZÓ SU INTERÉS POR EL TEATRO?

Les comenté que a mis compañeros de primaria y a mí nos gustaba jugar a la guerra, y que unos eran del Eje y otros éramos los Aliados. Después, cuando empezaron a llegar las películas sobre el Holocausto y descubrimos los horrores de la guerra, ya nada más nos quedó la ficción: los piratas, las novelas de Salgari y luego las científicas de Verne que exigían mayor elaboración en la puesta en escena; *Dos años de vacaciones* era muy divertida y fácil, *De la Tierra a la Luna* o *Viaje al centro de la Tierra* sí requerían de puestas en escena más complicadas. Recuerden que el juego infantil tiene ese aspecto de seriedad, inclusive de drama, que los niños comprenden muy bien, y los adultos no siempre entienden. Así comenzó el teatro en mi vida.

En la clase de Literatura no solamente era estudioso, me encantaba saber los nombres de los autores y sus obras, entonces empecé a escribir.

## ¿LEÍA MUCHO?

Ya tenía mala fama entre mis primos por ser un lector excesivo, pero en la escuela mi fama era buena pues era orador y hacía unos discursos muy eruditos. Me ponía a leer libros de filosofía y mis discursos eran de una erudición confusa; a los jesuitas les parecía que yo era un buen candidato para miembro de la Compañía por mis facultades oratorias; intentaron conquistarme pero no lo lograron. Les contaba que un día sí pensé que tenía vocación religiosa, pero luego me di cuenta de que no al ver pasar a una muchacha bonita.

Fue como a los quince años cuando decidí dedicarme a la Literatura, y lo cumplí a la par de otras actividades. Estudié Derecho porque no había en Guadalajara ninguna posibilidad para los que teníamos inquietudes humanísticas, ya que no había escuela de altos estudios. No había ni Filosofía, ni Letras, ni Historia y Psicología, mucho menos. Todos los que teníamos preocupaciones humanísticas nos íbamos a Derecho, cosa bastante errónea, pero era la única posibilidad de asomarnos, digamos, a la Sociología, a la Filosofía del Derecho, etcétera.

Así que entré a Derecho y fui un estudiante mediano. Pasaba las clases y las materias, algunas me gustaban más que otras, Derecho Internacional me gustaba mucho, así como Filosofía del Derecho y Teoría del Estado. Más tarde practiqué la profesión: durante un año, Derecho Penal; ya para esa época habían pasado muchas cosas.

## ¿LEÍA SOBRE PSICOLOGÍA?

Sí, muy joven fui lector de Freud, debo haberlo leído a los quince o dieciséis años. No sé cómo entendí; supongo que no fue mucho. Lo leí en la biblioteca de un tío, pues en el colegio era un autor peligrosísimo. Recuerdo que leí *Tótem y tabú*, que es un libro muy difícil y precioso por cierto. Freud era un escritor sensacional. El malestar en la cultura fue mi segundo libro; después me interesó mucho el tema de los sueños, y hablé con este tío –que era médico general–, y tenía algunas generalidades psiquiátricas por ahí; no era psicoanalista, era un freudiano aficionado. Con él platicaba sobre los textos; recuerdo ciertos lugares comunes explicados por este tío: el sueño como la vía regia del inconsciente, la idea del preconscious, del superyó, los monstruos del ego, cómo los sueños llegaban disfrazados, y todo esto a mí me fascinaba aunque no lo entendía muy bien. *El malestar en la cultura* lo leí una vez, ¡dos veces, tres veces! Tal vez sentía la urgencia de explicarme ciertas cosas que pasaban y me dije: “a ver si los libros de este señor me lo explican”. *Tótem y tabú* no me aclaró nada; lo de los sueños me fue más útil.

Ya les había contado que en mi familia tenía fama de maricón porque me dedicaba a leer, y los tíos querían que aprendiéramos labores del campo; era lo lógico. Las profesiones liberales no estaban dentro de la perspectiva de las familias de aquella especie de aristocracia rural. Lo suyo era tener tierras, mayordomo, caballos y una diligencia; emborracharse, asistir a las fiestas, y jugar, en pocas palabras ser “señoritos”, esa era la idea, éramos una especie de “juniors”; sin embargo, después de la Revolución había cambiado todo y ya los hijos de aquellos señores que habían perdido sus haciendas tenían que dedicarse a las profesiones liberales, aunque al principio no lo consideraban serio; debían convertirse en “señores de tierras”, pero como ya no las tenían, y ya no eran señores, debían ser ingenieros, abogados, médicos, etcétera. Fue una de las transformaciones más profundas de la Revolución Mexicana, la destrucción de los privilegios de la clase aristocrática porfirista, y la formación de una clase media profesional que en los años cuarenta tuvo su mejor momento.

En las películas de esa época veremos gente bien vestida caminando por las calles de la Ciudad de México; la clase media empezaba a prosperar, la burguesía estaba a cargo de la vida social, y en buena medida de la vida política, y las profesiones liberales eran ya el proyecto vital de las familias, “que mi hijo sea ingeniero, dentista, licenciado; que mi hijita sea pianista o enfermera”, pues sabían que era el único camino para sobrevivir.

### ¿PRACTICABA ALGÚN DEPORTE?

Sí, sobre todo fútbol. Los tres equipos de la capital jalisciense eran el Guadalajara, el Atlas y el Oro; mi primo Héctor y yo éramos del Guadalajara, éramos “Chivas”, aunque en aquella época no se decía así, sino simplemente “partidarios del Guadalajara”, íbamos a ver los partidos, y todos los sábados jugábamos. Yo era malo, pero muy entusiasta. Era el capitán de mi equipo.

En la natación encontré una buena escapatoria para muchas cosas, la soledad y muchos silencios, muchas preguntas para las cuales no tenía respuestas; vivía con la abuela y ella no tenía la forma o los recursos para responderlas; tampoco entre los jesuitas recuerdo a un gran consejero, tal vez el padre Lapuente, pero era demasiado convencional, o el padre Romero Pérez muy aficionado al cine, con quien platicaba muy bien de ese tema, porque ésa era mi otra pasión en la época de secundaria: el cine. Mi abuela decía que era muy “cinero”. Yo ahorrraba todo lo que podía para ir a la matiné del domingo, se entraba a las doce y salíamos a las dos de la tarde, deslumbrados por la luz del sol, y por las películas de distintos tipos, mexicanas y de Hollywood. Cuando podía, también iba los sábados en la tarde.

## ¿IBA SOLO?

Generalmente con Héctor o con otros primos. Íbamos a uno que se llamaba Edén y nuestro lema era “al Edén, den lo que den”, casi nunca sabíamos exactamente lo que iban a dar, alguna vez nos prohibían la entrada, pero pagábamos un peso extra y nos dejaban pasar, ya que se trataba de una película de tema difícil. Recuerdo *La Torre de Nesle*, donde salían algunas señoras desnudas, cosa que a mí me encantaba; había también una que se llamaba *Cómo se bañan las damas*, era muy divertida, con unas señoras en procesos higiénicos, y *Cómo nacen los niños*, que no sé si era didáctica, pero también estaba prohibida.

Veíamos mucho las de Pedro Infante; me acuerdo del neorrealismo mexicano, *Los tres García*, *Vuelven los García*, *Nosotros los pobres*, *Ustedes los ricos*; tengo especial memoria del neorrealismo italiano con películas emblemáticas como *El limpiabotas* de Vittorio de Sica, con guión de Cesare Zavattini; *Ladrón de bicicletas*, *Umberto D.* y *Milagro en Milán*. *El limpiabotas* debo haberla visto unas siete u ocho veces, cada vez que la daban, si podía corría a verla, y lloraba como desesperado.

## ¿DE QUÉ TRATABA ESA PELÍCULA?

Era sobre los niños de la posguerra en Italia; niños que cometían pequeños delitos e iban a la cárcel que era una especie de reformatorio, más que cárcel, en donde eran mal alimentados; había algunos maestros tremendamente duros; uno –el que más me emocionaba– moría de tuberculosis, tosía constantemente y tenía una cara de sufrimiento infinito, era la cara de la posguerra europea, sobre todo de la italiana. Había dos héroes en la película, uno de ellos era Franco Interlenghi, quien tenía once o doce años (fue su primera película en 1946); en la cinta había un conflicto entre dos protagonistas y culminaba con la muerte accidental de uno, empujado por su compañero. El ambiente de reformatorio y la infinita tristeza de la posguerra italiana era lo que más me impresionaba, y por eso volvía y volvía a verla; todas las veces lloré. Hace años que

no la veo. *Ladrón de bicicletas* la pasan por televisión con cierta frecuencia, pero *El limpiabotas* no. El título original en italiano es *Sciuscià* por *shoe shine*, ya que los personajes eran niños que limpiaban los zapatos a los soldados estadounidenses.

También las películas de Rosellini me impresionaron mucho, por ejemplo, *Roma, ciudad abierta* o *Alemania, año cero*.

### ¿CUÁNTO COSTABA EL CINE?

En Guadalajara, diez centavos; en México era ligeramente más caro, como quince centavos. Había matinés en que pasaban tres películas por veinte centavos. Recuerdo que después subió a un peso, y por muchos años se quedó en tres pesos.

### ¿LE GUSTABAN LAS SERIES?

Sí, me gustaba *Alí Babá y sus cuarenta ladrones*, pero sobre todo la de *Flash Gordon*, que era de ciencia ficción y naves espaciales.

## ¿LE GUSTABAN LAS PELÍCULAS DE CANTINFLAS?

La primera época de Cantinflas me gustaba mucho; por Tin Tan tuve un especial afecto, también me gustaba Óscar Pulido, que era un gran actor, y, sobre todo, Joaquín Pardavé.

## ¿HABÍA ALGUNA ACTRIZ QUE LE ROBARA EL SUEÑO?

Me gustaba muchísimo una actriz francesa que se llamaba Françoise Arnoul, a quien vi totalmente desnuda en la pantalla, yo creo que por eso me gustaba tanto. Pero la actriz que más me gustó todo el tiempo fue Hedy Lamarr, una austríaca que trabajaba en el cine de Estados Unidos. Greta Garbo me gustaba mucho también, aunque era anterior a mi infancia; la veía en películas “pasadas de moda” en cierto sentido, aunque Greta Garbo nunca estará pasada de moda, a ella hay que verla hoy, mañana y pasado mañana, está viva. Pero definitivamente tuve una afición especial por Hedy Lamarr.

## UNA PREGUNTA CLÁSICA, ¿CASABLANCA O LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ?

*Casablanca* debo haberla visto unas diez o quince veces, en blanco y negro, nunca coloreada. *Lo que el viento se llevó* también me encantaba, pero estuve más cerca de *Casablanca*, más cerca de los amores contrariados que de los amores realizados.

YA NOS HA HABLADO DE LA COMIDA, DEL TEATRO, LA LECTURA Y EL CINE COMO ALGUNOS DE SUS GRANDES PLACERES, ¿HAY ALGÚN OTRO QUE NOS FALTE CONOCER?

El sexo, definitivamente. De niño como estaba en un colegio de “monjos” (así les decíamos), obviamente los desahogos sexuales eran individuales o en grupo. Tú no lo sabes Angélica, por supuesto, y tú José Jaime ya eres de otra generación, pero nosotros jugábamos a ver quién llegaba más lejos, o a ver quién eyaculaba primero. Había cierta ambigüedad en estos juegos; después de eso me dije simplemente “me gustan las mujeres”. En Guadalajara había muchos homosexuales, y varios amigos míos se fueron por ese camino sin reconocerlo jamás, el clóset era su destino, y a los dos o tres que salieron del clóset les costó ser la burla pública. Recuerdo que se trataba muy mal a los homosexuales y a mí me molestaba mucho, porque estimaba enormemente a mis amigos que lo eran.

Nunca me interesó la orientación sexual de las personas; yo definí pronto mi heterosexualidad después de esas experiencias.

¿HABÍA REVISTAS PORNOGRÁFICAS?

Sí, por supuesto. Había una revista mexicana que se llamaba *Vea*, en color sepia y no tenía desnudos totales. Aparecían señoras en traje de baño, muy abundantes de carnes. Había un teatro en la Ciudad de México con desnudos totales, teatro al que nos colábamos. En ese teatro nació el grito de “¡pelos!”, de ahí el popular dicho de los muchachos “¡está de pelos!”, que generalmente no saben de dónde viene. Era para pedirle a la bailarina que se quitara los calzones y enseñara el vello púbico, lo que los ingleses llaman *tipping the velvet*.

Nunca fui “machín”; nunca me importaron demasiado los hábitos sexuales de mis amigos o de mis compañeros.

Me inicié en la sexualidad con una muchacha del servicio. Esto era algo muy de la época, iniciar con una empleada doméstica o con una prostituta. Afortunadamente fue con la muchacha de la casa, quien me tuvo la paciencia necesaria. Me acuerdo muy bien que íbamos por el pasillo y de repente le rocé un pecho (tenía unos pechos muy grandes), y luego se lo toqué. Ella se rio irónicamente y seguro pensó: “Este muchachito ya quiere”. Me dijo: “¿Por qué no vas en la tarde a mi cuarto?”. Aterrorizado y lleno de curiosidad fui a su cuarto en la noche y ahí me inició con gran paciencia; para nosotros es un momento angustioso. “¿Podré o no podré?”. La recuerdo con gran afecto, como a una maestra benemérita; yo diría una de mis primeras maestras.

### ¿QUÉ EDAD TENÍA USTED?

Unos catorce o quince años.

### Y ANTES DE ESTO, ¿TUVO JUEGOS SEXUALES?

Como todos los adolescentes de mi época. Las preguntas sobre sexualidad eran contestadas por mis compañeros, con todos los prejuicios y lugares comunes de esas respuestas; con mi primo Héctor investigamos algunas cosas, además de las nanas, fueron muy importantes para las iniciaciones sexuales mis primas. Recuerdo nuestras reuniones para ver qué tenían ellas y qué no tenía uno, y qué tenía uno que no tenían ellas, y jugar al médico y al enfermo y a esas cosas que ayudan en los descubrimientos; en mi caso, fueron más o menos tempranos. Yo creo que en segundo de secundaria ya mis primas me habían enseñado todo lo

que debía enseñarse; no pretendo haber sido muy despierto, pero sí pertenezco a la generación de “la puntita nada más”.

### ¿HAY ALGÚN OTRO PLACER QUE SE NOS ESTÉ QUEDANDO FUERA DE LA LISTA?

Viajar, los paisajes, el mar que siempre me gustó mucho. Cada vez que me llevaban al mar la gozaba enormemente. También la conversación, aunque los adultos que me rodeaban no eran especialmente estimulantes; después los amigos, la convivencia social, siempre me gustó todo eso.

### ¿FUE UN ADOLESCENTE EXTROVERTIDO?

Sí, bastante extrovertido. Los momentos de timidez e inseguridad fueron eso, momentos, nada más. Había una Academia de Oratoria que organizaba concursos, la dirigía un jesuita español; nos enseñaba cómo pararnos en la tribuna, cómo mover los brazos y entonar la voz; a mí no me costó trabajo porque tenía la voz más o menos educada, y me permitía participar en los concursos; ya había pasado la temporada de los “gallos”, tenía una voz de adulto y me acuerdo que mi primer discurso fue sobre la guerra, sobre el avance de los ejércitos aliados; un discurso dramático, y gané el concurso de la clase. A raíz de eso la oratoria se volvió muy importante.

¿FUE UN DISCURSO QUE DICTÓ A TODO EL COLEGIO O SÓLO A SU GRUPO?

A todo el colegio. Mi abuela estaba sorprendida, porque si bien no era un chico cohibido, tenía algunos aspectos de timidez, precisamente por la soledad, por la orfandad; esto me hacía un poco cohibido, pero, sin duda, lo que me quitó esa actitud fue la oratoria. Cuando me enfrenté al micrófono y sentí al público enfrente, no sólo no me pasó nada, sino como dicen los taurinos “me crecí al castigo”; desde ese momento la oratoria fue mía, y fui capaz de verdaderos horrores retóricos.

¿CUÁNDO EMPEZÓ SU GUSTO POR APRENDER IDIOMAS?

Desde chico tenía facilidad para la clase de inglés; me gustaban mucho los idiomas, tenía gran interés por ellos. En el cine a veces hacía el ejercicio de no ver los subtítulos (hubo una época que en el país se doblaron todas las películas, ¡una época horrible! Después, afortunadamente, se volvieron a subtitular). Siempre tuve curiosidad por las lenguas.

¿EL PRIMER IDIOMA QUE ESTUDIÓ FUE EL LATÍN?

Latín y griego clásico, y luego inglés.

## ¿QUÉ OTROS IDIOMAS HABLA?

Hablo las lenguas romances: italiano, portugués, francés, y un poquito de rumano, y griego; fui embajador siete años y medio en Grecia, ¡así que por más tapado que fuera tenía que aprender algo de griego!

## ¿DÓNDE ESTUDIÓ LA PREPARATORIA?

En el mismo colegio de los jesuitas, el Instituto de Ciencias; era un edificio distinto del de la secundaria, y teníamos también derechos distintos, había un casino inclusive; ahí empecé a fumar. Me subía a la bicicleta y daba la vuelta a la manzana fumando para que no me cacharan. Cuando mi padre iba a Guadalajara, o cuando íbamos a México, yo le robaba sus cigarros; tremendamente duros, muy fuertes, un tabaco negro con boquilla de ámbar según decían, y eran muy elegantes. También me gustaban mucho los que se llamaban Rusos, se presionaban de un lado y del otro en una larga boquilla que estaba integrada al cigarro. Y después, ¡lo que cayera!: Carmencitas, Tigres, Alas, recuerdo otras marcas de la época: Montecarlo, Casinos, Del Prado, Belmont; y cuando se podía, cigarros norteamericanos. Siempre me gustaron mucho los Lucky Strike, los Camel y los Chesterfield; todos sin filtro. Llegaron a México terminada la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos vendió muchos sobrantes de guerra, comprábamos, por ejemplo, insignias de la marina, de la aviación, chamarras militares o botas. Así que andábamos disfrazados de militares gringos. De igual manera llegaban con cierta periodicidad cigarros que se conseguían no tan clandestinamente, pero que eran caros, definitivamente un lujo.

## ¿EN ESTA ÉPOCA INICIÓ SU PREOCUPACIÓN POLÍTICA?

Sí. Tengan en cuenta que venía de una familia sumamente católica y hasta cristera. Mi abuela era una mujer muy creyente que suavizaba su religiosidad con su capacidad irónica, eso le permitía no sólo ser tolerable sino hasta gozable: su sentido del humor y sus sarcasmos de alguna manera permeaban tanto su personalidad como la parte religiosa siniestra de los Altos de Jalisco donde Dios era el Dios castigo, el Padre terrible. Lo anterior se matizaba con ciertas creencias que ella tenía, por ejemplo, le rezaba muchísimo a Santa Rita de Casia que era abogada de imposibles, a San Pascual Bailón, el patrón de los cocineros, y decía que si hacías un acuerdo te avisaba el día de tu muerte con tres golpes en la cabecera de la cama.

Era, en fin, la religión-castigo de los Altos de Jalisco basada en el sentimiento de culpa, que es una de las formas por las cuales la Iglesia católica controla a sus fieles, además del miedo y la muerte. Las religiones tienen un rasgo esencial: hay que creer en la resurrección de la carne, si crees no tienes dudas, pero si no crees, no puedes ser religioso, o eres un religioso con dudas fundamentales. Hay una hermosa novela de Miguel de Unamuno que se llama *San Manuel Bueno, mártir*, que trata sobre un cura de pueblo en España, cuya parroquia estaba cerca de un lago, y que de repente pierde la fe. Dice Unamuno que cuando rezaba: “creo en la resurrección de la carne”, sentía que su voz se hundía en las aguas del lago, pero nunca les dijo a sus fieles que había perdido la fe para que ellos no la perdieran, y se lo guardó como una angustia estrictamente personal.

Yo era religioso, aunque no pertencí a ningún grupo militante; medio me asomé a una cosa que se llamaba La Legión o Base, que era la base civil del sinarquismo, pero ¡me ganó la risa!, porque me invitaron ¡y estaban con capirotes y con máscaras! Había un Cristo y todo estaba a oscuras, y uno tenía que dar un nombre bíblico, y a mí el único que se me ocurrió fue ¡Holofernes! Tuve que hacer un juramento que era una frase del padre Castiello que decía: “Debemos construir la Jerusalén eterna con barro mexicano”, y otra frase del padre Vértiz, que era uno de los grandes oradores jesuitas de la época, un hombre terrible, la frase es espantosa. Decía: “En México lo que no huele a incienso huele a mierda”.

Muchos de los maestrillos o de los sacerdotes jesuitas habían estado en la guerra en España, y el colegio, a pesar de las limitaciones del artículo tercero, pagaba sus mordidas a los inspectores y muchos de los políticos oficiales tenían a sus hijos estudiando en él, así es que la doble moral mexicana de cerrar un ojo e informar que era una agrupación de profesores libres, salvaba la vida de la escuela.

El sinarquismo no me gustó porque sus teorías eran muy elementales, se parecía a la Falange española, y ya le tenía una especie de alergia.

## ¿POR QUÉ?

Por los parientes, que al ser cristeros, eran personas con una religiosidad muy violenta.

Entonces el Partido de Acción Nacional (PAN) me interesó. Era un partido de centro-derecha en esa época. Los fundadores eran personas sumamente cultas. Figúrense ustedes, ¡el PAN con personas sumamente cultas! El fundador en Jalisco era Efraín González Luna, quien tradujo de Claudel *La Anunciación a María, El Viacrucis* (que por cierto lo poníamos con los Cómicos de la Legua y creo que de vez en cuando lo repiten), y también tradujo a Joyce. Fue compañero de Jacques Maritain en la redacción de las conclusiones del Congreso de Cultura Católica que se celebró en Washington. Era un hombre notable, fue candidato a la Presidencia de la República en 1952.

En esa época el PAN no tenía el proyecto de llegar al poder. Su fundador Manuel Gómez Morín fue hombre notable por todos sus hechos: rector de la UNAM a los 36 años, fundador del Banco de México, uno de los grandes caudillos culturales de este país, y un hombre católico, pero católico liberal. Siempre fue partidario de la separación entre la Iglesia y el Estado porque la consideraba benéfica para las dos instancias.

Había otras personalidades notables: Manuel Herrera y Lasso, que era un gran orador, Aquiles Elorduy, Manuel Samperio, Gustavo Molina Font, entre muchos otros. Yo también creo que la figura de Gómez Morín al principio atrajo a algunos empresarios.

Se funda al terminar el régimen cardenista en 1939, y es una reacción de lo que podríamos llamar la burguesía –ya como clase en proceso de convertirse en dominante–, a las nacionalizaciones de Cárdenas y a la educación socialista preconizada por él. Inclusive la reacción de muchos de estos empresarios, en connivencia con Estados Unidos, impidieron que fuera candidato a la Presidencia el lógico sucesor de Lázaro Cárdenas: el general Francisco J. Mújica, quien fue constituyente y una persona de izquierda que conocía muy bien el pensamiento de Marx, y hubiera llevado adelante las reformas de Cárdenas, pero estos grupos empresariales y Estados Unidos consideraron que Mújica era muy avanzado en sus ideas y se cerraron en banda. Cárdenas quería una transición pacífica, y lograron que “nombrara” su sucesor a Manuel Ávila Camacho –recuerden que era la época en que el presidente imponía el “dedazo”–. Ávila Camacho era un hombre bonachón, con un hermano terrible: Maximino, un político corruptísimo, y asesino. Lo primero que hizo don Manuel al llegar al poder fue declararse creyente, lo cual tranquilizó a muchas personas y permitió que el PAN, en sus primeros años, se convirtiera en un partido político convencido de que no podía ganar; las elecciones estaban amañadas, se sabía quién iba a ganar antes de que hubiera candidatos del PRM (posteriormente denominado PRI). Por eso, Gómez Morín hablaba de “brega de eternidad”, y González Luna decía “hay que mover las almas”.

Al ser el PAN un partido de centro-derecha, ahí encontré más o menos los equilibrios que buscaba y muy pronto me convertí en orador oficial. En la campaña de González Luna, en 1952, participé como propagandista. Estaba muy chico todavía pero recorrimos parte del país. Después fui nombrado jefe juvenil del PAN en Jalisco, y tratamos de inclinar a toda costa al partido hacia la izquierda cristiana.

## ¿TOMANDO QUÉ PARTIDOS O PAÍSES COMO EJEMPLO?

Aquí en América Latina, al Partido Demócrata chileno con Eduardo Frei, y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) de Venezuela, con Rafael Caldera. En el caso de Europa, el Partido Demócrata Cristiano italiano y en particular dos figuras de ese partido: Dom Sturzo, un sacerdote fundador de los partidos populares en el Viejo Continente (partidos que tenían una denominación religiosa, es decir, que estaban muy cerca de la Iglesia católica o de algunas Iglesias evangélicas), y sobre todo Alcide de Gasperi, quien fue primer ministro italiano después de la guerra y fundamental para la Iglesia católica; por eso movilizaron a toda su gente, hasta las monjas de clausura salieron del convento a votar, porque era casi seguro que el Partido Comunista iba a ganar, entonces hubo una movilización vaticana tremenda y por unos cuantos votos ganó De Gasperi, es decir, la democracia cristiana, y fue nombrado jefe de Gobierno. Un hombre honrado a carta cabal, buen ideólogo, inteligente y que murió en la pobreza.

En el caso de Alemania seguimos sobre todo la figura de Konrad Adenauer, el viejo, “Der Alte”, fundador de la Democracia Alemana quien logró, a través de ella, tranquilizar un poco el panorama germano después de la guerra.

En esa época se vino la campaña de Luis H. Álvarez a la Presidencia de la República. Yo había terminado la prepa y estaba estudiando Derecho, pero ya daba clases en la prepa de los jesuitas (fui maestro a un año de salir de la preparatoria), daba clases de Literatura Universal y Mexicana; gran parte de mis alumnos eran un año o dos menores que yo. Estamos hablando de 1958. Renuncié a mis clases, y Manuel Rodríguez Lapuente, los hermanos Ignacio y Carlos Arriola, y yo le hicimos la campaña a Luis. Recorrimos toda la República en una época en la que estaban todavía vivos los caciques, y caímos en la cárcel varias veces.

## ¿POR QUÉ?

Porque consideraban que estábamos promoviendo la desobediencia social y a la cárcel íbamos a dar. Estaba ya dedicado de lleno a la política. Me tocaron también balas muy cercanas.

Déjenme contarles un poco de Manuel Rodríguez Lapuente. Se vino conmigo a Querétaro, daba clases de Derecho y fue un profesor muy querido en la UAQ. Cuando nos corrieron se fue a Guadalajara como maestro y allá murió. Una de las bibliotecas de la Universidad de Guadalajara lleva su nombre. Tiene una muy buena *Historia de Iberoamérica* publicada por Espasa Calpe, donde toca cuestiones de Derecho, Economía, etcétera. Fue uno de los hombres más inteligentes que conocí. Había padecido poliomielitis y usaba muleta; tenía mucha gracia y un sentido del humor maravilloso.

Les comparto una anécdota: estábamos una vez en un mitin en un pueblo llamado Madera, en Chihuahua; llegaron los pistoleros del cacique del pueblo y empezaron a disparar. Dispararon contra la gente, y entonces uno de los oradores (muy prosopopéyico y pomposo), el *Gordo Prieto*, les dijo: “¡No disparen contra el pueblo, disparen contra nosotros!”, y Manuel le contestó: “¡Gordo, no violentes la voluntad de esos señores, deja que disparen para donde quieran!”

## ¿Y SU ABUELA?

Ella vivía muy preocupada, aunque por otra parte sabía que la política era mi vocación.

## ¿QUÉ ERA LO QUE BUSCABAN SI YA SABÍAN QUE NO IBAN A GANAR?

Mover las almas, crear una vocación democrática que sabíamos iba a tomar mucho tiempo, aunque le llevó menos años al PAN llegar a la Presidencia, pero esto fue su desgracia porque desde el momento en que ocuparon puestos públicos cayeron en la corrupción, y ésta mezclada con la incompetencia es lo que ha caracterizado a la mayor parte de los Gobiernos panistas. Al PAN actual, yo, sinceramente, no lo entiendo, creo que es un organismo tan corrupto como el PRI, que tiene como propósito llegar al poder y se acabó.

Su doctrina fundamental está emparentada con la doctrina social de la Iglesia católica a través de varias encíclicas: *Rerum Novarum*, de León XIII (1891); *Quadragesimmo Anno*, de Pío XI (1931), y una encíclica más de Paulo VI, *Populorum Progressio* (1967).

Acuérdense de que la *Rerum Novarum* decía claramente: “no habléis a los obreros de cielo mientras tengan el estómago vacío”. Si buscan las bases de la Teología de la Liberación, las encontrarán en esas encíclicas, que contienen una enorme preocupación por lo social, lo económico, lo humano, en general, y en particular, por la humanización de la Iglesia, siempre interesada en el poder.

Basta recordar la historia fatal de la Iglesia católica en México: se opuso a la Independencia, se opuso a la Reforma y también a la Revolución. La jerarquía eclesiástica invariablemente está del lado del poder, aunque sí ha habido excepciones; pienso en los teólogos de la Liberación, como don Samuel Ruiz, y en algunos dominicos, como el obispo Raúl Vera y fray Miguel Concha; y en otra época, Iván Ilich, Gregorio Lemercier, Méndez Arceo y su grupo de Cuernavaca.

Toda esta problemática yo la manejaba con dificultad, porque teníamos mucha confianza en las encíclicas y en la democracia cristiana, y queríamos llevar al PAN hacia la izquierda cristiana que ya existía en Chile.

## ¿ESTO ERA POSIBLE?

No se podía, sencillamente porque la Constitución prohibía mencionar una religión en el nombre de un partido. Tampoco podíamos relacionarnos con la democracia cristiana porque también estaba prohibido por la Constitución establecer ligas con Internacionales (éste es el motivo por el que el Partido Comunista fue prohibido durante tantos años). Lo que sí podía haberse hecho era inclinar la doctrina del PAN hacia la izquierda; ese era el propósito nuestro, hacer –por ejemplo– una mejor distribución del ingreso. Después de la campaña de Luis H. Álvarez me nombraron jefe nacional juvenil del PAN, y desde esta posición intenté la inclinación del Partido hacia la izquierda cristiana.

Por esa época triunfó la Revolución Cubana y Manuel Rodríguez Lapuente y yo nos fuimos a La Habana. Teníamos un amigo que había muerto y había sido líder estudiantil cubano, el *Manzanita* Echeverría, a quien recuerdo muy bien. Fidel Castro ya había entrado a La Habana y había empezado a gobernar. Todos estábamos ilusionadísimos con Fidel. Nos trasladamos a la capital cubana y Rodríguez Lapuente y yo tuvimos una larguísima entrevista con él. Castro sabía a lo que íbamos: a hablar del PAN y de nuestros propósitos; simplemente simpatizó con el proyecto, no había posibilidades de ayuda económica, simple y llanamente sólo de apoyo moral.

Lo que hicimos fue apoyar a Demetrio Vallejo y a Valentín Campa en la huelga de los ferrocarrileros. El sector juvenil del PAN participaba en todos sus mítines, ¡y vino otra racha de cárceles! Caí en la de Mexicali acusado de disolución social y estaba aterrorizado porque eran cuarenta años de castigo. Era un verano de cincuenta grados. Les caíamos bien a los prisioneros de otros delitos que nos protegían y nos aventaban baldes de agua, cosa que agradecíamos muchísimo. Y después de un mes, por fin López Mateos me amnistió.

Salí y regresé a Guadalajara. Había dejado la carrera en el cuarto año, me faltaba uno para terminar. Mi padre estaba viviendo ya en Querétaro pues se casó con Mary, que era de Amealco y vivía en la capital queretana con sus tres hijos. Me dijo: “Vente y terminas aquí la carrera de Derecho”.

Llegué a la UAQ en la época del licenciado Fernando Díaz Ramírez, que fue siempre muy amable conmigo. Era arbitrario, peculiar, pero con enormes valores; yo creo que el principal fue su amor a la Universidad. Me inscribí para terminar en Querétaro el último año de la licenciatura en Derecho.

El licenciado Díaz me nombró director de Difusión Cultural. Abrí la Academia de Oratoria, y fundé los Cómicos de la Legua siendo estudiante.

## ¿POR QUÉ EL LICENCIADO FERNANDO DÍAZ RAMÍREZ LO NOMBRÓ DIRECTOR DE DIFUSIÓN CULTURAL?

Yo creo que por mis antecedentes como orador y cosas por el estilo; debe haber pensado: “Este hombre puede ayudarme”. Hasta ese momento no había Difusión Cultural. Creo que me pagaban trescientos pesos al mes como director.

En esa época ya era novio de Lucinda. Iba a México constantemente porque era todavía líder juvenil del PAN. Venía a Querétaro entre semana y el fin de semana me regresaba a la capital.

## ¿CÓMO CONOCIÓ A LUCINDA?

Yo vivía en Guadalajara y en ocasiones venía a Querétaro, no con demasiada frecuencia pues el traslado era difícil, se hacían diez horas en camión así que era toda una aventura; de Guadalajara a México se hacían dieciséis; había que irse por Pachuca o por Toluca en los Corsarios del Bajío donde cabían nueve o doce personas.

En Querétaro, mi hermana Raquel me hablaba mucho de ella; eran compañeras de escuela en el Instituto Plancarte, y me la presentó afuera de La Mariposa, que en ese entonces estaba en la calle de Juárez. Yo la veía pasar a una velocidad supersónica, tenía el cabello corto, me acuerdo muy bien de sus tobilleras blancas.

Pensé: “Creo que le caigo a esta dama”, pero pasaron varios meses hasta que regresé a Querétaro. Estuve en un mitin en apoyo a la autonomía universitaria y terminando el evento nos fuimos a La Flor de Querétaro, Raquel, Lucinda y yo, que estaba muy cansado, pues la oratoria conlleva mucha tensión emocional e intelectual. Después nos vimos varias veces y en El Jacal le dije que me gustaba mucho y le pregunté directamente si quería ser mi novia. Me respondió que me contestaba ¡un año después! Yo no podía esperar tanto y me dijo que nos veíamos una semana más tarde. Ella se fue unos días a México; yo asistí a un mitin de Vallejo y de ahí a Mérida, directamente a la cárcel.

A mi papá le gustaba mucho Lucinda para novia mía, y andaba de alcahuete al igual que mi hermana Raquel. Mi padre la buscó para decirle que estaba en la cárcel. Después de toda mi aventura y haber estado exiliado en Belice pude regresar y me dio el sí. Estuvimos de novios dos años y después nos casamos. No hubo la tradicional petición de mano; sí le di anillo de compromiso. Ahorrábamos para los cubiertos, las sábanas y todo lo demás. Compramos en una feria de muebles una sala en mil pesos, y después la pusimos en nuestro departamento de la calle de Atlixco.

Nos casamos en Santa Rosa, donde nadie se casaba y no existía la plazuela, el 22 de octubre de 1960. En ese atrio hacíamos las funciones de los Cómicos de la Legua, y en una de sus bancas nos sentábamos a platicar y a besarnos; esa fue la razón por la que le propuse que nos casáramos ahí. La recepción fue en la casa de los padres de Lucinda. La pintaron de arriba abajo, y su mamá cocinó durante días y días. El viaje de bodas fue a Puerto Vallarta, aunque primero pasamos a Guadalajara a ver a la abuela, que hablaba con pájaros creyéndolos ángeles. En su casa nos quedamos una noche, y de regreso varios días. De Guadalajara volamos en la aerolínea Fierro, donde te amarrabas con un mecate y en la mitad posterior de la nave había puercos. Llegamos al hotel Rio que acababan de inaugurar, y había una parte que seguían construyendo. Puerto Vallarta era una selva maravillosa; en la playa comíamos pescado asado en unas varitas, los pescadores hacían su fuego y ahí los ponían dándoles vuelta cuidadosamente; aun me deleito con el recuerdo de su sabor.



Hugo y Lucinda el día de su boda en la iglesia de Santa Rosa de Viterbo. 22 de octubre de 1960. [Fotografía: Archivo familiar]

Vivimos seis meses en México; yo trabajaba en el despacho de Gómez Mont, pero me cansé del derecho muy rápido, sobre todo del derecho penal y de las porquerías que la justicia hace en nuestro país, así que dije: “¡Esta profesión, al carajo!”.

## CUÉNTENOS CÓMO FUE ESE MOMENTO ENTRE EL AMOR Y LA MILITANCIA POLÍTICA.

Me acuerdo de que yo tenía que ir a Mérida a un mitin vallejista. Para ese momento ya estaba muy interesado en Lucinda. Antes les conté que fuimos a El Jacal, que en aquella época tenía una alberca de aguas termales, se hacían fiestas y se jugaban bolos. Era el lugar de reunión de las familias de Querétaro, y ahí le pregunté si quería ser mi novia; me dijo que me resolvía después. Me fui a la Ciudad de México y de ahí a Mérida. Llegando a Mérida me agarraron en el aeropuerto y me metieron a la cárcel, donde estuve ocho días; recuerdo que las pulgas formaban hileritas; parecían hormigas, pero eran pulgas. Nunca había visto tantas juntas en mi vida; fue muy angustiioso, no se podía dormir. También me acuerdo de algo sumamente grosero. Resulta que me metieron a la celda donde estaban los homosexuales, travestis, etcétera, que fueron conmigo encantadores, amabilísimos, no intentaron nada en absoluto sino que me protegieron. Estaba en la crujía “J” y durante la noche muchas veces oí la voz de un ebrio que decía algo espantosamente vulgar: “¡A esos de la ‘J’ les gusta la pescuezona!” Pasaban unos minutos y gritaba lo mismo. Estábamos realmente muy molestos por tanta gritería. Afortunadamente, a la noche siguiente se calmó.

Me metieron ahí seguramente por molestarme, para que me hicieran algo, pero como les digo me protegieron, fueron muy solidarios. Al octavo día salí gracias a los buenos oficios de un diputado: Eduardo José Molina, a quien recuerdo con verdadera gratitud. Salí de la cárcel, me fui al hotel, me metí a la tina para darme un baño con todo y desinfectante para el pelo. Salí a cenar unos salbutes y panuchos a la Plaza Grande. De repente se me acercan dos ferrocarrileros de Vallejo y me dicen: “Hay otra vez orden de aprehensión en su contra. Véngase con nosotros”. Hice la maleta en el hotel (es un decir, porque tenía dos camisas), me

subieron a un coche y la emprendimos de Mérida a Chetumal. No había carretera, era sólo terracería. Nos tomó la noche entera caminar hacia nuestro destino. Llegamos a Chetumal y hablé por teléfono a Belice. El primer ministro de ese país, que en aquel entonces todavía pertenecía a la Gran Bretaña, era George Price, un hombre de color, muy relacionado con la democracia cristiana. Le pedí asilo por teléfono y me dijo: “Véngase de inmediato”. Me llevaron los ferrocarrileros a Corozal, frontera con Belice. Me acuerdo muy bien de los soldados negros con bermudas blancas marchando a la inglesa. No tenía pasaporte, enseñé una credencial. Ellos ya tenían instrucciones de Price sobre el asilo.

Estuve un mes en la capital de Belice. Al principio muy bien en el hotel Fort George, que era como de novela de Graham Greene. Después se les acabó el dinero para apoyarme y me pasaron a un hotel más discreto, pero recuerdo mucho a la dueña del lugar, una negra alta, gorda, parecida a Aunt Jemima, la de los *hot cakes*, quien me daba grandes rebanadas de pan con mantequilla holandesa. En aquella época Belice era el lugar donde se compraba mantequilla holandesa, lino irlandés, casimires, whisky, etcétera, era un centro de contrabando para Guatemala y Yucatán.

Al mes de estar en Belice hablé por teléfono con Manuel Rodríguez Lapuente y me dijo: “Vallejo y Campa están en la cárcel, ya se acabó el movimiento. Puedes regresar”. Así lo hice, estuve en México unos días, me trasladé a Querétaro y le pregunté a Lucinda que si siempre sí, que qué había pasado, ¡y me dijo que sí! Que no me oiga, pero me parece que con poco entusiasmo, y cómo no, ¡si este señor se la pasaba en la cárcel! Me da la impresión de que no me dijo que sí enamorada, sino que pensó: “A ver qué pasa con este orador que tiene tantas aventuras”.

## ¿CÓMO INICIÓ SU INTERÉS POR LA POLÍTICA?

Leía el periódico y también por un amigo, Ignacio Arriola, que era hijo de un amigo íntimo de Efraín González Luna. Por ese camino entré al PAN.

Después de haber sido jefe juvenil del PAN y ya estando casado me presenté como candidato a diputado por Tacuba y, ¡qué raro!, me robaron el triunfo. Mi contrincante era ni más ni menos que Joaquín Gamboa Pascoe; después del fraude fui a defender mi caso a la Cámara de Diputados, hice un discurso que decía Reyes Heróles que le había enchinado el cuero. Yo creo que fue un discurso especialmente virulento; les dije que era un honor que me contestara “el pastor de la borregada”.

El presidente del Comité Nacional del PAN, que era Adolfo Christlieb Ibarrola, nos reunió a Manuel Rodríguez Lapuente, a Carlos Arriola y a mí para decirnos que ya era imposible, que era incompatible nuestra acción con el partido. “Apoyaron a Vallejo, fueron a ver a Fidel Castro a Cuba, andan con lo de la Democracia y la Izquierda Cristiana. Aquí ya no se puede. Ya no hay lugar para ustedes”. Entonces entregamos la renuncia. Salió una caricatura en el *Excelsior* que se tituló “Cuando los nietos se van”. En ella estaba sentado Gómez Morín sobre una mesa donde había una barra de pan y Manuel Rodríguez Lapuente salía hacia la derecha con un letrero que decía “Democracia Cristiana” y yo salía hacia la izquierda con un otro que decía “Pensamiento marxista”. Sin embargo, Manuel y yo seguimos trabajando juntos un tiempo. Luego, él dejó esto y yo me fui a Roma como agregado cultural. Pero para esto falta que les cuente un antecedente.

El padre de Diego Fernández de Cevallos era militante del PAN. Un hombre no de extrema derecha sino de extremísima derecha. Cuando yo renuncié al PAN publicó un artículo en *Amanecer* –que era el periódico de Querétaro–, hablando de la falta de solidez de mi posición política, de mi frivolidad. Yo le contesté burlándome. Contesté no sólo irónico sino también sarcástico, y esto indignó a sus hijos, particularmente a Diego. Un día al terminar una función de los Cómicos de la Legua en San Juan del Río salí rumbo al coche y de repente me encontré con unas escopetas que me apuntaban y sentí un latigazo en la espalda. Era Diego

Fernández de Cevallos con sus hermanos. Diego me gritó: “¡A mi padre no lo insulta ningún hijo de puta!”, y empezó a golpearme con un látigo para mulas mientras los hermanos me apuntaban con la escopeta. En un acto reflejo yo levanté el pie y seguro que le pegué en los testículos porque se hizo para atrás. ¡En ese momento salieron los Cómicos con sus espadas y sus lanzas de utilería a salvarme la vida! Se fueron él y sus hermanos y yo, maltrecho, rumbo al coche. Tenía golpes fuertes.

## SEGURAMENTE A LO LARGO DE LA VIDA SE HA VUELTO A ENCONTRAR A DIEGO FERNÁNDEZ DE CEVALLOS, ¿QUÉ PASÓ?

Sí, una vez vino a verme aquí a la casa de mis suegros, después de no sé cuántos años para agradecerme que no hubiera utilizado en su contra la historia de los latigazos, y para pedirme disculpas; disculpas que acepté, por supuesto. Nos dimos un abrazo, se fue y desde entonces no me lo he vuelto a encontrar.

## ¿CUÁNDO PASÓ ESTO?

Después de su campaña para la Presidencia de la República. Por eso agradeció que no hubiera yo utilizado lo de la golpiza para “golpearlo” políticamente. Me pareció que no venía al caso hablar del tema; hasta ahora lo estoy haciendo. Durante mucho tiempo me lo guardé, aunque en Querétaro se sabía la historia porque corrió como reguero de pólvora.

## ¿Y QUÉ PASÓ DESPUÉS DE LA GOLPIZA?

Al día siguiente se recibía a López Mateos que venía a visitar el estado y la Universidad. El gobernador era Manuel González Cosío. López Mateos hizo un magnífico discurso en la Universidad, y al terminar

se me acerca Humberto Romero que era su secretario particular y me dijo: “El presidente quiere que desayune con él pasado mañana en Los Pinos”.

Fui a Los Pinos y me dijo en pocas palabras: “Hugo, ponga usted distancia; la extrema derecha nunca es inventada, le puede pasar algo, presente el examen y váyase al extranjero como diplomático”.

López Mateos era un hombre ecuánime y sabía que era mejor cooptar que perseguir a los intelectuales. Entonces encontró una buena manera de hacerlo conmigo a través de Relaciones Exteriores. Me fui a Roma en calidad de tercer secretario pero acreditado como agregado cultural. Ya habían nacido mis hijas Lucinda y Fuensanta, y Lucinda iba embarazada de Mónica, quien nació en la capital italiana.

¿QUÉ PUESTO TENÍA EN ESE MOMENTO EN LA UAQ?

Director de Difusión Cultural.

¿ENTONCES PRIMERO SE FUE A ROMA Y DESPUÉS REGRESA PARA SER RECTOR?

Exacto. En Roma vivimos casi tres años y estando de vacaciones en Querétaro me pusieron en la terna de candidatos para la Rectoría, y gané por mayoría; sólo hubo un voto en contra. Me habló el gobernador. En aquella época –como



Al micrófono y en el centro de la imagen, el primer ministro de Italia, Giovanni Leone, durante la inauguración de una exposición pictórica de Raúl Anguiano. A la derecha de la fotografía y de brazos cruzados vemos a Hugo y a su lado al maestro Anguiano.

[Fotografía: Archivo familiar]

ahora– los mandatarios tenían muchos aspectos determinantes en la vida de las universidades por tener el manejo del dinero.

Manuel González Cosío me dijo: “Te han nombrado rector, ¿aceptas?”, le contesté: “Claro que sí. Sí acepto”. Entonces tomé posesión de la Rectoría. Lucinda se regresó sola a Roma a desmontar la casa y me quedé en Querétaro con las tres niñas, en la casa de sus padres. El embajador Rafael Fuentes, papá de Carlos, nunca le creyó a Lucinda que yo me había ido de vacaciones sin saber que sería nombrado rector, y que me habían elegido después.

¿DESPUÉS DE SU PLÁTICA CON EL PRESIDENTE LÓPEZ MATEOS, NUNCA LE PASÓ POR LA CABEZA ENTRAR AL PRI Y PENSAR QUE QUIZÁS DESDE DENTRO PODÍA CAMBIAR EL SISTEMA?

Me invitaron, efectivamente, pero no, nunca acepté; la diplomacia me pareció una buena salida porque la política exterior de México era muy acertada, muy coherente; yo creo que éramos uno de los países con mejor política exterior, y también me permitía vivir en el extranjero, conocer gente, escuchar otras voces y mirar otros ámbitos. La militancia política en el PRI nunca me interesó, nunca pertenecí a ese partido.

¿ALGUNA VEZ SE IMAGINÓ INGRESAR AL SERVICIO EXTERIOR MEXICANO?

No, hasta que me lo planteó López Mateos; a mí no se me había ocurrido, aunque conocía la vieja tradición mexicana de los intelectuales diplomáticos, empezando por Manuel Eduardo de Gorostiza, siguiendo por Manuel Payno, luego Amado Nervo, Jaime Torres Bodet, José Gorostiza, Francisco de Icaza, Gilberto Bosques, y después Octavio Paz, Carlos Fuentes, Alfonso Reyes; sería larguísima la lista de intelectuales que

encontraron en la diplomacia un *modus vivendi* que les permitía viajar, conocer el mundo y servir al país, a una política exterior que yo siempre consideré coherente y clara. Defendimos a Etiopía cuando las tropas italianas invadieron su territorio, por eso ese país nos quería tanto, porque la única voz que se levantó en su defensa en la Liga de las Naciones fue la voz de México. Fuimos los primeros en tener relaciones con la Unión Soviética, ellos nos enviaron a una magnífica embajadora, la primera en nuestro país, Madame Alejandra Kollontai, una mujer fundamental en la historia del feminismo.

Luego rompimos con el Gobierno soviético cuando invadió Finlandia; estuvimos del lado de España cuando la dictadura de Franco, y también tuvimos refugiado a Sandino. México fue, gracias a su política exterior, el lugar de refugio de los intelectuales latinoamericanos, como Rómulo Gallegos y Andrés Bello. Prácticamente, todos los literatos guatemaltecos estuvieron en nuestro país. La literatura guatemalteca se escribió aquí, piensen en Monterroso, Monteforte, Cardoza y Aragón, y Leyva; todos ellos trabajaron aquí. El chileno Pablo Neruda también estuvo en México un tiempo.

Era un país abierto, recuerden la historia del exilio español en la que apoyamos a la República hasta el final. Recibimos a miles de refugiados españoles, de los cuales la mayor parte eran intelectuales muy valiosos. Imagínense que un país le pasa su élite a otro. Fue una transfusión “de sangre” muy importante.

Los mejores poetas de España se vinieron para acá, los mejores pedagogos de la Institución Libre de Enseñanza, que fundaron aquí el Luis Vives, el Madrid, el Ruiz de Alarcón, todos colegios que seguían el método de esa famosa institución que había empezado en España bajo el auspicio del presidente Manuel Azaña. Vinieron también médicos notables, técnicos en ingeniería, militares, etcétera. México fue lo suficientemente generoso, gracias en buena medida a la voluntad del presidente Cárdenas, quien les reconoció los títulos académicos únicamente con la presencia de dos testigos.

Después de la historia de los refugiados del exilio español, está la de los refugiados chilenos. Apoyamos a Salvador Allende y a la Unidad Popular hasta el final. Esto yo lo conocí muy de cerca porque fui presidente del Comité de Apoyo a la Unidad Popular; me tocó vivir el golpe de Estado y la muerte de Allende y recibir a cerca de ocho mil refugiados chilenos, también otra vez la élite: los maestros y los intelectuales.

México también se abrió a los argentinos y a los uruguayos cuando la Operación Cóndor; de Uruguay se vinieron todos los de la Camerata de Punta del Este y el grupo de teatro El Galpón, y de Argentina yo creo que la mitad de la Sociedad Psicoanalítica de Buenos Aires se vino para acá. Acuérdense de que Argentina es un país dividido en dos grandes sectores: psicoanalistas y pacientes.



Tras el golpe de Estado y la muerte de Salvador Allende, Hugo (que aparece delante del joven que sostiene la bandera) fue el orador único durante el acto de solidaridad con Chile en el Hemiciclo a Juárez. Ciudad de México, 11 de septiembre de 1973.

[Fotografía: Archivo familiar]

DOCTOR, ANTES DE SEGUIR AVANZANDO, DETENGÁMONOS UN MOMENTO, NOS HAN QUEDADO ALGUNOS TEMAS PENDIENTES, ¿HAY ALGÚN AMOR QUE RECUERDE ANTES DE SU MATRIMONIO?

Sí. Un amor muy profundo por una muchacha francesa llamada Nicole; fuimos novios cinco años y la quise muchísimo. Su mamá no la dejó casarse conmigo, porque era subversivo. No cuajaron las cosas, afortunadamente, ya que después apareció Lucinda. Me presentaron a Nicole en Guadalajara cuando estudiaba secundaria, era bajita, pelirroja, pecosa, de padre y madre franceses. Este tipo de cosas le daban “prestigio” al noviazgo. Era una muchacha encantadora, muy inteligente, buena pianista, también le gustaba mucho la poesía y leer, teníamos varias cosas en común y nos quisimos mucho.

¿Y POR QUÉ TERMINÓ ESA RELACIÓN?

Al quinto año de noviazgo yo me fui a Nueva York a estudiar becado al Actor's Studio, y cuando regresé ella consideró que ya no funcionaban las cosas, que no había cuajado la relación; terminamos y se fue.

¿FUE LECTOR DE FRANCISCO GONZÁLEZ LEÓN?

Sí, él era poeta y boticario de Lagos. Ha pasado a la historia de la literatura como poeta provinciano, cuando en realidad es un poeta de una complejidad casi japonesa y de un enorme refinamiento, que tuvo relación con Georges Rodenbach, el simbolista belga. Don Panchito era un hombre muy frágil, muy delgado, vestido de lustrina negra, con cuello de palomita, corbatín negro y un sombrero de alas anchas; era boticario y

maestro de francés del liceo del padre Guerra en Lagos. Por mi abuela sabía que era poeta y había leído algunos versos de él que me habían gustado muchísimo. Entonces fui a cazarlo a la Plaza de Armas donde se reunía con sus amigos para platicar antes de la comida. Apenas sonaban las campanadas de las dos se levantaban y se iban a sus casas a comer. Yo aproveché en una ocasión para acercarme y le dije: “Señor, yo sé que usted es poeta”. Él me puso la mano en la cabeza y me dijo: “Sí hijito, ¡pero ya no lo vuelvo a hacer!”.

También leí a la Generación del 27: García Lorca, Alberti, Cernuda, con especial entusiasmo a Pedro Salinas. Pero el que más me gustaba de ellos era Lorca, lo leí íntegro, salvo *El público*, que aún no se conocía. Empecé a escribir de alguna manera alentado por esas lecturas. A mí las lecturas me alientan para escribir, y en aquella época mucho más. Escribí unos poemas que se llamaban *El niño y el mar*. Los mandé a los Juegos Florales de Sahuayo, Michoacán, y gané. Me dieron quinientos pesos, una fortuna en aquella época.

### ¿CUÁNTOS AÑOS TENÍA?

Tendría unos dieciocho o diecinueve. Fui a recoger mi premio a Sahuayo. Me acuerdo de que regresé entusiasmado con la promesa de que me iban a publicar; eran varios poemas en torno al tema del niño y el mar, y me percaté de que, sin darme cuenta, había plagiado a Rafael Alberti. No fue un plagio directo, pero sí estaban tremendamente influenciados (buena influencia por cierto), por *Marinero en tierra*, el primer libro de Alberti con el que ganó el Premio Nacional.

Después de eso empecé a escribir poesía más despacio, con más calma, ya buscando la propia voz.

¿EL NOMBRE DE SU HIJA FUENSANTA ES PRODUCTO DE ESTE GUSTO POR LA POESÍA?

Por supuesto; Fuensanta es el nombre de la amada de López Velarde.

¿CUÁNDO SE ENCONTRÓ CON LA POESÍA DE LÓPEZ VELARDE?

Poco después de González León y de Placencia. Me fascinó. Sigue siendo una de mis influencias definitivas; es uno de los poetas que más me ilumina. Su manera de adjetivar, su ternura, su sinceridad, son inmejorables. Rubén Darío decía: “si hay un alma sincera esa es la mía”; yo creo que el poeta tiene que ser una persona sincera si no, resulta difícil que lo sea. Aunque ha habido casos excepcionales de gente insincera que han sido buenos poetas; la mayor parte necesita de esta cualidad porque es un arte muy descarnado, se enseña todo lo que se tiene dentro, la poesía es algo profundamente entrañable. El poeta es un ser esencialmente impúdico, porque se muestra y permite ver a los demás sus aspectos más íntimos y más profundos, están en su trabajo.

En México ha habido poetas excepcionales, como Acuña, López Velarde, Nervo y Sábines que se dan al pueblo, por eso, siguiendo el criterio de Eliot, los llamo “poetas nacionales” porque dan a su pueblo las palabras para expresar el amor, desamor, encuentro, desencuentro y las cosas esenciales de la vida humana, por eso Sábines es tan enormemente popular.

¿ESCRIBIR POESÍA ES UN ACTO GOZOSO O DOLOROSO?

Yo diría que ambos. Por un lado está el delirio por nombrar las cosas, por afirmar lo hermoso que tiene la vida y la naturaleza; y en otros momentos el desasosiego, el descontento, la desilusión, la compasión; yo creo que todos los sentimientos humanos intervienen en el proceso poético.

SABEMOS QUE ADEMÁS DE LA POESÍA, OTRA DE SUS PASIONES ES LA ACTUACIÓN. NOS COMENTÓ QUE ASISTIÓ AL ACTOR'S STUDIO EN NUEVA YORK, ¿CÓMO SE DIO ESTA OPORTUNIDAD?

Presentaron una convocatoria para hacer un diplomado en el Actor's Studio que dirigía en esa época Elia Kazan, pero el gran maestro, el conecedor del método de Stanislavsky era Lee Strasberg. Era un diplomado para estudiantes extranjeros; sólo un diplomado porque la gran mayoría teníamos el hándicap de hablar el inglés con *heavy accent*. Son pocos los casos de actores latinos que han logrado tener acento inglés; un ejemplo notable fue José Ferrer.

Presenté el examen; escogí un monólogo de *Ricardo III*; creo que me salió bastante bien y me aceptaron. Estuve seis meses en la primera parte del curso. Me acuerdo de que mi maestro de voz era Karl Malden, ese magnífico actor de nariz ancha. Me tocó ver de cerca a mucha gente, a Marlon Brando, por ejemplo, no los traté ni mucho menos, pero sí me tocó verlos. A la única que traté fue a Susan Strasberg que era hija de Lee y que ya había hecho *Picnic*, una muy hermosa obra de teatro de Inge que después convirtieron en película, en la cual recuerdo muy bien a Kim Novak y a William Holden en los papeles principales. Vi de cerca a Steve McQueen cuando pasaba por ahí y a Faye Dunaway que era muy jovencita. Me tocó una vez un tumulto y alcancé a ver a Marylin Monroe que pasaba rumbo a la oficina de Lee Strasberg.

La mayor parte de mis compañeros eran latinoamericanos. Terminados los seis meses se acabó mi beca y ofrecían otro diplomado por seis meses más y yo dije: “pues me quedo en Nueva York”. Conseguí un trabajo. Vivía con unos amigos negros que eran actores en pleno corazón de Harlem; creo que yo era uno de los pocos blancos de Harlem, pero se acostumbraron a mí. Era verano afortunadamente así que podía dormir en un colchón en la escalera. Era muy agradable la madrugada, un poco fría pese a que en el día era terrible el calor.

### ¿EN DÓNDE TRABAJÓ?

En un restaurante paquistaní, primero lavando platos. Luego me hice amigo del dueño, le simpatiqué y me enseñó cocina de la India y de Pakistán. Ahí sí progresé, creo que es la única vez en mi vida que he ido progresando poco a poco y logré hacerme cargo del horno del *tandoori* (carne asada al estilo de aquella región del mundo). Era un puesto importantísimo, había que vigilar el horno y su grado de calentamiento y observar las carnes; era una responsabilidad muy seria. Creo que me pagaban como dos dólares la hora. Comía ahí mismo en el restaurante.

Después de aquella experiencia regresé al país y decidí terminar mi carrera de Derecho que había iniciado en Guadalajara. Ya estaba yo en la Ciudad de México y dije: “Pues me voy a Querétaro a terminar ahí mi último año de la carrera”. La ley universitaria permitía que se hiciera un año para obtener el título.

Como ya les había comentado, el licenciado Díaz Ramírez me invitó a hacerme cargo de la Dirección de Difusión Cultural de la UAQ, y desde esa posición fundé una Academia de Oratoria, un Taller de Poesía, organicé muchas conferencias, traje al padre Joaquín Antonio Peñaloza de San Luis Potosí, al canónigo Gallegos Rocafoul para que diera un curso sobre tomismo, invité también a personalidades como José Carlos Becerra y Carlos Monsiváis.

## ¿CÓMO SURGIÓ LA IDEA DE CREAR EL GRUPO TEATRAL DE LOS CÓMICOS DE LA LEGUA?

Un día, terminando las sesiones de la Academia de Oratoria, estábamos (entre las personas que recuerdo) Manuel Lozada, *Pancho* Perusquía, *Paco* Rabell, Roberto y Juan Servín, Aurelio Olvera, Enrique Burgos –todos ellos miembros de dicha Academia– y les propuse: “¿Por qué no fundamos un grupo de teatro? Vamos invitando a chicas”, y encontramos a tres muy dispuestas: Carmen Zepeda (muchacha muy atractiva e inteligente que escribía poesía), Lety Iturbe y Senorina Contreras. Con mi experiencia del Actor’s Studio yo me sentía un director muy importante, aunque no era tal, fue todo muy amateur. Había más entusiasmo que pericia, pero poco a poco la pericia se fue dando después de mucho insistir. Se conservaron muchos de los errores, pero se adquirieron algunas virtudes, cosa que sí resulta conveniente para un grupo de teatro.

Hace más de cincuenta y cuatro años presentamos nuestra primera función en el atrio de Santa Rosa de Viterbo. No teníamos iluminación. Un fotógrafo nos prestó dos reflectores y Luis Rabell improvisó un varal con focos de alto poder. Era la época en que no se había construido todavía la plazuela; la calle era angosta y las casas estaban enfrente de la iglesia. En una nos permitieron subir a la azotea para colocar nuestro intento de iluminación.

El vestuario lo diseñamos de la manera más sencilla y con la tela más barata. Unas costureras, las hermanas Beltrán, que tenían su taller abajo de la casa del obispo fueron las encargadas de hacerlo y lo confeccionaron muy bien.

Las primeras palabras en la historia de los Cómicos las pronunció Álvaro Arreola. Pusimos el siguiente programa: *El paso de las aceitunas*, de Lope de Rueda, y después presentamos las *Coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre*. Desde el principio nos interesó la poesía en voz alta. Sergio Padilla, quien se retiró pronto del grupo y que tenía muy buena voz, hacía bien el papel de Don Jorge. *Paco* Rabell hacía de Don Rodrigo Manrique; el día de la primera función lo hizo con gárgaras porque estaba lloviendo y le caía el agua de una canaleta en la boca, entonces el pobre sólo se hacía de un lado para el otro para decir el parlamento.

“La muerte” era representada por una bailarina que dirigió después el grupo de baile de la Universidad, una muchacha muy agradable que se llama María Elena Cisneros. Pusimos también el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz y recuerdo que mi hermana Raquel hacía el papel de “el alma”, Federico Lozada el papel del esposo y Norberto Maya se desempeñaba en el papel de las criaturas, y cerrábamos con el entremés *El Juez de los Divorcios*, de Cervantes, donde actuaban el *Padre* Ugalde (así le llamábamos) y José Antonio Navarrete.

*El Juez de los Divorcios* tuvo mucho éxito, le gustó mucho a la gente y eso que estuvo lloviendo todo el tiempo –moderadamente–, pero nadie se levantó.

De ahí el grupo empezó a crecer y a crecer. Éramos dos directores, me ayudaba Manuel Lozada. En la primera función estuvo con mucho entusiasmo el licenciado Díaz Ramírez, entonces rector; él quería que pusiéramos *Las cosas simples*, de Héctor Mendoza, y le dimos gusto. Pusimos la obra y ganamos el Festival Nacional de Teatro. La presentamos en el Teatro de la República; Roberto Servín hacía el papel de galán (un galán cachetón por supuesto), yo el papel del gringo. También actuaban *Paco* Rabell, *Meche* Olvera y Arturo Montes.

Ampliamos el repertorio con más entremeses de Cervantes, más pasos de Lope de Rueda, encontramos entremeses de Quiñones de Benavente (uno de los grandes entremesistas del Siglo de Oro), algún fragmento de Ruiz de Alarcón, de Quevedo, pero incluimos también Chéjov. Me acuerdo de que *Nacho* Frías hacía el magnífico monólogo titulado *Los estragos que causa el tabaco*, que es delicioso, en donde empieza hablando del tema de los estragos que causa el tabaco, se acuerda de su mujer, y comienza a contarle al público ¡todo lo que sufre con ella! *Nacho* Frías lo hacía muy bien.

Y dijimos: “¿Por qué no montamos farsas francesas de la Edad Media?”, entonces nos acercamos a la Embajada de Francia y comenzaron a ayudarnos para las puestas en escena, de igual manera la gente de la representación diplomática española nos apoyó. Así, empezamos las giras en los barrios de Querétaro; de Santa Ana y San Sebastián guardo especiales recuerdos. Después fuimos a los ejidos, y al poco tiempo se dio

nuestra primera gira fuera del Estado, a Acámbaro. Fue una gira épica: los actores se sentían muy importantes, actuamos en una hacienda porque nos invitó una asociación. Lo que siguió fue viajar sin descanso, viajar además en las condiciones más increíbles, en camionetas *pick up* o autobús, alguna vez sufrí quemaduras de tercer grado por el sol. Viajamos a Mérida, San Cristóbal de las Casas, Mexicali, Tijuana, etcétera.

### ¿ERAN UNA NOVEDAD?

Sí lo éramos. La gente sabía de los entremeses cervantinos de Guanajuato que de alguna manera nos influyeron. Ruelas, que era amigo y un hombre notable por sus esfuerzos y su talento, de alguna manera inspiró nuestro proyecto, pero estaba inspirado sobre todo en La Barraca, el grupo que en la época de la República Española dirigió Federico García Lorca, y en las Misiones Pedagógicas también de la época de la República que dirigieron Manuel Bartolomé Cosío y Alejandro Casona, cuya filosofía era regresarle al pueblo lo que al pueblo pertenecía: el lenguaje y la sabiduría de los clásicos. Entonces para los estudiantes del país era una novedad un grupo como el nuestro. Además pensamos en qué no pasar al teatro del absurdo, que en ese momento estaba de moda en Europa: Ionesco, Beckett, Genet, Adamov, Artaud. Nos decidimos a poner *La cantante calva*, de Ionesco, en el Teatro de la República, una obra sobre la disolución del lenguaje y la incomunicación; obra escrita por Ionesco poco después de la Segunda Guerra Mundial, puesta en definitiva muy provocadora y por otro lado muy cómica (algo había detrás de la obra de Ionesco de los hermanos Marx o de los maestros del cine mudo). Me acuerdo que la única clave (que proporciona el mismo Ionesco) se la dábamos al público al final, cuando uno de los actores preguntaba: “¿Y la cantante calva?”, se hacía un silencio y contestaba otro: “Se sigue peinando de la misma manera”.

Fue paradójico poner esta obra en el Teatro de la República, lugar donde se habían celebrado las reuniones del Congreso Constituyente y en el que tanto brilló la oratoria y el lenguaje, porque *La cantante calva* es, justamente como lo señalaba antes, una obra sobre la disolución del lenguaje y el sinsentido de éste. Espero que los lacanianos entiendan este aspecto del discurso.

La estrenamos en lengua española, por eso unos años más tarde fue Ionesco a Querétaro; le llamó mucho la atención el que se hubiera puesto tan temprano en América Latina; permaneció en la ciudad varios días y habló mucho con los Cómicos, especialmente con *Paco Rabell* que fue su anfitrión.

Recuerdo que llevamos *La cantante calva* a Toluca, y *Las coplas de Jorge Manrique* a Hermosillo.

## ¿LES PAGABAN VIÁTICOS?

Nos pagaban invariablemente viáticos, nos daban una ayudita económica, cuando no era así pasábamos la capa, la gente aventaba dinero, y nos iba bien; aventaban algunos pesitos, pero los muchachos de los grupos estudiantiles que nos invitaban se hacían cargo del hotel y la comida.

En alguna ocasión, en San Cristóbal de las Casas, no les fue bien con la función y no tuvieron para pagar el hotel. Entonces organicé a los Cómicos y les advertí que saldríamos temprano. A la dueña del hotel le dije: “Mire, vamos con el presidente de la Federación de Estudiantes a recoger el dinero. Que un muchacho de aquí del hotel se vaya con nosotros y ahí le entregamos el pago”. La señora me vio cara de gente decente y estuvo de acuerdo. El muchacho se subió a la camioneta y se fue con nosotros. Llegamos a una casa y le dijimos: “Ahorita venimos”. Esperamos un rato, y el muchacho se bajó de la camioneta, circunstancia que aprovechamos para salir corriendo. Yo me quedé angustiadísimo por la buena fe de la señora, pero a los ocho días me enteré de que le habían pagado los de la Federación de Estudiantes.

En otra ocasión salimos muy aprisa de un hotel de Torreón, aprovechamos que murió una persona hospedada ahí, y haciendo el papel de dolientes al lado de la camilla, salimos con nuestras cosas y tomamos el camión rápidamente.

Alguna vez tuvimos que ayunar, y otras veces se nos iban los viáticos en pachangas, pero era preferible la fiesta que la comida.

También nos tocó vivir conflictos estudiantiles. Me acuerdo que un grupo de estudiantes nos invitó a Chilpancingo y el grupo enemigo fue a atacarnos. Yo estaba empezando a decir *Las coplas de Jorge Manrique* cuando cayó una piedra inmensa a mi lado y me pregunté: “¿Y ahora qué hago?”. Pues seguí, y dejaron de apedrear.

En otra ocasión pasó algo muy curioso con Aurelio Olvera, que es muy ingenioso y simpático. Estábamos en el cine de Hércules poniendo varios entremeses y *Las coplas...* Nacho Frías, hombre talentoso, magnífico actor, quien después sería director del grupo, tenía unas piernas muy delgadas y los muchachos de Hércules se dedicaron al deporte de atinarle a sus piernas con resorteras y cascaritas de naranja. Yo veía que brincaba y decía: “¿Pero si esos brincos no están marcados en la puesta en escena?”. Terminando *Nacho* me contó lo sucedido, y entré yo con *Las Coplas...*, cesó el bombardeo. Concluí y les dije: “¿Qué pasó? ¿No que no funcionaba la poesía en voz alta? Los cautivé, se quedaron callados, no me dispararon”, y Aurelio dijo: “Es que no oíste a uno de ellos que gritó: ‘Si tuviéramos parque no estaría usted aquí?’”

Para el grupo de los Cómicos fue muy importante la madre de *Paco Rabell*, quien fungió como nuestra anfitriona: nos daba de comer, nos prestaba la casa para los ensayos y en ocasiones viajaba con nosotros. Era una dama encantadora, una mujer muy alta y gruesa que nos ayudaba a poner las sillas. La nombramos “Presidenta de los Cómicos”.

El grupo funcionaba verdaderamente como un grupo de amigos, pero además se intentaba hacer un teatro serio, y profesionalizar a los actores. Ese fue el proyecto cuando de repente vino mi conflicto con

Fernández de Cevallos en San Juan del Río del que ya les hablé. Y eso hizo que, entre otras razones, el presidente López Mateos me citara en Los Pinos y me fuera a Roma.

Los Cómicos siguieron por su cuenta. Paco Rabell fue director. Empezaron a girar por Centroamérica y Sudamérica e incluso llegaron a Europa. Me acuerdo de que nos encontramos en Madrid; yo viajé de Londres a Madrid para actuar con ellos en el Teatro Español. También fueron a Londres y actuaron en el City Literary Institute; actuaron en París, anduvieron en Brasil, Colombia, Panamá; en fin, caminaron la legua recorriendo el mundo y yo los acompañaba cada vez que podía.

### ¿EL LEMA DE LOS CÓMICOS NACIÓ DESDE LA PRIMERA FUNCIÓN?

No, fue como en la cuarta o quinta. Se daban las tres llamadas y luego se hacía un pequeño prólogo donde se explicaba a las personas la génesis de las obras; dábamos ciertos datos históricos, pero no claves de interpretación porque no las necesitaban (la clase media sí, pero la gente de pueblo nos entendía de inmediato). Sí era necesario, un prólogo para ubicarlos y proporcionarles aunque fuera un mínimo de información. Y un día se me ocurrió decir: “Y aquí ilustre Senado termina el teatro y comienza la vida”, y al final, a la hora de los agradecimientos, lo dije al revés: “Y aquí ilustre Senado, termina la vida y comienza el teatro”. Un lema muy pirandelliano, unamunesco e ibseniano, teatro y vida, la vida como teatro, muy calderoniano; acuérdense de la obra de Calderón que se llama *El gran teatro del mundo* donde menciona que todos somos actores, y al principio, cuando aparece la figura del Creador, dice: “Mortales que aún no vivís y ya os llamo yo mortales, pues en mi presencia iguales antes de ser asistís; aunque mis voces no oís, venid a aquestos vergeles, que ceñido de laureles, cedros y palma os espero, pues aquí entre todos quiero repartir estos papeles”.

Esa es la idea, el mundo como representación teatral. Todos con nuestra máscara, que a veces se convierte en nuestro propio rostro con el paso del tiempo. Y cómo también, a veces, el teatro es una vida más real que la vida misma porque se profundiza más y hay mayor capacidad de reflexión; es un momento en que todas las cargas de la conciencia se liberan y el hombre entra al juego, por eso en francés hacer teatro es “jouer”, y en inglés igual, “to play”.

### ¿ENTONCES LA IDEA DE FUNDAR EL GRUPO NACE EN UNA CONVERSACIÓN?

Sí, en una charla. Desde antes tenía la inquietud y ya les conté cómo terminando una sesión de la Academia de Oratoria dije: “¿Por qué no fundamos un grupo teatral?”. Nos fuimos a Guanajuato a ver los entremeses. Allá tenían un precioso escenario, pero los actores nunca fueron muy buenos, aunque la puesta en escena de Ruelas era muy hábil, aprovechando casas, la iglesia, los faroles, etcétera. Regresamos muy impresionados y dijimos: “Vamos a hacer eso, pero distinto. Tal vez coincidamos en algunos aspectos del repertorio pero vamos a crear nuestro grupo, y vamos a viajar”. Por eso le pusimos “Cómicos de la Legua”, el nombre clásico de las compañías que recorrían la legua con unas cuantas barbas postizas, dos o tres capas y unos velones para que la gente viera la función. Esa es la razón por la que nos llamamos así, y desde el principio nos distanciamos del proyecto de los entremeses, proyecto que por otra parte respetamos mucho y que en buena medida promovió nuestras inquietudes teatrales, además de que yo las traía del Actor’s Studio.

## ¿POR QUÉ ELIGIERON EL ATRIO DE SANTA ROSA DE VITERBO?

Por su enorme belleza y porque era un barrio silencioso; en San Francisco o en la Parroquia de Santiago hubiera sido más complicado. Santa Rosa, además de su belleza y originalidad, tenía y sigue teniendo algo teatral: los mascarones, esos mascarones que rematan los botareles y que sacan la lengua, siguen siendo el símbolo de los Cómicos de la Legua. El escenario era de buen tamaño así que podíamos mover bien las obras y cabían unas doscientas personas en sus sillas sobre la calle que el Ayuntamiento mandaba cerrar, aunque había algunas personas que protestaban

Mi vida además ha tenido muchos aspectos sentimentales en esa iglesia, ahí me casé en la época en que todo el mundo se casaba en San Agustín. Lucinda era una niña bien de Querétaro, y fue la primera que se casó en Santa Rosa. También está en ese templo una mujer a la que admiro enormemente, la monja Sor Ana María de San Francisco y Neve, iluminada por un foco mortecino que apenas permite ver uno de los grandes retratos del Barroco mexicano; además es una mujer de una belleza y una sensualidad tremendas. Es un caso excepcional de pintura religiosa, pues los labios de la monja son... ¡qué Angelina Jolie ni qué ocho cuartos! (Bueno, compite, porque Angelina Jolie los tiene muy bonitos). Yo tengo sobre mi escritorio en mi despacho en *La Jornada* una imagen con un acercamiento a los labios de la monja.

Ella me recuerda mucho a otra monja del poeta de Lagos, González León, al que también le inquietaba tremendamente Sor Asunción, “aquella monja que bajo la toca lleva una boca en forma de corazón”. Y luego era más preciso y decía: “Corazón que es dilución de una escala cromática: el color del labio superior es sonrosado, y rojo ultrasanguíneo el inferior”.



Hugo, el rector de la UAQ, Raúl Iturralde, y el maestro Álvaro Hegewich Díaz-Infante, director de la Fonoteca Nacional, quien acudió en representación del presidente Felipe Calderón, durante la develación de la placa con motivo del 50 aniversario de los Cómicos de la Legua. 5 de septiembre de 2009, atrio de la iglesia de Santa Rosa de Viterbo.

[Fotografía: Jesús Morales Olvera]

## HAN PASADO MÁS DE CINCUENTA AÑOS DE LA FUNDACIÓN DE LOS CÓMICOS.

Cincuenta y cinco años significan no sólo la validez del experimento teatral al margen de que se discuta su calidad, pues eso se discute siempre, a algunos les parecen malos, a otros les parecen buenos y a muchos más, divertidos; significa también que son un fenómeno social, que pertenecen al panorama sociocultural de Querétaro; pensar en Querétaro sin los Cómicos es como pensar en Guadalajara sin la Feria Internacional del Libro.

Creo que el grupo tuvo una gran penetración social desde que estábamos en Santa Rosa de Viterbo que era nuestra sede, aun con problemas, pues a veces los salesianos no entendían muy bien por qué les quitábamos el atrio por un rato sobre todo para hacer teatro, y ¡teatro con mujeres! ya que los salesianos hacían teatro, pero con puros hombres porque “entre santo y santa, pared de calicanto”. Los salesianos acabaron por aceptarnos; recuerdo que aún no se abría la Escuela de Artes Gráficas y ellos nos permitían vestirnos en el patio.

Los niños del barrio asistían a las funciones y escuchaban todo. Los niños tienen una mente de plastilina y van memorizando. Y una vez que a un actor –creo que *Nacho Frías*–, se le olvidó un parlamento, un niño que se encontraba entre el público se lo dijo pues se lo sabía a la perfección.

La gente de los barrios nos esperaba con enorme gusto; por ejemplo, cuando íbamos a Santa Ana la gozaban en serio. Mientras más sencillas las personas, más fuerte el impacto. En la clase media –salvo la clase media intelectual– era distinto, ya había televisión y ésta había estragado muchos gustos. La clase media (desde el punto de vista económico) es generalmente ignorante y llena de prejuicios; en cambio, el campesino, el obrero, conservan el candor, la naturalidad, a pesar de que actualmente la televisión les está haciendo daño también. En aquella época la televisión aún no tenía tanta penetración social. Ese candor les permitía acercarse a los textos clásicos con una gran sencillez; a pesar de que había líneas difíciles, las situaciones eran tan elocuentes como las palabras, y las risas eran la mejor prueba de que estaban entendiendo perfectamente.

No sólo entendían las situaciones cómicas, sino también las revestidas por la gravedad; por ejemplo, cuando el maestro de don Rodrigo Manrique decía en *Las Coplas de Manrique* lo siguiente: “Y consiento en mi morir con voluntad placentera, clara y pura, que querer hombre vivir cuando Dios quiere que muera, es locura”, y se hacía el silencio total en la plaza o en el lugar donde estuviéramos.

Ahora tengo entendido que el grupo ya no sale tan frecuentemente. Pero bueno, son distintas etapas, en aquel entonces éramos estudiantes y nos podíamos dar el lujo de salir los viernes por la tarde y regresar los domingos en la noche y hacer jornadas de ocho horas.

Los Cómicos en la época del profesor Nieves iban a los barrios también. Espero que los Cómicos retomen este espíritu viajero que es parte de su esencia.

En este momento no podría medir el nivel del grupo. Les vi *La casa de Bernarda Alba* y no me gustó nada, les vi *Fuenteovejuna* y me pareció una buena puesta.

Sigo queriendo mucho al grupo, tengo grandes recuerdos tanto profesionales como de amistades y familiares; ahora bien, el grupo ya está en otra etapa y a mí el papel que me toca en estos momentos es el de espectador. Hay que dejar el paso a la gente nueva. Hay un momento en que uno tiene que –usando el lenguaje teatral– hacer mutis, hacer un mutis elegante y retirarse del escenario.

¿POR QUÉ SIENDO TAN EXITOSO LO DEJÓ?

Las circunstancias de la vida. Después de la golpiza que me dieron en San Juan del Río y de la conversación con López Mateos tuve que salir del país.

¿TENÍA OTRA OPCIÓN?

No.

NOS IMAGINAMOS QUE FUE DIFÍCIL LA EXPERIENCIA DE IR A ITALIA Y DEJAR ATRÁS A MÉXICO Y A LOS CÓMICOS.

Sí, fueron sentimientos encontrados. Pero sobre todo tenía un gran entusiasmo por Europa, ese entusiasmo que nos produce a los americanos ir a Europa y vivir la experiencia europea.

¿CÓMO CONVENCÍO A LUCINDA DE IR?

Yo creo que le gustaba la idea del viaje.

Durante una reunión en Roma. De izquierda a derecha: un arquitecto italiano y su esposa, Hugo, Lucinda, una ciudadana mexicana, Lourdes Torrea (esposa del cónsul de México en Roma), otro ciudadano mexicano y el cónsul de México Alfonso Herrera Salcedo.

[Fotografía: Archivo familiar]



¿QUÉ DIJO EL LICENCIADO DÍAZ RAMÍREZ CUANDO LE COMENTÓ QUE TENÍA QUE DEJAR DIFUSIÓN CULTURAL?

Lo entendió muy bien. López Mateos ya había hablado con él.

¿POR QUÉ SE FUE A ITALIA? ¿USTED ELIGIÓ EL PAÍS?

Gorostiza, que era el secretario de Relaciones Exteriores en funciones me dijo: “Me pidió el presidente López Mateos que elija usted un país después de que presente su examen”. Yo le respondí que me dejara pensarlo un poquito. Si hubiéramos tenido en ese momento relaciones con España hubiera escogido esa nación, pero el país que más me iluminaba de Europa era Italia, por eso lo elegí.



Reunión de escritores latinoamericanos en Génova, Italia. De izquierda a derecha Arnaldo Orfila, Luis Villoro, una señora, Carlos Pellicer, el embajador Carlos Fuentes, Juan Rulfo y Hugo. Febrero de 1965.

[Fotografía: Archivo familiar]

## ¿SE LE DIFICULTÓ VISUALIZARSE COMO DIPLOMÁTICO?

En un primer momento sí porque mi interés era la poesía, el teatro, el periodismo, la cátedra. No tenía preocupaciones diplomáticas. Cuando se presentó la oportunidad dije: “Bueno, es una manera de conocer el mundo, de viajar”. Ya estábamos casados Lucinda y yo y teníamos dos niñas (Lucinda y Fuensanta), y Lucinda estaba embarazada (y en ese estado la operó el doctor Paulín –un magnífico cirujano– en una operación delicadísima). Pero me acuerdo de que iba guapísima y elegantísima, con sombrero y guantes, como se viajaba en aquella época en los aviones; ahora se viaja de pants y tenis.

## DEJÓ A LOS CÓMICOS, PERO NO DEJÓ EL TEATRO.

Así es. En Roma, a los dos meses de haber llegado a la ciudad, fundé el Grupo de Teatro Latinoamericano. Nos prestaron un teatro en un *palazzo* cerca de Piazza Navona, se llamaba Teatro Goldoni (¡nada menos que con el nombre de ese dramaturgo veneciano!), un teatro para unos doscientos o trescientos espectadores. Me acuerdo de que la dueña era una señora irlandesa, loca como una chiva y con un hijo medio autista. Fundé la compañía con dos actrices argentinas, Tany Giser, de origen judío y que había sido especialista en títeres en Argentina, y Elba Founrouge que venía de Bucarest donde había estudiado teatro y había sido alumna de Saulo Benavente en el Teatro Independiente en Buenos Aires, y quien era una mujer muy bella.

Un buen día me presentaron a un actor puertorriqueño que andaba por ahí desbalagado y también lo invité a entrar al grupo. Se sumaron a nosotros un venezolano que estudiaba teatro en Roma, y un colombiano que después se volvió loco. No sé qué fue lo que le pasó, quizá exceso de drogas, pero un día se trepó al *mezzanine* del hotel Excélsior, se desnudó y empezó a gritar verdaderas barbaridades en italiano; se lo llevaron a un sanatorio psiquiátrico y ya no supimos qué fue de él. También estaba con nosotros una actriz venezolana, guapísima por cierto.

Formé la compañía y empezamos a ensayar. Yo cumplía con mis obligaciones diplomáticas. Como decía Machado: “A mi trabajo acudía, con mi dinero pagaba”. En las tardes cuando salía de la Embajada nos íbamos a ensayar. Pusimos dos obras: *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín*, de Federico García Lorca, a la que le llama “aleluya erótica” (que ya habíamos puesto en Querétaro con los Cómicos de la Legua), y *El retablillo de don Cristóbal*, también de García Lorca.

Dice el viejo don Perlimplín a Belisa en su jardín: “Cógeme la mano amor, que vengo muy mal herido, herido de amor huido, ¡herido! ¡Muerto de amor!”

Yo hacía el papel de uno de los duendes de Perlimplín –además de que dirigía–, e hice el papel de don Cristóbal; lo montamos como si fuéramos títeres, nos movíamos como si pendiéramos de grandes hilos. Don Cristóbal, viejo feroz, estaba enamorado de doña Rosita, y como dice García Lorca, los campesinos andaluces hacen que las palabrotas restallen como latigazos amables, y que expresen más que lo que pueda expresar la palabra común y corriente.

Me acuerdo de que en el papel de don Cristóbal yo decía las siguientes líneas: “He dicho que está madurita y lo está. Pero a pesar de todo es una linda muchacha. Diga, diga, diga...” Y la mamá de Rosita me contestaba: “Que tiene dos tetitas como dos naranjitas, y un culito como un quesito, y una urraquita que le canta y le grita...” A lo que respondía don Cristóbal: “¡Ay! Qué jamoncitos tiene por delante y por detrás”.

Al final de la primera función, de repente, se acercó a nosotros un hombre: Rafael Alberti. Acababa de llegar a Roma, había pasado su exilio en Argentina. Rafael vio el anuncio y fue a vernos. A raíz de eso se convirtió en nuestro protector y amigo, y en el caso mío yo diría que casi en un hermano mayor: él prologó mi primer libro, *Buscado amor*, lo iba a visitar muchas tardes y se interesó mucho en nuestro experimento teatral.

Dimos varias funciones pero después vinieron problemas económicos y se disolvió el grupo. En Roma estuve dos años y medio, luego vino el nombramiento de rector de la UAQ.

### ¿FUE EN ESTE PERIODO CUANDO VIAJÓ A IRÁN?

Exacto. Agustín Yáñez (que era secretario de Educación Pública) y yo éramos amigos. Él me había metido a la cárcel en Guadalajara cuando la huelga de los ferrocarrileros, pero después me sacó y entablamos una buena amistad. Yo estaba en Roma cuando él visitó la ciudad y me llevó como secretario de la delegación mexicana a una reunión de la UNESCO organizada en septiembre de 1965, se trataba del Congreso Mundial de Ministros de Educación para la Liquidación del Analfabetismo, en Teherán, Irán. En ese momento el sha Mohamed Reza Pahlevi ya tenía problemas, empezaba el ayatola Jomeini a moverle el agua, pero tenía todavía una buena estructura política y partidista yo diría que priista, en buena medida debe haberse basado en ese partido político porque había ciertas prácticas totalmente afines a él y tan conocidas por todos nosotros; nos tocó, por ejemplo, un gran mitin en el estadio de Teherán al que fuimos por casualidad, ahí toda la gente gritaba y tenía una torta y un refresco (¡viva el PRI!), además hacían mucho escándalo con una especie de pandero.

El sha había tenido una primera mujer, la princesa Fawzia, de Egipto, después estuvo con la princesa Soraya, pero cuando fuimos nosotros ya era reina Farah Diba, una señora muy guapa y muy bien vestida.

Junto a ella estaban en el estadio las princesas –la mayor parte de origen armenio–, guapísimas mujeres, y el sha fue a ese evento con todo su ropaje y lleno de condecoraciones hasta el culo. La gente se fascinaba con tanta pompa y circunstancia y empezaba a gritar: “¡shahanshah!”, que significa “Emperador de emperadores” o “Rey de reyes”.

A mí me gusta la literatura de aquella región del mundo. El libro de Firdusi, el gran poeta nacional persa, se llama *Shahnameh*, que significa “Los nombres del rey”, un poema lírico sobre todas las dinastías. Me gustan también los otros poetas sufíes Hafiz, Rumi, Saadi y Omar Jayam.

La delegación mexicana estaba encabezada por Agustín Yáñez quien me invitó al viaje para ser su secretario; también iba el novelista Rafael F. Muñoz (a quien le puse el nombre de “Raf el Muz”) que era jefe de prensa de Educación y un hombre simpatiquísimo con quien hice una amistad muy cercana, él es autor de *Se llevaron el cañón para Bachimba* y *¡Vámonos con Pancho Villa!*; conservo una foto donde estamos Agustín, él y yo vestidos de árabes en el puerto de Biblos, en Líbano. El otro delegado era Manuel Alcalá, bibliotecario de la Academia Mexicana de la Lengua y en esa época embajador ante la UNESCO en París. Fue un viaje un poco surrealista porque nos acompañaba además un intérprete de El Cairo, que traducía del árabe ¡al nada!, porque Relaciones Exteriores no sabía que en Irán no se habla árabe, sino farsi, que es un derivado del persa clásico, pero en fin, era un muchacho muy simpático de origen español que hablaba inglés y francés así que tuvo utilidad a pesar de todo.

Eran muy divertidas las comidas cerca del mercado persa en Teherán, en unos lugares típicos donde se comía maravillosamente; la comida iraní es deliciosa,



En el puerto de Biblos, Líbano; aparecen Hugo, el secretario de Educación Pública y novelista Agustín Yáñez, el poeta Manuel Maples Arce y el novelista Rafael F. Muñoz.

[Fotografía: Archivo familiar]

me acuerdo de una mezcla de yogurt y granos de granada sobre cordero asado, así como de unos caviars magníficos del mar Negro del tamaño de una canicota.

Fue una reunión viajera, la mayor parte del tiempo estuvimos en Teherán pero luego fuimos a Shiraz, Isfahán, Tabriz, ciudades igual o más hermosas que Samarcanda, con esa arquitectura persa en azul y blanco y sus preciosas cúpulas de cebolla, y posteriormente realizamos una visita rápida a Susa y Persépolis, las ciudades sagradas de los emperadores persas. Por cierto que el Palacio del Emperador estaba abierto todas las noches para ofrecer una cena a los delegados de manera gratuita. Era formidable porque estaban las guapas princesas armenias y entrando del lado izquierdo estaba el salón del caviar donde yo generalmente me quedaba pues me encanta; había caviar beluga, sevruga y osetra, delicioso y tan grande que ocupaba una galletita. Aquí recuerdo a un amigo que cuando tenía invitados a cenar le hablaba a su esposa para decirle: “Mata dos caviars que van a cenar fulano y zutano”. Otro salón era para los corderos asados con esa salsa que les decía de yogur y granada, y un salón adicional contaba con un bufet más tradicional. No había cerdo, por supuesto, ya que son musulmanes y tampoco servían vino sino una gran cantidad de jugos de fruta. Yo hice algunas amistades con hombres y mujeres como con la princesa Dania Tajerián, de origen armenio. El pueblo armenio tiene un capítulo terrible en su historia, la matanza de millón y medio de armenios a manos de los turcos entre 1915 y 1923. Ese hecho se lo recordó Orhan Pamuk y el Gobierno turco le hizo la vida imposible.

Terminando la reunión en Irán viajamos a Iraq; ahí estuvimos en Bagdad, una ciudad sin chiste destruida varias veces, así que yo les recomendé que fuéramos a la ciudad que realmente valía la pena, en aquella época la más bonita y con importancia, la ciudad de Basora (Al-Basra como dicen los iraquíes), hoy ya destruida por los gringos pero en ese momento una ciudad preciosa del golfo Pérsico. El Gobierno estaba realizando la reconstrucción de las ciudades clásicas, aunque lo hacían un poquito al estilo Disneylandia. Después de Iraq fuimos a Jordania y de ahí a Israel, donde estaban los cascos azules de la ONU cuidando la frontera y había tres kilómetros de tierra de nadie. Fueron tres kilómetros feroces porque los recorrimos cargando maletas, no



En el Museo Arqueológico de Jerusalén con Agustín Yáñez (al centro) y Rafael F. Muñoz.  
[Fotografía: Archivo familiar]

había quién nos ayudara, entonces iba el secretario de Educación de México cargando una maleta chica, Rafael F. Muñoz, dos, Alcalá también dos, y al final el asistente del secretario de Educación, que era yo, y el intérprete, cada uno, ocho, así que podría decir que soy “el poeta cargador”. Entramos a Israel y su Gobierno nos recibió muy bien. Estuvimos varios días en un kibutz latinoamericano; recorrimos Tel Aviv y varias ciudades históricas así como el mar Muerto. Después nos pasamos a Egipto y de El Cairo volamos a Marruecos, donde el resto de la delegación tomó un avión para México vía Madrid; yo volé a la capital española y de ahí a Roma.

### ¿CÓMO FUE QUE LE ENCARGARON QUE RECUPERARA LOS HUESOS DEL JESUITA FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO?

Durante el viaje a Irán, Yáñez y yo hablamos mucho de Clavijero y de la admiración que él sentía por el jesuita, una admiración por todos conceptos justificada pues Clavijero fue el iniciador de los estudios de los pueblos indígenas, un hombre

valiosísimo que escribió sobre la Historia de México, uno de los principales jesuitas ilustrados de su generación que pasó, entre otros lugares, por los Colegios de San Francisco Javier y San Ignacio de Loyola de Querétaro, actual Facultad de Filosofía de la UAQ. El último rector de esos Colegios fue el padre Diego José Abad, poeta latino y especialista en teología moral y en hidráulica (hizo el primer plano de la cuenca del Lerma), él fue otro ilustrado jesuita junto con Clavijero, Alegre, Landívar (el autor de la *Rusticatio mexicana*), etcétera. Todos ellos eran prodigiosos, y el más prodigioso fue Clavijero. Recuerden que un momento muy importante fue la expulsión de los jesuitas de la Nueva España en 1767, hecho que recordamos en una placa en el Patio Barroco de la UAQ; tuve buen cuidado en que recordara que el patio regresaba a cumplir la misión encomendada por sus fundadores, los ilustres jesuitas.

Yáñez tenía un enorme interés por recuperar los restos de Clavijero y depositarlos en la Rotonda de los Hombres Ilustres en el Panteón Civil de Dolores. Así que un día me habló y me dijo: “Necesito que localices los huesos de Clavijero”, yo le contesté: “Está difícil porque pasó una temporada en Bolonia y otra en Módena”; él me respondió: “Ahora mismo hago que te comisionen para que vayas a buscar los restos del padre Clavijero”.

Finalmente, quedé comisionado así que tomé mi viejo coche Opel y me fui a Bolonia, cosa que me encantó porque es una ciudad maravillosa. No encontré mayor información en el Ayuntamiento ni en la universidad y entonces fui a ver a los jesuitas que ya no estaban en Bolonia, sino en Ferrara. Ahí me explicaron que en el cementerio de Bolonia había una tumba de los jesuitas mexicanos. Pensé que la noticia era extraordinaria. Volví a Bolonia y después de arduas investigaciones me dijeron que, efectivamente, los huesos del padre estaban en el cementerio, pero dentro de una fosa común. Yo pensé: “¡Válgame Dios!”. Se me ocurrió preguntar si acaso los huesos estaban separaditos, pero no, ahí los echaban a todos. Pedí que se me permitiera pasar y tardé tres o cuatro días en conseguir el permiso en el Ayuntamiento, me vieron tan angustiado y con la esperanza de que hubiera algún papelito que identificara los huesos que finalmente logré acceder. Ya adentro, pensé: “Vamos a escoger algunos huesitos”, que por cierto estaban muy ordenados.

Utilicé lo que sabía de anatomía un poco aterrorizado para no mandar cuatro fémures. Elegí la calavera más bonita, dos o tres costillas, la tibia, dos huesos pélvicos, etcétera. Teniendo los restos óseos pedí permiso al Ministero degli Affari Esteri (Relaciones Exteriores) para sacarlos de Italia, luego a Salubridad, al aeropuerto y la compañía aérea. Fue un verdadero problema burocrático, pero organizamos muy bien la calaverita en una cajita y una vez teniendo los documentos listos se envió a México. A lo mejor la calavera era de Rafael Landívar, los huesos largos de la mano de José Rafael Campoy, las costillas de Francisco José Alegre, etcétera, pero como todos los jesuitas eran ilustrados pensé que quedarían muy bien.

## ¿DECIDIÓ DEJAR SU CARRERA DIPLOMÁTICA PARA REGRESAR A QUERÉTARO?

No, regresé de vacaciones. Sorpresivamente me preguntaron si aceptaría la Rectoría de la Universidad. Manuel González Cosío que era el gobernador, pensaba que necesitaba un rector joven. Recordemos que en 1963 consideró que el licenciado Díaz Ramírez ya había cumplido su etapa en la vida de la Universidad y aunque éste puso cierta oposición a dejar la Rectoría, en 1964 el licenciado Alberto Macedo Rivas fue nombrado rector de la UAQ. En aquella época los gobernadores eran muy importantes en la designación de rectores.

En el segundo semestre de 1965, mientras vacacionaba en Querétaro, el gobernador me preguntó si estaba dispuesto a aceptar la Rectoría porque el licenciado Macedo Rivas tenía una serie de problemas profesionales y se veía obligado a dejar el cargo. Lucinda y yo lo pensamos una, dos, tres, cuatro, cinco veces, y decidimos que era mi responsabilidad aceptar. Entonces Manuel intervino de una manera muy directa y clara hablando con los consejeros, diciéndoles cuál era su opinión, y luego el H. Consejo Universitario en pleno, salvo un voto, me eligió rector. Tomé posesión el último día de diciembre de 1965.

El primer problema fue la integración de un equipo y, sobre todo, la formación de maestros. La Universidad dependía de maestros de tiempo libre que a veces podían ir a dar clases y otras no, así que era indispensable profesionalizar la enseñanza.

El primer acuerdo que obtuve del Consejo Universitario fue el nombramiento de maestros de tiempo completo y de maestros de medio tiempo. Me acuerdo muy bien de que los salarios no eran malos considerando la época. Un maestro de tiempo completo ganaba cinco mil pesos (que equivaldrá más o menos como a cincuenta mil de ahora). Uno de medio tiempo dos mil quinientos.

Uno de mis principales retos era crear una atmósfera cultural que rodeara a la Universidad y le permitiera suplir la falta de una Facultad de Filosofía. Como ustedes saben, en todas las universidades del mundo la Facultad de Filosofía es un poco su eje ideológico, la que señala las pautas generales de la enseñanza. Las universidades alemanas todavía otorgan esa posibilidad a esas facultades.

Nosotros optamos por organizar una serie de seminarios de actualización cultural que de inmediato provocaron una reacción social violenta. Querétaro era una ciudad sumamente conservadora, gobernada desde el púlpito y el confesionario con grupos de derecha y de extrema derecha. El MURO (Movimiento Universitario de Renovadora Orientación) tenía mucha fuerza en aquella época; ese movimiento fue formado por el arzobispo de Puebla, monseñor Márquez y Toriz, que entre otras declaraciones hizo una memorable, donde comentaba que el Concilio de Trento (que amplió los poderes de la Inquisición) había sido terriblemente débil.

También había remanentes de la Guerra Cristera, grupos secretos de extrema derecha y otros como la Adoración Nocturna, la Vela Perpetua, las Hijas de María, la ACJM (Acción Católica de la Juventud Mexicana), el PAN, el sinarquismo. Como yo había tenido problemas con el PAN se me consideraba un tránsfuga porque me había pasado según ellos al PRI, aunque nunca milité en este partido, ni en la época de diplomático; siempre mi servicio público fue de tipo profesional, no político.

Entonces iniciamos una serie de seminarios. Fue el doctor Carlos Pacheco Reyes, un psicoanalista freudiano y especialista en la explicación de la teoría de Freud; un hombre notable por su capacidad de síntesis y su elocuencia. Tenía experiencia en el manicomio de Mixcóac. Era además un hipnotizador poco eficiente. A veces celebrábamos en la casa reuniones divertidas a las cuales asistía el doctor Pacheco y en ocasiones nos hipnotizaba. Él era muy bajito, con una barba rojiza y puntiaguda, sin dientes y con unos expresivos ojos saltones. Era sobrino de Alfonso Reyes y hombre de una inteligencia notable. Había sido consejero de Árbenz, el presidente de Guatemala, país del que salió huyendo cuando el golpe de Carlos Castillo Armas, patrocinado por el Departamento de Estado de Estados Unidos, en 1954.

Pacheco había escrito varios libros sobre el pensamiento freudiano que le fueron robados por un editor quien les puso el nombre de otro autor. Yo intenté solucionar el problema legalmente, pero no fue posible porque había parientes políticos importantes del tal editor.

Pacheco vino a la Universidad a dar varios seminarios de Freud y la gente asistió, pero el obispado se puso preocupadísimo. ¡Imagínense hablar de Freud en 1966-1967! Escandalizó a Querétaro, aunque no me lo crean. Recuerdo que los franciscanos organizaron pequeños grupos de beatas y de campesinos que iban a “picketing” –como se dice en inglés–, y se apostaban frente a la Universidad con pancartas. Tengo muy presente a una viejecita vestida de negro, con rebozo, y con una pancarta que decía: “¡Abajo el pansexualismo!”. Me acerqué a preguntarle qué significaba eso y me dijo: “Pues no sé. Me la dio el padre Eusebio”.

Para los estudiantes el descubrimiento de la teoría freudiana fue fundamental. Yo creo que les abrió un mundo de reflexión y un camino para el conocimiento de ellos mismos, pero sobre todo, inquietud. No olvidemos que así como Cristóbal Colón descubre América, Sigmund Freud descubre el inconsciente y Albert Einstein descubre la teoría de la relatividad, tres grandes descubrimientos en la historia de la humanidad. Pero en Querétaro el descubrimiento de las instancias psíquicas, de la sexualidad infantil o el escuchar términos como “perversión”, “oral”, “canibalismo”, “sexual”, la interpretación individual de los sueños o la teoría sádico anal espantó mucho. Todo lo anterior inquietó enormemente. La gente, aleccionada

por los sacerdotes y por la Unión de Padres de Familia, se lanzó en contra de la Universidad por organizar esos cursos que estaban abiertos para todos, sólo había que inscribirse. Pacheco Reyes con su elocuencia y su enorme inteligencia mantenía viva la atención de los asistentes.

Después tuvimos un curso sobre Jung y el análisis de las leyendas, así como sobre la maravillosa y romántica tesis de los sueños colectivos que escandalizó menos, pero la mecha ya se había encendido.

Ante tal situación mi posicionamiento fue el siguiente: “¿Queremos hacer una universidad o no?; si queremos hacer una universidad tenemos que arriesgarnos. Podemos tranquilamente asistir a clases y cumplir el programa académico y nada más, pero entonces no estaremos creando una universidad. Para crearla es necesario cambiar. ¿Cuáles serán los resultados del cambio? Eso no lo sé exactamente. Pero –como decía Hermann Hesse–, si se quiere nacer hay que destruir un mundo. Entonces tenemos que enfrentarnos por el bien de los estudiantes, de la juventud y de los queretanos, a todo el conjunto de prejuicios y represiones que hacen tanto daño a la persona humana, que la limitan y que le impiden el conocimiento de ella misma”.

Todos estuvieron de acuerdo en que siguiéramos adelante.

## ¿NO SE ARREPINTIÓ EL GOBERNADOR DE HABERLO INVITADO A LA RECTORÍA?

Tal vez sí. Y si no se arrepintió por lo menos tuvo dudas que disipó pronto ya que era un hombre inteligente. Se dio cuenta de lo que estábamos haciendo. En un principio nuestras acciones no lo afectaban a él políticamente, y no vio ningún peligro. Después se presentaron conflictos que vio con recelo. Era un hombre de sensibilidad política lo suficientemente aguda como para detectar peligros a distancia.

El siguiente curso fue sobre Wilhelm Reich. Invitamos al entonces presidente de la Sociedad Reichiana de México, un psicoanalista de apellido Estrada; el curso se dividió en dos temas: “La Psicología de Masas del

Fascismo” (por el primer libro de Reich, tan importante para entender las características de la mentalidad fascista), y “La función del orgasmo”. ¡Teníamos un curso sobre la función del orgasmo a tres cuerdas de la casa del obispo! La sola palabra “orgasmo” era un escándalo; aunque pienso que muchas señoras no conocían la palabra. Fue una información muy útil para los estudiantes.

Después tuvimos un curso sobre Hegel, otro sobre Marx, uno más sobre el Concilio Vaticano II enfocándonos en particular en Juan XXIII; tuvimos otro sobre Engels y su libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, y otro más donde se abordaban las ideas de la democracia cristiana, especialmente de Dom Sturzo y de De Gasperi.

En todo esto me ayudaba quien fue inicialmente director de Difusión Cultural, Francisco Perusquía, y después Ignacio Arriola. Me traje de México a varios maestros, primero a Manuel Rodríguez Lapuente, un historiador notable y doctor en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid, también a Ignacio Arriola, dramaturgo y poeta, un especialista en difusión de la cultura, y después vinieron ya los fundadores de la Escuela de Psicología: el doctor Héctor Kuri, la doctora Amalia Ortega y el doctor Lauro Bonilla. Inicialmente vinieron para fundar el Departamento de Psicopedagogía porque empezamos a hacer exámenes de personalidad y de conocimientos con resultados que ya se imaginarán; encontramos una serie de deficiencias gravísimas en muchos casos o traumas que impedían, por ejemplo, la concentración para el estudio. En aquella época podíamos admitir a todos los que solicitaban ingresar a la Universidad, ¡figúrense qué maravilla!

Permítanme contarles una anécdota en torno a la fundación de la Escuela de Psicología: el secretario general del H. Consejo Universitario era el licenciado Enrique Rabell, y al elaborar el acta donde quedaría asentada la aprobación de la nueva escuela, recuerdo muy bien que se equivocó, escribió que se había fundado la “Escuela de Psicopedagogía” y no de “Psicología”, así que tuvimos que corregirla.

Al principio la Escuela de Psicología fue vista con desconfianza. Su primer director, el doctor Héctor Kuri, era un hombre bastante ecléctico en su posición científica. Conocía muy bien a Freud, desde luego, pues de lo contrario no hubiera podido fundar una Escuela de Psicología, y aunque en él predominaba el pensamiento freudiano, también era un buen conocedor de Jung, de filosofías orientales, de la bioenergética, del pensamiento de los antipsiquiatras y de Reich, sobre quien había tomado un curso en una universidad de Estados Unidos.

En esa época la UNAM y la Universidad Veracruzana estaban en manos de los conductistas skinnerianos. En contraste, nosotros elaboramos un programa de estudios que si bien tenía sus aspectos eclécticos, buscaba proporcionar al estudiante conocimientos fundamentales, por ello apoyados por Santiago Ramírez (del viejo grupo freudiano) y por el doctor Carlos Pacheco Reyes incluimos en el currículo estudios esenciales de Psicoanálisis; había también algo de bioenergética y de estudios orientales para que los estudiantes tuvieran un campo más amplio para escoger su orientación y su camino. Recuerdo que cuando invitamos a un maestro de México a dar un curso sobre Skinner, tuvo escaso éxito, ya que los conductistas eran absolutamente autoritarios.

## ¿POR QUÉ A UN LICENCIADO EN DERECHO INTERESADO EN LA ACTUACIÓN SE LE OCURRIÓ TRAER LA CARRERA DE PSICOLOGÍA A LA UAQ?

Mi idea era fundar las Facultades de Filosofía y Psicología. Filosofía fue imposible porque no había la sensibilidad de la Secretaría de Educación como para permitirnos abrirla, y nos dijeron que los que quisieran estudiar Filosofía se fueran a Guanajuato pues era la universidad más cercana que ofrecía esa carrera. En cambio no había una Escuela de Psicología en el centro del país. Ese fue mi argumento ante las autoridades educativas. Así que Agustín Yáñez, entonces secretario de Educación, me ayudó mucho para poder fundar

la Escuela y para darle un presupuesto mínimo que le permitiera funcionar. El primer grupo fue como de veinticinco estudiantes de los cuales una minoría era de Querétaro y los demás de otras ciudades del país.

Debo decirles que teníamos terapia de grupo todos los martes, dos horas por la noche, dirigida por el doctor Héctor Kuri; asistíamos maestros, directores de escuela y el rector (con todos los riesgos imaginables).

## ¿ASISTÍAN ESTUDIANTES A ESA TERAPIA DE GRUPO?

No. A los estudiantes los organizó el doctor Lauro Bonilla en varios grupos que eran gratuitos.

Además, algunas noches teníamos sesiones de hipnosis con el doctor Pacheco Reyes. Ponía en comunicación el preconsciente del hipnotizado con el de otra persona. Pero como era tan bajito y tan chistoso resultaba difícil hipnotizar con esas características, aunque lo logró en varios casos.



Estudiantes de la Facultad de Psicología felicitan a Hugo durante el homenaje que la UAQ le brindó por su ingreso como Miembro de Número de la Academia Mexicana de la Lengua. 15 de noviembre de 2012, Patio Barroco. [Fotografía: Angélica María Aguado Hernández]



En 1966, Hugo recibe la Orden al Mérito de la República Italiana, en su grado de Commendatore, de manos del embajador de Italia en México, en el Patio Barroco de la UAQ; también aparece en la imagen el agregado cultural de aquella nación, Giovanni dalla Pozza. [Fotografía: Archivo familiar]

Recuerdo que hipnotizó a Salvador Alcocer, a quien puso en comunicación con el preconsciente de una exnovia del doctor que vivía en Dresde. Le preguntó: “-¿Dónde estamos? -En una ciudad muy hermosa, con grandes torres. -¡Estamos en Dresde, estamos en Dresde!”, dijo el doctor con su peculiar acento, para luego preguntar: “¿Qué más ve? -Una calle muy ancha, hay gente aquí comiendo. -¡Es *Prager Strasse!*, dijo el doctor. -También hay muchos vendedores. -¿Qué están vendiendo?, preguntó el doctor. -¡Nueces garapiñadas y charamuscas!”

Así que le dije al doctor: “¡Creo que ya nos salimos de Dresde!”. Pero bueno, en eso nos divertíamos con él. A las reuniones asistían algunos profesores. Querétaro era una ciudad pequeña, se podían hacer muchas cosas.

Ante la inquietud de las familias provocada por la Unión Nacional de Padres de Familia (un organismo profundamente retrógrado), el doctor Kuri, junto con otro grupo de maestros y yo decidimos establecer un puente con ellas, así que todos los jueves Héctor Kuri, la doctora Amalia Ortega y el doctor Lauro Bonilla dirigían una sesión de preguntas y respuestas con padres de familia sobre temas psicológicos, especialmente sobre cuestiones de educación sexual. La Unión Nacional de Padres de Familia se organizó para boicotarnos.

Recuerdo muy bien que le preguntaban al doctor Kuri: “¿Y qué opina usted de la masturbación?”, a lo que Héctor contestaba que era algo perfectamente normal dentro de la sexualidad. Al día siguiente un periódico local sacaba una nota donde decía que la Universidad Autónoma de Querétaro recomendaba a sus estudiantes la masturbación. Me hicieron una entrevista sobre el tema y yo dije: “Bueno, pues me da la impresión de que... ¡no es necesario que nosotros la recomendemos!”

Otro cuestionamiento que le hicieron giraba en torno a la homosexualidad y, por supuesto, el doctor Kuri respondió que era una conducta sexual como cualquier otra; al día siguiente apareció en los periódicos una nota titulada: “La Universidad defiende el homosexualismo”. Y así siguieron los ataques.

Por otro lado, celebramos con varias Embajadas una serie de semanas culturales que nos daban buen resultado. Las Embajadas se volcaban en darnos películas para así realizar nosotros ciclos de cine, traían exposiciones, nos regalaban libros o instrumentos científicos, organizaban conferencias; la Embajada de Estados Unidos trajo inclusive a una cantante de la Ópera Cómica de Boston que cantó –me acuerdo muy bien todavía–, *El teléfono*, de Gian Carlo Menotti.

La Embajada soviética volcó también todo su interés en la Universidad, y así vino también el ataque, y nos dijeron: “Estos son comunistas”.

## ENTONCES SE LES ACUSABA DE COMUNISTAS, PANSEXUALES Y HOMOSEXUALES.

¡Así es! *Tribuna de Querétaro* empezó a publicar notas que pretendían demostrar que después de mi expulsión del PAN (por comunista), había estado en comunicación con la Unión Soviética y recibíamos su apoyo económico para la Universidad.

Un periodista me preguntó si aquello era cierto y le contesté que por supuesto que sí, que sí recibíamos apoyo “pero no de la Unión Soviética, ¡sino de la Mongolia Interior!”. Aquello habría sido muy divertido si no hubiera sido tan trágico porque sacaba a la luz todas las armas de una sociedad conservadora y retrógrada, enemiga de cualquier forma de libertad de la persona humana.

## HACIA ADENTRO DE LA UNIVERSIDAD, ¿TUVO USTED ALGÚN PROBLEMA CON LOS ESTUDIANTES?, ¿ALGÚN RECHAZO?

Tuvimos problemas con pequeñísimos grupos del MURO, de la Acción Católica y de algún grupo que encabezaba Manuel Lozada que era un hombre de pensamiento muy conservador, pero en general no fue así. Los muchachos estaban muy entusiasmados, contábamos con su apoyo, y con el de los maestros. Había algunas contradicciones y se manifestaban discrepancias de parte de los grupos que mencioné, pero la mayoría estaban muy contentos. El problema estaba afuera.

En las reuniones con los padres de familia me acuerdo de que alguna vez se levantó un señor y expresó: “No es posible que la Universidad esté invitando a la sublevación a nuestros hijos. Ayer a la hora de la comida mi hijo se atrevió a discrepar de algo que yo dije”. Otro dijo: “Mi hijo se atreve a levantar la cabeza y a mirarme a los ojos”. Esas eran muestras de que sí se estaba provocando una reacción social, y una serie de inquietudes que podían derivar en un conflicto.

Queríamos una universidad universal e hicimos un manifiesto dando a conocer a la gente cuáles eran nuestras propuestas: una universidad abierta a todas las corrientes del pensamiento, en la cual los estudiantes tuvieran la libertad de elegir a qué corriente afiliarse; libre discusión de las ideas, en fin, ¡lo que es la esencia de una universidad! No estábamos proponiendo otra cosa.

Fomentamos la actividad cultural, hicimos una serie de convenios, teníamos dos conciertos a la semana a pesar de la mala acústica del auditorio de Bellas Artes. A veces nos prestaban el Teatro de la República. Teníamos una gran cantidad de conferencias; el grupo de los Cómicos de la Legua tuvo entonces su gran momento y se convirtió en una compañía universitaria de teatro, que viajaba por todo el país.

## ¿USTED SEGUÍA ACTUANDO?

Aún como rector seguí haciendo teatro. Ya no podía dirigir porque no tenía tiempo, sin embargo, hice un papel en *Nuestros sueños*, una pieza de Ugo Betti, magnífico dramaturgo italiano, una obra muy bella donde estuvieron Carmen Zepeda, Paco Rabell, Roberto Servín y Aurelio Olvera. Yo hacía el papel de un capitalista feroz. Cuando podía actuaba como el peregrino en la *Farsa y justicia del Señor Corregidor*, o hacía el patrón de *La guarda cuidadosa*; siempre estuve al lado de los Cómicos.

Mientras yo seguía actuando Lucinda, seguía bailando; era buena bailarina. Recuerdo muy bien una noticia en *Tribuna* que decía que “mientras el rector enseña la herejía, su esposa enseña las piernas”. Habíamos formado un grupo de danza que dirigía Elena Cisneros, en el cual Lucinda bailó, entre otras obras, *El amor brujo*, de Manuel de Falla.



Hugo durante un evento en la UAQ; atrás se observa a un joven Enrique Burgos García.

[Fotografía: Archivo familiar]



“Mientras el rector enseña la herejía, su esposa enseña las piernas”. UAQ.

[Fotografía: Archivo familiar]

## ¿INTENTÓ HABLAR CON ALGUNA DE ESTAS PERSONAS ULTRA CONSERVADORAS QUE LO ATACABAN?

Hablé con el obispo, quise ir directamente a la cabeza porque sabía que todo el ataque venía de él. Él señalaba las líneas generales y después las perversidades individuales se unían para hacer campaña en contra nuestra.

## ¿QUIÉN ERA EL OBISPO?

Monseñor Alfonso Toriz Cobián. Pedí audiencia con él. Ya lo conocía pues era de Guadalajara, como yo. El paisanaje algo tenía que ver; los tapatíos somos muy tribales (casi tanto como los queretanos). Yo creo que por eso me dio la entrevista.

Le expliqué cuál era el proyecto, por ejemplo, le comenté que estábamos fundando el Instituto de Idiomas, a lo que me contestó: “Sí, ya sé que va a haber clases de ruso”. Yo le dije: “Sí, y no sólo de ruso, sino hasta de uzbeko, porque hay un señor de San Juan del Río que fue refugiado en la URSS y que estuvo en Uzbekistán y nos va a dar clases. Vamos a tener clases de árabe, francés, inglés, alemán, italiano y portugués. Va a ser un Instituto de Idiomas tan completo, que vamos a tener clases de latín y griego clásicos para la formación de los estudiantes. Y así como tuvimos un seminario sobre Marx, organizamos otro sobre el Concilio Vaticano II”.

Por supuesto que el obispo no simpatizaba con el Concilio. Habían hablado en ese ciclo dos canónigos: José María Gallegos Rocafull y Ramón de Ertze Garamendi, los dos exiliados españoles. Se lo dije al obispo quien me respondió: “¡Los dos, comunistas!”. Le repliqué: “También entre los sacerdotes españoles hubo partidarios de la República”.

Pero era difícil que el obispo entendiera estas cosas. Me preguntó: “¿Usted cree que Querétaro sea católico?”. Yo le contesté que sí, que era mayoritariamente católico. Me dijo: “Entonces la Universidad tiene que ser católica”. Le respondí que era absolutamente falsa su conclusión. La Universidad tenía que ser universal, abierta a todas las religiones. De hecho, estábamos preparando un curso sobre escritores católicos ingleses que daría el padre Ignacio Gómez Robledo.

Comenté con el obispo que íbamos a darles a los estudiantes los conocimientos necesarios para que escogieran su camino y no se les impusiera nada y así respetáramos su libre albedrío. Creo que mis argumentos eran bastante fuertes. Me dijo: “Está bien. Usted siga por su camino y yo seguiré por el mío”. Me di cuenta de que era el final. Llamé rápidamente a los profesores más adictos al programa y les dije: “Creo que estamos liquidados; me acaba de decir esto el obispo”. En ese momento aún contábamos con el apoyo del gobernador.

Seguimos adelante con nuestro programa de actualización y las semanas culturales (italiana, rumana, china, japonesa, etcétera.); se creó el cineclub, otros dos grupos de teatro, la Escuela de Bellas Artes adquirió gran relevancia (después de haber sido un elemento meramente decorativo se convirtió en una escuela realmente seria), se formó un grupo de ballet, los Cómicos siguieron con su experimentación teatral (recuerdo que Nacho Frías dirigió *Esperando a Godot*, de Samuel Beckett). Había una efervescencia cultural de la que todavía se mantienen recuerdos. La ciudad y la Universidad se estaban modernizando, aunque también es cierto que estábamos en conflicto con una parte de la sociedad que se negaba a hacerlo.



Hugo como orador durante la Conmemoración del Aniversario por el Triunfo de la República, acto encabezado por el presidente Gustavo Díaz Ordaz; en la imagen se aprecia al secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez. UAQ, 1966.

[Fotografía: Archivo familiar]

Se hizo una especie de plebiscito (sin serlo), en el que se preguntaba a los estudiantes si estaban de acuerdo con el ideario de la Universidad. La gran mayoría lo estaban, y unos cuantos (con la ideología del MURO, del Opus Dei, etcétera) no. Los profesores también estaban de acuerdo, además no se les imponía nada. Los maestros católicos lo seguían siendo y continuaban compartiendo su pensamiento católico sin ninguna objeción de parte nuestra.

El gobernador Manuel González Cosío convenció a Bernardo Quintana (que había traído Tremec a Querétaro) para que se integrara un Patronato Universitario. Bernardo Quintana tenía sus dudas, pero se dio cuenta de que nuestro interés también era el de mejorar el aspecto científico y tecnológico de la Universidad; necesitábamos, por ejemplo, crear una especialidad de Bromatología dentro de la Escuela de Ciencias Químicas, una especialidad lógica dadas las características de la región; también requeríamos de una Escuela de Veterinaria y Agricultura, a pesar de que en ese momento el proyecto del Gobierno era industrializador. Por cierto que la Universidad hizo una fuerte crítica a dicho proyecto, pensábamos que Querétaro no debía ser industrial, sino agrícola y ganadero. Nuestra afirmación tenía bases científicas: no había agua suficiente para ser una ciudad industrial. Esta crítica no le gustó nada al gobernador, pero no me hizo ningún comentario al respecto, éramos amigos y respetó mi discrepancia. Nosotros creíamos firmemente en las palabras de López Velarde “el niño Dios te escrituró un establo, y los veneros de petróleo el diablo”. ¡Y Querétaro era un establo! Por eso le pedimos al gobernador fundar una Escuela de Agricultura y Ganadería, pero, finalmente, el proyecto para la región fue industrializador. Ahora hay queretanos muy orgullosos de sus zonas industriales, pero otros están viendo lo que ocurre con el agua, y la contaminación.

González Cosío era modernizador, tenía ideas firmes sobre el desarrollo del Estado. Yo no coincidía en muchas cosas con él y se lo decía abierta y claramente. La modernización, desde el punto de vista del progreso industrial, la inicia él, así como la ampliación de la ciudad que tenía, según me dijo, “apendicitis”, por lo que era necesaria una cirugía y así pensó, por ejemplo, en la apertura de la calle Corregidora. Había definitivamente aspectos positivos en su pensamiento político.

Los maestros de tiempo completo empezaron a salir al extranjero. Uno de los resultados de nuestras semanas culturales fue que conseguimos becas y ayudas de estudio para que fueran a hacer maestrías y doctorados lo mismo a Estados Unidos, que a Rumania, Italia o Alemania. El compromiso era regresar y dar clase por tres años en la Universidad.

Antonio Pérez Alcocer, filósofo tomista, maestro de la Escuela de Derecho y de la Preparatoria, hombre sabio, atrasado en su conocimiento porque ignoraba a Hegel y Marx, y que había estudiado en París con Henri Bergson, observaba lo que sucedía en la Universidad e hizo una definición a mi entender bastante peyorativa, pero con cierto grado de exactitud: declaró que mi rectorado había sido “un ataque epiléptico”.

La gota que colmó el vaso fue ésta: como habíamos crecido y necesitábamos más espacio dábamos clase hasta en lo que era el campo de fútbol y no había manera de crecer más. Así se inició la famosa historia del Patio Barroco. A pesar de que desde la época de Gómez Farías el edificio que albergaba el Patio había sido desamortizado y lo fue nuevamente en la época de Lerdo de Tejada, no sé por qué razón había sido entregado de nuevo a la Iglesia. Cuando se hizo el Colegio Civil el Patio Barroco pasó a formar parte de la iglesia de Santiago como casa parroquial y desconozco por qué a ningún director del Colegio o rector se le ocurrió decir que también era de la Universidad, ya que pertenecía a los Colegios Jesuitas de San Francisco Javier y de San Ignacio de Loyola (junto con el Patio de los Naranjos y el Principal). Este Patio podía darnos las treinta y dos aulas que requeríamos.

Entonces hablé con el gobernador y le pregunté que si se echaba ese trompo a la uña. Él, que era también universitario, me dijo: “Sí, lo hacemos, déjame avisarle al obispo”. Mandé a Ignacio Arriola, quien por cierto era muy católico, como emisario ante el obispo

En el Patio Barroco vivía el cura párroco en una habitación, todo lo demás estaba ocupado por algunos puercos y gallinas. Sobre advertencia no hay engaño. Yo le dije al obispo –a través de Nacho– que lo íbamos a pedir, y respondió que nos atuviéramos a las consecuencias.



Hugo hablando con los estudiantes para que regresaran a sus casas, ante la aparente solución del conflicto suscitado por la anexión del edificio del Patio Barroco a la UAQ. 29 de noviembre de 1966.

[Fotografía: Archivo UAQ]

Se hizo la solicitud correspondiente a Patrimonio Nacional con el apoyo del Gobierno del Estado, y Patrimonio nos lo concedió. El día que llegó la orden de entrega fui a la parroquia acompañado por el oficial mayor del Gobierno del Estado, Leopoldo Espinosa Arias.

El párroco de aquella época era Ángel Monroy. Le enseñé la orden de Patrimonio y le dije que tomara el tiempo que necesitara para desalojar sus cosas. En ese momento se me quedó viendo, me dijo: “¡Satanás!”... y se desmayó. Al poco rato comenzaron las beatas a recorrer la ciudad diciendo que yo lo había golpeado. Así es Querétaro. Así son las religiones fundamentalistas, capaces de mentir y de calumniar.

Atendimos al señor y se metió en la sacristía. Nosotros nos regresamos a la Universidad y le dije al oficial mayor que de alguna manera teníamos que tomar posesión del lugar. Llamamos a tres albañiles y abrimos un boquete en el delgado muro que comunicaba el Patio de los Naranjos con el Barroco, y por ahí entraron treinta o cuarenta muchachos. Uno de ellos se me desbocó. Entró al cuarto del cura y se puso la sotana, se asomó a la ventana y empezó a darles la bendición a las beatas. Entré, lo jalé, le dije: “¡Pendejo!” y cerré el cuarto.

A medio día vino el gobernador quien, delante de maestros y alumnos, leyó el documento en que Patrimonio Nacional hacía entrega del patio a la Universidad, y así tomamos posesión oficialmente.

El obispo mandó notas a las distintas parroquias pidiendo que se convocara a la gente para defender el patio, la propiedad de la Iglesia que los “comunistas” le habían quitado. Como a las cinco de la tarde había frente a la Universidad y

la Parroquia muchísimas personas, y un par de horas después, una comisión enviada por el obispo fue a verme. Yo estaba en la Rectoría. En la Universidad habría unos ciento veinte estudiantes y unos veinticinco maestros en ese momento. Era martes 29 de noviembre. Esa comisión me garantizó que no sucedería nada si retiraba yo a los estudiantes y a los profesores, y así lo hice; les solicité que se retiraran. Algunos me hicieron caso y otros se escondieron en algún lugar (ya conocían su ciudad y a su gente). Después de las misas de siete, creció el número de manifestantes que tenían consignas tan peregrinas como la destrucción de una reproducción del mural *Guernica*, de Picasso, que tenía yo en la oficina de Rectoría; después, por cierto, coloqué otra reproducción de esta obra en el Patio Baroco, lo hice por razones simbólicas.

## ¿TUVO MIEDO?

Sí, pero sabía que tenía que enfrentar la situación. Por el boquete que habíamos abierto la gente empezó a entrar gritando cosas como: “¡Viva Cristo Rey!”, “¡Abajo los comunistas!”, “¡Viva Santa María de Guadalupe!”. Llevaban machetes, palos y piedras.

El pequeño grupo de muchachos y de profesores encabezados por Álvaro Arreola, quien siempre fue muy valiente, se les enfrentó. Con las piedras que la multitud les tiraba ellos respondían.

Ya habían quemado parte de la biblioteca y destruido instalaciones del laboratorio de Química. Yo estaba en la oficina de Rectoría hablando por teléfono con el jefe de la Zona Militar para pedirle ayuda; recuerdo que sonaban los machetazos contra la puerta. El general me preguntó: “¿Y la autonomía?”. Yo le contesté: “General, en este momento la autonomía soy yo” –como diría el rey Sol de Francia–, “no puedo reunirlo al Consejo Universitario, ¡oiga los machetazos!”.



Enardecidos feligreses quitan las bancas que se habían colocado para evitar que se abriera la puerta de acceso al Patio Barroco. [Fotografía: Archivo UAQ]

En ese entonces la oficina de la Zona Militar estaba frente al jardín Guerrero, no muy lejos de la Universidad. Mandaron rápidamente a los soldados. Pusimos los escritorios contra las puertas para que no pudieran entrar a la Rectoría ni a la sección administrativa. Llegó el ejército con la bayoneta calada. Los atacantes huyeron y el ejército vigiló el boquete. Había varios estudiantes heridos, uno de ellos perdió un ojo; afortunadamente, no hubo muertos. Alejandro Juárez, que era oficial mayor, recibió un machetazo que le abrió el suéter de lado a lado, pero por suerte no le hizo daño.

Me avisaron que en el Patio Barroco había un muchacho herido. Les pedí a los soldados que me dejaran pasar, y cuando entré, no sé de dónde, salió un enjambre de beatas vestidas de negro (como en la película *Zorba el Griego*, de Mijalis Kakoyanis) que empezaron a arañarme y a atacarme diciendo que el rector era el demonio. Las encabezaba una señora con un nombre curiosísimo: Cleopatra Treviño. Como pude me las sacudí y regresé a la Rectoría. Volví y les dije a los compañeros que estaban en la Rectoría: “Es ridículo el asunto, ¡son arañazos de beata!”. Pensé: “Éstas me impidieron hasta el paso a la historia”.

Empezaron a llegar estudiantes que se habían enterado del conflicto; también llegó la policía que echó varias bombas de gas lacrimógeno. Lucinda intentó llegar a la Universidad en el Volkswagen que aún no acabábamos de pagar para ver qué había pasado. Los estudiantes, sobre todo los de Química, empezaron a hacer bombas porque llegaban rumores de todo tipo: “se está juntando gente en La Cruz”, “se está juntando gente en San Antonio”, “se está juntando gente en El Carmen y Santa Rosa”, “parece que viene un segundo ataque”, y empezaron a juntar piedras. Yo le pedí al general que no retirara el ejército.

## LUCINDA RUIZ POSADA NOS RELATA CÓMO VIVIÓ ESTE EPISODIO:

“Vi a Alejandro Juárez, que era nuestro vecino, llegar con el suéter roto, me dijo que de un machetazo. Le pregunté qué había pasado y nos contó: ‘¡No sabes cómo están las cosas en la Universidad!, la gente lleva palos, piedras, machetes’. Yo exclamé: ‘¡Santo Dios!’. Cogí el Volkswagen y pude llegar nada más hasta la Congregación porque la gente venía ya con lagrimones diciendo ‘¡Hijos de la chingada!’. Pensé: ‘Si me reconocen me linchan’. Bajé del coche aterrorizada, me hice la turista y regresé caminando a la casa sin saber qué era lo que pasaba”.

La tarde siguiente vinieron estudiantes de Morelia, cuya universidad había tenido el problema de la expulsión del rector Eli de Gortari también por “comunista”. Llegando me hablaron por teléfono y me dijeron: “Ya estamos aquí, rector. Venimos a apoyarlos”. Proponían hacer un mitin en la plaza para informarle al pueblo lo sucedido. Yo le respondí al estudiante que hablaba: “Mire compañero, aquí no funcionan las tesis de Rosa Luxemburgo. ¡El que nos dio en la madre fue el pueblo!, convocado por los sacerdotes y por el obispo, pero fue el pueblo el que nos atacó”.



Un grupo de manifestantes que fue contenido por el ejército justo frente a la iglesia de la Congregación, para evitar que llegara al edificio del Patio Barroco. [Fotografía: Archivo UAQ].

## ¿ATACARON SU CASA?

La noche siguiente nos fueron a decir que otra vez se estaba juntando la gente; Lucinda tuvo miedo, y sacamos a las niñas rumbo a casa de los abuelos. En una reunión de estos grupos de extrema derecha habían acordado matarme con el argumento impecable de que muerto el perro se acababa la rabia.

El asunto del Patio Barroco pasó, pero los enemigos políticos de Manuel González Cosío y los grupos de extrema derecha empezaron a mandarle telegramas al secretario de Gobernación, que era Luis Echeverría, exigiéndole que me pidiera la renuncia. El Consejo Universitario me apoyó, pero hubo una anécdota. Manuel González Cosío terminaba su Administración y entraba Juventino Castro. Nosotros habíamos iniciado los trabajos para fundar la Escuela de Medicina e inclusive se había inscrito ya el primer grupo de estudiantes, y fuimos acusados de habernos quedado con esas colegiaturas y de no haber abierto la Escuela, y este asunto fue llevado ante el Consejo Universitario. Esto era falso; estábamos esperando la aprobación del Consejo para abrir la Escuela en una parte del patio de Santa Rosa, donde funcionaba ya la Escuela de Artes Gráficas.

Ante los continuos ataques a nuestro proyecto de universidad, algunos estudiantes y maestros sugirieron irnos a huelga; tuve una conversación con ellos y les dije que una huelga se podía sostener con apoyo popular –que las tortilleras fueran a llevarnos tacos por ejemplo–, pero no sería así, la verdad es que hubieran ido a apedrearnos. Les enfatiqué que nuestro conflicto era con la sociedad, no con el Estado ni con el ejército, sino con la sociedad, y así no íbamos a poder sostenernos más tiempo.

Todavía nos mantuvimos algunos meses entre que caíamos y no. Yáñez, secretario de Educación, me apoyó hasta el final al igual que el gobernador González Cosío, pero ya iba a entregar el poder a su sucesor Juventino Castro, que estaba en contra de mí, inclusive movió a algunos profesores consejeros para que pidieran mi renuncia. Debo decir, en honor a la verdad, que después se arrepintió, pero en ese momento intrigó para que yo dejara la Rectoría y entregársela a Enrique Rabell, compadre suyo, que era maestro normalista y mi secretario general. Por otra parte, estaba Gobernación que se daba cuenta del malestar

social que habíamos provocado. Así que ya sin contar con el apoyo del gobernador, ni de una buena parte de la sociedad le pedí a un despacho que hiciera una auditoría.

Fue curioso el asunto porque les dije a los contadores que me urgía pues iba a renunciar una semana después. Iniciaron su trabajo y al poco rato me dijeron que tendrían la auditoría al día siguiente, pues el noventa por cierto de los gastos era la nómina.

También me di a la tarea de buscarle lugar a gente muy valiosa, que yo bien sabía no permanecería en la UAQ tras mi salida, recuerdo, por ejemplo, que coloqué a Rafael Jaramillo y Eduardo Ruiz Castellanos en Guerrero; el rector de la universidad de aquel Estado era amigo mío, Rosalío Wences. Pasaron una temporada por allá y después regresaron a Querétaro cuando la situación había mejorado. Eduardo se dedicó a la cátedra y Rafael entró al Departamento de Publicaciones como corrector de pruebas; no tengo la menor duda de que es uno de los más cuidadosos y acuciosos correctores que conozco porque es sanamente perfeccionista. Fue justamente *Rafa* Jaramillo quien tuvo la idea del diseño final del escudo de la UAQ a partir de los elementos aportados a su vez por Manuel Rodríguez Lapuente y Eduardo Epardo Ibarra.

Para la lectura de mi último informe nos dimos el lujo de hacerlo en el Teatro de la República, en ese recinto hice un discurso de despedida y entregué al H. Consejo Universitario mi renuncia. Un pequeño grupo de estudiantes me gritaba que no lo hiciera y me seguía apoyando, aunque la mayoría por intuición, por conocer su ciudad, o por las opiniones de sus padres, sabían que estábamos perdidos, desahuciados.

Me despedí parafraseando a *Sancho Panza en la Ínsula Barataria*: “Nadie murmure de mí, que fui rector y salgo con las manos limpias. Si no les hice mucho bien, tampoco quise hacerles mal. Desnudo nací, desnudo me hallo. Ni pierdo ni gano. Adiós señores, adiós”. Bajé del estrado, salí del Teatro, me subí al Volkswagen y nos fuimos a México a la mañana siguiente.

Después salí rumbo a la Unión Soviética porque estaba invitado al cincuentenario de la Revolución, cosa que la prensa de Querétaro aprovechó para demostrar que yo sí era “comunista”, comentario que ya no me importó mucho. Regresé al Servicio Exterior porque había solicitado licencia.

SEGURAMENTE ESTA HISTORIA LA HA CONTADO EN INNUMERABLES OCASIONES, PERO SI PUDIERA REGRESAR EL TIEMPO, ¿HARÍA ALGO DIFERENTE?

No. Estoy convencido de que a pesar de los riesgos era lo único que podía hacerse para realmente crear una universidad. Y creo que ahora, a la distancia, hay gente que se da cuenta de cuál era la dirección de nuestros esfuerzos. De hecho, años después el Consejo Universitario me volvió a nombrar rector por mayoría. En ese momento yo era director de la Casa del Lago de la UNAM; fueron dos camiones de universitarios para pedirme que regresara. Les dije que segundas partes nunca fueron buenas, que Querétaro no había cambiado, y que yo no había cambiado tampoco. Les expuse: “Díganme si puedo ser rector de la Universidad de Querétaro yo que pienso que hay que despenalizar el aborto y que la mujer es dueña de su cuerpo, yo que pienso que debe apoyarse el matrimonio entre homosexuales, yo que soy partidario de los anticonceptivos; díganme si voy a regresar de rector a una ciudad que, en su mayor parte, piensa lo contrario a mí”. Me costó trabajo decir que no.

¿HAY UN NUEVO PANORAMA EN QUERÉTARO?

Creo que algo sí. Ha llegado mucha gente de fuera. Ha cambiado pero creo que en aspectos superficiales, en el meollo de la problemática social y moral Querétaro sigue siendo una ciudad retrógrada. Y el clero, salvo

algunas excepciones (pienso en los dominicos, por ejemplo), sigue siendo el mismo de siempre y mantiene sus ideas conservadoras.

Es sabido que en la práctica, en Querétaro, las muchachas utilizan anticonceptivos, y hacen el amor, cosa que me da mucho gusto. Lo que me da pena es que tengan sentimientos de culpa después. Pero la Iglesia siempre ha utilizado los sentimientos de culpa para manejar a sus feligreses.

NOS HA HABLADO DE SU EXPERIENCIA COMO RECTOR EN LA UAQ, PERO ANTES DE DESEMPEÑAR ESE PUESTO FUE MAESTRO, ¿QUÉ SIGNIFICA PARA USTED LA DOCENCIA?

Una actividad muy enriquecedora, por lo que recibí y por lo que di. Brindé con honradez todo lo que sabía y traté de usar el mejor método para compartir mis conocimientos. Impartí clase en varios niveles, desde secundaria hasta posgrado. Como mi sueldo de director de Difusión Cultural en la UAQ era bajo, también daba clases, así que en la mañana empezaba enseñando Literatura en la secundaria del Instituto Queretano, después me iba a la secundaria de la Universidad a dar clase de Historia de la Revolución Mexicana y también de Literatura, daba clase en la Preparatoria, en la carrera de Derecho di Derecho Internacional, y finalmente daba clase en una academia de señoritas elegantes que se preparaban para el matrimonio, y para que fueran muy decoradas yo les daba clase de Historia del Arte; alguna vez nos invitaron a Lucinda y a mí a sus comidas de práctica –pues llevaban clase de Gastronomía–, que por cierto no estaban mal; la directora de la escuela era una señorita De la Isla. Daba ocho horas de clase al día, y después academia de oratoria, taller de poesía, y ensayo con los Cómicos. Mi capacidad de trabajo era extraordinaria, llegaba a veces a la casa a las dos de la mañana, pero para mí era una vocación. Hablaría de la poesía, el teatro, el periodismo, la docencia y la diplomacia como mis grandes vocaciones en la vida. El entregar lo que tienes y recibir de los muchachos su interés y su entusiasmo por aprender es formidable; la docencia es algo bello, es una de mis vocaciones y la cumplí con gusto por muchos años.

## HAY DOS HISTORIAS QUE QUISIÉRAMOS QUE NOS COMPARTIERA. LA PRIMERA, ¿CÓMO FUE QUE SE LE OCURRIÓ BAJARSE EL SUELDO DE RECTOR Y CUÁL FUE LA REACCIÓN DE LUCINDA?

El sueldo de un maestro de tiempo completo era de cinco mil pesos, y el del rector era de diez mil. Me pareció que era demasiada la diferencia. Lo normal era que el rector fuera un profesor de tiempo completo que terminada su gestión regresara a dar clases; es lo habitual en las universidades europeas o de Estados Unidos. Consideré que no era justo que el rector ganara lo doble que un profesor de tiempo completo. Me rebajé tres mil pesos. Cinco mil de sueldo y dos mil para gastos sociales. Lucinda me dijo que con dos mil pesos no le iba a alcanzar para esos gastos. Teníamos cenas frecuentemente con los soviéticos, los italianos, los americanos, los profesores, etcétera. Hizo milagros con ese dinero, y con la ayuda de maestras como Amalia Ortega, y especialmente Zoila Montes. Así organizaba las cenas y sacaba adelante la vida social de la Universidad. Me apoyó como lo ha hecho siempre, y en materia de dinero teníamos la misma visión.

La ciudad presentaba dificultades para la vida cultural. Me acuerdo de cuando tuvimos la semana dedicada a Estados Unidos. Vino Javier Rojas y nos dirigió a Carmen Zepeda, Roberto Servín, María Luisa Aguilar y a mí la lectura del primer acto de *Who is afraid of Virginia Woolf?*, de Edward Albee. La leímos en Bellas Artes y la gente no entendió muy bien lo que pasaba. Cuando vino la cantante de la Ópera Cómica de Boston había un muchacho que cuando oyó “ópera cómica” pensó que iba a ser así, y estaba muy puesto en primera fila. La cantante inició *El teléfono* y él se reía y comía cacahuates. Me acuerdo del comentario de John Brown, viejo amigo que era agregado cultural de la Embajada de Estados Unidos en México, quien exclamó con acento gringo: “¡Me da la impresión de que Querétaro no es la Atenas de América!”. Lucinda y Zoila le preguntaron después de una cena que cuándo regresaba a Querétaro. Su elocuente respuesta fue: “¡Espero que nunca!”.

Salvador Novo, Carlos Pellicer, Carlos Monsiváis y José Carlos Becerra vinieron a apoyarnos, cosa que les agradecí infinitamente. Novo venía a leernos fragmentos de sus obras. Recuerdo que lo hizo con un

acto de *El espejo encantado*, que es una de sus puestas más divertidas. Llegó con una peluca casi anaranjada y un enorme topacio en un anillo para encelar a los queretanos. Me pidió que después de su acto lo acompañaran a recorrer la ciudad, que le gustaba mucho. Lo mandé con un estudiante. El joven le preguntó: “Oiga, maestro, ¿y con ese anillote no se le cae la mano?” y Salvador le dijo: “No, hijito, ¡es de nacimiento!”

En el país se daban cuenta de que algo estaba sucediendo en Querétaro, que habíamos echado a andar un proyecto original.

## LA SEGUNDA, SABEMOS QUE VIVIÓ UNA ANÉCDOTA CON DON ROBERTO RUIZ OBREGÓN.

Así es. Inicialmente se fundó el Patronato de la Universidad con Bernardo Quintana. No sirvió para gran cosa, y después entró Roberto Ruiz Obregón. Roberto nos donó algunas cosas; me acuerdo de una imprenta Chandler modelo 1932 en la que hicimos toda la propaganda de la Universidad; era casi una pieza arqueológica, pero teníamos un impresor buenísimo, el señor Durán, que hacía maravillas con ella.



Hugo (al centro) en el salón de actos de la UAQ, a su derecha, el poeta y dramaturgo Salvador Novo, quien se encontraba realizando la lectura de *La guerra de las gordas*. [Fotografía: Archivo familiar]



Hugo siempre apoyando las causas universitarias, se le ve llegando a Plaza de Armas con la rectora Dolores Cabrera Muñoz, durante la marcha realizada en demanda del cumplimiento en materia presupuestal del Gobierno del Estado con nuestra institución. 8 de mayo de 2002. [Fotografía: Archivo UAQ].

Teníamos en Derecho a un maestro queretano de apellido Urbiola que había estudiado en el Politécnico en México y después fue a hacer su doctorado en Economía a la Unión Soviética. Entonces por supuesto que enseñaba *El capital*; ¿en qué escuela de Economía no hay que leer *El capital*?, sería pensar como en la Universidad Autónoma de Guadalajara (la de los Tecos, de extrema derecha), que cuando abrió Psicología ¡prohibió a Freud! Imagínense una escuela de Economía que no enseñe a Marx, además de Keynes y de Adam Smith.

Un día estaba en la Rectoría y me llamó Roberto Ruiz Obregón. A pesar de nuestras discrepancias creo que se daba cuenta de que estábamos intentando algo bueno para Querétaro; no lo alcanzaba a definir pero lo intuía porque era un hombre muy astuto. La conversación fue más o menos así: “–Oiga, Hugo, estamos muy preocupados los del Patronato. Hay un maestro en la Universidad que es marxista y está enseñando marxismo. – Sí don Roberto, en la Universidad hay maestros marxistas y no marxistas; hay de todos colores y sabores. –Nosotros veríamos con buenos ojos que ese maestro dejara de dar clase, pues no queremos que los alumnos se adentren en esas teorías exóticas. –Está bien, déjeme pensarlo”.

Una semana más tarde le llamé por teléfono: “Don Roberto, fíjese que el Consejo Universitario y yo estamos muy preocupados porque tiene usted un jefe de personal que es un hombre de mentalidad capitalista, y nos preocupa que defienda esa posición que tanto daño le ha hecho al mundo, y puede ser considerada antihumana, enemiga de la igualdad que debe regir entre los hombres. Veríamos con buenos ojos que usted cambiara a su jefe de personal”.

Colgó el teléfono. Pasaron los años y un día, cuando me nombraron doctor honoris causa en la UAQ, me lo encontré de casualidad. Él estaba en silla de ruedas. Nos saludamos y me dijo afectuosamente “rector”.

## CUÉNTENOS SOBRE LA INVITACIÓN QUE RECIBÍO PARA ASISTIR AL CINCUENTA ANIVERSARIO DE LA REVOLUCIÓN RUSA.

Antes de mi discurso de renuncia en el Teatro de la República ya tenía una invitación para ir a la Unión Soviética. Esa invitación nos la habían hecho a tres mexicanos: Ricardo Zevada (quien había sido fundador del Banco de Comercio Exterior y llevaba mucha amistad con el ministro de Comercio de la URSS, Anastás Mikoyán), el poeta y viejo comunista Germán List Arzubide y yo. Éramos los tres invitados al Cincuenta Aniversario de la Revolución Rusa. Esto, para algunas personas de Querétaro, fue una confirmación de mis lazos con el sistema comunista.

A mí me interesaba el acontecimiento histórico; cincuenta años de la Revolución Rusa no eran poca cosa. Me invitó la Universidad Patricio Lumumba de Moscú cuando aún era rector; habían convocado también a los rectores de las universidades de Buenos Aires y São Paulo. Asistí con gran entusiasmo pues por primera vez visitaba la Unión Soviética.

Llegando a Moscú nos alojaron en el hotel Rossiya que acababan de inaugurar y era famoso en aquella época, en la que cada hora la radio tocaba la canción *Noches de Moscú*. Di una conferencia sobre la Filosofía de la Acción en la Casa de la Amistad de los Pueblos, y una más en el Kremlin con motivo del aniversario.

Luego viajamos bastante. A mí me interesaba especialmente Samarcanda, adonde fui invitado por la UNESCO. Me acuerdo de que volé de Moscú a Taskent en un Ilyushin 14 que echaba tornillos por todos lados y hacía un ruido espantoso.



Homenaje de la delegación mexicana a John Reed, a un costado del Kremlin, en Moscú. De izquierda a derecha aparecen Ricardo Zevada, Germán List Arzubide, Hugo Gutiérrez Vega y Volodia Stoliarov. [Fotografía: Archivo familiar]



Germán List Arzubide coloca la ofrenda floral en homenaje a John Reed a un costado del Kremlin en Moscú. De izquierda a derecha aparecen: Sergei Yankin, Volodia Stoliarov, Ricardo Zevada y Hugo Gutiérrez Vega. [Fotografía: Archivo familiar]

Soy un personaje más bien temeroso, cada vez que cambia el ruido en un avión rezo un Padre Nuestro y diez Aves Marías y me preparo para la buena muerte; para mí un viaje de tres horas es una agonía de tres horas. Yo sé que es una tontería. Ahora que ya estoy viejo debería tranquilizarme, pero no lo logro.

Me quedé dos días en Taskent, capital de Uzbekistán y luego volé a Samarcanda donde iba a dar un curso sobre los dramaturgos post-lopistas, en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Samarcanda. La ciudad es prodigiosa, los dos primeros días los tuve libres y aproveché para conocer la mezquita de Bibi Khanum, la tumba de Tamerlán y otras maravillosas mezquitas y monumentos. Tengo un poema dedicado a Samarcanda donde hablo de “la ciudad azul y blanca bajo la luna de los mongoles”.

Al tercer día me presenté para iniciar mi curso. Tenía en frente de mí a veinte estudiantes. Todos se parecían a Gengis Jan. Estaban tensos y solemnes observándome, me saludaron con una inclinación de cabeza; yo los saludé en español pues el curso era en nuestro idioma. Empecé el curso hablando sobre Guillén de Castro y *Las mocedades del Cid*. Había hecho un análisis sobre el tema.

No se movía una mosca, había un silencio total. Terminé y les pregunté si tenían alguna duda o comentario. Nadie dijo nada. Pensé que habían quedado absolutamente convencidos. Al siguiente día iba a hablar de Vélez de Guevara, y empecé a sospechar que había algo raro. Hablé del *Diablo cojuelo* y esperaba risas. Como no hubo ninguna reacción les pregunté si estaban entendiendo y tampoco reaccionaron. Terminé la conferencia y me fui directamente con el decano para decirle que estaba muy preocupado. “Yo estoy más preocupado”, me contestó, “desde hace tiempo que desapareció el Departamento de Español, pero como teníamos este apoyo de la UNESCO quisimos que diera usted el curso, y los alumnos que asisten fueron reclutados en otras Facultades y no entienden castellano”.

Le pregunté qué hacíamos pues me faltaban ocho conferencias, y me dijo que las impartiera. Pensé que si me iban a pagar el hotel y las comidas tenía que dar aquellas charlas. Sólo le pedí que por favor los encuentros duraran una hora y me llevaran a Bujará, Dusambé y Kabul pues quería visitar aquellas ciudades y comprar

algunas cosas. Les pareció buena idea, aunque el cruce de frontera para llegar a Kabul se les hacía complicado.

Entonces llegaba a dar mi charla y les platicaba de Guadalajara, de mis gatos, y de temas que me divertían. Los estudiantes se relajaron y empezaron a decir algunas cosas en ruso (idioma en el que medio entendía cinco frases). Uno de ellos hablaba un poco de francés, así que intercambiábamos algunas ideas. Yo les hablaba de mi familia y ellos de sus tierras y de la comida uzbeka. La pasamos bien, se reían y nos saludábamos de beso –ya saben ustedes que en esas regiones son besucones–.

Cuando terminó el curso algunos me acompañaron al aeropuerto. Ahí nos reímos abiertamente porque le pedí al Decano que tradujera al uzbeko: “Este es el mejor curso que he dado en mi vida. Nos entendimos poco pero nos quisimos mucho”. Así que fue un curso lleno de tonterías y de amor. De esta experiencia brotó un poema que se llama “Samarcanda”.

De ahí nos fuimos a Alma-Ata, en Kazajstán, ciudad que significa “Padre de las manzanas”, ya que está llena de manzanos. Cuando llega la primavera se viste de blanco con las flores de sus árboles.

## ¿QUÉ IMPRESIÓN SE LLEVÓ DEL KREMLIN EN MOSCÚ?

El Kremlin es maravilloso; es asombrosa la arquitectura, e impresiona la permanencia de la Iglesia ortodoxa y, por supuesto, el corazón eran las oficinas de Lenin y el salón de Congresos del Partido Comunista. Era digna de análisis



Hugo caminando en la Plaza Roja de Moscú, a su izquierda, Volodia Stoliarov, Sergei Yankin, Germán List Arzubide y Ricardo Zevada.

[Fotografía: Archivo familiar]

esta mezcla de religiosidad y ateísmo que fue la Unión Soviética. Fue muy interesante la visita a la casa de campo donde murió Lenin, en Gorki Leninskiye.

Para mí, Lenin, al margen de varios aspectos de su biografía que no me gustan, merece una gran admiración, sobre todo, por ser fundador del periódico *Izkra* y por su carácter de verdadero revolucionario. Me ha interesado también la figura de Trotski, y la de Stalin me ha dado pavor, pues fue el monstruo que acabó con la utopía comunista al establecer el Estado policíaco y la burocracia central.

Mi viaje fue una gran experiencia, conocí a gente muy interesante como a Shólojov, el autor de *El Don apacible*. No era un gran escritor, aunque le dieron el Premio Nobel en 1965 para compensar un poco el problema de Pasternak, a quien los soviéticos no lo dejaron recibir el Premio en 1958. Conocí a otros escritores orgánicos del sistema como Yuri Daschkievich, un traductor del español al ruso, y Viktor Volsky, especialista en asuntos latinoamericanos que conocía bien la Historia de México. Recuerdo una broma que hice y resultó simpática: fuimos a San Petersburgo (en aquella época Leningrado), que es una de las ciudades más bellas del mundo, una ciudad con espíritu mediterráneo latiendo en el Báltico, esto parece un contrasentido, pero precisamente ésta es la semilla de su belleza. Tuvimos una cena de escritores y haciéndome el tonto les pregunté por un escritor especialmente prohibido: “¿Y no han reeditado *Sanin*, la novela de Artsybáshev?”. Se hizo un silencio total y uno de ellos me contestó: “No se ha reeditado porque es una novela que carece de interés”. Yo dije que me parecía espléndida, a lo que respondió: “Es una cuestión de opiniones”. Ya no insistí para no enrarecer el ambiente, pero fue un atrevimiento que después festejamos Ricardo, Germán y yo. Debo advertir que los tres admirábamos los aspectos positivos del régimen.

Fuimos también a Siberia; visitamos Novosibirsk, Omsk, Irkutsk, ciudades del norte donde se siente un frío muy intenso, así que nos la pasamos metidos en el hotel la mayor parte del tiempo. Me acuerdo de que en una de las pocas salidas iba con nosotros un cubano que llevaba la cara sin tapar (nosotros teníamos cubiertas las orejas, llevábamos gorro, y bufanda hasta la nariz); una viejita lo vio y lo agarró a cachetadas.

Pensamos que estaba loca, pero en realidad aquella mujer se dio cuenta de que se le estaba congelando la nariz y así le reactivó la circulación.

Fue un viaje muy interesante por mis viejos amores con la literatura rusa. Amores en los que coincido con Sergio Pitol. Creo que ambos hemos tenido que ver con la literatura de aquel país. Pienso en Gogol, Tolstoi, Dostoievski, Artsybáshev, Bunin, Zamiatin, Bulgákov, Goncharov, Andréiev, Schwartz; tengo un cariño especial por Turgueniev y Chéjov, quien es uno de mis escritores predilectos. La obra en la que más me ha gustado actuar es el *Tío Vania* que dirigió Ludwik Margules.

Recordé a los grandes del teatro ruso, como Stanislavski, Dánchenko, Meyerhold... a todos los grandes maestros que al principio de la Revolución Rusa siguieron trabajando gracias al apoyo de Lunacharski quien era dramaturgo y comisario de Instrucción y Cultura del Gobierno de Lenin. Cuando él cae lo mandan de embajador ante la República de España en guerra, pero muere envenenado en Francia. Muerto Lunacharski entra Dzanov y se establece el realismo socialista, que acaba con la libertad artística inicial.

A menudo olvidamos el enorme entusiasmo del Proletkult en los primeros años de la Revolución Rusa. Se nos olvida Malevich quien fue iniciador de muchas vanguardias en la pintura europea, se nos olvida Shostakovich que en la época de la censura tuvo que plegarse a las órdenes del sistema. En los primeros momentos todo era experimentación, y se permitió, gracias a Lunacharski, que Stanislavski, Dánchenko, Meyerhold... siguieran trabajando sin problemas. Su teatro de arte siguió vivo hasta que Dzanov, como he dicho, estableció el realismo socialista en un horrible discurso seguramente preparado, o al menos revisado, por Stalin.

Todo esto me hace recordar mi amor por Rusia, por el alma rusa, y mi admiración por algunos aspectos de la Unión Soviética.

## EN PLENA GUERRA FRÍA EL COMUNISMO ERA VISTO COMO LO PEOR POR UN AMPLIO SECTOR SOCIAL, ¿CÓMO FUE VISITAR LA URSS?

Creo que habría que matizar. Yo he sido durante mi vida gente de izquierda, y desde esa perspectiva he luchado siempre. Admiré muchos aspectos de la Unión Soviética. Para empezar, prácticamente no había analfabetos, la seguridad social (al margen de sus debilidades) era completa y la educación gratuita; se intentaba formar una sociedad nueva, que no tuviera como único valor el dinero. Por otra parte, todo lo controlaba el régimen policíaco, y la gente tenía miedo. Me contaron chistes, pero en voz bajita y en lo privado.

La prueba de que la esperanza no llegó a plasmarse en la realidad, es que en cuanto Gorbachov acabó con el experimento de la URSS, regresó a Rusia el dinero como el principal valor, así como el gangsterismo y la prostitución. Esto significa que el ideal comunista no llegó a calar hondo, y no se logró por culpa de Stalin, su represión y la corrupción de la *nomenklatura*. Hay que recordar a Alexander Dubček cuando habla del “socialismo con rostro humano”; este líder checoslovaco intentó cambiar de una manera profunda los aspectos antihumanos del sistema comunista.

Me traje esos sentimientos encontrados, por un lado, de satisfacción por lo que habían logrado (cierta reforma moral del hombre, sobre todo, en lo que se refiere al dinero), y por el otro, el sojuzgamiento policíaco, la tristeza, y una situación económica difícil; no obstante, no faltaban ni la comida ni la medicina (aunque el hospital fuera pobre y las prótesis se llenaran de piojos). Algo estaba cambiando, pero Stalin liquidó esa posibilidad con su sistema autoritario y con los crímenes cometidos que Alexander Solzhenitsin documenta aterradoramente en *Archipiélago Gulag*.

Todos estos contrastes nos pueden entregar un panorama más objetivo y claro del fenómeno soviético, porque es muy sencillo condenar en bloque a la “dictadura”, sin reconocer que había también otros aspectos, otras reformas morales que, a la postre, se frustraron. Encontré gente muy buena y valiosa que estaba buscando lo que Marx llamó “el hombre nuevo”, tema en el que después insistiría mucho el *Che* Guevara.

Hay muchas coincidencias entre el pensamiento de Marx y los ideales cristianos.

En lo personal, me molestan mucho las dictaduras, sean de izquierda o de derecha, así que regresé disgustado por el sojuzgamiento y el autoritarismo, pero también admirando muchos de los logros científicos, médicos y humanos en general.

## A LA DISTANCIA, ¿CÓMO VE A RUSIA?

Como un país capitalista que ha regresado a las viejas prácticas, y creado un aparato de coherencia interna del que forman parte el Gobierno, la Iglesia, los medios de comunicación y los empresarios; la veo moralmente deteriorada por las mafias, que se dedican desde la explotación petrolera hasta la trata de blancas, pasando por el tráfico de drogas y la prostitución. Me da mucha pena lo que está pasando. Creo que su sistema democrático tiene deficiencias muy profundas. Me gustaría regresar para comparar las caras que vi en la Unión Soviética con las de la Rusia de ahora. Creo que la censura es menos violenta, y me dicen que no está pasando nada nuevo en la actividad artística; además, los teatros son muy caros, y ya muy pocos pueden ir. Cuando yo estuve por allá mi compañero de asiento en la función del Bolshoi era un albañil.

Lo indudable es que el sistema comunista con Stalin no dejó nada firme. Gorbachov de un soplido tiró el castillo de naipes y reapareció la Rusia capitalista con su sistema de explotación y corrupción. Si se hubiera logrado de verdad y con profundidad el cambio moral, Gorbachov no hubiera tenido sentido, pero no lo lograron y mucho se equivocaron en cuestiones económicas, pero sobre todo, en el centralismo burocrático, que según tengo entendido, sigue a pesar de todo. No han avanzado demasiado en ese camino.

Rusia sigue siendo una potencia en muchos sentidos: en cuestiones espaciales, armamento atómico, recursos minerales, etcétera, pero se ha debilitado moral y económicamente.

DESPUÉS DE SU VIAJE, ¿ALGUNA VEZ PENSÓ QUE EN 1991 CAERÍA LA URSS?

No, era impensable. Uno empezaba a darse cuenta de que algo estaba modificándose cuando escuchaba las primeras declaraciones de Gorbachov. A mí me tocó la época de otro hombre duro, Brezhnev. Sí se sabía que en materia económica el régimen se había equivocado mucho y que la gente estaba a disgusto por el autoritarismo, aunque no olvidemos que todavía existe el Partido Comunista y que un buen porcentaje de la población, alrededor del veinte por ciento dependiendo del tipo de elección, vota por este partido. No es despreciable la cifra.

Siempre me pregunté qué habría sucedido si Dubček hubiera logrado su reforma en Checoslovaquia. Desafortunadamente, el Politburó se dio cuenta de lo que significaba el líder checo, y lo acusaron de traidor cuando en realidad era un hombre de una honradez extraordinaria, que nunca pretendió abatir el socialismo, sino democratizarlo. Mucha gente de izquierda no entendió o no quiso entender su pensamiento. El Pacto de Varsovia acabó con su movimiento y fue nombrado director de una presa. Para mí, Dubček es uno de los grandes hombres del siglo XX.

DE LOS PAÍSES COMUNISTAS QUE TUVO OPORTUNIDAD DE VISITAR, ¿HUBO ALGUNO QUE LE PARECIERA PARTICULARMENTE INTERESANTE PORQUE EL EXPERIMENTO ESTABA SALIENDO MUY BIEN?

Hungría estaba avanzando muy aprisa y Checoslovaquia, desde el punto de vista técnico y científico, fue una nación muy avanzada. En Rumania me tocó una época de “relajamiento” del control policial. Recuerdo que en ese país vi teatro sin ninguna censura, en Bucarest admiré la puesta de *Rinoceronte*, de Ionesco, quien era un dramaturgo prohibido, con Radu Beligan en el papel principal; también recuerdo una pieza llamada *El juego de las vacaciones* del controvertido dramaturgo Mihail Sebastian, y una pieza de Ion Luca Caragiale

que muchos años antes yo había traducido al español que se llama *O scrisoaria pierdută*, o *La carta perdida*. Todo sin ninguna censura. La Rumania de Maurer era todavía un país agrícola que vendía sus productos a Europa. Después vino el monstruo de Ceaușescu que acabó con la agricultura ya que consideraba que ésta era sinónimo de subdesarrollo, así construyó horrendos edificios y se llevó a los campesinos a Bucarest para convertirlos en obreros, pero se le olvidó un pequeño detalle: que no tenían industria. Esto fue un acto surrealista que terminó siendo terriblemente cruel.

En Polonia noté más controles. Moscú siempre vigiló a Polonia y Hungría muy de cerca porque tenían ánimos independentistas. Acuérdense de lo que pasó en 1956 en Hungría cuando trataron de dar al sistema socialista un rostro más humano: después de la violenta represión del movimiento democrático, perpetrada por el ejército soviético, muchos comunistas europeos renunciaron al Partido, se les acabó la ilusión. Los primeros años del régimen soviético buscaron al “hombre nuevo”, que entregara lo mejor de su solidaridad a los otros. Se estaba creando algo nuevo en la historia de la humanidad, cosa que el cristianismo nunca hizo. ¿En qué momento intentó el cristianismo algo así? Cristo no sobrevivió a su experimento; después algunos pensaron que se iba a establecer su utopía, pero no fue así, al poco tiempo El Vaticano era ya un poder político que estableció toda clase de represiones, autoritarismos y sentimientos de culpa; empezaron a hacer negocios, a luchar por el poder, y los papas Médicis y Borgias se comportaban como cualquier príncipe sin Maquiavelo; así que el cristianismo nunca estableció una utopía. El marxismo en sus primeros años nos mostró que justo estaba intentando crear una utopía, cambiar al hombre, pero Stalin liquidó esta idea, realidad que se vio muy clara en las calles de Budapest.

## ¿JUAN PABLO II VIVIRÍA LA CAÍDA DEL RÉGIMEN SOVIÉTICO CON ALEGRÍA DE POLACO O DE CATÓLICO?

Yo creo que de los dos tipos, pero más profunda la de polaco. Él tuvo que ver en esta caída junto con Reagan y Thatcher. Y ellos nunca matizaron cuáles eran los aspectos positivos del régimen soviético. La propaganda capitalista cayó como una lápida sobre la URSS, y no se salvó nada. Igual cayó sobre Cuba, y se nos olvida que en la actualidad la medicina cubana ha avanzado mucho, lo mismo que la educación y el deporte. Dicen que la isla está en la miseria, con un régimen policíaco, llena de prostitutas, y yo siempre digo que esto está presente en muchas partes del mundo, en todos los países hay prostitutas. No me gusta el autoritarismo del sistema cubano, pero tiene otros aspectos importantes. Platiquen ustedes con un cubano equilibrado y les hablará de estos contrastes, yo no soy defensor a ultranza de nada, eso lleva al fanatismo. Se trata de ver con la mayor objetividad y justicia posible todos los aspectos de un sistema. Por eso mi viaje a la URSS me permitió establecer este juego de balanzas para lograr un equilibrio en mi opinión sobre lo que fue uno de los grandes momentos de la humanidad, lo que John Reed llamaba los “Díez días que estremecieron al mundo”. Los diez primeros días de la Revolución Rusa, en los cuales parecía que todo iba a cambiar, pero a la postre nada cambió, ¿qué utopía ha funcionado?

## ¿QUIZÁ LA REVOLUCIÓN FRANCESA?

La Revolución Francesa a los ocho días ya estaba guillotinando gente; fue un momento importante que hay que matizar. Por supuesto, cambiaron la visión del hombre los conceptos “Libertad, igualdad, fraternidad”, también se quería un hombre nuevo y acabar con el autoritarismo de la nobleza y de los monarcas, y dar pan a todo el mundo. El proceso de corrupción interna se inició muy rápidamente por las luchas de poder entre las distintas facciones (jacobinos, girondinos), así que al poco tiempo empezó a funcionar la guillotina

no sólo para los nobles, sino también para los revolucionarios. Luego llegó Napoleón, quien logró muchos avances en cuanto al Código Civil y en materia del Estado laico, por ejemplo; no era sólo un emperador autoritario sino también un reformista que se enfrentó en algunos aspectos a la Iglesia católica.

Indudablemente, en todos los momentos en que la humanidad ha tratado de cambiar, la Iglesia católica se ha opuesto radicalmente, con excepción de sus miembros de pensamiento avanzado y, por lo mismo, auténticamente cristianos.

### ¿EN ESTE MISMO VIAJE A LA URSS PUDO ASOMARSE A LA CHINA DE MAO?

Después de mi estancia en Samarcanda y otras ciudades cercanas regresé a Moscú y a los pocos días emprendí un viaje maravilloso de varios días en el Transiberiano comiendo bien, tomando té y durmiendo en unas literas más bien tembelequeantes. Pasamos por Siberia y luego por Mongolia Interior para llegar finalmente a Beijing, que estaba en plena Revolución Cultural.

Antes, estando en Samarcanda, habíamos visitado dos pequeñas ciudades de la región autónoma de Sinkiang nada más para asomarnos a China. Fue muy evidente la suspicacia con la que nos veían. Pudimos conocer los “comedores populares” donde la gente comía fideos, y en las calles nos tocó presenciar a los chinos marchando con el *Libro Rojo*, de Mao, y cantando unas canciones horribles. Vimos también algo de ballet con alguna coreografía revolucionaria.

En el segundo viaje sí llegamos a Beijing, conocimos Shanghái y salimos por Hong Kong. Estaba muy entusiasmado por ver la Ópera de Beijing y algo de teatro; pude entrar a la Ciudad Prohibida y conocer la Sala de los Eunucos, quienes parecían políticos mexicanos: se robaban el dinero de la comida del emperador. Recuerdo haber visto unas cajitas donde guardaban sus testículos. Lo que vimos fueron sólo marchas y banderas rojas, muchachas muy flexibles y la imagen de Mao Zedong por todos lados. En la calle sólo se

veían bicicletas y algunos coches oficiales –la mayor parte de fabricación rusa–. Era la China de la Revolución Cultural, y lo que vimos fue la negación de la diversidad. Hablé con algunos poetas chinos, pero sólo leían poemas de Mao y comentaban únicamente algunos temas del realismo socialista, así que si les preguntabas algo sobre Li Tai Po te decían: “¡bù!” (¡no!), y lo mismo si les inquirías sobre los poetas de la dinastía Han: “¡no!”. Yo tenía un enorme interés por Tu Fu, poeta que debían haber fomentado porque escribía sobre cuestiones cívicas y populares.

La Revolución Cultural encarceló gente, y hacía cosas infantiloides, como exhibir a los culpables de frivolidad o a los enemigos del régimen con unos gorros de niños castigados, o trepados en camiones llevando unas orejotas mientras la gente los insultaba y les aventaba cáscaras de naranja. Las cosas han cambiado; estoy muy contento de que le hayan dado el Premio Nobel de Literatura 2012 a Mo Yan; es un reconocimiento muy merecido a un magnífico escritor de aquel enorme país.

## ¿CÓMO LLEGA A LONDRES POSTERIORMENTE?

A nuestra salida resultó difícil la tramitación burocrática para pasar la frontera de la China continental a Hong Kong; nos llevó un día arreglar el traslado, y de ahí volamos a Londres.

Antes de mi partida a la URSS, don Antonio Carrillo Flores que era secretario de Relaciones Exteriores en esa época, me había pedido que regresara por Londres para hablar con el embajador don Eduardo Suárez, quien era un abogado y economista muy distinguido, y había sido secretario de Hacienda en los Gobiernos de Lázaro Cárdenas del Río y de Manuel Ávila Camacho. Carrillo Flores tenía la intención de que me quedara en Londres, “pero queremos que se entreviste con don Eduardo”. Hablé con él, y de inmediato simpatizamos; era un hombre notable, uno de esos viejos enciclopedistas que sabía de todo, tanto de conocimientos profundos como de frivolidades; lo mismo hablaba de Literatura, Historia y Derecho como de Gastronomía;

no he conocido otra persona que supiera todo lo que él sabía sobre vinos. Siendo un hombre mayor ya no podía practicar alegremente toda clase de vicios, pero le quedaba la gula y se aferraba a ella. Yo le dije que coincidíamos en eso, acuérdense de lo que decía el conde Lucanor: “bendita sea esta gula que me libra de tantos males y me regala tantos bienes”.

Recuerdo una vez que bajaba las escaleras de la casa de Belgrave Square, donde siempre ha estado la residencia mexicana, lo esperaba en un saloncito con Sir Harold Thompson, presidente de la Royal Society, un hombre importante y aficionado al fútbol, que me invitó en alguna ocasión a ver un partido donde jugaba el Chelsea. Oí sus pasos débiles por la escalera y la voz de su esposa doña Lucha –una mujer muy simpática–, que le decía: “Eduardo, ¡ya vi que te llevaste unos caramelos!”.

La historia de don Eduardo es muy interesante. Era hidalguense, estudió Derecho, y al ser secretario de Hacienda de Lázaro Cárdenas le tocó vivir la expropiación petrolera y todas las arduas negociaciones con gente como Morgan y Cordell Hull, por ejemplo. Después, Ávila Camacho lo conservó al frente de la misma Secretaría. Don Eduardo me comentaba que se había cansado de ser pobre después de tantos años de ser funcionario público; ¡figúrense qué ejemplo para este país donde la gente entra al servicio público para enriquecerse! Renunció a Hacienda y puso un despacho de abogados, el famoso Harding, Hess y Suárez. “Aprovechando mis contactos y mi experiencia me hice rico. Y ahora ya de viejo, me pidió Antonio Carrillo Flores que me viniera de embajador a Londres. Me gusta Inglaterra, y estoy muy contento”, me dijo una vez.

En la entrevista que sostuve con él simpatizamos mucho, la gastronomía nos unió de alguna manera. Él tenía un estómago capaz de digerir piedras. Practicaba el vicio de la gula con gran alegría, así que se comía maravillosamente en la Embajada. Recuerdo a su esposa Lucha, mujer muy inteligente y su gran apoyo, quien preparaba platos extraordinarios, y sobre todo, comida mexicana. Sir Harold Thompson pedía que se le invitara a comer a la Embajada porque se servían cosas deliciosas y exóticas. Me acuerdo de un menú clásico que consistía en chiles poblanos encargados a México a través de una tienda inglesa que se llama Fortnum & Mason capaz de llevarte a Inglaterra la más exótica de las frutas en ocho días, y cobrando por



Fotografía que los Gutiérrez Ruiz utilizaron en Londres para tramitar la visa española.

[Fotografía: Archivo familiar]

cada chile poblano una fortuna en libras, pero valía la pena. Los chiles eran tratados para que no fueran demasiado picantes para el paladar inglés, rellenos de ahuate, caviar de Texcoco, ese caviar extraño que es una nata de mosquitos y marisquitos que se formaba en el lago y se deja secar al sol, con eso se rellenan los chiles y se capean (es una receta de *Lolita* Carrillo, la hija de Julián Carrillo), y luego el gran plato de doña Lucha que era el mole coloradito oaxaqueño o mole negro poblano que acompañaba de arroz y frijoles refritos que servía –como no había pulque en Londres– con champaña muy seca, que combinaba muy bien.

Después de esa entrevista el embajador Suárez le habló a Carrillo Flores delante de mí y le dijo: “Quiero que el señor rector se quede conmigo”. Regresé a México a organizar las cosas después de pasar unos días en París visitando amigos. En aquella época los gastos de instalación de los diplomáticos llegaban tarde, por lo que la mayor parte de nosotros teníamos que llevar un pequeño fondo para sobrevivir una temporadita mientras enviaban el primer salario y los gastos de instalación. Necesitábamos ese pequeño fondo y vendimos el Volkswagen, Lucinda vendió además algunos muebles, vajilla y otras cosas, y aun así no llegábamos a la cantidad necesaria. Entonces fui con el exgobernador Manuel González Cosío y le dije: “Manuel necesito un préstamo”. “Pero cómo, ¿no tienes ahorros?, ¿y la Rectoría?”, me preguntó. Yo le expliqué que con el sueldo de rector apenas me alcanzaba. Él como buen político no podía creer que alguien con un puesto público no tuviera sus ahorritos; le insistí en que no los tenía. Muy amablemente me regaló cinco mil pesos. Era un hombre especial a quien yo quise, más que amigo fue como un hermano mayor para mí. Ya con lo que habíamos juntado me fui primero solo a Londres a conseguir un departamento que a Lucinda y las niñas no les gustó. Siempre tuve el enorme

talento de conseguir departamentos inadecuados. Un año después de nuestra llegada Lucinda consiguió dos magníficos departamentos unidos, que hacían uno solo, algo que era de lujo allá; teníamos dos baños completos, un gran hall, sala-comedor y cuatro recámaras; por eso se podían quedar por temporadas Carlos Monsiváis y Sergio Pitol. José Emilio Pacheco y Cristina nos visitaban al igual que Fernando del Paso y Socorro, José Carlos Becerra y una larga lista de amigos e invitados.

Nos establecimos en Londres, yo como primer secretario en funciones de agregado cultural. Recuerdo que el ministro era Rubén González Sosa y después llegó Antonio González de León, con quien me unió una amistad especial. La Embajada era pequeña pero funcionaba bien, y rápidamente empecé a establecer contacto con las universidades y retomé algunos que había hecho desde la Rectoría de la UAQ aprovechándolos para empezar a trabajar. Me tocó la buena suerte de que eran vísperas de la Olimpiada de 1968 y todos querían saber cosas sobre México. Estuve en las Universidades de Essex, Sussex, Bristol, y con grupos muy heterogéneos como la British Federation of Women 's Institute, a donde asistían las nobles de las distintas regiones y las campesinas, todas participaban en actividades culturales y seminarios. Me invitaron a Yorkshire, a un lugar que se llama Pickering, en el West Riding. Me alojaron en la casa de Lord Stoddard-Scott. Llegué en mi cochecito Fiat, que recibió el mayordomo en la puerta de la gran mansión como se recibía antes a los caballos de las diligencias, se lo llevó y le cambió el aceite, lo lavó, le puso gasolina, así que cinco días después, cuando tuve que partir, el auto estaba como nuevo.

Era una “manor house” como dicen los ingleses, con magníficos cuadros (varios Gainsborough, Piranesi y Reynolds), una magnífica biblioteca intocada, pues mi lord no estaba interesado en libros. Su esposa era encantadora, pequeñita y usaba un sombrero que tenía cerezas de plástico. Manejaba como loca un Singer por las carreteritas de Yorkshire, para llevarme a dar conferencias a las mujeres, mineras, campesinas, y a las señoras de sociedad y de clase media reunidas en el mismo salón.

El mayordomo me acompañó a mis habitaciones que estaban en el ala oriente de la casa; me preguntó qué periódico me gustaría leer a lo que respondí: *The Times*; hizo un gesto de asentimiento como diciendo “muy

bien”. Me dijo que el desayuno se servía de ocho a diez de la mañana y me preguntó a qué hora me servía el té; yo le dije que a las ocho estaba bien y por último me preguntó a cuántos grados quería el agua. En fin, fue algo así como la cinta *The remains of the day*, la hermosa película del director James Ivory con Anthony Hopkins y Emma Thompson. Me tocaron ese tipo de mayordomos.

Lady Elizabeth, mi anfitriona, era distraída; me contaba que hizo un viaje a la India y en la mañana del día siguiente a su llegada salió de su habitación y vio un sol esplendoroso, algo poco frecuente en Inglaterra, por lo que a todo el mundo le comentaba: “What a gorgeous day!”. Los indios pensaron que estaba distraída.

Hicimos algunos convenios con las universidades y organizamos semanas culturales mexicanas; recuerdo la llevada a cabo en una de las ciudades satélites de Londres, donde hicimos una exposición de los pintores mexicanos que estaban viviendo en aquel tiempo en la capital inglesa, varias conferencias y un ciclo de películas mexicanas clásicas (*La mujer del puerto*, *El automóvil gris*, *Vámonos con Pancho Villa*, *El compadre Mendoza*, *Redes*, etcétera); Lucinda me ayudó bailando piezas mexicanas con un vestuario improvisado. Tengo muy presente que entre el público estaba un señor de tipo mexicano, con algunos compañeros. Cuando Lucinda empezó a bailar gritó: “¡Mucha ropa!”, para hacerse el chistoso. Yo estaba atrás de él y dije: “¡Mucha ropa tu chingada madre!”, volteó, pero no vio a nadie de tipo mexicano y quedó desconcertado.

Nuestras hijas empezaron a crecer en Inglaterra; iban a una “comprehensive school” en plena época de la gran revolución pedagógica inglesa de la escuela activa, la cual era absolutamente gratuita. Nos tocó la época del Gobierno laborista de Wilson durante la que ir al médico era gratuito, las medicinas tenían un precio simbólico, ir al hospital tampoco costaba y esto no sólo para los ingleses (que pagaban la National Health con sus impuestos), sino también para todas las personas que se encontraban en territorio inglés. Me acuerdo que Mónica se enfermó y fuimos a la farmacia a pedir alguna medicina, pero nos mandaron con el “Family doctor” que nos quedaba cerca. Llegamos con él, revisó a la niña, recetó algo que nos resultó baratísimo en la farmacia, y cuando le pregunté cuánto le debía me dijo: “Nada en absoluto”. Le respondí que no éramos ingleses, “Pero están en territorio de Inglaterra, por lo tanto reciben todos los beneficios de la

National Health”, me contestó. Quedé muy conmovido y pensé que ése era realmente el “Welfare State”, que les quitaba a los ricos para darle a los pobres. Por eso la Thatcher le llamaba el “Robin Hood State”.

Era la época en que empezaban a llegar los extranjeros, sobre todo de las viejas colonias inglesas en Kenia y de otros países de África. Iniciaban los movimientos racistas encabezados por miembros del parlamento y reverendos fanáticos mientras los indios y paquistaníes ocupaban las grandes ciudades de los Midlands, sobre todo, Wolverhampton, que está cerca de Birmingham. Uno entraba a esas ciudades y olía muy rico a especias orientales. Empezaba un momento de transición en Inglaterra.

Estuvimos bien, teníamos amigos. En esa época llegó a la casa por unos días Octavio Paz, vivíamos muy cerca de la casa de Carlos Fuentes, nuestras hijas eran muy amigas de Cecilia, su hija; en aquel entonces estaba casado con la actriz Rita Macedo y nos veíamos con frecuencia, vivíamos a una estación del Metro, nosotros en Belzise Park y ellos en Hampstead Heath; después nos cambiamos a Paddington. Nos reuníamos con Cabrera Infante y Míriam, y con Fernando del Paso y Socorro. Sergio Pitol, que vivía en Bristol, se quedaba en la casa cuando iba a Londres. Nuestros huéspedes más fieles eran Carlos Monsiváis, quien vivió en la casa por unos meses, y José Carlos Becerra.

El Londres de los sesenta era la Meca de los intelectuales, de los *hippies* y por supuesto de los Beatles, era un momento dorado y la ciudad estaba llena de escritores latinoamericanos; todos formábamos una especie de comunidad y nos veíamos con frecuencia. Recuerdo un fin de año en la casa de Carlos y Rita en Hampstead, en el que estábamos Octavio Paz y Marie Jo, Miguel Ángel Asturias (a quien yo había conocido en Roma y nos hicimos buenos amigos), Vargas Llosa, José Emilio Pacheco y yo. Llegó Guillermo Cabrera Infante con Míriam y un pastel de chocolate que se veía riquísimo, así que al término de la cena todos comimos una rebanada. Cuando acabamos nos informó Cabrera Infante que el relleno tenía hachís, yo pensé que iba a emprender tranquilamente mi viaje... ¡pero Vargas Llosa se desmayó! Era puritano y pensó que tendría una reacción horrible; cuando se desmayó nos preocupamos, pero afortunadamente pasó el problema sin ninguna consecuencia.

Me tocó estar en varios conciertos en Londres y ver a Janis Joplin muy de cerca; vi a Jimmy Hendrix, a los Beatles (estuvimos en su último concierto, nosotros abajo y ellos tocando en la azotea), y a los Rolling Stones; me tocaron los grandes conciertos de distintos grupos en Hyde Park, lo que después México copió en Avándaro y los yanquis en Woodstock, por supuesto. Era un gran momento de Londres. Íbamos al Electric Cinema donde pasaban todas las películas del movimiento *hippie*, y unos metros antes te llegaba el hornazo.

### ¿A QUÉ PERSONAJE DE LOS BEATLES ADMIRÓ MÁS?

A John Lennon, un héroe contracultural, quien aprovechó al máximo todas las facilidades que le dio el sistema, pero al mismo tiempo fue uno de sus críticos más serios. Siempre me he preguntado si su muerte fue obra de un pinche loquito, un don nadie que era su admirador y lo mató por razones que sólo la psicología puede explicar, o porque era molesto para el sistema. Recordemos su protesta contra la guerra de Vietnam y el tiempo que pasó en la cama desnudo con Yoko Ono. Su canción *Give peace a chance* es todo un manifiesto de auténtico pacifismo.

Harrison era muy inteligente, McCartney era el mejor músico y Ringo era simpático; ellos y en particular Lennon ejemplifican la tensión espiritual del Londres de esa época.

### NO SE PUEDE ENTENDER EL LONDRES DE LOS SESENTA SIN LOS BEATLES Y SIN EL HACHÍS.

En la casa nuestros invitados fumaban, y mis hijas lo sabían. Los estudiantes y todos llegaban con hachís; yo lo fumé, pero muy poco. No me entusiasmaban ni el alcohol ni los paraísos artificiales, pero entendía bien por qué se fumaba pues los efectos eran agradables. Tengo buen recuerdo del hachís, no así del peyote;

me dieron un pedazo en la fiesta de unos amigos mexicanos y como había tomado un whisky me crucé y desperté a las nueve de la mañana en un taxi frente a mi casa; no sé qué fue lo que pasó, esa noche está totalmente perdida. Después hubo una época en la que se fumaba mucha mota, cosa que no me escandalizó, sino en la que participé. Mis hijas ya jovencitas llegaron a fumarla; me acuerdo de que una vez llegué a la casa y la olí claramente. Se preocuparon, pero les dije “pásenla, ¿no?”, y ya se tranquilizaron. Pasó su etapa de mota y nunca hubo necesidad de llamarles la atención. En ese aspecto he sido tolerante toda mi vida.

Otro recuerdo de Londres es con Monsiváis: íbamos todos los sábados en la noche al National Film Theatre a unas sesiones que se llamaban “All night cinema”, que empezaban a las nueve de la noche y terminaban a las siete de la mañana. Había un intermedio como a las cuatro de la madrugada para tomar una sopa de jitomate con galletas. Veíamos varias películas de los hermanos Marx, otra noche estuvo dedicada a los vampiros, otra a Peter Lorre y una especial a todo Eisenstein. Además, íbamos a las funciones entre semana del National Film, así que volví a ver las primeras de Bergman, las de Wajda y otras que vimos con Sergio Pitol, quien era muy aficionado a la cultura polaca.

## ¿DÓNDE VIO LAS PRIMERAS PELÍCULAS DE BERGMAN?

En Roma; ahí vi *El séptimo sello* y *Fresas silvestres*. En Londres reafirmé mi admiración por él. Siempre me ha perturbado su trilogía formada por *Luces de invierno*, *Como en un espejo* –que es una cita de San Pablo donde dice que vemos el mundo como a través de un espejo oscuro, hasta que la fe nos permite verlo con claridad, recuerden que Bergman tenía una gran preocupación espiritual, yo diría que hasta teológica–, y, la última, *El silencio*.

Vi mucho cine polaco, como el de Aleksander Ford, gran director. Me gustó mucho *La pasajera*, dirigida por Munk, *Faraón* y *Madre Juana de los Ángeles*, de Kawalerowicz, esta última trata sobre un convento de monjas endemoniadas. Ken Russel hizo un *remake*, pero la primera versión era muy superior. Y por supuesto, el cine de Andrzej Wajda que tiene una película fascinante, *Cenizas*, y otra que se llama *Cenizas y diamantes*, que no es difícil de conseguir, pero *Cenizas* no la he encontrado para volver a verla; trata sobre las guerras napoleónicas, y el papel femenino principal fue protagonizado por quien en ese momento era la mujer de Wajda, Beata Tyszkiewicz, una de las más hermosas actrices no sólo del cine polaco, sino también del cine mundial, una mujer que además de poseer una belleza extraordinaria era muy buena actriz.

Me aficioné mucho en Londres a los hermanos Marx y reafirmé mi admiración por Stan Laurel y Oliver Hardy, y por el cine de Buster Keaton, Harry Langdon y Harold Lloyd. Me tocó ver las primeras películas de Griffith y me emocionó una de Josef von Sternberg que se llama *The last command*, con Emil Jannings, actor alemán, a quien también disfruté en su papel del profesor Immanuel Rath en *El ángel azul*.

A Laurel y Hardy los quiero tanto que años después de Londres, Manuel Puig, el autor de *El beso de la mujer araña*, quien fue amigo muy querido en Rio de Janeiro, me grabó películas cortas de ellos, lo cual le llevó horas y horas de trabajo. Los admiraba tanto que varias veces usé en teatro el seudónimo de Stan Hardy, sobre todo cuando trabajé en la Casa del Lago en obras dirigidas por Eduardo Ruiz Saviñón y Nicolás Núñez.

La época de Londres fue muy enriquecedora y conté para mi fortuna con el magisterio de Carlos Monsiváis. No sólo fue nuestro huésped y amigo, sino también mi maestro. En teatro yo era maestro suyo, pero en cine, cultura y música populares, así como en poesía Carlos fue mi maestro. Algo que no se le ha reconocido es que fue uno de los grandes conocedores de la poesía mexicana y latinoamericana, y autor de una de las antologías fundamentales de nuestro país. Así que los magisterios de Carlos y de Londres fueron fundamentales.

Para las niñas, además de que aprendieron inglés, fue muy importante su estancia en la capital británica. No iban a los conciertos porque eran muy pequeñas, pero oían los discos de una serie llamada “Top of the Pops”. Vivíamos en una ciudad muy cosmopolita, estaban de moda las prodigiosas minifaldas (que eran minis minis), y con esas piernas largas de las inglesas la combinación era muy buena. Yo me iba a Hyde Park, alguna vez con Monsiváis; él veía con indiferencia ese espectáculo pero entendía muy bien mi fascinación así como yo entendía la suya cuando pasaba un joven muy guapo con el torso desnudo. Cada quien su vida y sus gustos, recuerden que el respeto a los gustos ajenos ¡es la seguridad de los propios!

Carlos me enseñó entre otras cosas a respetar la diversidad, la variedad del mundo, la defensa de las minorías. Era una época en que el “Gay Liberation Front” estaba iniciándose. Vivíamos en Paddington y cerca de la casa estaba la sala de fiestas donde dicho grupo organizaba sus cenas. A ese lugar llegaban los gays y algunos travestis, varios de ellos latinoamericanos, que se detenían en casa para maquillarse y para que Lucinda les prestara ropa y zapatos que le regresaban con las trabillas rotas. De la casa se iban a la sala del baile.

Monsiváis nos enseñó a todos en la familia que hay diversidad sexual que es legítima, y que hay que aceptarla con absoluta naturalidad. Nos dio ejemplo de honestidad, claridad, sinceridad, goce del mundo, de las obras del hombre y de los “alimentos terrenales” (Gide dixit). No sólo fuimos amigos, sino también hermanos. El día que Carlos falleció, en *La Jornada* decidieron publicar una foto donde estoy besándole la mano, en una muestra de amor y respeto al hermano y al amigo.



Hugo y Lucinda rumbo a una recepción en el Palacio de Buckingham. En la imagen aparecen acompañados de izquierda a derecha por González Sosa, (ministro de la Embajada de México en aquel país) y un exembajador británico en México, les acompañan sus esposas e hija. Londres, 1971.

[Fotografía: Archivo familiar]



Hugo besa la mano de su entrañable amigo Carlos Monsiváis durante el homenaje que el INBA le rindió por sus 75 años. 15 de febrero de 2009, Palacio de Bellas Artes.

[Fotografía: Jesús Morales Olvera]



Hugo en Londres.

[Fotografía: Archivo familiar]

Todo esto nos enseñó Londres. Nuestra estancia en la capital inglesa fue un momento fundamental de lo que Flaubert llamaba la educación sentimental. Lo anterior hizo que mi familia fuera especial y por supuesto escandalizó al resto de la parentela. Pero eso ha sido parte de mi vida. ¡No tengo remedio! Y no podía ser de otra forma. Ya lo habíamos vivido en Querétaro, para lograr un cambio tuvimos que pagar un alto precio: el escándalo.

### ¿HIZO TEATRO EN LONDRES?

Sí. Fundé el grupo de teatro del City Literary Institute, que era una organización de “further education” (educación para adultos); puse una obra de Valle-Inclán en la que también actúe: *Ligazón*, y algunas piezas pequeñas de García Lorca: *La doncella, el marinero y el estudiante* y *El paseo de Buster Keaton*. Las pusimos para estudiantes de español y a la universidad le gustó tanto el experimento que el grupo permaneció y viajamos a Escocia. Por cierto, sigo pensando que Valle-Inclán es uno de los grandes dramaturgos del siglo XX, por obras como *Luces de Bohemia*, *Los cuernos de don Friolera*, y *Las divinas palabras*. Para esto yo pedía permiso en Relaciones, y lo veían como cosa pintoresca y me daban la autorización.

## ¿CÓMO FUE EL CONOCER A ANNA FREUD EN LONDRES?

Yo tenía un enorme interés por conocerla. La visité en su casa de Hampstead (donde había muerto su adorado padre), allí tenía una especie de academia donde daba un seminario, en el cual era crítica y estudiaba las fallas del método psicoanalítico.

Cuando pedí la entrevista con ella dije que era mexicano; me preguntaron si era psicoanalista y dije que no –en todo caso paciente–, pero sí admirador de Freud como escritor. Anna me mandó decir: “Si admira a mi padre como escritor, lo recibo hoy mismo a las cuatro de la tarde”.

Sigmund Freud fue uno de los grandes escritores del siglo xx y Anna estaba tan consciente de eso que cuando me presenté así, como un admirador de la pluma de su padre, me abrió las puertas de su casa. Fue una entrevista de unas dos horas; me acuerdo de que me dio un té riquísimo acompañado de unas galletas con sabor a anís que me comentó que ella hacía. Lo recuerdo perfectamente porque esas experiencias son imborrables. Físicamente se parecía un poco a su padre; usaba unos anteojos gruesos, por eso te observaba de manera que uno pensaba que era una técnica psicoanalítica. Era de mediana estatura, tenía un traje sastre gris, zapatos bajos y blusa morada; llevaba unos aretes muy femeninos. Tenía el cabello entrecano, peinada hacia atrás con un chongo. A pesar de lo que le había pasado a su papá fumó un par de cigarrillos durante la conversación.

Yo tenía muchísimas preguntas, pero a la hora del encuentro preferí solamente escucharla. Me habló un poco de su padre quien siguió fumando puros a pesar de su enfermedad; sufrió una gran cantidad de operaciones y tuvo dificultades crecientes para hablar. Me contó que al final se comunicaba escribiendo.

Después habló sobre lo que ella consideraba las fallas del método; lo hacía partiendo de la petición de su padre ya hacia el final de su vida, para que los que lo siguieran lo revisaran y corrigieran. Expresó el desacuerdo con su padre en lo referente a la envidia del pene. Como saben Anna tiene un texto sobre la interpretación de los sueños partiendo de la base de que no hay generalizaciones ni símbolos universales.

(Creo que los símbolos generales de Jung pueden funcionar en el ámbito de los sueños de las distintas culturas humanas). Anna reafirma la idea de su padre de considerar al sueño como la vía regia al inconsciente, por eso muchos psicoanalistas les piden a sus pacientes que escriban sus sueños.

Otra preocupación de Anna era el precio del tratamiento ya que algunos de los psicoanalistas habían echado a andar la idea –que le atribuían a Freud– de que si se cobraba poco el paciente devaluaba el análisis, Anna me dijo que su padre jamás dijo eso. Aquí hay que recordar a Woody Allen con aquello de que “no vale la pena morir, porque hay que seguir pagando al psicoanalista”.

Tengo una admiración enorme por Sigmund Freud, así que conocer a su hija, y escuchar un discurso tan honesto, sincero y lleno de admiración y respeto por su padre fue realmente interesante. Esta admiración también se manifestaba en sus discrepancias, puesto que a la gente que admiramos y respetamos también le manifestamos nuestras diferencias, pues si no es así, uno no las admira y respeta sino que les tiene miedo.

### ¿CÓMO ERA ELLA EN SU TRATO?

Era amable, con una gran naturalidad y un poquito distraída. Yo llegué temblando, pero a los cinco minutos ya estaba completamente relajado.

Conocí el diván de cuero; también algunas de las piezas africanas, y dos prehispánicas. La mayoría de las piezas habían sido donadas ya a su Museo al igual que su biblioteca personal. Me enseñó el jardín donde se tomaron las últimas fotos de su padre.

Tengo entendido que el seminario-academia funcionaba tres veces por semana. Vivía holgadamente por ser la heredera de los derechos de autor que sólo en Alemania no se respetaban. Viajaba poco. Me comentó que cuando uno viaja, cuando sale de su casa, de alguna manera “suspende la vida”. Se encargó de poner en

orden los últimos escritos de su padre para la edición inglesa de las obras completas. Algunos de los que iban a su academia eran psicoanalistas que más tarde formaron el movimiento antipsiquiátrico; las reuniones eran gratuitas.

Yo creo que los antipsiquiatras tomaron algunas frases de ella demasiado literalmente, no las matizaron bien. Recuerdo algunos de los momentos más álgidos de ese movimiento que llegó a radicalismos como impedir que se diera cualquier tipo de medicamento, y evidentemente había algunos casos donde o se les daba Aldol o se aventaban por la ventana. Después se matizaron sus ideas y se limitaron a pedir que se revisaran conceptos como locura, demencia, las tradicionales psicosis, la diferencia entre neurosis y psicosis, etcétera.

Anna también dio algunas conferencias en universidades; era sensata, discreta y tranquila, yo creo que era cordial, esa fue la impresión que me dio. Por otra parte, el ser hija de Sigmund Freud debe haber sido pesadísimo en su camino de psicoanalista. Fue el único encuentro que tuve con ella.

CONOCEMOS DEL GRAN CARIÑO QUE SIGMUND FREUD TUVO POR SUS PERROS, PRIMERO POR WOLF Y POSTERIORMENTE POR LÜN-YU Y HO-FI, ¿ANNA TENÍA MASCOTAS?

Tres perros chow chow que estaban educadísimos, cuando yo entré estaban paraditos muy bien portados en la puerta.

¿CÓMO LLEGÓ A ENTREVISTARSE CON ANNA?

A través de un psicoanalista inglés que era poeta, Jonathan Cape; le dije que una de las cosas que más quería era entrevistarme con ella, y él me contestó que la conocía bien. Me consiguió hablar con la secretaria, a quien le dije que admiraba a Sigmund Freud como escritor; a los diez minutos me regresó la llamada y me

dio la respuesta de Anna: “A una persona que piensa que Sigmund Freud fue un gran escritor se le abren las puertas de esta casa. Lo espera a las cuatro”.

## ¿HUBO ALGÚN OTRO ENCUENTRO EN LONDRES, FUERA DEL CÍRCULO DE LATINOAMERICANOS, QUE LE RESULTARA MUY SIGNIFICATIVO?

Sí, con Edward Morgan Forster, autor de grandes novelas, como *A Passage to India* y *Maurice*. Era ya un escritor consagrado. Un día Guillermo Cabrera Infante organizó una cena en su casa y nos invitó, ahí crucé algunas palabras con él, quien andaba cerca de los noventa. Tenía cierta curiosidad por temas mexicanos, le interesaba la figura de Sor Juana, pues había leído algo sobre ella, y le interesaban Novo y Villaurrutia. Me hizo preguntas sobre ellos.

Conocí también a Graham Greene, quien nunca tuvo el Premio Nobel no sé por qué estúpidas razones, pues considero que es uno de los grandes novelistas de nuestro tiempo. Escribió tres libros sobre México: *Across the bridge* que es una serie de cuentos, *The power and the glory*, cuyo título es una cita bíblica: “porque tuyo es el reino, el poder y la gloria” (Mt. 6:13) y *The lawless roads*. Llegó en plena persecución religiosa a Tabasco, donde gobernaba Tomás Garrido Canabal, ahí escribió *El poder y la gloria*. La Ley Garrido sólo aceptaba un sacerdote por cada treinta mil habitantes, siempre y cuando se casara. Eran los extremos de este hombre que, por otra parte, era un tipo interesante, y un enemigo de la intolerancia religiosa y del poder socio-económico de la Iglesia. Fue defensor del Estado laico, pero su radicalismo tenía extremos casi delirantes, como la absurda persecución religiosa. Fue un personaje contradictorio, y el análisis de su obra es complicado.

Hubo un sacerdote que no aceptó la Ley Garrido y siguió recorriendo Tabasco confesando y dando la comunión; era alcohólico. Greene lo sigue novelísticamente a través de aquella región, describe un México

terrible, violento y cruel. Se acababa de convertir al catolicismo, por eso vivió con angustia los extremos de esa Ley. Ese cura existió; le platicaron a Greene sobre él y con base en esos datos construyó su personaje y estructuró la novela. Al final el cura pasa la última noche en la cárcel con una beata y una prostituta. Los carceleros le piden que abjure de su fe. Él se niega y muere fusilado dando testimonio. Un sacerdote amigo me dijo que, en realidad, el cura murió de congestión alcohólica en el retrete de un burdel de Tenosique. Es un personaje lleno de matices. Sigue fiel a su fe confesando, comulgando y, al mismo tiempo, entregándose a su vicio. Son los matices de la vida humana. En esto consiste la grandeza de la novelística de Greene.

Era muy amigo de Torrijos, estaba escribiendo un libro titulado *Getting to Know the General* y también de “Chuchú”, un intelectual panameño muy importante y consejero de Torrijos. En esta cena de apoyo estaban, entre otras personas, la actriz Deborah Kerr, el embajador de Panamá y otros simpatizantes del general; yo estaba sentado al lado de Greene y cuando se enteró de que era el agregado cultural de la Embajada de México, que era poeta y acababa de escribir *El lamento de Paddington* me dijo clarísimamente: “Odio su país”, y le contesté: “Mire qué curioso, ¡yo lo odio también!”. “Pero también lo amo”, dijo Green, y le respondí: “Esto es todavía más curioso porque ¡yo también lo amo!”.

Recordé que lo mismo le había pasado a Malcolm Lowry, autor de *Bajo el volcán*, amaba y odiaba a México. Greene me contó su experiencia; al primer militar que conoció fue nada menos que al atrabiliario Saturnino Cedillo, cacique de San Luis Potosí. La primera impresión del país se la dio la sordidez de Ciudad Juárez. Años después regresó a México y encontró las cosas diferentes; se acercó un poco más a nuestra historia antigua gracias a D.H. Lawrence; así fue como le caímos un poco menos mal.

Conocí a otros poetas, como Charles Tomlinson, con quien llevé cierta amistad. Para los ingleses su casa es su castillo, no son muy dados a relacionarse con los otros; tienen alma puritana y los puritanos se relacionan con ellos mismos y con Dios. Creo que esto explica en parte la política de Estados Unidos y la mecánica del imperialismo, tanto del británico como del estadounidense. Por una parte, soy un enamorado de Inglaterra, de la civilización inglesa y sus maneras, de sus clubes, de su respeto por los otros, de su

solidaridad y preocupación por la justicia. Por otro lado, son racistas, arrogantes e imperialistas. Llegaron a sus colonias sus excelentes instituciones políticas y sociales y, paralelamente, sus garrotazos policíacos y sus crueldades imperiales.

Al poco tiempo de llegar a Londres me acostumbré a no intentar dar la mano cuando me presentaban a alguien, porque a veces te dejaban con la mano tendida, por el miedo a tocar o ser tocados; estos eran remanentes del victorianismo que produjo monstruos, como Jack el Destripador. Persistían cosas como el temor a las palabras; por ejemplo, el aborto no sólo estaba permitido, sino que también se podía practicar en los hospitales públicos sin dar explicaciones, pero no se debía utilizar la palabra “abortion”, se debía decir “termination case”. Otro ejemplo: la expresión “he died” se utilizaba muy poco, la gente decía “he passed away”, y las señoras, para ir al baño no decían “toilet” sino “loo”, o “Little girls” Esto es victorianismo puro. Estoy hablando del Londres de los sesenta, por eso el movimiento *hippie* trató de romper con los prejuicios, sobre todo con la hipocresía; por eso regalaban flores, se desnudaban en los parques, fumaban hachís, cantaban, bailaban.

## ¿CÓMO ERAN LAS RECEPCIONES EN EL PALACIO DE BUCKINGHAM?

Íbamos a dos recepciones al año, el “tea party” y al baile oficial. Yo siempre pensaba en *Alicia en el país de las maravillas*, esperaba encontrarme al conejo en la puerta viendo su reloj y diciendo: “It’s late, it’s late”, al sombrerero loco sirviendo sus medias tazas de té y a la reina de corazones diciendo: “Chop off his head!”

Las señoras tenían que ir de sombrero; Lucinda tenía algunos muy bonitos a juego con el vestido; yo tenía que ir de “jacket”. Era necesario tener tres: uno de pantalón a rayas y levita negra, otro de ojo de perdiz, y uno más gris liso para ir a las carreras de Ascot. Para el “tea party” se usaba el ojo de perdiz. Llevaba siempre una discreta corbata negra con rayas blancas. Como era la época de los *hippies* la misma nobleza, por razones de moda, combinaban sus elegantes “jackets” con corbatas estridentes.

En el “tea party” los bocadillos eran muy buenos. Los ingleses hacen unos canapés extraños que resultan deliciosos, por ejemplo, uno con pan de caja, mantequilla y berros, o con mantequilla y una rodaja de pepino, o de plátano; pero nunca les falta la mantequilla que es de muy buena calidad. Tienen una galletería espléndida y buenas salchichas y quesos. Comíamos y platicábamos con los otros diplomáticos (con el gueto), y con los ingleses un poco. Se dice por ahí que es difícil hacer amistades en Inglaterra; no fue así es nuestro caso, hicimos varias y buenas amistades en Londres; no perdurables, las amistades en la vida diplomática duran mientras estás en el mismo país, y en el tiempo que estuvimos ahí funcionaron impecablemente en materia de reuniones y de apoyos, en cambio, en Washington no hicimos una sola amistad, con los yanquis es definitivamente más difícil, aunque digan que es al revés.

El baile oficial era una lata. Lucinda tenía que ir de traje de noche por supuesto y yo de frac con condecoraciones, capa y sombrero de copa. Para mí, el vestirme siempre ha sido difícil, pero hacerlo con corbata de frac es una empresa imposible; Lucinda me ayudaba y por fin estaba listo. Llegábamos al Palacio de Buckingham con el embajador don Eduardo y su esposa. Teníamos nuestro lugar de acuerdo con el orden de presentación de credenciales. Nos colocábamos en nuestro sitio y esperábamos a que pasara la eterna reina madre que parecía piñata con sus vestidos hampones y con su cutis como de porcelana ajada (el cutis de las inglesas es precioso debajo de esas arruguitas que parecen un pergamino), luego el príncipe Felipe de Edimburgo, la princesa Margarita, el príncipe de Gales y al final la reina Isabel II, a quien las señoras tenían que hacer la caravana y nosotros inclinábamos la cabeza. La saludábamos como “Her Majesty”. Nos saludaba, hablábamos un poquito sobre todo y nada. Después debíamos esperar a que terminara de hacer lo mismo con el resto de las embajadas y al final de esa larga espera, daba principio el baile en los tres grandes salones del palacio. Lucinda bailaba muy bien y yo con torpeza, supongo que la pisoteaba todo el tiempo. Después de bailar algunas piezas y platicar con los diplomáticos nos retirábamos como a la una de la mañana.

Una vez al año íbamos a las carreras de caballos de Ascot, donde las señoras usaban sombreros espectaculares y los hombres “jacket” y paraguas, lloviera o no. Yo asistía con el “jacket” gris completo porque el rayado tenía dos chalecos, gris claro para recepciones y negro para pésames. Cuando uno iba al Ministerio de Asuntos Exteriores para algún trámite debía ponerse el “jacket” rayado con alguno de los dos chalecos, un saco negro común y corriente, y –de manera opcional– bombín. Los gringos, por cierto, usan más el esmoquin; recuerdo una ocasión en la que lo tuve que utilizar en Estados Unidos para ir a una cena de caridad a la casa de la señora Kennedy.

El protocolo de la época era estricto, se ha ido relajando, pero en general se conserva y creo que está bien; esos ritos, civiles o religiosos, son importantes para conservar cierta dignidad. Para los ingleses es importante el protocolo como lo es la puntualidad, pues la ven como manifestación de respeto al otro.

### ¿QUÉ PIENSA DEL PAPEL DE LA MONARQUÍA EN LA VIDA POLÍTICA?

El rol de la reina es importante. Es un poco el fiel de la balanza porque está fuera de la política concreta, de la *realpolitik*. Es la jefa de Estado pero no hace política y, por lo tanto, no se desprestigia; el desgaste viene por los actos de algunos miembros de su familia que son unos desenfrenados. La monarquía inglesa –como la española con los escándalos del rey matando elefantes, y el yerno y la princesa implicados en fraudes–, está de capa caída. La holandesa y las escandinavas se mantienen mejor porque han sido más austeras. En España, cuando se inició la transición, los comunistas apoyaron al rey Juan Carlos; inclusive Alberti y la Pasionaria fueron diputados del Reino.

## ¿ERAN BIEN VISTOS LOS HIPPIES?

En ese momento ya se habían impuesto; algunos los veían aún con curiosidad y con cierto recelo. Ya se habían dado cuenta los comerciantes ingleses de Carnaby Street de que el movimiento *hippie* les producía muchos beneficios, y la ropa era carísima; un amigo comentó que nunca había visto tantos hilachos a tales precios. Fue el momento en que empezaron a perder su poder revolucionario en parte por el exceso de drogas. Fue un movimiento neorromántico: dormir donde te cayera la noche, comer cuando tuvieras oportunidad, relacionarte con los demás a través del amor; por eso su lema era “peace and love”. Duró poco tiempo, y lo liquidó la reacción del establishment.

## ¿CÓMO VIVIÓ LOS SUCESOS DE 1968?

Yo era muy amigo de Javier Barros Sierra desde que estuve en la Rectoría de Querétaro; me apoyó muchísimo aunque al final ya no lo pudo hacer, pues con el conflicto del Patio Barroco fue difícil intervenir. Llevamos una buena relación. Cuando ocurrió el Movimiento del 68 yo estaba en Londres, lo viví con mucha angustia pues estaba con los estudiantes y con los profesores. Octavio Paz llegó a Londres proveniente de la India tras su renuncia en la Embajada; yo le conseguí en Cambridge el puesto de poeta en residencia, así que estuvo unos días en nuestra casa y luego lo llevé a él y a Marie Jo a Cambridge, donde les había conseguido un departamento. Se establecieron en esa ciudad inglesa donde estuvieron algunos meses y después regresaron a México.



Hugo combinaba su quehacer docente con el teatro, aquí aparece representando el papel de José en la obra *Los exaltados*, de Robert Musil, dirigido por Juan José Gurrola, UNAM, 1972.

[Fotografía: Archivo familiar]

## ¿ALGUNA ANÉCDOTA QUE SE ESTÉ QUEDANDO EN EL TINTERO?

Mi secretario particular en la agregaduría cultural era Héctor Manjarrez, escritor, novelista, cuentista, que muy pronto entró al movimiento *hippie*. Al principio usaba trajes elegantes, con corbatas y pañuelos del mismo color; pero un buen día llegó a la Embajada con calzón de manta, camisa oaxaqueña y huaraches. Pensé que iba a algún carnaval, pero él me explicó que estaba decidido a vestirse así. No sabía qué opinaría el embajador. Cuando lo vio don Eduardo me preguntó qué le pasaba, y le dije que yo creía que esa nueva manera de vestir era para la difusión de la cultura nacional; me dijo que se vistiera como quisiera.

## ¿CÓMO FUE EL REGRESO A MÉXICO?

Un día en Londres fueron a cenar a casa Rubén Bonifaz Nuño y Henrique González Casanova, quien me preguntó si quería regresar a México. Yo le dije que sí, que ya era tiempo. Su hermano Pablo acababa de tomar posesión de la Rectoría de la UNAM y me invitaba a colaborar con él.

Vine a México a hablar con Pablo, quien a su vez conversó con Víctor Flores Olea, que era director de la Facultad de Ciencias Políticas, y me ofrecieron una plaza de profesor de tiempo completo. Yo había estudiado en la Universidad de Londres un curso de Sociología de la Comunicación, en el cual me interesó, sobre todo, una materia: Televisión e ideología.

En la UNAM me invitaron a participar en el Departamento de Periodismo y Comunicación y me ofrecieron las clases de Teoría de los medios, televisión e ideología y Redacción; yo había sido colaborador de Últimas Noticias de *Excélsior* así que elegí la clase de Redacción y por supuesto pedí licencia en Relaciones. El embajador en Londres que era en ese momento Vicente Sánchez Gabito me ayudó a conseguir la licencia sin goce de sueldo.

El retorno a México fue en parte un golpe para la familia. Estaba muy hecha al mundo inglés y el regreso fue traumático hasta en cosas insignificantes como el hecho de que mis hijas contaban en inglés y cuando regresaron se vieron obligadas a traducir al español. De la *comprehensive school* llegaron a una buena escuela: el Instituto Técnico y Cultural, y al poco tiempo se habían adaptado. Al principio hablaban español con acento inglés. A Carlos Monsiváis le daba mucha risa porque un día Fuensanta le dijo: “Pues lo siento mucho Carlos, pero mi papá es más importante que ti” (*sic*). Todavía la última vez que vi a Carlos –antes de que entrara al hospital– me dijo, con acento inglés: “Ya sé que eres más importante que mí”.

A los dos días de llegar a México se presentó un problema en la Rectoría provocado indudablemente por Los Pinos y Gobernación, que querían tirar a Pablo por ser un rector de izquierda. Se vino la huelga y la Rectoría fue tomada por delirantes y mercenarios. Ayudamos y aguantamos todo ese período hasta que terminó con la salida de Pablo, quien tuvo que renunciar a su cargo. Guillermo Soberón tomó posesión como nuevo rector en el estacionamiento de la Facultad de Medicina; le pusieron el collar de rector y salió muy de prisa. Regresó al día siguiente, intervino la policía para sacar a los mercenarios y por fin Soberón pudo entrar al edificio de Rectoría. Yo seguí de maestro en Ciencias Políticas y me nombraron coordinador de la carrera de Periodismo y Comunicación. Dedicaba mi tiempo a la Facultad y a la elaboración de un programa de opinión, “Encuentro”, que se transmitía por Canal 2, patrocinado por el Seguro Social, que en esa época dirigía don Jesús Reyes Heróles. Yo era el conductor del programa por parte del IMSS, y por Televisa, Álvaro Mutis. Lo inició Álvaro Gálvez y Fuentes conocido como El Bachiller. Tenía su importancia y buena audiencia. Me demandaba bastante tiempo pues la televisión es muy absorbente.

## ¿CÓMO FUE QUE LO NOMBRARON DIRECTOR DE LA CASA DEL LAGO?

Un día me habló Diego Valadez, quien era el director de Difusión Cultural de la UNAM, y me contó que la Casa del Lago estaba en conflicto. La Casa es un lugar para el recreo dominical de los capitalinos, un modelo para la difusión de la cultura. Me dijo que el rector Soberón quería nombrarme director de la Casa del Lago. Me interesó mucho la propuesta. Hablé con Flores Olea y dejé la Coordinación de Periodismo y Comunicación, me quedé sólo con mis clases en la Facultad y en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos, donde ya impartía la materia de Cine y Literatura a muchos de los actuales actores y directores.

En una ocasión estando en mi cubículo de la Facultad me habló por teléfono Eulalio Ferrer de parte de Emilio Azcárraga, pidiéndome que fuera a su despacho para tratar un asunto. Tenía en su escritorio una de esas chequeras enormes –como de película– con cinco filas de cheques. Era muy teatral el señor Ferrer, no era mala persona, pero era un publicista al servicio de Televisa. Un hombre del sistema y de la mafia empresarial. Amablemente me dijo que querían aprovechar mi imagen, ya que se había hecho un análisis de mi presencia en la televisión y les parecía interesante. Me pidió que me encargara de un programa donde podía viajar por el mundo en avión de línea o en el jet ejecutivo de la empresa; me daban un camarógrafo, un ayudante y una secretaria y podía elegir a quién quería entrevistar: lo mismo al presidente de Portugal que a un famoso escritor islandés o Mao Zedong. Me proporcionarían un intérprete si lo necesitaba. El programa sería semanal y duraría una hora; tendría, por supuesto, todos los gastos pagados, incluidos los gastos sociales. Respecto al salario, me empujó la chequera y me dijo: “Anote ahí la cantidad que quiera”. Yo estaba como viviendo una película de Frank Capra. No se me ocurría ni qué anotar (nunca he sido muy bueno con el dinero, más bien todo lo contrario), y me dijo que trataría el punto con Emilio y me harían después una propuesta. Me levanté, y estaba a punto de salir cuando me dijo: “¡Ah! Otra cosa: Usted tiene el programa ‘Encuentro’ que nos gusta mucho y que le da mucho prestigio cultural a Televisa; sabemos que está ahí por parte del IMSS, y que va a participar próximamente en una mesa redonda sobre la televisión en México”. Yo dije que sí, que efectivamente dos días después iba a participar en ella. “Entonces –continuó

Ferrer–, me encarga Emilio que le diga que no participe usted, y si lo hace, defienda a la empresa”. Me lo dijo así directamente, a calzón quitado. Le pedí que me dejara pensarlo, pero asistí a la mesa redonda, hablé claramente de Televisa, y dije la verdad sobre ese monopolio. El Fondo de Cultura Económica publicó un libro mío que se titula *Información y Sociedad*; ahora lo leo y creo que era radical y hasta un poquito apocalíptico. No me arrepiento de haberlo escrito, creo que es un libro útil para los estudiantes de Periodismo porque hago un estudio –que después completé en mi “Bazar de Asombros”– de la historia del Periodismo a lo largo de todas las etapas de la humanidad. Supe, porque me lo dijo el encargado de la librería del Fondo en Avenida Universidad, que habían ido de Televisa a llevarse cien ejemplares.

Al día siguiente me habló Ferrer y me dijo: “No vamos a perder mucho tiempo en esta llamada; de la propuesta que le hice no se hace nada. Televisa ya habló con Reyes Heróles para que salga usted del programa”. Me pareció lógica su respuesta. En la vida hay que comprometerse y pagar las consecuencias del compromiso. No iba a traicionar mis convicciones defendiendo a esa empresa, pues tenía la obligación moral de decir a mis alumnos lo que pensaba de la manera más clara y sincera. Salí del programa y me dediqué al trabajo en la Casa del Lago con inmenso entusiasmo. Mi oficina daba al lago, así que desde mi escritorio se veían pasar cisnes y parejas fajando en barquitas inestables. Tenía unos preciosos muebles que habían sido del presidente Adolfo de la Huerta, así que era un lugar maravilloso. La actividad era frenética. Nunca en mi vida trabajé tanto como en mis actividades como rector de la Universidad de Querétaro, director de la Casa del Lago y agregado cultural en España.

Un domingo clásico en la Casa del Lago era así: a las nueve de la mañana iniciábamos con una conferencia de un ciclo que se llamaba “Orientación sexual” impartido por alumnos de Psicología y grupos en defensa de los derechos de los homosexuales, con temas que interesaban mucho a la gente y hacían que se llenara la sala. A las once había un concierto de música de cámara; a la una y media entraba Juan José Gurrola con el espectáculo musical “Tú, yo mismo”, basado en un poema de Salvador Novo, donde actuaban María Clara Zurita, *El flaco* Ibáñez, Salvador Garcini, cantaba Micky y tocaba el piano Hilario (unos jazzistas, ella francesa



Durante una lectura de poesía en el Zócalo de la Ciudad de México, Hugo aparece rodeado de musas.

[Fotografía: Archivo familiar]



Durante el Festival Mundial de Teatro en Nancy, Hugo se presentó en el papel de Octave, en la obra de teatro *Roberte ce soir*, de Pierre Klossowski; dramaturgia de Juan García Ponce, dirección de Juan José Gurrola. Le acompañan Fuensanta Zertuche en el papel de Roberte y José Ángel García en el del sobrino. Entre el público asistente se encontraba Julio Cortázar.

[Fotografía: Archivo familiar]

y él chiapaneco), era un espectáculo delicioso, había días en que la fila llegaba casi hasta Reforma para verlo. Después se montaron las fábulas de Monterroso adaptadas y dirigidas por *El Gordo* Alcaraz, también con un éxito inmenso. Más tarde, *El misterio bufo*, de Darío Fo, puesto por Nancy Cárdenas, que despertó muchas inquietudes en grupos como Pro-vida que se paraban en la puerta de la Casa a repartir volantes en los que se condenaban “las blasfemias” que se decían en la obra y que escandalizaban solamente a la sociedad más conservadora.

A las cuatro de la tarde se iniciaba el Festival de Poesía, por el que transitaron la mayor parte de los poetas del país, por ejemplo, Carlos Pellicer, Jaime Sabines, Efraín Huerta, Alejandro Aura, José Carlos Becerra, Eduardo Lizalde... A las seis teníamos otra conferencia de distintos ciclos; luego un concierto, generalmente, de piano o de la Camerata de la Casa del Lago que dirigía el maestro Bernal, y se cerraba con una puesta en escena en la noche. Tengo muy presente *Roberte ce soir* de Klossowski, la dramaturgia era de Juan García Ponce, la dirección de Gurrola, y el papel de Roberte era de Fuensanta Zertuche, una chica que hacía un striptease muy cultural en un lugar que se llamaba “El clóset”, porque decía poemas de López Velarde y después de cada verso aventaba una prenda hasta que terminaba desnuda; es una persona inteligente y muy parecida a la mujer del dibujo de Pierre Klossowski. Yo hacía el papel de Octave.

*Roberte ce soir* fue una obra complicada que tuvo un enorme éxito y provocó escándalo. Ésa ha sido la constante de mi vida, provocar escándalos, pero no lo he hecho por protagonismo, sino porque me parece importante realizar este tipo de actos para que mejore la inteligencia humana. Creo que mi paso por la Universidad de Querétaro fue parecido.

Para *Roberte ce soir* se usaba toda la Casa del Lago. El primer acto era en la sala principal; jugábamos billar Octave y Antoine –mi sobrino–, y mientras jugábamos manejábamos el tema de la teología, la pornografía y las reglas de la hospitalidad y de cómo el dueño de la casa tiene que recibir al huésped ofreciéndole, entre otros dones, a su esposa. De esa manera la actualizaba. La gran sala de la Casa del Lago fue tapizada por Fiona Alexander con papel espejo que multiplicaba la imagen de Roberte y de sus visitas, que eran un coloso y un enano. Fiona construyó esa caja con una abertura a la mitad para que el público tuviera que inclinarse para ver lo que pasaba; esto convertía en voyeurs a todos los espectadores. Yo se lo explicaba a un periodista: “Si usted quiere ver cómo una tía muy guapa se quita la faja tiene que agacharse para verla por el ojo de la cerradura. Es lo que les pedimos a los espectadores, que hagan voyeurismo, una buena y muy estimulante actividad”.

El éxito fue enorme no sólo en el teatro mexicano, sino también mundial, tal como lo consignó *Le Monde* y otros periódicos europeos cuando llevamos la obra al Festival Mundial de Nancy.

Unos días después del estreno sonó el teléfono, era el rector Soberón: “Hugo, creo que se pasó de la raya”, “¿Por qué señor rector?”, “Por la obra ésta que puso de Klossowski”, “Pues tuvo mucho éxito, ya estaba yo preparando el informe para darle el gustazo. Las críticas van a ser muy buenas”. “Pero me dijeron dos o tres profesores que la obra es muy inmoral y que la Universidad no puede poner ese tipo de cosas”. Yo le contesté: “Estas son las obras que sólo pueden ponerse en un ambiente libérrimo como el universitario. Tratándose de adultos conscientes, la única censura que puede haber es que no haya censura”. “Es que me dicen



En Nancy, Hugo con Paco Rabell, una organizadora del Festival Mundial de Teatro, Fuensanta Zertuche y José Ángel García.

[Fotografía: Archivo familiar]

–prosiguió el rector– que el segundo acto se desarrolla en el baño de la señora y que está ligera de ropa, que entra un enanito vestido de mariscal napoleónico”. Yo le dije: “Sí, es un enanito que nos prestó el circo Atayde, y está contento de participar en la obra”. “Pero me dicen –insistió el rector– que hay un momento en que ella abre las piernas y le pone un anillo en el clítoris”. Me puse nervioso y le dije: “Sí, señor rector, ¡pero casi nunca le atina!”.

Le dio risa al rector Soberón, hombre inteligente y de buen humor, y me dijo que estaba bien, pero había que prohibir la entrada a menores de edad. Las únicas menores que vieron esa obra fueron mis hijas, porque Fuensanta las metía subrepticamente para que estuvieran entre bambalinas y ninguna de ellas se escandalizó.

La obra duró casi un año, entraban ochenta personas y llegó un momento en que la gente compraba el boleto con mucha anticipación. Otra obra exitosa fue *La caída de la Casa Usher*, de Edgar Allan Poe, que montó Eduardo Ruiz Saviñón con un especial interés porque la adaptación teatral era de Debussy, quien siempre tuvo el deseo de hacer una ópera sobre ese cuento; Mario Lavista tradujo la adaptación y la puso muy bien Lalo. Como la sala principal daba al lago se hizo una plataforma atrás de la ventana y, cuando entraba a la casa Madeleine, la cataléptica, lo hacía como si viniera flotando sobre el agua. Se hacía un buen trabajo de maquillaje con arañes, sangre y hojas secas; eso hizo que una de mis hijas, Fuensanta, tuviera pesadillas. Como método curativo me la llevé para que viera maquillarse a María Clara Zurita. Yo me quedé muy contento pensando que ya había pasado, pero esa noche tuvo peores pesadillas.

También se puso *Sabaoth, la muerte en la literatura hispánica*, un *collage* con fragmentos de autos sacramentales de Calderón de la Barca, un texto de Gil Vicente, una escena de *Luces de Bohemia* de Valle-Inclán, poesía de Sor Juana, Quevedo, Lope de Vega, Gorostiza y Villaurrutia; lo dirigieron Nicolás Núñez y Lalo Ruiz y lo estrenamos en Ciudad Sahagún ante obreros y sus familiares, Trabajábamos para una organización llamada Instituto para la Recreación y la Cultura de los Trabajadores, uno de esos fideicomisos echeverristas. Dimos la función y al final, estando ya en camerinos, llegó una representación de los obreros y

nos pidieron otra función. Les solicitamos una hora para volvernos a preparar. Actuamos de nueva cuenta en un teatro enorme que estaba absolutamente lleno; terminamos con aplausos y cuando regresamos al camerino volvieron a entrar los del sindicato para decirnos que había más gente que quería ver la obra. Estábamos cansados, pero muy contentos. Volvimos a actuar por tercera vez. Esta obra la llevamos posteriormente a Madrid, Segovia, Sevilla y Salamanca.

También se presentó en la Casa del Lago *El balcón*, de Jean Genet, dirigida por Salvador Garcini; actuaba José Ángel García, casado con Patricia Bernal. Fui su padrino de boda. En aquellos tiempos Gael era el hijo de Patricia y José Ángel, ahora –según me decía Patricia–, ellos son los padres de Gael García Bernal.

Así como de *El balcón*, también les puedo hablar de *Noramelia*, dirigida por Nicolás Núñez, que era una obra muy importante pues mezcló dos personajes, uno de Strindberg de *La más fuerte* (un monólogo) y otro de *Casa de muñecas*, de Ibsen. Esta última obra es pionera en el feminismo. Nora deja su casa, a su marido, su estabilidad, para ser ella misma, así que en su tiempo histórico fue un escándalo tremendo, pero muy importante. Nicolás juntaba a Nora con Amelia, por eso le puso al espectáculo *Noramelia*. Me acuerdo que los dos papeles los hacía Helena Guardia, una magnífica actriz que después tuvo como compañero a Nicolás y fueron los representantes de Jerzy Grotowski en México y del teatro ritual grotowskiano.

Les he contado sobre la vida de la Casa del Lago los fines de semana. Entre semana teníamos campeonatos de ajedrez, y en una salita nueva fundamos un cineclub que funcionaba todos los domingos, y entre semana con cortometrajes y documentales, en fin, la actividad era desenfrenada. Los carteles nos los hacían en la Imprenta Madero, los cartelistas eran Vicente Rojo y Rafael López Castro, los principales del país. Tengo por ahí algunos muy hermosos. Fue una temporada muy creativa que viví con mucha intensidad y mi familia de la misma manera, pues los domingos se iban conmigo y se la pasaban ahí todo el día. Salíamos a comer rápidamente y regresábamos. De repente las conferencias de novela noruega contemporánea no les interesaban tanto, pero sí el teatro y la danza. Nosotros le dimos cabida al Ballet Independiente de México que andaba por ahí itinerante buscando dónde aposentarse y les dimos el lugar a Gladiola Orozco y a Michel Descombey.

La Casa del Lago era el centro de difusión cultural más importante de la ciudad y de la UNAM, sin la menor duda. Lo que pasaba en ella tenía una caja de resonancia no sólo en la prensa, sino también en el rumor colectivo, y dada su ubicación todo tenía un éxito asegurado. Tuvimos un problema con un grupo teatral rudimentario que se llamaba CLETA. Tomaron el foro abierto de la Casa y todos los domingos hacían sus representaciones con obras de compromiso social militante, elementales y mal hechas. Yo alguna vez hice una declaración en el sentido de que estaba en desacuerdo con lo que hacían, intentando seguir los principios del Proletkult, pero no tenían la calidad necesaria, y resultaba contraproducente. No estaba de acuerdo con sus puntos de vista ni con su actividad teatral, pero dije –parafraseando a Voltaire–: “defenderé con mi vida su derecho a hacer tonterías”. Así que después de algunas negociaciones inútiles, les pedí que no pusieran equipo de sonido porque acababa con la actividad dentro de la Casa y aceptaron.

En una ocasión hicimos una adaptación de Casona a un cuento de Boccaccio que se llama *Cornudo, apaleado y contento*, donde yo hacía el papel de cornudo y Helena Guardia el de Beatriz (la cornificadora). Asistieron a una función Peter O’Toole, Max von Sydow y Charlotte Rampling que estaban en México haciendo *Foxtrot*, una película de Ripstein que salió mal. Nicolás Núñez que estaba en la película con un papel importante, “sombra que pasa en la lejanía”, se hizo amigo de ellos y los llevó a la Casa del Lago. Estuvieron felices y se quedaron hasta la noche; a Von Sydow le dieron un cigarrito de mariguana que le encantó, y a Peter O’Toole una botella de whisky, así que estaban contentísimos; les llamó la atención lo de CLETA y el difícil acuerdo de convivencia.

Tuvimos problemas también con los infrarrealistas, un grupo de poetas experimentales a quienes les presté un local; Roberto Bolaño estaba en México en esa época y pertenecía al grupo. Negociamos con ellos y convivimos, así que la Casa se convirtió en un lugar de tolerancia. No reprimimos a CLETA ni a los infrarrealistas (quizá era lo que más de alguno quería). La política represiva siempre se equivoca. Bolaño robó una escultura y una máquina de escribir. Le pedí que las devolviera, pero no lo hizo. Al darme cuenta de su situación lo dejé pasar; este hecho fue comentado por él en su libro *Los detectives salvajes* llamándome cabrón.

## ¿POR QUÉ SALIÓ DE CASA DEL LAGO?

Porque me nombraron director de Difusión Cultural; Diego Valadez dejó la dirección y un buen día me habló Soberón para invitarme a ese puesto. Me dijo que Diego Valadez sería el Abogado General y que yo me encargara, fundamentalmente, de echar a andar la programación de la Sala Nezahualcóyotl recién inaugurada. Recuerdo que se hizo cargo de la acústica un especialista muy notable de Chicago. Me mostró los grandes paneles de acrílico que tiene la Sala en la parte de arriba; los colocó de una manera precisa para que distribuyeran el sonido, y construyó una caja de agua debajo del foro. Ahí abajo hay un estanque. Me dijo que escuchara desde todos los ángulos de la sala para rectificar en caso de ser necesario y luego agregó: “después de esto me iré a pie a la Villa de Guadalupe”. Finalmente la acústica quedó muy bien.

Claro que en la sala de Bellas Artes de Querétaro no hay el más mínimo problema con la acústica porque la gente escucha ¡siete veces la misma nota!, bueno, así era en mis tiempos, no sé si ya la mejoraron, pero antes escuchar un concierto ahí era algo verdaderamente alucinante.

## LA DIRECCIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL DE LA UNAM SIEMPRE HA SIDO GIGANTESCA.

Sí, era un organismo muy grande, ha sido tradicionalmente una especie de Ministerio de Cultura, compite con el INBA y CONACULTA, y lo hace con ventaja porque en la universidad no hay censura. La UNAM siempre ha sido el principal centro de experimentación artística precisamente por lo libérrimo de su ambiente, y por los profesores e investigadores que enriquecen las actividades culturales.



Hugo en la Casa del Lago durante su período de director de Difusión Cultural de la UNAM. A su derecha se encuentra Arturo Azuela y a su izquierda, Eduardo Lizalde.

[Fotografía: Archivo familiar]

Dependían de Difusión: Radio Universidad, el Centro Universitario de Teatro (CUT), que había fundado Héctor Mendoza; el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos (CUEC), obra de Manuel González Casanova; la Orquesta Filarmónica, cuyo director era Héctor Quintar; las orquestas de cámara, coros, cuartetos, quintetos, otros grupos musicales y de teatro; la *Revista*, espacios como Casa del Lago, Palacio de Minería, el Chopo, San Ildefonso, el sótano de Arquitectura, los teatros de las Preparatorias y varios museos y galerías. Fuimos también pioneros de la televisión universitaria –este dato le da un aire jurásico a esta entrevista–. Trabajamos muy de cerca con la Dirección de Obras de la Universidad, especialmente con un arquitecto notable: Orso Núñez, quien le dio forma a todo ese Centro Cultural que a mí entender es el más interesante, grande y activo de cualquier universidad de América Latina. También nos tocó la construcción del Teatro Sor Juana y echarlo a andar, la primera obra que estrenamos fue *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare.

El aparato administrativo de la Dirección era muy complicado aunque debo reconocer que, en el aspecto financiero, a partir del segundo año de mi administración sí tuvimos recursos porque era cuando López Portillo “administraba la riqueza” e hicimos una alianza con FONAPAS (Fondo Nacional para Actividades Sociales) que dirigía la esposa de López Portillo, Carmen Romano, una señora demasiado pintoresca.

Inicié, junto con Manuel Núñez Nava, una colección que se llamó Material de lectura. Eran unos cuadernillos donde publicamos, por ejemplo, la “Oda marítima”, de Pessoa, o “El cementerio marino”, de Paul Valéry que vendíamos a cinco pesos. Los diez mil ejemplares se vendían en menos de una semana en los

puestos de periódicos o en los supermercados. Me acuerdo de que sacamos la foto de una señora que llevaba en su canasta de compra al lado de los jitomates uno de estos libritos. Cuando llegaban a veinte regalábamos una cajita para que se coleccionaran y, aunque no lo crean, teníamos ganancias económicas. El rector estaba sorprendido. Yo creo que ha sido mi mejor experiencia en materia de promoción de la lectura. Sacamos como ciento cincuenta volúmenes entre cuento, ensayo y poesía. Afortunadamente, esta colección está viva otra vez gracias al esfuerzo de Rosa Beltrán.

En la Dirección seguí haciendo teatro. En una ocasión me llamó Porfirio Muñoz Ledo que era presidente del PRI y con quien tenía una buena amistad; habíamos participado juntos en concursos de oratoria, aunque no coincidíamos ideológicamente. Me dijo: “Muerto Franco estamos planeando el regreso a España”. Yo le dije que me parecía magnífico. “Para ir abriendo el terreno, ¿por qué no te llevas a tu grupo de teatro?”. A mí me parecía difícil, pues había remanentes del franquismo muy activos (hacia sólo un año de la muerte del espadón). Me dijo que el PRI pagaba los boletos de avión de la compañía y los técnicos; la Friederich Ebert, una fundación de la socialdemocracia alemana, se encargaba de nuestros gastos de hotel y comida, y de la promoción se haría cargo el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), mientras que el Instituto de Cultura Hispánica (que se iba a convertir en el Instituto de Cooperación Iberoamericana) nos prestaba el autobús con chofer para recorrer España con *Sabaoth*.

Recuerdo el reparto: Alejandro Camacho, José Ángel García, Patricia Bernal, Helena Guardia, Nicolás Núñez y yo. Iba también el otro director Eduardo Ruiz y un técnico, El Coronel.

Llegamos a Madrid el 20 de noviembre de 1976, exactamente un año después de la muerte de Franco. Desde que salimos del aeropuerto empezamos a ver las camisas azules y a la gente cantando el *Cara al sol*, himno de la Falange Española. Eran los grupos de extrema derecha, pero afortunadamente ya se estaba moviendo el ánimo democrático, los españoles querían la transición y estaban luchando por ella.

Dimos funciones en varios Colegios Mayores. La primera en un aula de la Universidad de Sevilla; todo fue un poco improvisado, pero salió muy bien. Estuvimos en Madrid en el Colegio Mayor de Guadalupe, y en un Colegio Mayor femenino en Salamanca. Recuerdo que una parte del *collage* era el poema, de Santa Teresa de Jesús, “Vivo sin vivir en mí”, que lo decía Helena Guardia, quien llevaba una especie de camisón que hacía que se transparentaran sus formas (por cierto muy correctas). La escena estaba inspirada en *El éxtasis de Santa Teresa*, escultura de Bernini ubicada en la iglesia de Santa María de la Victoria, en Roma; así la concibieron Lalo Ruiz Saviñón y Nicolás Núñez.

Si observan las aletas de la nariz de Santa Teresa se darán cuenta de cuál es el contenido físico del éxtasis. Así que mientras decía el “Vivo sin vivir en mí” Helena se colocaba en la postura de la escultura de Bernini. Estaban las muchachas del Colegio Mayor y las monjas carmelitas y yo dije: “Válgame Dios, a ver cómo nos va”. Terminando la función nos dieron churros con chocolate y me acerqué a la superiora para decirle: “Madre, espero que no le haya molestado la parte de Santa Teresa”. “No hijo, nada. En esas circunstancias nuestra Madre debe haber tenido hasta orgasmos”. Así que con esa respuesta respiré tranquilo y pensé que iba bien la transición española.

Tanto Helena como Patricia estaban ligeras de ropa en *La barca de la gloria*, de Gil Vicente, y los jóvenes del Colegio Hernando Colón de Sevilla estaban encantados de ver a las bellezas mexicanas; ese fue nuestro apoyo a la transición. También se decían poemas de Quevedo y terminábamos con Villaurrutia, y con *Muerte sin fin* de Gorostiza. Al público le gustaba mucho el fragmento de *Luces de Bohemia* de Valle-Inclán, sin duda, uno de los grandes dramaturgos del mundo. Yo gozaba mi papel de don Latino de Hispalis. Esta gira a España, de unas tres semanas, fue una experiencia muy agradable y de alguna manera consolidó al grupo de la Casa del Lago, que siguió viajando por el país y por el extranjero. Nuestra gira ayudó modestamente a que México estableciera relaciones diplomáticas con el Reino de España después de cancelar las relaciones diplomáticas con la República Española en el exilio, porque gracias a nuestra coherente política exterior, siempre permanecimos fieles a la España republicana, y nunca tuvimos representación ante el Gobierno espurio de Franco.

## ¿CÓMO FUNCIONABA LA REVISTA DE LA UNIVERSIDAD?

Yo era el director, pero tenía un Consejo; a mí siempre me ha gustado trabajar de ese modo. Lo que me ha producido el poder cuando lo he tenido son dos cosas brillantísimas: una hernia diafragmática y una úlcera duodenal: soy muy malo para ejercer el poder y para mandar. Me cuesta trabajo dar órdenes, siento que ofendo a la gente. Lo hago porque lo tengo que hacer.

En el Consejo de la *Revista de la Universidad* estaban Guillermo Sheridan, Margo Glantz, Carlos Monsiváis, José Joaquín Blanco, Manuel Núñez Nava y Carlos Montemayor, entre otros. Era un Consejo que funcionaba muy bien. Recuerdo que hicimos un número antológico titulado “Literatura y pornografía”. Pretendíamos señalar la relación entre literatura y pornografía con ilustraciones explícitas de distintos artistas. La *Revista* se vendió como pan caliente, se agotó a la semana. Iba yo a tirar la segunda edición cuando me llamó el rector Soberón para decirme que mucha gente había protestado por ese número. “Pero ya vamos a sacar el segundo tiraje”, fue mi respuesta. El rector tenía cierta complacencia conmigo, y se hizo de la vista gorda. Sacamos cinco tirajes. La *Revista* funcionó bien en aquella época y así ha seguido, sobre todo porque goza de dos cosas: de las libertades que tiene la UNAM y de un buen presupuesto.

Soberón me dijo que tenía la idea de inaugurar el Teatro Juan Ruiz de Alarcón para las celebraciones del aniversario de la autonomía (faltaban unos tres meses). Le propuse a Héctor Mendoza una obra de Ruiz de Alarcón y me dijo que no podía tenerla lista en ese corto tiempo. Era muy responsable. Margules tampoco aceptó, y entonces Gurrola dijo: “Yo le entro”, y se puso a ensayar. En el reparto había un grupo de actores importantes, como Rosenda Monteros y Óscar Yoldi. La obra era *La prueba de las promesas*.

En el ensayo general estaba Jorge Carpizo, quien era el comisionado de los festejos por parte del rector; me senté junto a él. El día anterior se habían entogado y embirretado pomposamente. Así empezaba la obra: ni siquiera se abría el telón cuando caía un reflector en el proscenio, había un escritorio, y en él un chango disecado, con toga, birrete y un rollo de papel de baño en la mano; Carpizo volteó a verme y me dijo: “¡Qué



Hugo en la Casa del Lago, a su derecha se encuentra Juan José Arreola, y a su izquierda, el rector de la UNAM Guillermo Soberón junto con otros dos funcionarios.

[Fotografía: Archivo familiar]

barbaridad!”. La idea de Gurrola era magnífica. Para él los clásicos españoles (y los clásicos en general) estaban en el refrigerador, congelados, así que había que revitalizarlos. Óscar Yoldi, que hacía el papel de Ruiz de Alarcón, aparecía metido en uno de estos refrigeradores grandes de carnicería a la mitad del escenario, colgado de un gancho, con un jubón recamado precioso, una gorguera triple, un espléndido vestuario y debajo nada. Por eso años después decía: “¿Saben por qué corrieron a Hugo de Difusión Cultural? ¡Por mis huevos!”.

Al final de la obra había un conejo de peluche rosa como de tres metros, y arriba de él estaba Rosenda Monteros, recitando brillantemente el verso alarconiano. La obra terminaba con un partido de frontenis jugado por cuatro muchachas que llevaban unas falditas muy cortas. Todo era parte de la imaginación de ese hombre tan talentoso que fue Gurrola, uno de nuestros grandes directores. Su idea era revitalizar a Juan Ruiz de Alarcón, pero lo revitalizó demasiado.

Al día siguiente, estando en mi despacho me llamó por teléfono el rector: “Hugo, lo he salvado varias veces, pero creo que ahora sí ya no hay remedio, los académicos están furiosos. Debe quitar esa obra”. “Señor rector, la Universidad no debe ejercer la censura. Tal vez a los académicos no les gustó, pero soy gente de teatro y sé que la puesta tiene sus valores. La obra debe terminar en veintiocho días porque Rosenda tiene un compromiso de cine. La defenderé con uñas, y dientes”. El rector lo entendió muy bien: “Tiene usted razón, pero dentro de veintiocho días me entrega su renuncia porque yo tengo que entregar su cabeza”.

París bien vale una misa y evitar un acto de censura vale la pena aunque pierda el trabajo. La obra aguantó los veintiocho días con mediano éxito; la gente no entendió muy bien de lo que se trataba. Sin embargo, a la mayor parte de la

comunidad teatral le pareció novedosa e inteligente. Al término de ese período acabó la obra, y yo presenté mi renuncia. Así fue mi paso por Difusión Cultural de la UNAM, como dice el bolero, “todo fue brillante menos el final”. Lo que hicimos en teatro, lo que experimentamos estuvo muy bien, salí muy satisfecho con ello. El final no estoy seguro de si fue una metida de pata, pero el hecho de haber evitado un acto de censura me dejó orgulloso.

Me quedé con mis clases en la Facultad de Ciencias Políticas y mi sueldo de profesor de tiempo completo. Lucinda empezó a vender tiempos compartidos en la playa cuando esto se iniciaba y a trabajar en la Editorial Novaro, el trabajo en esa editorial fue algo muy importante en su vida, ya que fue la traductora de *La pequeña Lulú* y de *Archi*; con reglas de mica porque los globitos venían en blanco y había que medir líneas y letras, y hacer la traducción del inglés al español. No podía escribir “cogí” sino “pesqué”, no podía separar palabras con guión, ni dejar espacios en blanco, así que cada globito era como un rompecabezas; le pagaban doce pesos por página y tenía que llevar su trabajo a la Editorial que estaba en Naucalpan, así que a ella le tocaba poner “cacle, cacle”, “quicle, quicle”. Hubo un número que debe ser de colección porque se equivocó y en lugar de ponerle a la novia de Archie Verónica le puso Betty; a ella se le fue y al corrector también, así que se publicó con los nombres equivocados en portada. También tuvimos que vender el coche para salir adelante.

Después de lo que había pasado ya no quería continuar en la Universidad, pero seguía creyendo en la grandeza de la vida universitaria.

Antonio González de León le explicó mi situación a Jorge Castañeda, quien era secretario de Relaciones Exteriores. Me llamó y me dio la oportunidad de irme de embajador a China o de consejero cultural a España. Elegí Madrid y así se inició mi tercer período en Relaciones Exteriores.

Fueron cuatro años en Madrid; tiempo en que la familia se empezó a separar, situación que ocurre frecuentemente en el trabajo diplomático. Lucinda, mi hija mayor, se quedó a terminar la Prepa en México y luego se fue allá a terminar lo que le llamaban el BUP (Bachillerato Unificado Polivalente) y el COU (Curso



En Madrid, celebrando la noche del 15 de septiembre junto con su esposa e hijas. De izquierda a derecha: Lucinda Ruiz, Mónica, Fuensanta, Hugo y Lucinda.

[Fotografía: Archivo familiar]



Tertulia literaria en casa de Hugo en Madrid; además de Hugo y Lucinda aparecen al centro Octavio Paz, y a la derecha de éste Luis Rosales y Paca Aguirre.

[Fotografía: Archivo familiar]

de Orientación Universitaria). Mónica estuvo un tiempo en Madrid y luego se regresó a México. Fuensanta se quedó con nosotros unas semanas y luego se fue a Nueva York para hacer su carrera de danza.

Esos cuatro años fueron de una actividad intensísima. Vivíamos cerca de la Embajada, al final del Paseo de la Castellana. El embajador era Francisco Alcalá, un banquero inteligente que dependía en buena medida de un ministro que era un magnífico diplomático profesional: Daniel de la Pedraja. México había estado muchos años fuera de España; regresamos hasta que murió Franco, por lo tanto había numerosas cosas pendientes: tratados que ratificar, acuerdos por firmar, etcétera. Daniel llevó todos esos asuntos y yo me encargué de la parte cultural. Contaba con quinientos dólares mensuales y tenía un cochecito con el que recorrí España de arriba abajo cargando lo siguiente: cinco películas (*El compadre Mendoza*, *Vámonos con Pancho Villa*, *Los olvidados*, *La mujer del puerto* y *María Candelaria*), una pequeña exposición de revistas y suplementos culturales, también una exposición de grabados de Posada, discos y mis peroratas. Les voy a compartir un ejemplo: llegaba a la Caja de Ahorros de Huesca a la semana de la cultura mexicana y les pasaba las películas, les daba tres conferencias, ponía las exposiciones y de ahí la emprendía a Tarragona, y de ahí a Barcelona, y así –con esas pobreza y mi hociquito– recorrí toda España. Como hice tantos amigos entre los escritores y los artistas al poco tiempo me convertí en jurado de varios premios de poesía. Por lo general éramos Luis Rosales, *Pepe Hierro*, Félix Grande y yo. Publiqué varios libros en España: *Cantos de Tomelloso y otros poemas*, *El Tarot de Valverde de la Vera*, *Meridiano ocho-cero*, uno sobre el teatro en México y libros de ensayo sobre Buñuel, González León y el padre Placencia.

En un pueblo de La Mancha llamado Tomelloso me nombraron Hijo Adoptivo y allá fui a la celebración y a firmar mi acta (esperando que después no me llamaran al servicio militar).

Fueron años de actividad muy intensa. Hice dos cositas de teatro nada más, con José Antonio Alcaraz pusimos en un Festival Hispanomexicano, una *Obra para barítono afónico, tocadiscos descompuesto y violín desafinado*. Yo interpretaba al barítono afónico. En un Festival de Cádiz trabajé en *Santísima*, la versión de Sergio Magaña de *Santa* de Federico Gamboa. Recuerdo que Diana Bracho hacía la Santa. Un día se enfermó uno de los actores y salí a torear el papel, me costó algo de trabajo, pero lo hice con mucho gusto sobre todo porque los demás actores eran buenos amigos míos. Hicimos gira por Cádiz, Sevilla, Córdoba y Granada. La obra tuvo relativo éxito.

No hice más teatro porque no tenía tiempo, entre las conferencias, las entrevistas de radio y los viajes en mi Ford, que ya se andaba cayendo a pedazos, tenía mucho trabajo.

## ¿CÓMO ERA EL AMBIENTE POLÍTICO EN ESPAÑA?

El primer embajador en España fue, ¡figúrense!, Gustavo Díaz Ordaz, quien estuvo unos cuantos meses porque le entró la depresión y le pidió al chofer que lo llevara a París. De la capital francesa tomó un avión a Estados Unidos, desde donde le habló a Santiago Roel, que era el secretario de Relaciones Exteriores, y



En una reunión en la Embajada de México en Madrid, al centro aparece Hugo y a su derecha, Juan Rulfo, Paca Aguirre y Félix Grande; a su izquierda, dos invitados.

[Fotografía: Archivo familiar]

le dijo: “Ya dejé su Embajada; métasela por donde le quepa”. Después de eso mandaron a José Gómez Gordoa y luego a Francisco Alcalá, con quien me tocó reanudar la actividad cultural.

El ambiente respecto a la relación con México era bueno, aunque había muchos infundios; recuerdo que un día un taxista me preguntó: “¿Por qué no nos quieren los mexicanos?”. Le expliqué que el problema había sido con Franco y en defensa de la legalidad española y de la República, “pero a los españoles siempre los hemos querido”.

Era la época de la transición, empezaba el destape y se veían señoras con culos y tetas, como decían ellos, así que poco a poco avanzaba la apertura, pero vino el intento de golpe de Antonio Tejero el 23 de febrero de 1981.

### ¿CÓMO SE VIVIÓ ESTE EPISODIO?

Nos encontrábamos en Madrid. Yo estaba en la Embajada cuando avisaron que habían tomado el Congreso. Pedí permiso para salir, pasé por Lucinda y luego por mis hijas que estaban en el cine. Las dejé en la casa y regresé a la Embajada. Hablamos a París para que nos mandaran pasaportes, y empezaron los telefonemas: “¿Como de costumbre va a dar asilo México?”. La gente estaba aterrorizada. Nosotros dijimos que sí se daría refugio. Nos llevamos banderas a nuestros hogares para así dar asilo en la Embajada, en la residencia del embajador y en las casas. Como a las once de la noche cada uno se fue a su domicilio y en la sede diplomática se quedó una guardia de dos cancilleres. Esperábamos ansiosamente las palabras del rey. Poco después de la una de la mañana apareció en la televisión, que hasta ese momento había estado transmitiendo películas malísimas, documentales sobre el invierno en Canadá y cosas así, y diciendo siempre que en unos momentos daría su mensaje el rey. Por fin apareció en pantalla condenando el golpe; ya tenía todos los pelos de la burra en la mano puesto que había hablado con los jefes de las zonas militares. Sin decir el nombre

condenó al secretario general de la Casa del Rey, Alfonso Armada, a Tejero y a los otros golpistas.

Recuerdo que en el piso alto del Congreso se quedó prendida una cámara de televisión que filmó lo que estaba sucediendo. Entró Tejero con un grupo de guardias civiles gritando: “¡Quietos todos! ¡Se sienten, coño!”. La mayoría se sentaron; permanecieron de pie el general Gutiérrez Mellado, el presidente Suárez y el diputado Santiago Carrillo. Tejero disparó al aire, jaloneó e intentó tirar al piso al anciano y valeroso general, pues éste lo increpó. Suárez acudió en su auxilio. Encerraron a los líderes de los partidos en una oficina, y los demás permanecieron en sus asientos esperando toda la noche. Cuando supieron que el rey había condenado el golpe se tranquilizaron. A la mañana siguiente se abrieron las puertas del Congreso y salieron los diputados, mientras Tejero y compañía fueron a la cárcel. Fue el último intento golpista de la extrema derecha y del autoritarismo franquista para recuperar el poder.

Además de la toma del Congreso hubo un momento donde parecía que las cosas iban a ponerse muy serias porque el capitán general de la zona militar de Valencia, Jaime Milans del Bosch, sacó los tanques a las calles de la ciudad. Algunos otros jefes de zonas militares estaban pensando hacer lo mismo, hasta que el rey les habló por teléfono. El rey no fue nada tonto, tenía la experiencia de su cuñado Constantino II de Grecia (hermano de la reina Sofía) que se puso del lado de los coroneles griegos en el golpe de 1967 y los mismos coroneles lo corrieron pocos meses después. Así que Juan Carlos, por experiencia familiar, sabía bien que tenía que apoyar la democracia, además creo que sí lo hizo por convicción. A raíz de esto la transición empezó a consolidarse, pero aún no se



Hugo saluda a don Juan Carlos I de Borbón, rey de España.

[Fotografía: Archivo familiar]



Hugo con Rafael Alberti durante un recital de poesía en la Universidad Menéndez Pelayo, España.

[Fotografía: Archivo familiar]



Convivio en un restaurante de Madrid. De izquierda a derecha: Pere Gimferrer, Pepe Hierro, Gonzalo Torrente Ballester, Hugo, la esposa de Pere Gimferrer, Julián Ríos, Paca Aguirre, Félix Grande, la esposa de Pepe Hierro, Jaime Salinas, la esposa de Luis Rosales, Octavio Paz, Rosa Chacel, Jaime Gil de Biedma, Marie Jo Paz y Luis Rosales. [Fotografía: Archivo familiar]

ha logrado del todo, pues hay muchos pendientes de la Guerra Civil, y heridas que todavía escuecen. Sin embargo, se puede decir que el sistema democrático español mejoró notablemente. Esto nos ayudó mucho en lo cultural también porque se aumentaron los apoyos; lo que era el viejo Instituto de Cultura Hispánica (el centro de propaganda franquista para América Latina) se convirtió en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, se aumentaron las becas y se estrecharon las relaciones. Claro que había también mucha gente de la vieja guardia, del “Ancien Régime”, que en una gran parte decían no haber pertenecido a él, sino haberlo padecido; lo mismo sucedió en Italia cuando cayó Mussolini y muchos aseguraban haber sido enemigos de él cuando en las fotos salían vestidos con la camisa negra.

Fue una experiencia para mí muy importante, no sólo con reflejos literarios inmediatos, sino porque también fue la recuperación del país de mi padre, un país que de alguna manera él había idealizado. Yo ya había estado en Santander en la época de Franco, y conocí a algunos parientes. Esto me gustó en parte y en parte no, porque mi abuelo había sido alcalde republicano y sus hijas (mis tías) eran fascistas, con retrato de Franco en la habitación, así que la familia estaba dividida.

Fueron cuatro años de aprendizajes muy intensos. Después llegó como embajador Rodolfo González Guevara, viejo priista especializado en fraudes electorales que andaba rompiendo con el PRI, como que se andaba arrepintiendo de todos sus malos quehaceres, pero en el fondo seguía siendo un priista de alma y corazón. Era paisano mío de Guadalajara y empezó a darse cuenta del trabajo que se realizaba en la Embajada. Un día, la telefonista me dijo que el embajador

le había pedido que anotara cuántas llamadas eran para él y cuántas para mí. No esperé más, llegué a la casa, le hablé al secretario de Relaciones Exteriores Bernardo Sepúlveda y, por primera vez en mi vida diplomática, pedí mi cambio. Pensé que así como estaban las cosas no podía seguir. Le expliqué la situación a Bernardo y me dijo que no me preocupara. A los ocho días me llamaron para reubicarme en Washington como ministro encargado de asuntos culturales.

Nos mudamos a la capital estadounidense con Fuensanta y nuestro gato Sashka, que en ruso es Alejandrino; era un gato muy grande, “white and ginger” como dirían los ingleses, amabilísimo cuando quería y a veces medio cabrón; se orinó en todos los lugares en que vivimos: en Madrid, Washington, Rio de Janeiro, Atenas, San Juan de Puerto Rico, y vino a México a echar su última miadita. Murió de veintiún años. Sólo le ganaba Chocorrol, el gato mayor de Monsiváis que murió de veintitrés.

## ¿CÓMO FUE EL CAMBIAR MADRID POR WASHINGTON, D.C.?

La cultura yanqui siempre me ha interesado mucho. Estuve en Nueva York en el Actor’s Studio como les conté. He sido aficionado al jazz y seguidor del teatro y la novela de Estados Unidos. Admiro al pueblo de esta nación, pero no me gusta su Gobierno, su sistema, ni la enajenación que padece la mayor parte de la clase media, pero su élite intelectual es formidable. Desafortunadamente fue expulsada de las reflexiones nacionales por Reagan. Acuérdense de que todavía con Kennedy la Casa Blanca se llamaba “Camelot”, y que en su toma de posesión recitó un poema Robert Frost (los intelectuales y los artistas estaban constantemente en la residencia presidencial). Reagan acabó con todo eso, odiaba la academia, a los intelectuales y los artistas –siendo él un artista mediocre–. Nos tocó su reelección.



Hugo en su casa de Washington, D.C.  
[Fotografía: Archivo familiar]

Washington es una ciudad encantadora y con un clima extremo; en invierno nevadas, en verano aquello es Tabasco, hay hasta luciérnagas. La primavera es gloriosa con los cerezos japoneses.

### ¿DÓNDE VIVÍAN?

Cerca de Wisconsin Avenue, por el área de la Catedral, en una pequeña colonia de “red bricks”; teníamos un apartamento de dos pisos, muy agradable, que estaba a diez minutos de la Embajada. Lo que se veía desde las ventanas eran árboles, ardillas y pájaros azules. Vivíamos a la mitad del bosque del Rock Creek Park. Ahí Sashka fue muy feliz, salía a dar la vuelta. A veces tardaba en regresar y nos preocupábamos. Una vez tuvo un pleito con un perro ¡y ganó! Teníamos una ayudante doméstica que se llamaba Francia, era su “nom de guerre” (no sabíamos cómo se llamaba en realidad); era una mulata simpatísima, maravillosa trabajadora como todos los dominicanos. Un día fuimos a Nueva York, ella fue a la casa y le abrió a Sashka para que saliera. Pasó el tiempo, ya se iba y el gato no regresaba. Se tuvo que retirar y Sashka se quedó afuera. Después nos contó que abría la puerta y le gritaba “¡Gatico!, ¡Gatico!” Pero el gatico no estaba acostumbrado a ser llamado de esa manera. Apareció a nuestro regreso de Nueva York parado en la puerta.

Nos tocó un Washington que ya había despegado culturalmente. Durante muchos años fue una ciudad artificial como Brasilia, construida para ser capital; por lo tanto, todos los viernes salía un tren que se llamaba “The Congressional” rumbo a Nueva York. Los diputados y senadores salían de Washington para pasar el *weekend* en La Gran Manzana. Esto cambió cuando abrieron el Kennedy Center

con todas sus salas; se creó la orquesta, se iniciaron las temporadas de ópera y de teatro, se abrió el Arena Stage, reabrió el Teatro Nacional, las universidades crecieron y se arregló prodigiosamente todo el conjunto de formidables museos que están en el Mall: la National Gallery, el Smithsonian, el National Museum of American History y otros más donde uno se puede pasar la vida recorriéndolos.

La ciudad es muy contradictoria, en una parte es sureña, fea y peligrosa (acuérdense de los motines que hubo en 1968); en la otra parte hay grandes avenidas: la Wisconsin, la Connecticut, la Pennsylvania, con un tránsito bastante ordenado, y hay también una parte antigua: Georgetown, la vieja villa inglesa de callecitas angostas y un magnífico ambiente de restaurantes, librerías de viejo que son espléndidas (tengo que recordar aquí, aunque no venga al caso, que Estados Unidos tiene el mejor sistema de librerías públicas del mundo). A Georgetown se iba al reventón, a pasear, ahí está la universidad así que la vida cultural era intensa.

Organicé semanas culturales en Los Ángeles, San Antonio, San Francisco, etcétera; di algunas conferencias en lugares muy especiales, como la Universidad de la Fuerza Aérea en Montgomery, Alabama, a donde me invitaron a dar una charla para compartir el punto de vista de un mexicano sobre la política de Estados Unidos. Yo les decía exactamente lo que pensaba (“si me invitan, ahora jódanse”) y ellos hacían el comentario “very candid”, así que aguantaban vara. Una de las virtudes de los anglosajones es su tolerancia que, por otra parte, es derrotada con frecuencia por el racismo y los prejuicios. Recuerdo una anécdota de un viaje a esa Universidad; por lo regular llegaba al aeropuerto de Atlanta y de ahí me iba en un avión pequeñito a Montgomery, pero en una ocasión llegué y me estaba esperando un piloto, quien me dijo que me iban a trasladar en un



Hugo en la Ciudad de Nueva York con Carlos Monsiváis mientras se desempeñaba como ministro encargado de Asuntos Culturales de México en Washington, D.C. (1985).

[Fotografía: Archivo familiar]

avión de la Fuerza Aérea. En el avioncito chiquito yo hacía cosa de treinta y cinco minutos, pero en el avión militar hicimos diez. Me pusieron casco y yo iba verdaderamente aterrorizado; les pedí que no lo volvieran a hacer. Fue un vuelo muy impresionante.

### ¿QUIÉN ERA EL EMBAJADOR?

Jorge Espinosa de los Reyes. Yo sabía que él era bueno porque les caía mal a los del Departamento de Estado. Cuando un embajador mexicano les cae mal podemos pensar que es un buen embajador. Era hombre prudente y discreto, aguantaba vara también. Banquero con sensibilidad política, íntegro desde el punto de vista moral, cosa difícil de encontrar en el ambiente político mexicano, aunque más que político él era financiero público. El canciller era Bernardo Sepúlveda, quien impulsó los Grupos de Rio y de Contadora que tanto molestaron a los yanquis. Recuerden que era la época de Reagan y contábamos con pocas simpatías. En la sede diplomática éramos cuatro ministros: Walter Astié, Jorge Pinto, Leonardo French y yo. Era una Embajada grande (la más grande que tenía y tiene México). Aquí recuerdo a Monsiváis cuando decía que la gran tragedia de los disidentes mexicanos es que no hay Embajada de México en México.

El embajador Espinosa de los Reyes dejó completamente en mis manos la actividad cultural, así que establecí comunicación con varias universidades. Yo ya tenía relación con Harvard, universidad a la que iba cada seis meses a leer poemas para su fonoteca de poesía o a dar conferencias sobre poesía mexicana, española e iberoamericana. Tuvimos una semana cultural en Memphis (donde aprovechamos para hacerle un homenaje a Elvis Presley) y llevamos grupos folklóricos mexicanos, al grupo de jazz de Tino Contreras –el jazzista más entusiasta–, conferencias, cine, etcétera.

Hicimos también una exposición con fotografías de Casasola, viajamos con ella por muchas ciudades con el patrocinio, por cierto, de la Fundación Playboy. Recordemos que en Estados Unidos es indispensable

trabajar con el patrocinio de fundaciones porque el “National Endowment” y los organismos culturales estatales fueron muy maltratados por Reagan; así que son las empresas las que patrocinan muchas de las actividades culturales porque a través de ellas obtienen beneficios fiscales, descuentos en impuestos, etcétera. La Fundación Playboy se interesó en apoyarnos para exponer las fotos de Casasola; fui a Chicago y me entrevisté con Hugh Hefner, quien estaba en pijama y rodeado de conejitas; fue muy estimulante la visita. Hefner me trató amablemente. Patrocinó de manera generosa la exposición que presentamos en Washington, en la galería del mítico Robert Capa; luego la llevamos a Memphis, Los Ángeles, San Francisco y Minneapolis, entre otras ciudades.

Mi experiencia fue buena, no me quejo.

## ¿COINCIDIÓ CON REAGAN EN ALGUNA OCASIÓN?

Sí, en su segunda toma de posesión, aunque recuerdo que me dediqué a observar a Rock Hudson que estaba frente a mí. En ese momento era ya un verdadero fantasma después de haber sido un hombre tan apuesto.

Cada tres meses iba a dar una conferencia y a grabar poemas a la Biblioteca del Congreso. Di muchas conferencias sobre escritores mexicanos, y recitales. Realicé una gran semana de la cultura mexicana en Memphis, Tennessee, donde aprovechamos para hacer un homenaje a Elvis Presley. B.B. King participó en uno de los actos. Lo conocí en la época de Difusión Cultural así que le pedí que colaborara conmigo.

Visité el Actor’s Studio para recordar viejos tiempos. Vi mucho cine, aunque no tanto como en Londres. Había muy buenos cines de películas viejas en Georgetown.

Fuensanta estuvo con nosotros un tiempo estudiando danza en la American University, pasó el examen y se fue a la Juilliard School, en Nueva York, y vivía como todos los jóvenes, en un departamentito con “roommates” cerca de



Hugo recibe la Cruz de la Orden de Isabel la Católica otorgada por el Gobierno español durante su estancia en Washington; en la imagen le acompaña una sonriente Lucinda, 1985. [Fotografía: Archivo familiar]

la escuela –carísima por cierto–, y trabajaba para conseguir sus extras. Alcanzó una especialización importante en “ranchero eggs” en un restaurante mexicano.

Mónica estudiaba flauta de pico en la Mannes School, también en Nueva York. Había empezado a estudiarla en la Ollín Yoliztli. En Estados Unidos estudió también armonía, contrapunto y jazz. Lucinda, nuestra hija mayor, se quedó a estudiar en México y terminó una maestría en inglés.

## ¿CÓMO LE TOCÓ VIVIR EL TEMA DE LA ENTONCES NUEVA ENFERMEDAD DEL VIH-SIDA?

Algo de ello habíamos escuchado en España, pero me aproximé directamente al tema con el caso de un diplomático mexicano que vivía en Nueva York; era gay y lo que más recuerdo de él es que era amabilísimo. Lo trasladaron a Chicago, a donde yo fui a dar una conferencia. La agregada cultural me dijo que ese chico estaba muy enfermo “de eso que llaman el cáncer gay”. Fui a verlo al hospital, estaba en la sección de aislados, había perdido muchos kilos, era un fantasma. Cualquier cosa que comía le producía grandes dolores, como si comiera navajas para afeitar. La estaba pasando muy mal. Con esa enfermedad se canceló en parte la maravillosa libertad sexual de la que gozamos durante tantos años. El sida vino a estropear la fiesta.

## ¿HIZO TEATRO EN WASHINGTON?

Sí, con la Compañía de Teatro en español de Washington que dirigía Hugo Linares, un argentino con mucha experiencia teatral. Pusimos *La fiaca*, de Ricardo Talesnik, que es una forma máxima de la indolencia. Trata sobre un empleado al que le da la fiaca y decide quedarse en cama el resto del tiempo; yo hacía el papel de Peralta, un compañero de trabajo que iba a convencerlo de que regresara; para ello manejaba una serie de argumentos morales sobre la importancia y la belleza del trabajo. La obra es argentina así que mi problema en un inicio fue hacerla en argentino. No era creíble que un mexicano estuviera trabajando en una empresa de ese país. Nos pusimos de acuerdo Hugo y yo trabajando horas extras para que mi acento argentino no fuera caricaturesco (ustedes saben que tendemos a caricaturizar el acento español, argentino o cubano). Afortunadamente, lo hice bien, y la prueba fue que terminando la función el embajador de Argentina se me acercó para preguntarme: “¿De dónde sos vos, che?”. Le dije: “¡De Tucumán!”, enseguida le aclaré –aún con acento argentino–, “la verdad, de México”. Le dio mucha risa. Fue uno de mis éxitos teatrales.

Un día me llamó Bernardo Sepúlveda, secretario de Relaciones Exteriores, y me dijo: “Estamos rehaciendo el cuadro de los consulados. Queremos que te vayas a Toronto de cónsul general”. Yo era ministro, así que ese movimiento implicaba un ascenso. Le dije que me parecía interesante: “Aunque en principio tengo un reparo. ¡Soy tonto y me atorontan tanto!”. Acepté; al paso de unos días me volvió a llamar y me dijo: “Mira, hay otra posibilidad que a mí me gustaría más que consideraras: Rio de Janeiro”. Yo feliz, ni lo pensé, así que nos movieron a Rio, adonde fui en calidad de cónsul general. Como ustedes saben la Embajada



Lucinda y Hugo.

[Fotografía: Archivo familiar]

está en Brasilia y tiene una sección consular, hay también dos consulados generales: São Paulo, que atiende todo el sur de Brasil, y Rio de Janeiro, que atiende el norte, el nordeste y el Amazonas, así que tenía una jurisdicción muy grande.

Brasil es un país gigantesco. Viajé varias veces por mi jurisdicción; fui a Manaus, Rondonia, Roraima, Fortaleza, Pernambuco, Ceará y Piauí, pero realmente lo que me fascinó fue Rio de Janeiro. Pienso que en materia de escenario, junto con Hong Kong, es una de las ciudades más teatrales del mundo; hay otras de ese tipo, pero Rio es como si la hubiera construido un escenógrafo, sus proporciones son perfectas. Los montes, los Dos Hermanos, el Corcovado y la estatua de Cristo Rey, la enorme bahía de Guanabara, todo eso hace una experiencia visual maravillosa, además hay que agregarle las bellísimas *garotas*. Lucinda y yo vivíamos en Leblon, así que todas las mañanas partía con mi chofer rumbo al Consulado que estaba en Botafogo; salíamos por la playa, pasábamos por Ipanema y Copacabana, y en esas playas estaban las muchachas usando algo que estaba de moda: el “fio dental” (hilo dental), que era un traje de baño simbólico, así que realmente iba muy “disgustado” a trabajar viendo tales bellezas.

Me hice muy amigo de algunos escritores como Lêdo Ivo quien hizo el prólogo a un libro mío (*Las noches gallegas*) traducido al portugués por Fernando Ferreira de Loanda. Hice amistad también con Mario Quintana, un viejo poeta y extraordinaria persona de Porto Alegre. A Carlos Drummond de Andrade lo traté poco porque murió al poco tiempo. Recuerdo que Mangueira –una de las escuelas de samba–, compuso, en homenaje a Carlos, una samba de enredo con la que ganó ese año, en ella aparecían los personajes emblemáticos de la poesía de Drummond: el elefante, Don Quijote, Chaplin, Ze Pereira y hasta la *pedra no meio do caminho*; traté también a João Cabral de Melo Neto que regresaba de su último puesto diplomático, el consulado en Oporto, y a Affonso Romano de Santana, director de la Biblioteca Nacional y excelente poeta. Su compañera Marina Colassanti escribía novela.

Siempre estuve muy cerca del bossa nova (que me encanta); Vinicius ya había muerto, pero conocí a Tom Jobim, a los del Tamba Trío que vivieron en México muchos años, a Carlos Lira, Baden Powell –el

guitarrista-, y a tres de los grandes músicos brasileños: Maria Bethania, a su hermano Caetano Veloso y a Chico Buarque. Realmente, la música brasileña y su relación con la literatura –sobre todo con la poesía, fueron temas que me apasionaron–.

Mi actividad laboral era hacer pasaportes, listas de la tripulación de los barcos, facturas comerciales, etcétera. La verdad es que siempre cumplí con mis obligaciones laborales. “A mi trabajo acudo, con mi dinero pago”, como decía Antonio Machado; aparte de eso organicé actividades culturales; inicié la Cátedra Alfonso Reyes en la Universidad de Rio y di el primer curso de esa cátedra, así que acudía dos veces por semana al campus universitario. Daba conferencias por diversas partes del país y participaba en semanas culturales (recuerdo especialmente una en Salvador de Bahía). Nos tocaron dos carnavales, en uno de ellos Lucinda y yo cumplimos con los rituales correspondientes, lo hicimos con quien era el embajador de México, Antonio González de León y su esposa Margarita, que eran muy buenos amigos nuestros. Fuimos al Sambódromo, en donde pasamos dos noches enteras viendo a los grupos de samba (precisamente ese fue el año que les comentaba que ganó Mangueira con el homenaje que le hicieron a Carlos Drummond de Andrade), y también al baile al Club Libanés; famosísimo baile de total desenfreno, aunque como ya había sida lo de “total” hay que matizarlo, pues la gente ya se cuidaba. El sida avanzó, por cierto, muy rápidamente en Brasil porque hay cierta afición brasileña a la parte trasera del cuerpo, y por eso desafortunadamente avanzó con velocidad, no sólo en el caso de los homosexuales, sino también de los heterosexuales, pues era clásico que las prostitutas de puerto brasileño lo prefirieran para evitar el embarazo y, según ellas, las enfermedades.

Nuestra gran amistad en Rio fue con Manuel Puig y su mamá Male Puig, cada uno en su departamento; en el de Male había tres aparatos de televisión, el de sistema europeo, el de sistema brasileño y el de sistema estadounidense, porque Brasil tiene un sistema diferente del resto del mundo, ¿por qué? Pues porque los brasileños siempre han sido estrambóticos en materia de tecnología, siempre fue el *pais mas grande do mundo*, ahora un poco menos, pero en aquella época todavía padecían esa grandilocuencia por otra parte humorística y divertida porque ellos mismos hacían el chiste en la época del presidente José Sarney que



Lucinda y Hugo en las cascadas de Iguazú, Brasil.  
[Fotografía: Archivo familiar]

decía: “Este país es una mierda. ¿Pero quién le ha dicho a usted que esta mierda es un país?”.

Manuel y Male vivían relativamente cerca de la casa, pero mi chofer nunca permitió que nos fuéramos caminando, ya era una época peligrosa y triste porque los asaltantes en muchos casos eran niños con navajas; recuerdo que a un mexicano en castigo por traer consigo poco dinero le dieron un navajazo. El chofer nos llevaba y teníamos nuestras sesiones de cine. Mientras en un departamento estaba Male con los tres aparatos, en el otro estaba Manuel con varios miles de películas que no supe qué destino tuvieron. Sé que se las trajo a México y de ahí fueron a Buenos Aires, quién sabe cuántos hongos las atacarían. Cuando murió Manuel yo le insistí mucho a Male que las entregara a la Filmoteca argentina para que las conservaran, pero desconozco lo que pasó. El caso es que la colección era enorme. Él nos organizaba unos ciclos formidables, como, por ejemplo, uno de cine musical alemán de la época de la guerra. Era impresionante ver a Zarah Leander, una de las cantantes emblemáticas de la Alemania nazi que fue amante de Goebbels y después –en total desacuerdo con los nazis– se fue a refugiarse a su tierra, Suecia. Cuando los nazis invadieron dicho país huyó hacia el norte y afortunadamente no la encontraron. Por órdenes de Goebbels se proyectaban las películas de Zarah con todos los tics de la comedia musical al estilo alemán mientras bombardeaban Berlín, pues se quería un cine optimista aunque alrededor estuvieran cayendo las bombas aliadas. Otro ciclo fue de neorrealismo italiano; fue magnífico porque toda mi vida he sido aficionado a él y Manuel tenía toda la colección. A veces, mientras Manuel y yo veíamos algo

como *El proceso de Verona* (con Silvana Mangano como Edda Ciano), Lucinda y Male veían en otro de los aparatos *El puente de Waterloo* (con Robert Taylor y Vivien Leigh), y lloraban y lloraban las dos señoras.

Ustedes recuerdan las obras de Manuel, *La traición de Rita Hayworth*, *Boquitas pintadas*, *El beso de la mujer araña*; era un hombre excepcional. Fue también uno de los pioneros de la salida del clóset. Recuerdo que un día estaba preocupado porque no le cerraba una llaga. Me dijo: “Me tengo que hacer el numerito” (así le llamaba al examen del sida). Yo le dije que lo acompañaba a que se hiciera la prueba, pero él me contestó que le daba pavor. Por fin lo convencí y lo llevé con un amigo médico. En aquella época el análisis del sida tardaba algo así como dos semanas, así que fueron muchos días de una angustia terrible de Manuel que tratábamos de calmar viendo dos o tres películas diarias. Por fin el día que estaban listos los resultados me dijo: “Yo no tengo fuerzas para ir, ve tú”, “Pero no me lo van a dar a mí, el resultado es personal”, “Diles que estoy enfermo en cama, que tú me acompañaste al examen”. Hablé con el médico y le dije con toda sinceridad que mi amigo estaba muy nervioso. Afortunadamente me dieron los resultados; regresé a la casa y Manuel me estaba esperando en la puerta. Antes que otra cosa me dijo: “Dime sí o no con la cabeza”. Yo giré la cabeza varias veces para indicarle que el resultado fue negativo y empezó a pegar de brincos. Manuel adoraba la vida. Se fue a vivir a Cuernavaca con todos sus libros y películas, y al poco tiempo le dio un cólico vesicular; los médicos lo metieron a operar y lo mató el anestesista. Me acuerdo que yo había escrito un poema dedicado a él donde hablo de una película, *An affair to remember*, cuya primera versión de 1939 se llamaba *Love affair*, con Irene Dunne y Charles Boyer, y la segunda es de 1957, con Cary Grant y Deborah Kerr (ambas dirigidas por Leo McCarey), es una historia muy romántica que se desarrolla en un trasatlántico, en la isla de Madeira y en Nueva York. En ese poema me refería al “cinito de Leblon” y decía que eran mejor Irene y Charles que Deborah y Cary y terminaba el poema diciendo “es la muerte el único enemigo”. Cuando murió Manuel me dijo Male: “Tú ya lo habías anunciado. Tu poema era premonitorio”. Escribí a la muerte de Manuel un largo poema: “Canción desconsolada para despedir a Manuel Puig”. Como pueden darse cuenta, Manuel y Male llenaron nuestros días en Brasil.

## ¿EN QUÉ AÑO LLEGARON A BRASIL?

Estuvimos ahí de 1985 a 1988. Brasil fue el único lugar donde no hice teatro, cosa rarísima. No se dio. Fui a una obra que estrenó Manuel, *Gardel, uma lembrança*, que se desarrolla en un burdel de polacas en Buenos Aires. A principios del siglo XX había polacas guapísimas que llegaron a la capital argentina, abrieron burdeles y así se hizo costumbre decir: “Vamos con las polacas”; Gardel iba con ellas.

Estuvimos en Rio casi tres años, sabía un poco de portugués pero ahí lo aprendí mejor. Había estado antes en Brasil, aunque sólo de paso o dando alguna conferencia, ya en Rio el trato con los poetas me permitió mejorar el idioma.

## ¿QUÉ PIENSA DEL AVANCE QUE HA TENIDO BRASIL EN LOS ÚLTIMOS AÑOS?

Ha progresado enormemente. El presidente Luiz Inacio Lula da Silva le hizo un servicio extraordinario a su país. Sin radicalismos ni gritería, con equilibrio y sensatez redujo el porcentaje de millones de miserables de Brasil y se preocupó por la justicia social. Estableció cierto pacto con los poderes fácticos, sobre todo, con los grandes empresarios, para que pagaran más impuestos y fuera posible una mejor y más equitativa distribución del ingreso, y al mismo tiempo fomentó la inversión extranjera, hizo que progresara lo que llaman el polo industrial brasileño que es São Paulo-Belo Horizonte-Rio de Janeiro. Llegaron muchas inversiones y en general hizo un Gobierno honesto, con malos ejemplos que fueron castigados. Su sucesora Dilma Rousseff comenzó haciéndolo muy bien, no olvidemos que fue la ministra de Energía y jefa de Gabinete de Lula, habrá que estar atentos a lo que está pasando ahora.

Al haber hecho Lula un buen Gobierno se explica el mejoramiento de la imagen internacional de Brasil. Es un país de más de ocho millones de kilómetros cuadrados. Alguna vez hice en avión de Florianópolis, que

se encuentra en el sur cerca de la frontera con Uruguay, a Belém do Pará, que está ya casi pegado a Venezuela, cinco horas sobre territorio brasileño, ya se podrán imaginar cuánto tiempo se hace en camión. Su potencial industrial es enorme: tienen petróleo, brillantes, minerales, su agricultura es rica y bien planeada, su oferta turística es impresionante sobre todo, en época de Carnaval. Lo que explica el éxito de Brasil es el magnífico régimen de Lula que es ya uno de los grandes de América Latina.

### ¿CONOCIÓ EL AMAZONAS?

Sí, viajé por la Transamazónica, pero a veces no se podía avanzar porque en algunas partes la selva se adueñaba de la carretera y tenían que ir cortando las raíces. Una vez me tocó viajar con el embajador González de León en un *jeep* para pasar unos días con una tribu en sus enormes casas de paja y madera, cerca de Manaus. De repente, el chofer da un enfrenón porque en frente hay un tronco. Empiezo a ver que el tronco se mueve, ¡era una anaconda! A mí me pareció de treinta metros, aunque debe haber sido de siete, hay que tenerle respeto al animalito.

Estuvimos dos días con los indígenas que fueron amabilísimos, trataron de perforarme la nariz –me decían que me iba a ver “muito bonito” –, pero les dije que no estaba interesado. Comimos riquísimo con ellos, recuerdo algo parecido al tepezcuintle. Asistimos a sus bailes y ceremonias. Físicamente, les podría decir que había los dos extremos: muchachas bellísimas y otras más bien feas. Ustedes saben que lo que hace posible la belleza en buena medida es la mezcla; la de las mujeres brasileñas se explica porque en ellas encontramos rasgos que provienen de Italia, Portugal, África y los grupos indígenas (que nunca fueron muy importantes en Brasil ni se mezclaron mucho por haber estado metidos en la selva). De la mezcla nace la belleza –contrario al pensamiento de Hitler o de los conservadores queretanos–. Los hombres eran apuestos y con buenos cuerpos.



En Buenos Aires, conversando con el escritor Ernesto Sabato (al centro) y el poeta y psicoanalista Arnoldo Liberman.

[Fotografía: Archivo familiar]

## ¿HABÍA RIVALIDAD ENTRE MÉXICO Y BRASIL?

Cuando estuve por allá Brasil avanzaba muy aprisa. México todavía conservaba algo de su liderazgo en América Latina con los presidentes Salinas y Zedillo, pero con Fox lo perdió por completo, y con Calderón se hundió la esperanza. En cuanto a la correlación de fuerzas en la región están unidos Brasil, Argentina, Bolivia, Venezuela, Cuba, Nicaragua y Uruguay, mientras que los dependientes del Departamento de Estado americano son, entre otros, Chile, Colombia, El Salvador, Guatemala y México. Todavía en mi período las dos potencias latinoamericanas eran México y Brasil y siempre hubo gran simpatía de su parte, les gustaba mucho nuestra música (teniendo ellos la mejor música latinoamericana), les divertían los mariachis. Además durante mucho tiempo los “invadimos” con cine de charros y cabareteras. Les llamaba mucho la atención la cultura indígena porque ellos nunca tuvieron una, así que nuestras pirámides y ciudades les gustan mucho. Tienen una estatua de Cuauhtémoc entre Botafogo y Flamengo, que llegó a Brasil en una visita de trabajo de Vasconcelos. Es una réplica de la que se encuentra en Paseo de la Reforma, y los cariocas la llaman “o indio”.

En el plano regional México ha desaparecido, el desarrollo del sur ha sido muy intenso. Brasil va mejorando a pesar de que sus contrastes siguen siendo violentísimos.

## ¿FUE A LAS FAVELAS?

Fui un par de veces, son como Ciudad Nezahualcóyotl en la montaña.

## ¿CÓMO ERA LA VIDA CULTURAL EN RIO?

En aquella época limitada, pero siempre hubo muy buenos escritores y funcionaba bien la Academia de la Lengua, que no estaba petrificada, tenía vida, movimiento. No había mucho teatro; São Paulo tenía más actividad teatral y cultural. Los grandes movimientos poéticos, por ejemplo se dan en São Paulo, aunque los principales poetas viven en Rio. La famosa reunión del modernismo brasileño se desarrolló en São Paulo. Rio es una ciudad maravillosa, pero bastante superficial. Había un pequeño cineclub al que asistía, aunque cabe decir que el cine brasileño estaba atravesando en aquella época por un momento difícil; quedaba la tradición de Lima Barreto, pero acababa de pasar la etapa de la censura y los espadones fueron especialmente duros con los intelectuales y los artistas, que tuvieron que salir o quedarse callados. Me tocó la etapa de restauración de las estructuras culturales. El momento de reiniciación de una tarea interrumpida por la censura militar, pero los brasileños tienen talento y rápidamente fueron recuperando sus organismos culturales.

## ¿CÓMO VIVIÓ EL FUTBOL EN UN PAÍS COMO BRASIL DONDE LO VEN CASI COMO UNA RELIGIÓN?

En Rio fui a tres partidos. Ir al Maracanã era totalmente obligatorio. Me tocó ver un clásico: Flamengo-Botafogo, dos equipos de Rio. También vi un partido del Palmeiras contra el Boca Juniors. El Maracanã,

es un estadio gigantesco, pero la cifra de su capacidad es un poquito tramposa porque la mayor parte del público entonces estaba de pie. El espectáculo lo daba el público, ya que los brasileños cantan y bailan con el más mínimo pretexto. Sentados en un restaurante empiezan con un cuchillo a golpear un vaso de vidrio, otros los siguen y se arma la batucada. Es un pueblo esencialmente musical y la raíz africana está a flor de piel, por lo tanto la búsqueda del ritmo –que en el fondo es la búsqueda de la armonía–, es una buena manera de relacionarse con los otros.

Los brasileños son buenos amigos, aunque un poco superficiales; son divertidos y buenos para la fiesta. Recuerdo que le dije a Carlos de Araujo que México acababa de comprar siete bandeirantes –los aviones brasileños–, y él me respondió: *Sim, ¡mas caem!* (“sí, ¡pero se caen!”). Hace tiempo Aeroméxico compró otros aviones brasileños, los Embraer; el 140 es un avioncito pequeño donde cabes hecho dobleces y la azafata casi llega al techo. Son para tribus pigmeas del Amazonas.

## ¿Y LA COMIDA BRASILEÑA?

Me encanta la mezcla de la gastronomía brasileña. En Salvador de Bahía están las raíces comestibles mezcladas con las frutas y verduras del Amazonas. El plato nacional por excelencia es la *feijoãda*, cuya traducción literal sería “frijolada” y como en todos los países de origen africano son fundamentales el arroz y las raíces. Es un plato que tiene un origen más bien triste, a los esclavos les daban frijoles y arroz; todas las carnes que sobraban en la mesa de los señores de la casa grande las juntaban y las metían en una olla con los frijoles. Esa es la feijoãda que comen religiosamente cada sábado, aunque haya cuarenta grados. Lo mismo que el cocido a la portuguesa, que es parecido al español y que comen los domingos. Hay un libro del sociólogo Gilberto Freyre que les recomiendo mucho, se llama *Casa-Grande e Senzala*; la *senzala* era el patio donde vivían los esclavos. Cosa curiosa, ahora el hotel más fino de Rio de Janeiro te sirve el fin de semana este viejo platillo de

los esclavos, que lleva frijoles negros, arroz blanco, *lingüiça* (longaniza), *orelha* (oreja), trompa, *carne-de-sol* (cecina), *cove* (una especie de col), *farofa* (harina de mandioca) y *laranja* (naranja).

Conservaron de los portugueses los *bolinhos*, que son una especie de croquetas de bacalao, una de las muchas formas que tienen de prepararlo. No puedo olvidar a la comida bahiana, el *carurú* y el *batapá*. La *moqueca* es una salsa que lleva un aceite originario de África (aceite de dendé) con un sabor muy especial. Lleva leche de coco y verduras. Las hay de *camarão* (camarón) y de *peixe* (pescado) y siempre se acompañan con arroz blanco.

Tienen muy buenas frutas del Amazonas, que nosotros desconocemos por completo. Además de los brasileños las conocen los colombianos de Leticia y los peruanos de Iquitos, que son las capitales amazónicas. Hay verduras que llevaron los portugueses y otras que crecieron ahí; en el sur de Brasil que llaman ellos la zona “gaúsha” la comida es semejante a la argentina, hay carne asada, y están las espadas, donde meten corazoncitos de pollo, una parte de la joroba del cebú que se llama *cupím* y todo tipo de carnes. Como se darán cuenta es una buena mezcla culinaria portuguesa e indígena, aderezada con la todopoderosa presencia de la africana. Escribí un poema que está en *Andar en Brasil*, que dice: “Aquí el blanco está hecho para enmarcar lo negro”. Mis deslumbramientos brasileños los recojo en este libro, que no sólo habla de viajes, sino también de “meu amor” por ese gran país.

En Brasil la cultura es esencialmente africana pasando, claro, por el tamiz portugués. Un gran porcentaje de la población brasileña es negra o lo que ellos llaman “criolo” (y que nosotros conocemos como “mulatos”). Tanto en el Congreso como en el ejército hay pocos representantes y oficiales negros, así que todavía persiste cierta discriminación social. Trabajaba con nosotros una mulata de nombre Magnolia. Una vez al salir del ascensor vi que llegaba por la escalera; le pregunté por qué no había subido por el elevador; me respondió que no lo hacía porque era “preta” (negra). Esas cosas persisten. El racismo está enraizado en la sociedad. Pero no hay que irnos tan lejos, hay que reconocer cómo se trata en México a los indígenas. Todavía hay quien

conserva la vieja costumbre de decirle a alguien que “es muy indio” para decirle pendejo. El racismo es un mal mundial, pero en Brasil predomina socialmente aunque las leyes hayan mejorado. Tampoco olvidemos que Brasil fue el último país de América Latina en abolir la esclavitud (junto con Cuba); el Decreto de Abolição da Escravidão lo firma la princesa Isabel, la hija de Pedro II, en 1888. Hay periódicos de un poco antes de esa fecha donde se anunciaba la venta de un esclavo de veintiséis años, con toda su dentadura, gran fortaleza y cosas por el estilo. Poco después de la firma de ese Decreto cae la monarquía y el primer presidente de la República fue Floriano Peixoto, por eso la ciudad de Florianópolis se llama así, aunque yo pensaba que llevaba ese nombre porque estaba llena de flores.

Recordemos la novela de Vargas Llosa *La guerra del fin del mundo*, basada en *Los sertones*, de Euclides da Cunha, que cuenta la historia del milenarismo brasileño y de las utopías que en este momento, por cierto, son fuertes en México, ahí está *La luz del mundo* y sus miles de feligreses, no sólo en nuestro país, sino también en muchos otros.

Mi maestro de literatura brasileña fue Juan Rulfo, quien era un conocedor profundo de las letras de aquel país y amigo de varios escritores, como Graciliano Ramos, el autor de *Vidas secas*, que es una novela yo diría prima hermana de *Pedro Páramo*. El gran favorito de Rulfo era João Guimarães Rosa, el médico y diplomático autor de *Grande sertão: Veredas*, una de las novelas fundamentales del siglo XX. Era de la zona desértica de Minas Gerais, utilizaba palabras del argot *mineiro*, y cuando no encontraba una la inventaba.

Un autor que me interesa mucho es Euclides da Cunha, periodista que cubrió la guerra de Canudos. Esto me da pie para hablar del milenarismo, tan afín a la cultura portuguesa y por supuesto a la brasileña. En Canudos, la zona desértica del norte del Estado de Bahía, apareció Antônio Vicente Mendes Maciel, más conocido como Antônio Conselheiro, Antonio Consejero, es un personaje místico, con “ojos que lanzaban llamas” como lo describe Da Cunha. Lleno de pasión, fervor y obsesión convocó a las personas de esa zona a unirse a su movimiento que tenía objetivos como la oración, el ayuno, y la búsqueda del camino a la perfección. El movimiento fue creciendo poco a poco hasta que llegó a tener miles de seguidores.

La república brasileña tenía poco tiempo de conformada; el Imperio cae en 1889 después de que se marchó Pedro II, un emperador benévolo y bonachón, primo muy querido de Maximiliano de Habsburgo. En Petrópolis, donde estuvo la capital imperial, el palacio es bastante discreto para la afición a la grandeza que tienen los brasileños. Pedro II tenía intereses científicos como Maximiliano, quizá por influencia del positivismo. En ese palacio de Petrópolis hay un hermosísimo jardín con muchos árboles originarios de México y una plaquita donde dice que fueron obsequio del emperador Maximiliano de México a su primo el emperador Pedro II de Brasil, de la Casa de Braganza.

El Gobierno de la República se preguntó qué hacer con Antonio Consejero y sus seguidores (“yagunzos”), y decidió movilizar al ejército en 1897. Los “yagunzos” –que ya habían construido un poblado que se llamaba “Queimada” –, se armaron y repelieron a las tropas. El ejército tuvo que aumentar el número de soldados. Acudió al lugar un periodista como corresponsal de guerra; era Euclides da Cunha. Escribe *Os Sertões (Los desiertos)*, que es la crónica de la guerra de Canudos. El ejército aplastó a los rebeldes; el Conselheiro murió no en combate, sino de disentería. Todo esto lo retoma Mario Vargas Llosa en su excelente novela.

Otros milenarismos se dieron en Portugal. ¿Qué son los milenarismos? La espera de un nuevo milenio de felicidad, prosperidad, amor, justicia y paz. El primer milenarismo portugués es el del rey don Sebastián, que en el siglo XVI organizó una cruzada contra Fez, en Marruecos. La leyenda cuenta que el rey se perdió en la batalla de Alcazarquivir el 4 de agosto de 1578. Don Sebastián tenía veinticuatro años y, según se cuenta en las crónicas, era como el Brad Pitt de su época, un joven sumamente guapo que desapareció; de ahí la leyenda de que regresará el rey don Sebastián y que cuando lo haga inaugurará un nuevo milenio de grandeza del Imperio portugués. ¿Saben quién era milenarista y sebastianista?, el gran poeta Fernando Pessoa.

En Brasil también conocí a Rubem Fonseca, novelista extraordinario que maneja muy bien el género policíaco; a Mario Quintana, un poeta de una ternura y simplicidad notables; a Dante Milano, un poeta muy interesante y discreto; a Lêdo Ivo, João Cabral de Melo Neto y Nélide Piñón, quien recibió el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances en 1995. Mi gran amor de la literatura brasileña es Clarice Lispector, judía

ucraniana que llegó muy niña a Brasil y murió relativamente joven. Tiene novelas extraordinarias, quizá la mejor sea *A hora da Estrela* (*La hora de la estrella*) que publica en 1977 y que retrata a una sirvienta del nordeste de Brasil llamada “Macabea”, quien trabaja en una casa de ricos en Rio de Janeiro; es un personaje hermosísimo. En general, la brasileña es una gran literatura; Manuel Puig decía que la burguesía brasileña no se merecía tan buena literatura. Por supuesto que Manuel exageraba; los brasileños son grandes amigos, gente entrañable, pero no tienen mucho tiempo de profundizar en la amistad porque necesitan divertirse. La fiesta es muy importante para ellos y nosotros también la gozábamos.

### ¿NOS GANAN EN FIESTA A LOS MEXICANOS?

Sí, los brasileños arman la fiesta a cualquier hora; en un instante empiezan a batucar. Aunque específicamente el Carnaval dura varios días, se pasan todo el año preparando esas jornadas. La samba en portugués dice:



Hugo acompañado del escritor argentino Abelardo Castillo (al centro) y el poeta y flamencólogo español Félix Grande, durante la Reunión de Poetas Latinoamericanos en Buenos Aires.

[Fotografía: Archivo familiar]

A FELICIDADE DO POBRE PARECE  
A GRANDE ILUSÃO DO CARNAVAL  
A GENTE TRABALHA O ANO INTEIRO  
POR UM MOMENTO DE SONHO  
PRA FAZER A FANTASIA  
DE REI OU DE PIRATA OU JARDINEIRA  
PRA TUDO SE ACABAR NA QUARTA-FEIRA DE CINZAS.

**Que en español quiere decir:**

LA FELICIDAD DEL POBRE PARECE  
LA GRAN ILUSIÓN DEL CARNAVAL,  
LA GENTE TRABAJA EL AÑO ENTERO  
POR UN MOMENTO DE SUEÑO

PARA HACER SU DISFRAZ

DE REY, DE PIRATA O JARDINERO...

Y TODO SE ACABA EN EL MIÉRCOLES DE CENIZAS.

Hay gente muy humilde que se la pasa ahorrando todo el año para gozar el Carnaval.

¿RICOS Y POBRES?

Sí. Ahora hay que pagar la entrada al sambódromo, y los boletos son caros y difíciles de conseguir. Antes era en las calles, como lo sigue siendo en Bahía. También hay bailes como el del Centro Libanés, donde tienes que caminar con mucho cuidado, porque puedes pisar a las parejas ¡que están cogiendo debajo de la mesa! Antes había muchos embarazos, pero eso cambió desde que lograron convencer al arzobispo de Rio de que se repartieran condones, entre otras cosas también por el sida. Es un auténtico carnaval como lo era durante la Edad Media: un período de fiesta antes de entrar a la seriedad, el rigor y la penumbra de la Cuaresma, unos días de orgía para que la carne goce todo lo que pueda gozar. Esto sigue siendo así a pesar de la comercialización. En Rio de Janeiro el sambódromo ha encerrado al movimiento popular, pero la fuerza de la fiesta es más poderosa que el proyecto comercializador; las escuelas de samba siguen vivas (a pesar de accidentes como el que tuvieron hace unos años, donde se quemó la Ciudad de la Samba y se destruyeron parte de los talleres de las tradicionales *scolas* Portela, Uniao da Ilha y Grande Rio).

## CUATRO DÍAS COMPLETOS DE FIESTA, BAILE Y SAMBA.

Sí, son días de samba, de ver llegar las escuelas y admirar la belleza de los cuerpos. Es deslumbrante. A veces algunos extranjeros se unen e intentan bailar; dan un espectáculo lamentable, pero lo salva el entusiasmo.

## ¿BRASIL ES EL PAÍS CON MÁS CULTO AL CUERPO EN NUESTRO CONTINENTE?

Definitivamente. Inclusive recuerdo una recomendación de los médicos a las muchachas: que al caminar no curvaran la columna para levantar las nalgas porque se les dañaba. Y eso que las brasileñas, con la herencia africana, tienen nalgas paradas, ustedes ponen una taza de café sobre ellas y no se cae. Pero levantan “el bum bum” haciendo un esfuerzo sobre las lumbares y dañando su salud.

Hay un obsesivo culto al cuerpo; están en la playa todo el tiempo, hacen mucho ejercicio y la herencia africana les da flexibilidad y fuerza. Senos pequeños, breve cintura, grandes caderas es también parte de la herencia africana. Influye además –como ya lo hemos comentado– la mezcla, porque a Brasil también llegaron muchos italianos, judíos, libaneses, etcétera. São Paulo es una ciudad totalmente cosmopolita, y la mezcla de una lituana con un joven de origen africano es espléndida. Una vez en Tiradentes salimos a cenar Fuensanta con su novio, Lucinda y yo. Pedimos “frango al môlho pardo”, que es un pollo preparado en su sangre y “tutú a mineira”, que son frijoles con harina de mandioca fritos en aceite de dendé. Una cena deliciosa y pesadita, pero a mí me aligeró la visión de una muchacha mulata con todo el color de la piel oscura, los rasgos entre mulatos y blancos y los ojos de color violeta. Ante esta belleza no me explico cómo hay gente que habla de pureza racial al estilo nazi. Recuerdo que cuando era rector de la UAQ había personas que me criticaban porque traía gente “que ni siquiera era queretana”, un localismo casi tribal. Por cierto que uno de los profesores que traje se casó con queretana, así que también colaboramos a la mezcla racial.

## ¿ASISTIÓ ALGUNA VEZ A LA CEREMONIA DE LA MACUMBA?

Teníamos un amigo que era nuestro vecino, un abogado bahiano, divertido y bailador de samba, Carlos de Araujo. Nos llevó a un *terreiro* de macumba, dirigido por Mãe Duce, una negra bahiana ya madura y hermosa, vestida con randas portuguesas blancas. Asistimos a la ceremonia en la que empezaban a girar y a girar como los derviches y Carlos tocaba el tambor con el ritmo del corazón. Recuerdo que escribí un poema que le dediqué:

EL TAMBOR DE MACUMBA,

BLANCA TREPIDACIÓN EN PLENA NOCHE,

NO ESTÁ LLAMANDO.

TOCA PARA SÍ MISMO.

No hay nada de proselitismo en la macumba, todo se da en el interior de cada uno. De repente alguno de los bailarines se detiene y prende un charuto (puro) en señal de que ya entró el *orishá* en él o en ella. Ustedes saben que los orishás son dioses africanos que los esclavos negros trajeron a las Antillas, y a esa enorme isla antillana que se llama Brasil. Después los orishás se sincretizaron con santos católicos; eso pasó con la santería cubana y con el vudú en Haití (este último tiene aspectos mucho más complejos y sangrientos). Los orishás son, entre otros, Yemayá (diosa del mar), Òṣun (divinidad del amor), ÒṚsáàlà (padre de todos), Sàngó (orishá del trueno y la justicia). Desde el principio Mãe Duce me dijo que yo era de Yemayá, por lo tanto mi cintita en el brazo era azul, ella era mi protectora, sincretizada con la Virgen María, como Sàngó estaba sincretizado con Santa Bárbara y Òṣun con Jesucristo.

En una ocasión fuimos al atrio de la iglesia de Nosso Senhor do Bonfim (“Nuestro Señor de la Buena Muerte”), que está en Salvador de Bahía. Ahí fui con Lucinda y nuestra hija mayor. Estuvimos en la ceremonia del *lavagem* que consiste en lavar el atrio para después bailar y hacer un homenaje a Òşun que es en realidad Jesucristo, o a los dos, como ustedes prefieran, ya que en eso consiste el sincretismo. Las dos Lucindas fueron lo suficientemente atrevidas como para comer *carurú* y *vatapá* que son unos bocadillos riquísimos de harina de maíz fritos en aceite de dendé que estaban en los anafres situados en la acera por donde pasaban los bailarines zapateando así que les caía todo el polvo, pero no pasó nada, las defendió Òşun. Carlos de Araujo tocaba el tambor y me presentó a Mãe Duce, de quien les acabo de contar. A ella le parecía interesante que “o Cônsul Geral do México” fuera a su *terreiro* y un día pasó algo muy curioso. Empecé a platicar con ella, me dio un puro y me dijo: “o Senhor tem que estudar a língua da Antiguidade” (“el señor tiene que estudiar la lengua de la Antigüedad”). No me dijo nada más. A los cuatro días me habló Bernardo Sepúlveda: “Tuvimos reunión de personal; te acabamos de nombrar embajador en Grecia”. ¡A língua da Antiguidade! Fui a despedirme de Mãe Duce y le conté lo que había sucedido.

Lucinda y yo empezamos a estudiar cosas elementales en griego con un “papás”, el cura ortodoxo griego de Rio. Recuerdo que sabía decir “qué bonita muchacha” (ti oreá koritzia), o “el teléfono está sonando” (to tilefono xtipai), o “kalimera, kalispera, kalinijta” (buenos días, buenas tardes, buenas noches), y otra cosa muy importante: “i miti tu Sashka ine mikri ke igri” (la nariz de Sashka es pequeña y húmeda). Con ese vocabulario y con la frase de Lucinda, de que yo era el “embajador” y ella la “empacadora”, salimos de Rio de Janeiro cargando a Sashka. Estuvimos en México un par de meses mientras me recibían



Hugo en su casa de Atenas.  
[Fotografía: Archivo familiar]

en el Senado, y luego vía Ámsterdam volamos a Atenas. Llegamos a la capital griega a establecernos en la residencia oficial. Esto fue en pleno verano, muy caluroso a pesar de que Atenas está cerca del mar, que se puede ver subiendo a la Acrópolis.

La anterior embajadora era una señora descuidada que pensó –yo creo que no de mala fe–, que así eran las cosas y se llevó todas las sábanas y las colchas... no había ni toallas para bañarnos. Sólo dejó la cuchillería de plata y algunos vasos. Poco a poco fuimos arreglando el departamento que era muy bonito, sus dueños eran unos armadores de apellido Goulandris (recuerden que esto de los armadores de barcos es un gran negocio en Grecia). Nos hicimos amigos de la señora que vivía en el mismo edificio.

Era un departamento enorme, yo podía hacer ejercicio caminando de lado a lado. Era un ejercicio más bien simbólico, pero yo me sentía un atleta clásico.

Dentro del personal de la residencia estaba una señora de Eritrea, Samainesh, que se había dado ella misma un “nom de guerre”, el de Uranía (que significa Celestial). Era una mujer negra, alta, gruesa, con tatuajes porque era de religión copta. Cuando se vestía de blanco era impresionante. Tuvo la virtud de hacerle la vida imposible a Lucinda porque tenía un carácter endiablado, era una mujer muy mandona y muy difícil de trato. Lucinda me pedía que la jubiláramos, pero aún no podíamos hacerlo. Por fin, las dos establecieron un cierto modus vivendi y Uranía tuvo cierta amistad con nuestros gatos que le suavizaron el carácter. Era el ama de llaves y cumplía bien su obligación. Fungía también como una especie de “decana” entre los eritreos de Atenas pues le decían “Mamá Samainesh”.

Julia la cocinera era encantadora; peruana, casada con un uruguayo hijo de padre italiano. Hablé con el embajador de Italia para que le dieran la nacionalidad; se la otorgaron y a su vez el marido se la pasó a Julia, así que de esta manera se pudieron quedar en Atenas. Con la anterior embajadora Julia había aprendido una cosa difícilísima que consistía en comprar esos tacos tejanos llamados “taco shell”; hacía picadillo para rellenarlos, y eso era todo lo que sabía de cocina mexicana. Lucinda le enseñó a hacer platillos nacionales y

en las recepciones siempre servíamos comida mexicana. A veces preparaba para nosotros comida peruana que es deliciosa, una de las grandes cocinas del mundo.

Atenas es una ciudad sobrepoblada, hay algunas zonas –por ejemplo el barrio de Kypseli–, que tienen la misma densidad de población que Hong Kong. Desafortunadamente al momento de tener esta entrevista los griegos la están pasando económicamente muy mal, se hicieron muchas barbaridades, hubo mucha demagogia, malos manejos del dinero, tonterías administrativas, los gastos de la Olimpiada fueron enormes. Cuando nosotros estuvimos allá la situación era más o menos bonancible; gobernaba el PASOK (Movimiento Socialista Panhelénico) cuyo líder era Andreas Papandreu. Por esos días de 1988 estuvo muy enfermo del corazón y fue hospitalizado en Londres. El hombre regresó a Grecia, ya casi tenía setenta años y poco después se divorció de su segunda esposa, una norteamericana de Illinois, mujer muy inteligente cuyo nombre de soltera era Margaret Chant, feminista y muy activa en las cuestiones sociales. El divorcio no escandalizó a nadie porque la Iglesia ortodoxa sí lo admite, pero la gente empezó a bromear sobre el asunto, y es que Papandreu se casó con una azafata de la compañía aérea Olympic, Dimitra Liani, muchacha de treinta y tres años muy abundante de carnes y militante del PASOK. En general, a los griegos les pareció bien que el viejo alegrara sus días con esta joven, pero hacían un chiste (los griegos son buenos humoristas): “Lo que pasa es que Andreas descubrió una nueva postura sexual; se llama: con un pie en la tumba”.

### ¿ERA SU PRIMERA VEZ EN GRECIA?

Ya había estado un par de veces, pero en calidad de turista. Inclusive en mi primer libro hay una sección que se llama “Náhuatl en Atenas”, ahora que la releí no me encantó, pero en su momento sentí que estaba descubriendo la fórmula.



Presentando credenciales al presidente griego Christos Antoniou Sartzetakis, en 1988.

[Fotografía: Archivo familiar]



Lucinda y Sashka en su residencia en Washington, D.C.

[Fotografía: Archivo familiar]

Lo que había aprendido de griego en Rio de Janeiro me permitió tener una conversación estrambótica con el presidente Christos Antoniou Sartzetakis cuando presenté credenciales, porque le informé que: “i miti tu Sashka ine mikri ke igri” (la nariz de Sashka es fría y húmeda). “¿La nariz de quién?”, me preguntó. “De mi gato”. “¡Ah! ¡Tiene usted un gato!”. Le expliqué ya en inglés que el gato viajaba con nosotros y me preguntó que dónde vivía. Le respondí que a un costado, pegado al jardín del Proedrikó Mégaro (Palacio Presidencial), lo que antes era el Vasilikó Mégaro (Palacio Real). Me dijo entonces que daría instrucciones para que le permitieran que pasara al jardín presidencial y jugara con los gatos que había ahí.

Al presidente Sartzetakis le llamó la atención que llegara el embajador de México diciendo pendejadas en griego. Déjenme hacer una pausa aquí para contarles sobre mis gatos. Sashka era español, nació en Madrid. Se lo regalaron a Mónica; llegó a la casa muy pequeñito y no paró de orinarse en todos lados por el resto de su vida. Era amable cuando le daba la gana; muy inteligente y tenía una personalidad muy firme. Cuando lo acariciábamos a veces nos gruñía o nos pegaba una mordida. No sé si se acuerdan de que el dueño de Garfield, John, le dice en un momento que él es como su padre, como su hermano mayor, una persona muy querida. Garfield se le queda viendo y le dice: “You´re only my feeder” (“Tú eres sólo el que me alimenta”).

Sashka fue importante en nuestras vidas al igual que Tilo. Tilo llegó a Grecia procedente de Nueva York. Mónica mi hija tenía una gata (Nina Hagen) que se cruzó con un “Tom cat” –como le dicen allá a los gatos callejeros–, de nombre Rapoport (que era “agregado comensal” nuestro en Washington), y tuvo seis

gatitos. Todos negros excepto Tilo que era gris-azulado con ojos amarillos. Algo tenía de *russian blue*. Hay un poema donde cuento esta historia: “Perfil de gata bajo la luna”. Era muy cariñosa e incapaz de morder.

Hablando de gatos no sé si se acuerden de la obra *Cats*, basada en un libro precioso de Eliot que se llama *Old Possum's Book of Practical Cats* donde están todos esos gatos que salen en la comedia musical de Andrew Lloyd Webber estrenada en 1981. El gato de Eliot era uno gordo, negro y muy simpático que se llamaba Bustopher Jones.

Ni Mónica ni Fuensanta pudieron seguir haciéndose cargo de Tilo y fue así que viajó en una cajita a Atenas. Yo tenía un chofer maravilloso, Yannis, que era un griego guapo, siempre simpático y bien vestido. Éramos amigos y le pedí que fuera a recoger a la gatita al aeropuerto. Me llamó por teléfono y me dijo que era imposible, pues le habían informado que los animales tenían que pasar primero por la aduana de El Pireo. Así que además de las catorce horas de vuelo estuvo otras catorce horas en la aduana. Llegó a la casa fatigadísima. Al principio Sashka no la aceptó muy bien. Nunca se hicieron amigos, pero establecieron un pacto de no agresión. Cada cual llevaba su vida por su lado. Teníamos muchos amigos gatitos. Eran amistades de Lucinda pero después se hicieron amistades mías. Vivíamos, como les comenté, a un lado del Palacio Presidencial y a un costado de la casa estaba Zappio, el parque central de Atenas, lleno de gatos. Lucinda empezó a sacar platitos con comida y empezaron a llegar. A las seis de la tarde, cuando yo regresaba de la Embajada, iban a comer. Eran los “agregados comensales”. Llegamos a tener cerca de veinte invitados cada tarde. Un día pasó una señora de la sociedad protectora de animales y se sorprendió de que los



Hugo y Tilo en su departamento de la Ciudad de México.

[Fotografía: Archivo familiar]



Con la Guardia Presidencial a las puertas del Palacio, en Atenas. En la imagen se puede apreciar el traje tradicional de los evzones que incluye la fustanela.

[Fotografía: Archivo familiar]

mexicanos los protegiéramos tanto. Nos dijo que su asociación tenía como una de sus funciones castrar a los gatos de Zappio para evitar el crecimiento desordenado de la población. “Si les parece bien les dejamos unas jaulas para que los metan; nosotros los operamos y los regresamos al parque”. Así lo hicimos, y curiosamente bajó el número de agregados comensales; yo creo que entre los gatos corrió la voz de que en la Embajada mexicana castraban a la población.

Una gatita pequeñita fue a parir exactamente en el jardín de la casa. Se fue y nos dejó a los gatitos. Eran dos –preciosos– que se murieron, y el tercero que era cabezón sobrevivió. Cuando creció se puso más bonito. Les podría seguir contando más anécdotas sobre gatos porque ellos formaron parte importante de nuestra familia en Atenas.

Como les decía, llegamos en verano y al poco tiempo presenté credenciales con traje oscuro; si lo hubiera hecho en invierno tendría que haber ido de jacket. El presidente Sartzetakis era un hombre muy interesante porque había sido el fiscal de un caso relevante: el asesinato del político demócrata griego Grigoris Lambrakis en 1963. ¿Se acuerdan de aquella película Z, de Costa-Gravas? Sartzetakis resolvió el caso con habilidad y valentía. En Grecia, la Presidencia del país es casi simbólica, en realidad el que gobierna es el primer ministro, pero el presidente es el jefe de Estado. La ceremonia de presentación de credenciales fue muy agradable, me mandaron el automóvil presidencial, un Mercedes (no una carroza como se utiliza en Madrid). Llegué a Palacio y ahí estaba la guardia presidencial, los “evzones”, que son soldados que usan una falda blanca y la boina muy característica y con cierta reminiscencia turca. Recordemos que los turcos estuvieron en Grecia y dejaron su huella. Sandía, por ejemplo, se dice igual en

griego que en turco, y hay otras muchas palabras de origen turco, aunque algunas las han ido quitando. Cuando un niño se pone caprichudo la madre le dice “¡no te pongas turco!”

En la ceremonia se tocaron los dos himnos, y los escuché con la mano en el pecho. Pasé y entregué las credenciales al presidente. Estaba el ministro de Exteriores Carolos Papulias y el vicescanciller del Gobierno socialista Theódoros Pángalos con quien después tuve amistad; también el Estado Mayor de la Marina y el Ejército. La costumbre era entregar las credenciales y sostener –de pie– una pequeña charla con el presidente para transmitirle los saludos de su similar de México. Esto se lo dije en griego y Sarztetakis me siguió hablando en su idioma. Le dije que mi griego no daba para tanto y se acababa en la nariz de Sashka, pero me dijo que reconocía que hiciera el intento de hablarlo, pues los otros embajadores le hablaban en inglés o francés. Estuvimos platicando más tiempo del que se acostumbra porque charlamos sobre poetas griegos –a él le gustaba la poesía–. Generalmente, los embajadores hablan de comercio y de intercambio de productos, pero yo me limité a decir: “Espero que el intercambio crezca”, y se acabó ese tema. Hablamos de Solomós, Cavafis, Elytis y otros grandes de la poesía griega que tiene una miríada de buenos poetas clásicos y modernos.

Lucinda ofreció un coctel. Preparó una de sus especialidades: margaritas. Era la primera vez que el jefe de Protocolo las tomaba y le parecieron deliciosas, dulcecitas con el tono salado de la copa. Lucinda le advirtió que tuviera cuidado y le ofrecía canapés diciéndole que tenía que comer algo, pero a la quinta margarita ya estaba recargado en la chimenea. Se fue muy contento, apoyado en uno de sus ayudantes. Así se inició nuestra vida diplomática; coctel tras coctel y con muchas



Hugo y Lucinda durante un coctel en la Embajada de Marruecos en Atenas, con el embajador de ese país y su esposa.

[Fotografía: Archivo familiar]



En el Monte Athos, con el archimandrita Georgos bebiendo aguardiente. También aparece un fraile, el embajador de Perú Edgardo de Habich y el embajador de Colombia, Eduardo Barajas.

[Fotografía: Archivo familiar]

visitas pues es costumbre que el embajador que llega visite a sus colegas, así que hice mi itinerario y fui a visitar al ruso que me recibió con vodka, al americano que me recibió con Coca-Cola, al inglés que me recibió con nada, al francés que se dignó recibirme y al italiano que me recibió bromeando.

Había un Grupo de Representantes de América Latina (GRULA) en donde coincidía con los embajadores de Perú, Argentina, Uruguay, Brasil, Chile, Colombia, Honduras, Cuba, República Dominicana y Panamá; esta última representación era muy importante para el Gobierno griego por la bandera de conveniencia que usaban tantos barcos para cruzar el Canal y no pagar impuestos tan altos. Fui haciendo algunas amistades entre los diplomáticos, aunque no me interesaba mucho en realidad pues formaban un gueto frívolo donde se podían tratar tres o cuatro posibles temas y no más. Me hice amigo del peruano Edgardo de Habich, que era un hombre dedicado a la literatura, escribía obras de teatro y su esposa Mary era muy hospitalaria. También establecí amistad con el colombiano, Eduardo Barajas, que actualmente es alto funcionario en una universidad de Bogotá; es un hombre muy sabio en cuestiones jurídicas y de Derecho Internacional. Llevaba amistad con el embajador de Japón que era encantador y, como yo, hacía el esfuerzo de hablar griego (a los griegos les daba risa su acento, pero les fascinaba). Éramos cuatro los embajadores que intentábamos hablar griego: el libanés (de religión ortodoxa), el de Estados Unidos (porque era de familia griega de Boston), el japonés y yo (que lo estudiábamos por tercetos). Ya había pasado el francés y se hablaba el inglés que es el esperanto de nuestro tiempo, se usa en todos los países y es lengua franca diplomática. Todas mis comunicaciones con el Ministerio eran en griego. Tenía

en la embajada a una muy buena traductora, así que todo se enviaba y se recibía en la lengua local.

### ¿CÓMO ERA UN DÍA NORMAL PARA EL EMBAJADOR EN GRECIA?

Les dije a mis empleados: “Si llego a las nueve daré un espectáculo tristísimo. Van a ver a Drácula arrastrándose por el piso y huyendo de la luz del sol. Así que llegaré a una hora prudente: las once de la mañana”. A partir de esa hora tenía visitas de embajadores y dictaba el informe. Tenía un rumano –magnífico elemento–, Víctor Ivanovici (traductor de Octavio Paz al rumano y al griego); según decía, su padre era austrohúngaro, él nació en la región de Transilvania y fue maestro de la Universidad de Bucarest; huyó de Rumania en la época de Ceaușescu y se había refugiado en Grecia. Yo lo llevé a la embajada. Hablaba rumano, alemán, ruso, húngaro, griego, inglés, francés, italiano y español. Él me hacía los informes sobre política rumana. Yo tenía que mandar un informe sobre las adscripciones que me tocaba atender: Atenas, Bucarest, Chisinau, Beirut y Nicosia. En un momento de la diplomacia los informes fueron muy importantes, pero después esto cambió con la velocidad de las comunicaciones. Los embajadores debíamos enviar un informe diario por la tarde y un informe mensual más amplio. Yo di la instrucción de que además de enviar noticias las interpretáramos.

Tenía un periodista muy inteligente rumanochipriota que me hacía el informe muy conciso sobre Chipre, con la problemática de siempre: la invasión turca o algunas cuestiones problemáticas fronterizas, asuntos electorales o los homenajes a Makarios III (el arzobispo que tanto tuvo que ver con la independencia de



Hugo saludando al presidente de Grecia Constantinos Georgiou Karamanlís. Atenas, 1992.

[Fotografía: Archivo familiar]



Presentando credenciales al presidente griego Konstantinos Stephanopoulos. Atenas, 1995.  
[Fotografía: Archivo familiar]

la Gran Bretaña). El informe de Beirut me lo hacía mi tercero de a bordo, Carlos Tirado, quien actualmente es embajador en Guatemala y un excelente diplomático. El informe de Grecia a veces lo hacía él y a veces yo. Por eso digo en uno de mis poemas de *Cantos del despotado de Morea* que mis informes flotan despintados en el río del olvido. No hay cosa más vieja que el informe del día anterior de un embajador.

Me llevaba muy bien con mis empleados, no era una vida tediosa sino jovial. La mayoría no me decían “embajador” sino Hugo. Teníamos una bonita atmósfera de trabajo.

Yo salía a las tres de la tarde, hora en que me llevaba Yannis de regreso a la casa para comer con Lucinda. Habrán notado que ella es personaje central en este relato griego pues era ya la embajadora. Fíjense que en esto el Departamento de Estado del Gobierno de Estados Unidos tiene una magnífica costumbre: el embajador tiene un sueldo y también su esposa que es la encargada de todas las actividades sociales.

En la vida diplomática hay muchas reuniones y comidas en casa. Lucinda siempre preparaba comida mexicana: hacía pescado a la veracruzana, una corona de arroz (que les encantaba con chícharos y zanahorias) con chiles rellenos, frijoles refritos que se servían una y otra vez. También hacía unos camarones en coco con salsa de mango o filete con una salsa de chile pasilla y queso blanco derretido y postres como cocada y pastel de elote. Teníamos tortillas porque un mexicano emprendedor abrió una tortillería cerca de Atenas. Me acuerdo de que nos costó mucho trabajo convencer al Ministerio de Salud de que la cal no era dañina pues decían que era veneno. El negocio le resultó exitoso porque

las tortillas se vendían bien en la base naval americana pues había en ella muchos chicanos. También me tocó gestionar la introducción a Grecia de la cerveza Corona, que a los pocos meses era la más popular. El mezcal *Gusano Rojo* les gustaba también por el prestigio de Malcolm Lowry y su novela *Bajo el volcán*. Era una curiosidad ver al gusano flotando. Además algunos jóvenes se imaginaban prodigios por aquello de la mezcalina.

Los griegos nos vendían duraznos, nosotros chiles. Teníamos en aquella época un intercambio mínimo que logramos aumentar.

Después de comer yo descansaba un poco y empezaba la ronda de reuniones y cocteles. Nuestro sistema era llegar al coctel, saludar al embajador haciendo fila, después platicar un poco con él, darle una vuelta al salón y salir rápido. Hacíamos una excepción cuando las recepciones eran organizadas por los países árabes, ya que nos encanta la comida del Medio Oriente.

Yo tenía una actividad muy importante, de hecho fue la que más me entusiasmó: había un frontistirio (instituto), que enseñaba español y las dueñas eran dos españolas que vivían en Grecia. Ahí impartí un curso de análisis del Quijote que duró tres años y medio; trabajábamos todos los miércoles dos horas, y cada semana revisábamos y comentábamos un capítulo. Además participaba en conferencias y recitales. Iba a las universidades a dar charlas en las cuales necesitaba de un intérprete que era generalmente el poeta Francisco Torres Córdova, quien trabaja actualmente conmigo en el Suplemento y es un buen traductor de Elytis y de otros poetas griegos.



Hugo al recibir el Premio Iberoamericano de Poesía Ramón López Velarde de manos de la directora del CONACULTA, Sari Bermúdez; en la imagen también aparecen Ignacio Toscano (a la derecha de Hugo) y Ricardo Monreal, gobernador de Zacatecas. Ciudad de México, 19 de julio de 2001.

[Fotografía: Archivo familiar]



Hugo en Grecia. [Fotografía: Archivo familiar]

En Grecia publiqué varios libros. Salió primero *Poemas*, una antología traducida por Maya Maria Rossou quien había traducido a Rosario Castellanos. Nikos Bletas hizo una traducción titulada *T'apokrüfo onoma tes Elladas (El nombre oculto de Grecia)*, no es muy correcta pero sí muy entusiasta. Tasos Denegris, un extraordinario poeta y amigo nuestro que iba a comer a la casa con frecuencia, hizo la traducción de *Cantos del despotado de Morea*, un libro que quiero mucho. Desarrollé una intensa actividad cultural en Grecia.

### ¿SE ENAMORÓ DE GRECIA?

Por supuesto. Viajamos por las islas; me gusta mucho Spetses, y fuimos a Amorgós, Andros, Santorini, Míkonos, Creta, Rodas, etcétera. Estuvimos en el Peloponeso en varias ocasiones y en un viaje a Mistrás escribí los *Cantos del despotado de Morea*, libro que fue traducido a varios idiomas y que en Grecia ha tenido éxito; en la zona turística de Mistrás lo venden en edición bilingüe. Definitivamente, me identifiqué mucho con Grecia.

### ¿HIZO TEATRO EN ESE PAÍS?

Sí, al llegar a Grecia entré en contacto con los teatristas y busqué a la gente de Karolus Kunh, un gran director que ponía tragedia griega en Epidauro o en el Herodes Ático de Atenas. En la capital griega había bastante experimentación teatral, se encontraban teatros de bolsillo por todos lados. Hice amistad con un

actor de nombre Panayiotis Tiaras y con una directora llamada Barbara Dukas. Un día me dijeron que tenían una adaptación de *El general en su laberinto*, de Gabriel García Márquez, y que había un papel para mí, el de Bolívar. Yo les dije que estaba gordo para Bolívar (pues en ese papel el libertador ya estaba en sus últimos momentos), pero insistieron. También era cierto que mi griego no daba como para utilizarlo en escena. Dijeron que eran pocos los parlamentos y varios de ellos en español, así que acepté y empezamos a ensayar.

La adaptación era de Barbara, muy bien hecha por cierto. Como recordarán, la novela de Gabriel trata de los últimos días de Bolívar, ya muy enfermo y decepcionado. Me acuerdo de que se utilizó para el programa un poema en el cual cito la expresión de Bolívar de “arar en el mar”; eso les ha pasado a todos los libertadores iberoamericanos, han arado en el mar. Es una desgracia pero es la realidad de nuestra región y de otros países. Presentamos la obra en un teatro del centro de Atenas atrás del hotel Gran Bretaña, uno de los principales de la ciudad. Era un teatro comercial de buenas dimensiones. Yo pedí permiso a la Secretaría de Relaciones Exteriores por tratarse de una obra de difusión cultural. Contestaron que me autorizaban, y que “yo no tenía remedio”; puse como ejemplo a la Cancillería que la ministra de Cultura de Grecia, Melina Merkouri, era actriz. Estrenamos y la invitamos. No salió mal; Panayiotis era un magnífico actor y llevaba casi todo el peso de la obra. En escena estábamos sólo los dos: Bolívar y su asistente. Para mí fue una experiencia difícil pues no es sencillo actuar sin hablar, tiene que ser tu expresión corporal la que haga todo. Yo decía seis o siete cosas y el resto del tiempo estaba callado como en la realidad estuvo muy callado Bolívar los últimos meses de su vida, porque ya no tenía nada qué decir.



Hugo y Panayiotis Tiaras, Atenas, 1991.  
[Fotografía: Archivo familiar]



Hugo en la puesta de *El general en su laberinto*, con el actor griego Panayiotis Tiaras. Atenas, 1991. [Fotografía: Archivo familiar]

Al final de la obra vimos a Melina y me dijo que le daba gusto que el embajador de México actuara en Atenas y con un parlamento en griego: “¿No tiene dificultades con su Gobierno por esto?”. “No, como usted tampoco las tuvo por hacer uno de sus célebres papeles: el de prostituta”. Ambos nos reímos. ¿Recuerdan ustedes aquella magnífica película *Nunca en domingo*, de 1960? A pesar de la edad, Melina seguía siendo muy guapa. En ese momento ya tenía cáncer de pulmón, era una fumadora impenitente. Lo último que le intentaron hacer fue una operación en Nueva York, a donde partió con su marido Jules Dassin en 1994 (Dassin fue director de aquella famosa película francesa de 1955 *Du Rififi chez les hommes* y también víctima del macarthismo). Melina ingresó al hospital y pidió ir al baño. El doctor que la atendía se dio cuenta de que en realidad quería fumar. Y le dijo “Doctor, quiero ir en la camilla fumando”, el argumento que dio fue impecable: “A los condenados a muerte los dejan fumar su último cigarro”. Ya no salió del quirófano. El entierro en Atenas fue impresionante, miles de personas la acompañaron. Una cosa similar al entierro de Pedro Infante. Era una heroína nacional como la Bubulina, aquella capitana griega de la lucha contra el imperio otomano. Melina era una personalidad moral en la defensa del patrimonio cultural griego. La gente la recordaba por su pleito contra los ingleses para que devolvieran lo que se habían robado del Partenón; todo eso la convirtió en una mujer muy popular y respetada, además, desde luego, de sus méritos como actriz.

#### FUE UNA ÉPOCA DE INTENSA VIDA SOCIAL.

Sí, debido a que llegué a ser embajador vicedecano; el decano era el embajador de Arabia Saudita, que era primo del rey, vivía feliz en Atenas y no daba golpe, así que toda la responsabilidad ante el presidente era mía. Esto no interrumpía mis actividades culturales, y además podía atender mis otras embajadas.

## CUÉNTENOS UN POCO SOBRE SUS CONCURRENCIAS.

Era embajador concurrente en Chipre (país de lengua griega, así que no tenía mucho problema), en Líbano (que pertenece a la francofonía, aunque el árabe es importante), Rumania (país que quiero mucho y del que conozco su literatura por lo cual hablaba un poco de rumano), y en Moldova (antigua República Socialista Soviética de Moldavia que recuperó el nombre rumano de Moldova, país también rumanoparlante).

Me tocó ir a Rumania a cerrar la Embajada. Estaba en Atenas cuando me habló el secretario de Relaciones, Fernando Solana, y me dijo: “Lo que ha pasado en Bucarest no podemos tolerarlo. Cuatro alumnas de Nadia Comaneci se refugiaron en la residencia de la Embajada y la Securitate (policía secreta) entró detrás de ellas, violando la inmunidad del territorio diplomático; las sacaron y se les llevaron. Tenemos que cerrar la Embajada. Ve a hacerlo y de paso te detienes en Sofía porque también vamos a cerrar Bulgaria. Revisa qué cosas sirven para la Embajada en Grecia y lo que no, véndanlo. Luego te vas a Bucarest para el cierre de relaciones. También de ahí llévate lo que necesites”. La casa de la Embajada en Bucarest era magnífica, había pertenecido a la realeza rumana. Nicolae Ceaușescu (que era íntimo de Echeverría), se la prestó a México. Tenía grandes jardines, veintitantas habitaciones y enormes salones que había amueblado muy bien el embajador Cantú, hombre de muy buen gusto.

Nos fuimos en automóvil de Atenas a Bucarest. Un viaje largo. Íbamos Lucinda, Yannis (nuestro eficiente y bondadoso chofer), el ministro Gutiérrez Pita y yo en el coche de la Embajada. Primero hicimos el recorrido de Atenas a Salónica en algo así como seis horas. Pasamos inmediatamente la frontera con Bulgaria. No es una frontera que tenga muchos problemas, tiene mayor tráfico y comercio la frontera entre Bulgaria y Rumania. Al anochecer llegamos a Sofía. En la Embajada ya sólo estaba a cargo un canciller. Nos quedamos un par de días en la ciudad que por cierto me gusta mucho. Al día siguiente nos fuimos a desayunar al hotel Balkan –que hoy es el Sheraton Sofía hotel Balkan– con la gente del Ministerio de Exteriores que estaba muy triste porque se iba

México, mientras que ellos todavía mantenían su representación en nuestro país. Éramos dieciséis personas y el desayuno costó algo así como dieciocho dólares. Había toda clase de yogures, por supuesto.

Al día siguiente emprendimos el viaje –bastante largo– rumbo a Rumania. Pasamos la frontera en Ruse, que está al lado de una ciudad búlgara llamada Rustschuk; en este lugar nació Elías Canetti en el seno de una familia judía sefaradita (él hablaba ladino). Visitamos su casa. Les voy a contar una anécdota de Canetti a quien le dieron el Premio Nobel en 1981; ya cerca de los cien años fue a visitar al médico, lo revisó y le dijo que su cuerpo se estaba acabando; el escritor respondió: “Doctor, yo me moriría con mucho gusto, ¡pero ahorita no tengo tiempo!”

Seguimos el viaje rumbo a Bucarest; me acuerdo de los niños descalzos que pedían dulces al lado del camino. Llevábamos unos paquetes de cigarros, que nos permitieron pasar más rápidamente el control fronterizo, hecho que nos hizo recordar a México. Llegamos a la capital rumana por la noche y estuvimos ahí cinco días. Tenía y tengo en esa ciudad buenos amigos, como Giorgio Lazarescu, director del Departamento de Italiano de la Universidad de Bucarest, traductor de Leopardi y Fóscolo, entre otros. Cada vez que Lucinda y yo íbamos a Rumania les llevábamos una caja con espagueti, latas de sardinas, espárragos y cosas por el estilo, que para ellos eran muy importantes dadas las condiciones del país.

Con la gente del Ministerio de Exteriores dimos por clausuradas las relaciones. Teníamos un canciller en la Embajada que fue quien se encargó de vender los muebles y entregar la casa. Recuerdo que el traductor, un hombre extremadamente culto, estaba inconsolable. Él escribía todos los documentos de la oficina en rumano y era traductor de Octavio Paz y de Borges. Lo recuerdo con los zapatos rotos y con una bolsa para ver diariamente qué había en los almacenes para llevar a su casa. Todo este episodio fue muy triste. Nunca vi a Ceaușescu y ni ganas de verlo; sólo a la gente del Ministerio y a mis amigos traductores: Liliana Popescu, Giorgio Lazarescu y a Radu Beligan, quien era el actor principal del Teatrul Nacional, especialista en Ion Luca Caragiale. Lo vi hace muchos años en la puesta de *Rinoceronte*, de Ionesco. Su actuación fue excelente.

Lucinda estuvo contenta, le gustó la comida y las telas rumanas que son, por cierto, parecidas a las oaxaqueñas; en verdad, tienen magníficos tejidos. Volví a Bucarest en un invierno crudísimo un par de años después con el consejero Andrés Ordóñez como acompañante, para reinaugurar relaciones. La gente del Ministerio estaba encantada.

Me tocó presentar credenciales a Ion Iliescu, que había sido ministro de la Juventud con Maurer, y presidente del Consejo Nacional de Aguas con Ceaușescu, sin embargo, no era parte de la Securitate ni pertenecía al “inner circle” de Ceaușescu. Iliescu entró a la Presidencia digamos que dentro de un período de transición. Era un hombre convencido de la importancia de la vida democrática. Presenté credenciales en el Palatul Cotroceni donde vivieron reyes y reinas; cabe decir que en Rumania lo interesante son las reinas –mujeres inteligentísimas–, y no los reyes que fueron más bien mediocres. El último, Carol II, se vino a vivir a la Ciudad de México y luego fue a morir a Portugal. Era un hombre atractivo, alto, muy bien vestido, que salió de Rumania con varios Grecos y otros cuadros famosos que estaban en los palacios de Sinaia y de Bucarest. Estas obras le permitieron vivir cómodamente el resto de su vida en compañía de su amante Madame Lupescu, que era la única capaz de recibir el pene de Su Majestad, que padecía priapismo. Esto que les cuento son chismes que leí en un maravilloso libro de un escritor rumano llamado Petru Dumitriu.

Las reinas de Rumania, como les comentaba, me parecen mucho más interesantes. Tenemos el ejemplo de Isabel que escribía novelas bastante atractivas con el seudónimo de Carmen Sylva, o la reina María de Save-Coburg y Gotha que colaboró de manera muy importante en la fundación de la Cruz Roja en Rumania.



Presentando credenciales en Nicosia, Chipre, al presidente Georgios Vasos Vassiliou. Palacio presidencial. 1989.

[Fotografía: Archivo familiar]



Presentación de credenciales en Bucarest ante el presidente rumano Ion Iliescu, en 1992. Al centro de la imagen Hugo, el representante de la Cancillería, y el presidente Iliescu.

[Fotografía: Archivo familiar]

Después de presentar credenciales fui invitado a pasar cinco noches a Sinaia, el castillo de los Cárpatos, que era la casa de creación de los escritores rumanos. Por eso tengo una serie de poemas que se titula “Cinco noches en Sinaia”. Estaba totalmente nevado con una luna llena impresionante y los lobos aullando, ¡sólo faltaba Drácula! Recuerden que tanto Transilvania como los Cárpatos son regiones draculescas. El castillo era maravilloso y me tocó estar únicamente acompañado de la servidumbre; recorría sus pasillos en la noche sin demasiado miedo y no se me hizo conocer a Drácula. Además de escribir comí muy bien cosas de cacería: venado, liebre, jabalí, etcétera.

Regresé en otras ocasiones a Rumania –era mi obligación ir al año un par de veces por lo menos–, y conocí otras regiones como Moldavia, Maramureş y Transilvania; en esta última región ya había estado tiempo antes en Sighișoara la ciudad donde está el tenebroso castillo de Bran, donde vivió Vlad Tepes, el príncipe de Valaquia, en quien Bram Stoker basó el personaje de Drácula, nombre que en rumano tiene dos connotaciones: diablo y dragón. Todavía en la ciudad me tocó ver en las tabernas ajos y crucifijos. Los había visto en un viaje anterior con Rafael Alberti, Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda y el poeta Eugen Jebeleanu. Estábamos en una ocasión tomando una copa de vino en una plaza de Sighișoara cuando se acercó una niñita gitana muy bonita (aquella es zona magiar; ya saben ustedes de las divisiones absurdas de Europa por cuestiones políticas). La niña me entregó un ramo de violetas y extendió su manita. Le di un billete de diez leis. Se fue fascinada gritándome algo en magiar; a Jebeleanu le dio risa y me dijo: “¡Está tan feliz que te gritó ‘que viva tu esposa francesa!’”

El teatro rumano siempre ha sido importante, aunque por estar en la periferia no ha tenido el reconocimiento de otros teatros europeos. En uno de mis viajes vi una obra de Mihail Sebastian: *Jocul de-a vacanța* (*El juego de las vacaciones*), dos de Ion Luca Caragiale: *O scrisoaria pierdută* (*La carta perdida*) y *O noapte fortunasea* (*Una noche tempestuosa*), *Rhinocéros* (*Rinoceronte*), de Ionesco, y *Sombra*, una pieza perteneciente a la trilogía del poder de Yevgeny Schwartz (*Sombra*, *El rey desnudo* y *El dragón*). La situación

era distinta en el período de Maurer; incluso se le pidió a Ionesco, que vivía en París, que fuera al estreno de *Rinoceronte*. Mandó una carta negándose a ir, dijo que ya no regresaba a Rumania, como no regresaron muchos de los rumanos notables, como Constantin Brâncuși, Mircea Eliade, Emil Cioran y otros más. Parecía que el destino de los rumanos era el exilio por una u otra razón. Y también el de las mujeres.

Me decía Rafael Alberti que cuando vivió en París las grandes prostitutas de la ciudad eran rumanas. Me acuerdo de una muchacha de unos dieciocho años, con la piel apiñonada, una melena castaña clara y unos ojos color violeta como los de Elizabeth Taylor.

Fui con frecuencia también a Chipre. Ahí entregué credenciales al presidente de centro izquierda Georgios Vasos Vassiliou. La ceremonia fue muy sencilla y se celebró en el Palacio Presidencial de Nicosia, que había sido la residencia del gobernador británico. Se tocaron los dos himnos, entregué las credenciales y dije un pequeño discurso en cuasi griego, cosa que les gustó mucho. Ahí teníamos un magnífico cónsul honorario, Nicholas Chacolas, uno de los hombres más ricos de Chipre. Era un negociante muy conocido en el país y fueron de gran utilidad sus relaciones y contactos. Luché para que el Gobierno mexicano le otorgara la condecoración del Águila Azteca y lo logré.

En Líbano, presenté credenciales en un momento muy difícil. El general (cristiano maronita) Michel Aoun estaba levantado en armas. El presidente Elias Harawi era cristiano también. El pacto que habían hecho –y que todavía funciona–, era que cuando el presidente fuera cristiano, el primer ministro sería musulmán, y viceversa.

Recibí instrucciones de ir a presentar credenciales. Hablé con el subsecretario Rosenthal para explicarle que el general Aoun estaba en plena actividad y había bombardeos constantes, además de que el aeropuerto estaba en manos de Hezbollah. Me indicó que había necesidad de ir; entiendo que empresarios de origen libanés estaban muy interesados en ello. Me comuniqué entonces con el embajador de Irán en Atenas para



Vistiendo de blanco como señalaba el protocolo, Hugo pasa revista a la Guardia Presidencial de Palacio, durante su visita a Beirut, en 1991.  
[Fotografía: Archivo familiar]

pedirle que hablara con la gente de Hezbollah a fin de que dejaran aterrizar el vuelo de la MEA (Middle East Airlines) en el que yo me trasladaría, y me permitieran pasar sin problemas. Habló con ellos y estuvieron de acuerdo. Fui acompañado por el ministro González Magallón.

Aterrizamos tranquilamente en el aeropuerto de Beirut y ya estaba un *jeep* de Hezbollah esperándonos. Nos llevaron y nos entregaron al Ministerio libanés. Los guerrilleros fueron muy amables, pero eso sí, muy serios. El Ministerio nos alojó en un hotel donde se encontraba el Estado Mayor del ejército sirio. Aquello era un búnker; recuerdo estarme registrando en la recepción cuando oí el sonido de los proyectiles que caían muy cerca. La persona que me atendía me dijo que no me preocupara, que en el hotel no pasaría nada. Llevaba un chaleco antibalas que me había prestado el embajador de Colombia, pero era tan pesado y molesto que opté por no usarlo al pensar: “Si cae un misil, ¿de qué me sirve un chaleco antibalas?”.

## ¿LE DIO MIEDO?

Sí, no sé si me lo aguantaba por dignidad o por catatonia.

Era verano, así que el protocolo indicaba traje blanco con corbata negra. Pasó por mí al hotel un tanque del ejército libanés. Nunca me había subido a uno. Me sentía dentro de una caja que avanzaba haciendo un ruido espantoso; en ese momento no había ningún bombardeo. Llegamos a un Ministerio que hacía las veces de palacio presidencial improvisado donde nos estaba esperando una

banda de guerra. Estaba el Batallón de Honor con trajes de campaña. La orquesta interpretó con cierta velocidad los himnos. Entramos al edificio y nos metimos a un elevador que en lugar de subir, bajó. Descendimos al búnker del presidente Elias Harawi a quien saludé en francés y le entregué credenciales. También crucé unas palabras en inglés con el primer ministro.

Conversé unos minutos con Harawi sobre lo que siempre se platica en esos casos: “Le manda saludos el presidente de la República...”; “La amistad entre nuestros pueblos...”; “La relación comercial entre nuestras naciones...”, etcétera. Fue una charla cordial, y justo en el momento en que empezábamos a hablar sobre el conflicto se inició el bombardeo. Harawi me dijo: “Vamos a esperar un momento a ver si este señor se calma”. Terminamos de hablar del conflicto y hablamos entonces sobre los libaneses residentes en México, el Centro Libanés y lo que había dicho López Mateos (“el que no tenga un amigo libanés, que lo busque”), dato que le dio mucho gusto. La realidad es que cuando los libaneses son amigos lo son de verdad. El bombardeo continuó y pensé que enseguida íbamos a hablar de la arquitectura fenicia o del primer alfabeto que se hizo justo en esa zona del mundo así que le dije: “Señor presidente, usted tiene otras ocupaciones y cosas que firmar. Déjeme con un libro y me quedo aquí sentado leyendo. No se preocupe”. Me ofrecieron té y unas pastas. Un rato después cesó el bombardeo. Al despedirnos me dio un abrazo, cosa absolutamente inusual en el protocolo. Me quedé cinco días en Beirut; el cónsul honorario era un libanés de origen armenio, Joseph Thyan, comerciante muy exitoso, casado con una libanesa mexicana de Puebla, Margaret Bujalil, señora muy educada y simpática. Estaban muy agradecidos conmigo porque les había permitido (después de pedir permiso a la Secretaría) que pusieran la bandera de México en su casa, y eso les salvó



Presentación de credenciales, en Beirut, al presidente Elias Jalil Harawi. 1991.

[Fotografía: Archivo familiar]



Hugo en Atenas, 1988.

[Fotografía: Archivo familiar]

su propiedad: cuando llegó el ejército sirio los soldados –que tienen un respeto ritual por los símbolos–, se retiraron y no la ocuparon. Me invitaron a comer (soy muy aficionado a la cocina libanesa), fuimos a las montañas y al santuario de Charbel, por cierto que al salir del monasterio cayó como a unos ciento cincuenta metros un misil, y por un rato tuvimos que refugiarnos en los sótanos.

Cuando Joseph y Margaret fueron a Atenas le llevaron a Lucinda una elegante charola de plata como muestra de su agradecimiento.

En el auto del Consulado recorrimos la ciudad en ruinas, que ahora por cierto están reconstruyendo bastante bien. Recorrimos la vieja *corniche* –como la de Montecarlo–, adonde estaban el hotel San Jorge y el Fenicia, además del Casino de Beirut, uno de los mejores del mundo.

Andando en el auto, cada cuatro o cinco cuadras, aparecía un comando con ametralladoras, ya fuera de Hezbollah, de Amal o de Samir Geagea. El auto del cónsul tenía la bandera mexicana y era conducido por un libanés muy hábil que había vivido en Colombia, el cual bajaba la ventanilla y les gritaba: “¡Saad el Zafir du Mexique!” (“¡El señor embajador de México!”); entonces empezaban a exclamar: “¡Puebla!... ¡Orizaba!... ¡Veracruz!... ¡Mérida!...”. ¡Todos tenían un pariente en México!, así que nos saludaban y nos dejaban pasar. No podemos olvidar a la gran comunidad libanesa en nuestro país. Muchos de ellos entraron a México a principios del siglo pasado con pasaporte turco, porque Líbano estaba en manos del Imperio Otomano, de ahí el genérico “turco” (“Ahí viene el turco, el abonero”). Los “turcos” eran libaneses o sirios como genéricamente se les llama “gallegos” a los españoles en Argentina o Cuba. El Suplemento Cultural

de *La Jornada* le ha dedicado números especiales a las letras libanesas, especialmente a tres grandes: Gibran Jalil Gibran, George Chehade y Amin Maalouf.

Mi última concurrencia era Moldova. Me acompañó Lucinda a presentar credenciales. Llegamos a Chisinau. El país está entre la Moldova rumana y Ucrania. Volamos en Tarom, la línea aérea rumana que tenía ya buenos aviones para vuelos largos; pero en esa ocasión hicimos el viaje en un avión pequeñito. Yo iba pegado a la ventanilla y oía ruidos como de piedritas que pegaban en la ventana: ¡eran tuerquitas! Ni jugo ni refrigerio (parecía United Airlines), lo único que comimos fueron unas bolas de dulce muy grandes que me recordaron mi infancia, así que como pueden notar no todo es *glamour* en la vida diplomática. Al llegar nos alojaron en un hotel que quedaba cerca de la casa donde pasó su exilio Pushkin, cosa que me emocionó mucho; a un lado de la casa del gran escritor hay un parque muy bonito. En la capital había un pequeño cuerpo diplomático: embajador de Estados Unidos, de Alemania (que tenía una esposa borracha como una cuba), de Italia, de Rumania, el representante ruso, y los demás éramos embajadores concurrentes.

El hotel en que nos alojamos era el mismo donde se recibía a Jrushchov y a Brézhnev. Estaba recién pintado y el olor era molesto. Aunque hablaba un poco de rumano, a la hora del desayuno nos percatamos de que la mayor parte de las meseras eran rusas. La política del Kremlin fue mandar grupos de rusos a las regiones soviéticas de otras lenguas y culturas. Me acuerdo de que pedíamos huevos para desayunar e invariablemente nos llevaban tres, que por alguna razón tenían la clara gris. Ni a señas conseguimos que nos llevaran uno solo.

El presidente era Mircea Ion Snegur, líder que se encargó de ordenar las relaciones políticas entre su país y Moscú, y de conservar algunas de las industrias importantes como la vitivinícola, así como de mantener las relaciones con sus hermanos rumanoparlantes. Era un señor gordo y colorado muy jovial. Le presenté credenciales y me insistió en que me sentara a platicar con él. Me dijo: “Mire, aquí la situación económica es muy curiosa. A veces tenemos productos que vender en las tiendas (latas, vinos, panes) pero la gente no



En San Juan de Puerto Rico, acompañado por el crítico de cine Luis Téllez y la crítica literaria Mercedes López-Baralt. 1996. [Fotografía: Archivo familiar]

tiene dinero para comprar, y cuando tienen dinero para comprar no tenemos productos que vender. Además me echan la culpa de todo. ¡Ya no los aguanto!”

Regresé unas dos o tres veces a Chisinau. Tengo un afecto especial por el mundo rumano, tanto por su lengua como por su literatura y su gente, así como por Chipre y Líbano.

## ¿CÓMO ES QUE DESPUÉS DE EUROPA SE VA AL CONSULADO EN PUERTO RICO?

El primero de enero de 1994 el mundo se enteró del levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas; un periodista me hizo una pregunta y, como siempre digo lo que pienso, defendí algunas posiciones del zapatismo y hablé de las condiciones lamentables en que vivían los indígenas. Llegué a la casa y le dije a Lucinda: “Yo creo que hay que hacer maletas porque otra vez estuve de hocicón”. En ese momento yo ya estaba nombrado para irme a la Embajada de México en Portugal; Manuel Tello que era el secretario de Relaciones y mi amigo, me había gestionado el cambio para irme a la sede diplomática que siempre soñé: Lisboa.

Tiempo después me habló el secretario particular de José Ángel Gurría y me dijo: “Queremos pedirle que solicite el beneplácito para fulano de tal, que está de embajador en Marruecos y va a Grecia”. Le dije que así lo haría y agregué: “Y nada más por curiosidad, ¿qué es lo que va a pasar conmigo?”. Respondió que se

me estaba buscando un lugar. Esperamos semanas y semanas sin ninguna noticia. Por fin respondió: “Una posibilidad es Singapur, y la otra es el consulado general en San Juan de Puerto Rico”.

Solicité el beneplácito a quien sería mi sucesor en Atenas y el Gobierno griego lo concedió. Me volvieron a llamar de la Secretaría y finalmente indicaron que me iría a Puerto Rico. Cónsul general es equivalente a embajador en la carrera diplomática, así es que no era una pérdida de estatus, pero hasta cierto punto sí, pues pasaba de embajador a cónsul general, y de Lisboa a San Juan de Puerto Rico. Ya conocía Puerto Rico y a muchos de sus escritores; siempre había tenido un afecto especial por una isla que jamás ha tenido un minuto de soberanía: pasó de las manos españolas a las yanquis, lo que los puertorriqueños llamaban eufemísticamente “cambio de soberanía”. El movimiento independentista tuvo su momento más importante en la época de don Pedro Albizu Campos, un líder popular extraordinario. Después vino Luis Muñoz Marín del que Neruda hablaba muy mal, le decía “la sabandija del Caribe”, pero no tenía mucha razón. En mi opinión hizo lo que pudo para que Puerto Rico quedara en las mejores condiciones, así que inventó la fórmula del “Estado Libre Asociado”, con sus Cámaras de Senadores y Diputados, gobernador y partidos políticos, y sin derecho a votar en elecciones federales. Eso le da carácter de colonia. Así que Muñoz Marín consiguió estas libertades restringidas, sobre todo, el respeto a su idioma (hubo un momento durante la mano más dura de la ocupación de Estados Unidos en que la educación se daba obligatoriamente en inglés). Todo el mundo pensó que el camino sería el bilingüismo; sin embargo, los puertorriqueños tienen ciertas dificultades con el inglés. Encuentro una explicación bastante elemental: es la lengua de la dominación.

Quiero mencionar en este momento la poesía de Luis Palés Matos, el gran poeta del Caribe y uno de los más grandes de la lengua española. Sólo recuerden:



Hugo y Lucinda en el Viejo San Juan, 1997.  
[Fotografía: Archivo familiar]

POR LA ENCENDIDA CALLE ANTILLANA  
VA TEMBANDUMBA DE LA QUIMBAMBA  
— RUMBA, MACUMBA, CANDOMBÉ, BÁMBULA—  
ENTRE DOS FILAS DE NEGRAS CARAS.  
ANTE ELLA UN CONGO —GONGO Y MARACA—  
RITMA UNA CONGA BOMBA QUE BAMBA.

Es el maestro del poeta cubano Nicolás Guillén y de los grandes poetas de la negritud, en eso se une a Derek Walcott (poeta y escritor nacido en Santa Lucía, en las Antillas Menores, que ganó el Premio Nobel), a Aimé Césaire, el poeta de Martinica, quien inició, junto con Senghor el movimiento de la negritud. Hay que decir que Palés Matos no era negro. También diría que él y todos los poetas de la negritud tuvieron como compañeros a Langston Hughes y a Claude McKay. Debo mencionar además al cubano Emilio Ballagas. El Caribe pertenece a la negritud; recuerden que la gran isla del Caribe es inmensa, de casi nueve millones de kilómetros cuadrados, y se llama Brasil.

En Puerto Rico conocí a los poetas Hjalmar Flax, José Luis Vega y Edwin Reyes. También a Edgardo Rodríguez Juliá y a Luis Rafael Sánchez, que tiene dos novelas formidables: *La Guaracha del Macho Camacho* y *La importancia de*

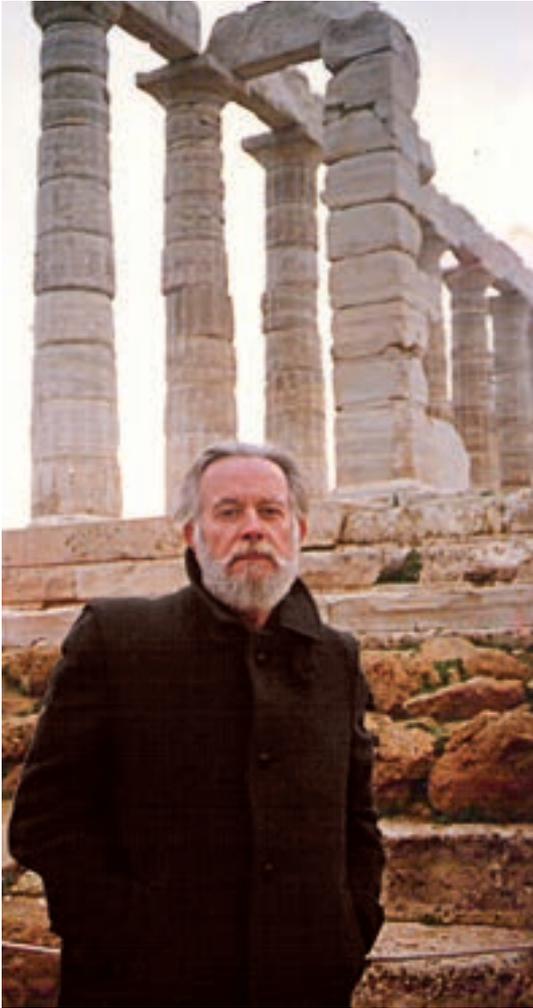
*llamarse Daniel Santos*, ésta última sobre el cantante puertorriqueño más destacado de su época; cantaba con una voz aguardentosa y fue muy popular en toda América Latina.

Todo esto hacía de la isla un lugar muy atractivo. Los diplomáticos le llaman a Puerto Rico “el cementerio de los elefantes” porque a los viejos los mandan ahí de cónsules generales como último puesto antes de la jubilación. Recuerdo que el cónsul de España era un viejito debilucho, así que de ahí te mandaban o a la jubilación o al panteón. Imagínense que yo era el más joven de los elefantes.

De Atenas regresamos a México para presentarme en el Senado y tomar protesta como cónsul con toda la parafernalia diplomática, y con la desconfianza de la Secretaría de Relaciones Exteriores y, sobre todo, de Los Pinos. Había tenido ya un desencuentro con Carlos Salinas de Gortari en Bruselas en medio de una reunión de embajadores en la que me lancé contra el modelo neoliberal. Me decía su jefe de prensa, José Carreño Carlón (a quien conocí a través de Carlos Monsiváis) que estaba furioso conmigo: “No sé cómo no te cesó en ese momento”. Salinas, que consolidó el modelo neoliberal iniciado por Miguel de la Madrid, escuchó mi voz discrepante. Claro que esto no es nuevo en mi vida, he discrepado de los poderosos con frecuencia.

### ¿LE CONTESTÓ ALGO SALINAS?

Se quedó callado. A la salida me saludó de mano y me dijo: “Tenga mucho cuidado ahora que viene la Presidencia griega de la Comunidad Europea”. Claro que le interesaba este punto puesto que ya aspiraba en ese entonces a la Secretaría General de la Organización Mundial de Comercio (OMC).



Hugo en Grecia. 1990.

[Fotografía: Archivo familiar]

## ¿CÓMO DESCRIBIRÍA AL EXPRESIDENTE SALINAS?

No es desagradable; es arrogante, prepotente, megalómano y educado. A mí me tocó estando en Atenas, después de que Ernesto Zedillo entró a la Presidencia, recibir a Salinas como candidato a la Secretaría General de la OMC. Había estado en Arabia Saudita cuando me llamó el embajador en Riad para decirme: “Va para Atenas el expresidente Salinas”. Le pedí que me enviara los datos del avión privado para pedir pista en el aeropuerto y hablé con el Gobierno griego, quien le dio trato preferencial y salón de embajadores. Estaba nervioso porque al peso se lo había llevado el carajo con el famoso “error de diciembre”. Ya había renunciado Jaime Serra Puche como secretario de Hacienda. Recordarán que después de eso Salinas regresó a México e hizo una ridícula huelga de hambre en Monterrey.

Lo recibí al pie de la escalerilla del avión; lo acompañaban dos de sus hijos. Me pidieron que los llevara a la Acrópolis. Nos fuimos en el automóvil oficial. Iba callado y de pronto me preguntó: “¿Qué noticias hay de México?”, a lo que le contesté: “No sé si se enteró de las declaraciones del presidente Zedillo, el país está conmocionado por lo que se ha llamado el error de diciembre”. Fue todo. Después me preguntó: “¿Y ha ido a Lagos de Moreno?” (a su esposa le gustaba mucho esa ciudad), “Porque una de las tantas carreteras que construimos con Solidaridad benefició justamente a Lagos de Moreno...”. Y así me empezó a hablar con tono de informe de gobierno. Hablamos de Lagos y sus poetas; Salinas tiene preparación y una astucia siniestra; de todo se le puede acusar menos de tonto.

Llegamos a la Acrópolis, hicimos la visita guiada por mí e hice la descripción de costumbre (nada más me faltó bailar como Eleonora Duse). Los hijos de Salinas

me parecieron simpáticos y sencillos, escucharon con atención. Luego nos fuimos a comer a Plaka (el barrio típico de Atenas que está abajo de la Acrópolis) porque querían auténtica comida griega; ahí hay muchos restaurantes para turistas, pero yo conocía uno para griegos así que los llevé a comer calamares asados a las brasas, que es uno de sus buenos platos. Estaba nervioso en la comida. Hubo un momento en el que me preguntó si me quedaba en Grecia. “No señor, parece ser que me voy a Puerto Rico de cónsul general”. Salinas contestó: “¡Lo ve! Nosotros somos malos pero no pendejos. El problema es que estos que entran además de malos, son pendejos”. Creo que no había olvidado el incidente de Bruselas. Después cambió de tema.

Al terminar la comida pedimos de postre unos higos rellenos de nueces con miel (una delicia griega). Se levantó y fue con su ayudante a comprar joyas. En Plaka hay una buena cantidad de tiendas que venden plata y oro. Nos dirigimos al aeropuerto y en el trayecto tocó el tema de su candidatura y me preguntó por quién votarían los griegos. “Lo último que me dijeron es que votarían por usted”. En el salón de embajadores del aeropuerto habló por teléfono para comunicarse con Arabia Saudita y saber qué había pasado tras su visita; vi que puso una cara alegre, le dieron la noticia de que los árabes iban a votar por él, cosa que como sabemos después cambió, pues los Gobiernos dieron marcha atrás cuando vieron lo que pasaba en México. Finalmente, lo acompañé a la puerta del avión y no hubo el abrazo de los políticos mexicanos, yo no sentía el deseo de abrazarlo y creo que él se dio cuenta. Me tendió la mano con un apretón rápido. Sus hijos se despidieron cordialmente; subieron al avión y se fueron. Pensé: “Ahí va el dueño del país”. Al poco tiempo me enteré de que estaba en huelga de hambre y creo que demostró que hasta al más inteligente se le va una pata. Seguramente



Hugo y Andrés Manuel López Obrador.  
2005.

[Fotografía: Archivo familiar]



Porfirio Muñoz Ledo acompaña a Hugo durante el homenaje del Instituto Nacional de Bellas Artes por sus 75 años. 15 de febrero de 2009, Palacio de Bellas Artes.

[Fotografía: Jesús Morales Olvera]

el señor se descontroló emocionalmente, perdió su posición de jugador de póker e hizo una insensatez. Después de eso se fue del país.

Salinas le hizo a la nación un daño terrible al consolidar el modelo neoliberal y la corrupción, al entregar el país a unos cuantos millonarios y crear un aparato de coherencia interna con los medios de comunicación – sobre todo, el duopolio televisivo–. Esto se lo debemos a él que, como dice López Obrador, era y sigue siendo el jefe de la mafia de la cual forman parte el PRI, el PAN, empresarios, banqueros y medios de comunicación que se convierten así en los dueños del país.

1994 FUE UN AÑO MUY COMPLICADO PARA MÉXICO; ¿CÓMO VIVIÓ ESTE PERÍODO COMO DIPLOMÁTICO? ¿LA CANCELLERÍA “LES DABA LÍNEA” A LOS EMBAJADORES?

En aquella época, no, porque la mayoría, para evitar problemas, guardaban silencio o simplemente reproducían el boletín oficial; lo que no esperaban era que algunos embajadores como yo manifestaran sus discrepancias. Debo aclarar que tampoco hice declaraciones demasiado escandalosas, simplemente manifesté que el movimiento indígena tenía razón de ser pues nos habíamos olvidado de ellos y surgió Marcos para decirnos “aquí estamos”. También dije que no coincidía con la violencia del levantamiento (soy partidario de la resistencia pacífica), pero sí con los principios que estaba enarbolando Marcos respecto de la situación del país en general y la de los indígenas en particular. Claro que esto no coincidía con la posición gubernamental.

## ¿CÓMO VIVIÓ LA NOTICIA DEL ASESINATO DE LUIS DONALDO COLOSIO?

No tenía información suficiente, y creo que en realidad nadie la tenía. Hasta la fecha no se ha aclarado del todo, cosa que no es nueva porque lo del asesinato de John F. Kennedy tampoco se ha terminado de resolver. Así se pone a andar la imaginación y la especulación sobre estos hechos.

## ¿CONOCIÓ A MARCOS?

Sí, fue mi alumno. La última vez que estuvimos juntos fue en una mesa redonda en Casa Lamm en homenaje a Bertolt Brecht compartiendo mesa con Luis de Tavira (por supuesto que el foro estaba lleno por la presencia de Marcos). Los tres hablamos sobre Brecht; Tavira y yo sobre el aspecto teatral y Marcos sobre el aspecto político. Cuando llegué a Casa Lamm ya estaba él en un saloncito; lo saludé y después de sentarnos me dijo: “No se me han olvidado sus clases, Maestro”, “¿Qué clase tomó conmigo subcomandante?”, “No me diga subcomandante, dígame Marcos porque yo fui su alumno en una clase que usted impartió sobre televisión e ideología; cada vez que veo la televisión lo recuerdo a usted”, “Mire qué curioso, yo cada vez que veo la televisión lo veo a usted”. Me respondió: “No crea, me va a dejar de ver muy pronto”. Y así fue. Tengo respeto por Marcos, creo que lo que hizo fue importante para el país; creo también que se equivocó en la campaña presidencial de 2006 con “La otra campaña”, debe haberle quitado miles de votos a Andrés Manuel. Considero que fue una torpeza, pues le hizo daño a la izquierda, al igual que Cuauhtémoc Cárdenas. Todo el mundo comete torpezas, pero en este caso fueron muy dañinas para el país. Creo que Marcos tiene su lugar en la Historia y que los pueblos indígenas y la nación en general le deben mucho.

Hace tiempo hablé con Javier Sicilia y me comentó: “Entras a Chiapas y entras a la paz, a pesar de que está lleno de militares”. Los municipios zapatistas son un mundo diferente, con gente dispuesta a vivir y a trabajar, son un mundo con esperanza. Me decía que esos municipios tienen enormes necesidades, pero

eran como un oasis de paz en medio de esta horrible guerra. Yo creo que por eso Marcos ha estado callado, porque está tendiendo otro tipo de redes a través de los Caracoles, donde la población indígena nombra a sus autoridades y lleva una existencia comunitaria.

En Europa hay un buen número de simpatizantes zapatistas. Recuerdo que en Atenas había un grupo muy entusiasta que tras mi declaración me buscó, aunque tuve que comentarles que no podría acompañarlos a la calle y de plano sí les dije: “Todo tiene su límite. Ya bastante hice con mis comentarios”. Comprendieron y me informaban periódicamente de sus actividades. Por cierto que años después un grupo de griegos llegaron a Chiapas a preguntarle a los zapatistas: “¿En qué podemos ayudarles?” Ellos no practicaban la beneficencia autoritaria como otros grupos. Así, juntos, los zapatistas y los griegos, construyeron un precioso centro donde se forman líderes comunitarios.

## VOLVAMOS A SUS ÚLTIMOS DÍAS EN ATENAS ANTES DE SU CAMBIO A SAN JUAN. ¿LE DOLIÓ DEJAR GRECIA?

Me dolió mucho. Extrañé a Grecia desde antes de salir: su comida, su cultura, sus islas, inclusive Atenas que es tan fea la pobre (para que se den una idea, imagínense a la Acrópolis rodeada por la colonia Narvarte). Sentí una enorme nostalgia que sigo conservando; extraño mucho a Grecia. Si tuviera mucho dinero me jubilaría en una isla griega.

## ¿Y SE LLEVARON A SASHKA Y A TILO?

¡Claro! Dejaron que Tilo fuera con nosotros en su jaula porque era más pequeña, le preguntamos a nuestros vecinos de asiento y no tuvieron problemas; la mayoría eran estadounidenses que, como saben, en general quieren mucho a los animales. Volamos de Atenas a Ámsterdam, y ahí nos permitieron ver a Sashka. Hicimos una breve escala de dos o tres horas y luego continuamos con el viaje de Schiphol a la Ciudad de México. Llegamos a nuestro apartamento el cual había estado ocupado por una de nuestras hijas con su respectivo galán. Estuvimos en México alrededor de un mes y medio mientras me recibía el Senado y se cubrían todos los requisitos; finalmente, pasando de embajador a cónsul general, nos fuimos a Puerto Rico.

Llegamos con los dos gatos a un apartamento que nos habían alquilado provisionalmente, ubicado en la Isla Verde, donde estaba también el aeropuerto. Recuerdo el nombre del edificio, *El Conquistador*, un edificio horrible con una armadura en la puerta. Teníamos una habitación con cocineta y un baño, y ahí estuvimos con los gatos en lo que conseguíamos otro apartamento. Tengo presente mi primera visión de Puerto Rico: salimos una tarde para comprar algo de comida y de repente vimos a un grupo de personas que venían cantando. Pensamos que estábamos en Carnaval o algo así, pero era una manifestación en la que todos estaban bailando y coreando: “¡Qué vergüenza, qué descaros, nos quieren llevar al paro! ¡Qué vergüenza, qué descaros, nos quieren llevar al paro!”. Me acordé mucho de Alberti que contaba de una manifestación en Cuba en la época de un dictador terrible, Gerardo Machado; decía que estaba sentado en una plaza cerca de la Catedral y vio llegar una manifestación contra Machado



Lucinda y Hugo debutando en su papel de abuelos sostienen a Bruno, hijo de Lucinda Gutiérrez Ruiz. San Juan de Puerto Rico, 1996.

[Fotografía: Archivo familiar]

con una negra gorda al frente y todos cantaban: “¡Qué volumen, qué volumen, qué volumen que tiene Carlota! ¡Qué volumen, qué volumen...!” ¡Así es esta región! Cuando vi eso en Puerto Rico me dije: “Ya estoy en el Caribe”.

Había leído un libro precioso de Germán Arciniegas llamado *Biografía del Caribe* y también *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier, textos que recomiendo ampliamente.

Poco a poco nos fuimos aclimatando. Conseguimos un departamento que nos gustaba mucho porque estaba en un séptimo piso exactamente frente al mar, así que todas sus ventanas tenían esa vista. Te sentabas en un sillón de la sala y veías solamente el mar, no se veía la playa, así que tenías la sensación de estar en un barco.

Yo necesito del mar para vivir... y vivo en la Ciudad de México. Hago cuentas para irme a Huatulco y no me alcanza. Quizá podría irme a Veracruz y cantar en los camiones para ver si así completo el gasto.

## IMAGINAMOS QUE CONTINUÓ SU VIDA ACADÉMICA EN LA ISLA.

En San Juan pronto entré en contacto con los escritores y empecé a dar clases de poesía griega y conferencias en el recinto de Río Piedras de la Universidad.

Los puertorriqueños en ocasiones hablan un español trufado con palabras inglesas, por ejemplo si llamas por teléfono te dicen: “Te llamo p’ atrás” (“I call you back”). Es normal que así sea, los intelectuales cuidan mucho el español porque es parte de su rostro y –aunque es odiosa la palabra–, de su identidad. De esta manera, a lo que nosotros llamamos “campus” –que es palabra latina, pero anglicanizada–, ellos le llaman más correctamente “recinto”.

La Universidad tiene recintos en las principales ciudades: Ponce, Mayagüez y Aguadilla; yo daba clases en el clásico recinto de Rio Piedras, donde está la torre emblemática, ahí habían dado clases el poeta Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia Camprubí; había estado también el escritor Federico de Onís y un buen grupo de exiliados republicanos que Puerto Rico recibió gracias a Luis Muñoz Marín y al rector Jaime Benítez. Pedro Salinas pasó por la isla y escribió *El contemplado*, que habla de los dos mares: el Atlántico de un lado y el Caribe del otro, San Juan es la capital atlántica y Ponce la caribeña.

En Puerto Rico la pasamos bien, yo gocé mucho la estancia. Realmente me involucré en su vida cultural; publiqué en México antologías de poetas puertorriqueños porque me parecía urgente, ya que la isla ha sido objeto del olvido de los latinoamericanos. Hace un tiempo explicaba esto Hjalmar Flax en un ensayo donde decía que para nosotros nuestra metrópoli es México, donde escribimos y hablamos en español, pero para ellos su metrópoli es Washington, donde escriben y hablan inglés. “Entonces, ¿dónde nos vamos a consagrar?”, se preguntaba, y es que Latinoamérica no los toma en cuenta. De vez en cuando se publica una novela de Luis Rafael Sánchez o de algún otro escritor, pero en general hay una gran ignorancia de la literatura puertorriqueña en nuestra región. Lo que yo hice fue publicar en revistas de México (como la de poesía dirigida por Marco Antonio Campos), una antología donde estaban, ente otros, Palés Matos, Llorens Torres y Clara Lair, una poeta erótica prodigiosa, una mujer muy guapa de joven que vivió en Nueva York muchos años y acabó su vida encerrada en una casa del Viejo San Juan dejándose crecer las uñas como de mandarín chino. Entre sus poemas escribió uno que escandalizó a “la gente bien”. Pertenecía a la aristocracia, y tenía un amante negro; el poema se titula “Lullaby Mayor”. Así le canta a su amante:



Hugo en Puerto Rico, 1997.  
[Fotografía: Archivo familiar]

DUERME MI NIÑO GRANDE,  
DUERME MI NIÑO FUERTE,  
QUE EL JUEGO DEL AMOR  
RINDE COMO LA MUERTE.

Publiqué también a Julia de Burgos, “la gran poeta de las islas” le decía Pablo Neruda. Una mujer luchadora, libertaria, independentista, militante, que tiene un poema contra Trujillo y otro contra Franco. Pasó sus últimos años en Nueva York, se dio a la bebida y ahí murió. Hay un asilo para mujeres maltratadas que lleva su nombre. En la antología también estaban Edwin Reyes, José Luis Vega, Hjalmar Flax, todos ellos deben figurar en las antologías de América Latina. Por ejemplo, en el famoso recuento de poetas latinoamericanos que hizo Jorge Cuesta, conocido como *Laurel*, no está Palés Matos, que debía estar al lado de Villaurrutia y de Gorostiza. Es de ese tamaño. Habla de un personaje maravilloso, “La Mulata Antilla”, “de amplio caderamen”. Y utiliza el ritmo de la plena, un baile de origen africano con elementos cristianos. La que escribió en 1952 se llama *Plena del menéalo* y termina así:

DALE A LA POPA MULATA,  
PROYECTA EN LA ETERNIDAD  
ESE TUMBO DE CADERAS  
QUE ES RÁFAGA DE HURACÁN,  
Y MENÉALO, MENÉALO,  
DE AQUÍ PALLÁ, DE ALLÁ PACÁ,  
MENÉALO, MENÉALO,  
PARA QUE RABIE EL TÍO SAM.

Desde el punto de vista literario, creo que Puerto Rico tiene más y mejores escritores que muchos países de Sudamérica. Dedicué gran parte de mi tiempo a dar a conocer en México las letras puertorriqueñas y allá les hablé de literatura latinoamericana en general y mexicana en particular, esto además de mis obligaciones de cónsul general que cumplía con gusto porque no me molestaba en absoluto ir a la prisión a proteger y apoyar a los mexicanos que estaban ahí (ver que tuvieran abogados y cosas así). Recuerdo a un homicida a quien querían trasladar a Estados Unidos, pero lo defendimos y se quedó en la isla. Afortunadamente, en Puerto Rico no hay pena de muerte.

## ¿ERA GRANDE LA COMUNIDAD MEXICANA EN PUERTO RICO?

No, a mí me tocó una comunidad pequeña, pero eso sí, muy activa y bien organizada. Lo primero que me pidieron fue que les dirigiera una pastorela para Navidad y así lo hice, salieron los pastores y el diablo, de acuerdo con toda la tradición. El 15 de septiembre, como ya no teníamos presupuesto (el país estaba en la pobreza), ellos organizaron la fiesta y llevaron tamales y tacos; todos contribuimos.

Lucinda hizo lo mismo que en Grecia, organizar reuniones para tomar el té con las señoras, así que estaba cerca de la comunidad; en Atenas casi todas eran esposas de marineros griegos y hablaban una lengua que llamábamos “greco-ñol”. Había en la isla dos mariachis a los que les iba muy bien, aunque a mí me atosigaban porque apenas llegaba yo a un evento me seguían. Me encanta el mariachi tradicional, pero las trompetas me aturden.

Teníamos algo de intercambio comercial y había que atender a la comunidad en materia de pasaportes, actas y cosas por el estilo. Se acercaron mucho los independentistas porque conocían mi simpatía por el movimiento, pero fui cauteloso. Creo que fui más agregado cultural que cónsul general durante dos años y medio.

Luego vino el castigo en serio. Un buen día me llama de Relaciones Exteriores el asistente de José Ángel Gurría y me dice: “Cónsul, lo necesitamos aquí en México”, “Muy bien, dígame usted para qué me quiere”, “Es que necesitamos una persona que observe la situación de las relaciones exteriores del país, etcétera, etcétera.” Yo le respondí: “No siga. Me está usted ofreciendo pasillos y corredores”. En el argot diplomático cuando te regresan a México sin puesto concreto y te ofrecen una entelequia significa que estás “en el pasillo”, es decir, esperando. El señor me contestó: “No, embajador, de ninguna manera”. “Mire vamos hablando claramente: no acepto. Me jubilo. Me falta un año para la jubilación pero puedo hacerlo ahora, y será casi la misma ridícula cantidad con que ustedes jubilan a los embajadores”. “Yo le llamo mañana”, me contestó el

asistente. Así fue. Habló con Gurría y al día siguiente se comunicó conmigo para decirme: “Yo me encargo de su jubilación”.

Ya jubilado regresamos a México con Sashka y Tilo; llegaron con nosotros a establecerse en Copilco. Sashka se puso muy mal un par de años después y decidimos que lo mejor, el último acto de amor, era – como dicen los yanquis–, ponerlo a dormir. Tenía veintiún años, un récord. Sólo le ganaba Chocorrol, el gato de Monsi que tenía veintitrés. Tilo murió a los dieciocho, un par de años después de Sashka. Fue una compañera muy importante para mí. Todavía de repente la veo en el pasillo del departamento.

Los primeros meses no sabía qué hacer; me entretuvieron un poco los trámites que tenía pendientes con el ISSSTE y la lectura.

Un día me habla Carlos Monsiváis para invitarme a comer. Nos vimos como de costumbre en Bellinghausen, el lugar donde nos reuníamos con Sergio Pitol, quien por cierto cuenta una anécdota muy curiosa: en una ocasión estábamos comiendo los tres y al lado de nosotros había una mesa con un grupo de ancianos; de pronto, entra al lugar un hombre muy mayor que apenas podía caminar. Se dirigió a nuestra mesa y cada uno de nosotros nos preguntábamos: “¿De quién será este viejito? ¿Compañero de Monsi, de Pitol o mío?”. Pasó de largo y en ese momento los tres adquirimos una noción clarísima de nuestra edad.

Monsi me dijo: “Te va a hablar Carmen Lira. No le vayas a decir que no”. Fui a ver a Carmen; me dijo que se iba de *La Jornada Semanal* Juan Villoro, a quien yo le había publicado su primer libro sobre la poesía en el rock cuando fui director de Difusión Cultural en la UNAM. Le dije a Carmen: “Acepto. Tengo instrucciones de Carlos de decirte que sí. ¿Cuándo quieres que empiece?”, “Mañana mismo”.



Hugo en su oficina de *La Jornada* con Chaneca Maldonado, Paco Noriega, Hermann Bellinghausen y Pablo Espinoza (abajo). Ciudad de México, 2012.

[Fotografía: Archivo familiar]



Hugo pronunciando unas palabras tras recibir el Premio Nacional de Periodismo 1999; la ceremonia fue encabezada por el presidente Ernesto Zedillo Ponce de León, en la Residencia Oficial de Los Pinos.

[Fotografía: Archivo familiar]

## ¿Y ASÍ FUE COMO COMENZÓ SU AVENTURA EN LA JORNADA?

Sí. Uno de los primeros números se lo dediqué a Puerto Rico y otro a Octavio Paz, quien murió en esas fechas. Le pedí a Rosa Beltrán que fuera subdirectora. Rosa es una mujer muy inteligente, buena novelista y cuentista, excelente maestra de literatura, una persona muy valiosa. Carlos García-Tort se quedó como jefe de redacción. El equipo empezó a funcionar bien. Al inicio consideré que era necesario un cambio de piel sobre todo en materia de diseño; *La Jornada Semanal* tenía páginas verdaderamente cargadas de texto y poca imagen. A mí me parece que tanto en un suplemento cultural como en un periódico la imagen tiene un papel fundamental. No se trata de que sea más importante que el texto, sino de que lo haga brillar, y la gente –tan acostumbrada a la civilización de la imagen–, a veces, lee un artículo por las imágenes que llaman su atención. No era ninguna novedad, así lo hacía *Le Figaro Littéraire*, en París, o *The Times Literary Supplement*, en Londres. Afortunadamente, conté y cuento con una gran diseñadora que siempre echa a andar la imaginación; se trata de Margarita Peña, una mujer muy creativa e inteligente. Tuve una reunión con ella y le dije que tenía libertad absoluta para presentarme un proyecto de diseño. Se le iluminaron los ojos, y al día siguiente me entregó un *dummie* donde con prudencia la imagen ocupaba más o menos un treinta por ciento y el setenta por ciento restante del espacio lo ocupaba el texto. Le dije: “Vámonos a cuarenta por ciento de imagen”, lo que la entusiasmó todavía más. Así empezó a salir *La Jornada Semanal* con otra forma.

No sé cuántos números del suplemento llevo, ¡ya son más de quince años! Generalmente, hacemos dos números por anticipado, aunque de repente hay

necesidad de cambiar algo cuando muere alguien; recuerden la novela *Sostiene Pereira*, de Antonio Tabucchi, donde un viejo editor de un suplemento humilde de un periódico de Lisboa seguía las noticias sobre los escritores: “¿Cómo está fulano?”, “Está muy malito”; “¿Cómo está sutano?”, “En el hospital”. Entonces iba corriendo a la redacción y escribía la necrológica.

En la actualidad, Luis Tovar es el jefe de redacción. Es un reseñista de cine implacable, honesto y claro y se ha convertido en uno de los historiadores principales del cine mexicano. Es un periodista con más de treinta años de experiencia; se inició a los diez años de la mano de su padre. Francisco Torres Córdova es el editor y se dedica, sobre todo, a corrección de estilo y de pruebas y además traduce a poetas griegos, pues vivió más de quince años en Grecia, así que es un magnífico traductor de Elytis, Seferis, Cavafis, Engonouppoulos, Livaditis y todos los grandes de esa lengua. Cada quince días publica un poema y además tiene una columna. Aleyda Aguirre es “el tercer ojo”; después de que yo reviso los materiales, Luis y Francisco les echan un vistazo y todavía viene el de Aleyda, y aún así a veces se escapan cosas. Ricardo Yáñez, un poeta y periodista cultural muy valioso, está a cargo de la última corrección. Luis y yo revisamos el resultado final. El otro diseñador, Juan Puga, hombre de familia periodística, es un excelente dibujante. Verónica Silva está a cargo de las relaciones públicas y cumple sus obligaciones con alegría y eficacia.

El diseño lo supervisa *Paco* García Noriega, que es el diseñador general del periódico. También tiene magníficas ideas y por eso estuvimos de candidatos a un premio de comunicación en España. Pienso en el número que hicimos con el tema de los indignados en Madrid; la fotografía nos hizo el artículo: en la imagen aparecía una señora jovencita con un recién nacido en los brazos y un cartel que decía: “No jodáis, que apenas acabo de llegar”.

Consideramos tener alrededor de tres lectores por suplemento. Sin embargo, el periódico tiene muchos lectores virtuales, y *La Jornada Semanal* está en línea también, por eso recibimos comunicaciones de España, Argentina, Colombia, Uruguay, Cuba, Estados Unidos, Inglaterra, Australia, etcétera. *La Jornada* es un periódico que da una información veraz sobre la situación del país. Somos un periódico de periodistas, el



Entrega de la Medalla Fray Junípero Serra, otorgada por la LVI Legislatura del Estado de Querétaro. 15 de diciembre de 2010.  
[Fotografía: Archivo del Congreso]

propietario es la asamblea de accionistas. Sobrevivimos gracias a la venta directa, aunque también ha aumentado un poco la publicidad, a pesar de la reticencia de algunos empresarios. Otros nos dan anuncios porque saben que su clientela compra *La Jornada*.

El Gobierno sabe que se necesita un periódico de izquierda en el país. Nosotros no lo ocultamos, tenemos una ética periodística y no caemos en el amarillismo. El suplemento está enmarcado en ese clima moral. Sobrevivimos. No hemos dejado de pagar una catorcena ni un aguinaldo; sabemos que un diario es un servicio público, no un negocio. No pagamos tan mal las colaboraciones, y se cobran rápido. El periódico no tiene interés en la ganancia sino en la sobrevivencia, y en un pequeño margen para renovar maquinaria y comprar el papel que cada año aumenta de precio. Desafortunadamente, México tiene cifras muy altas de periodistas muertos. En el norte es profesión peligrosísima porque o te mata el ejército o te matan los narcos, sobre todo si no callas y dices lo que piensas.

Hace poco me preguntaban que de dónde viene el término “amarillismo” y aquí les cuento la historia: el periodista y editor William Randolph Hearst (el que en la película de Orson Wells es el “Citizen Kane”) tenía un periódico que era escandalosísimo, el *New York Morning Journal*, que organizó la guerra contra España. Su escritura escandalosa sobre el crucero yanqui incendiado en la bahía de La Habana fue la chispa de la que brotó la guerra entre Estados Unidos y España, pues acusaron a los españoles de haber iniciado el incendio. Hearst tenía un fotógrafo en la capital cubana al que le mandó un telegrama que decía: “Tú pones la foto y yo pongo la guerra”. Publicaron la foto y los lectores

se indignaron. Eso justificó la guerra con España y la pérdida de Puerto Rico, Filipinas y Cuba.

En su periódico Hearst publicaba una tira cómica que se llamaba “The yellow kid”, que era un muchachito con una camiseta de un color amarillo fuerte. De ahí brota la idea que hoy tenemos del amarillismo.

Yo pienso que *La Jornada* es un medio escrito que realmente cumple su obligación de llevar a cabo una crítica de la vida política y social del país desde una perspectiva de izquierda, pues es un periódico que así se reconoce, sin pertenecer a ningún partido. Tenemos una interpretación del mundo, de la realidad y de las cuestiones políticas desde una perspectiva que incluye entre otras al marxismo y a la izquierda cristiana.

No estoy diciendo que *La Jornada* sea una publicación perfecta ni estoy alabando, sólo describiendo. La crítica de la sociedad y de la política se hace con honestidad y con la audacia necesaria, porque ustedes saben bien que lo más grave en el periodismo es la autocensura. El que la practica busca no sufrir un perjuicio o espera recibir un beneficio. El periodismo libre tiene muchos enemigos, y seguir ejerciéndolo no es una tarea fácil.

## LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA TIENE UNA CÁTEDRA DE PERIODISMO CULTURAL QUE LLEVA SU NOMBRE.

Así es. La Cátedra ha tenido como sede el Centro Universitario del Sur (Ciudad Guzmán), abarca todos los campus de la Universidad y se ha extendido a otras



Conversando con el poeta Juan Gelman al término del evento donde se presentó la reedición de su primer libro, *Cuando el placer termine*. 15 de noviembre de 2012, Patio Barroco de la UAQ. [Fotografía: Angélica María Aguado Hernández]



El rector general de la Universidad de Guadalajara, Mtro. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla, entrega en el paraninfo de dicha institución el título de doctor *honoris causa* a Hugo, en el marco de las actividades de la Feria Internacional del Libro. 1 de diciembre de 2014.

[Fotografía: Archivo Universidad de Guadalajara]

ciudades, como Los Ángeles, California, por ejemplo. En esa ciudad tuvimos en 2010 un ciclo sobre la novela de la Revolución Mexicana cuya sede fue la UCLA. Hemos ido a Lagos, donde me dieron un premio que se llama *Mi ciudad* y recientemente me entregaron el *Mariano Azuela*. Se dice que “nadie es profeta en su tierra”, pero ahí estuve dando unas conferencias. Hemos ido también a Tepatlán y venido a Querétaro.

La Cátedra no es sólo de periodismo cultural sino que también abarca otros terrenos culturales, especialmente literarios, incluye recitales y se inició en el Paraninfo de la Universidad de Guadalajara con un diálogo con Carlos Monsiváis, bajo *El Hombre Pentafásico*, de José Clemente Orozco –uno de los grandes murales de este país-. Ahí, Carlos y yo empezamos a dialogar y luego acabamos diciendo poemas, él decía un verso y yo otro, poniendo la memoria en entredicho. Fueron treinta minutos de poemas, sin duda, un buen inicio de la Cátedra bajo el signo de la poesía. También tuve un coloquio con Fernando del Paso –como el que tuve en Querétaro cuando Fernando ganó el premio de la UAQ que lleva mi nombre-. Han ido a dar conferencias a la Cátedra algunos escritores, como Carmen Villoro y Jorge Souza.

Se ha celebrado en Puerto Vallarta un festival anual de poesía llamado “Letras en la Mar”. Hace unos años participaron Juan Gelman, Fernando del Paso, Carmen Villoro, el poeta sueco Magnus William-Olsson, y la poeta uruguaya Melisa Machado. José Emilio Pacheco no pudo ir por cuestiones de salud, pero mandó poemas. Leímos yo creo que ante trescientas personas en absoluto silencio, se callaron hasta los vendedores de papas. Esto fue frente al mar, a la hora del crepúsculo en el hermoso Puerto Vallarta. Hemos vuelto cada año y los actos han sido exitosos, con muy buena respuesta por parte de los vallartenses.

La Cátedra está funcionando bien, y además de estos actos especiales de los que les cuento ella tiene vida propia, precisamente una cátedra sobre reportaje, crónica, columna y noticia dentro del campo de lo cultural. Dos maestros, Alejandro Sánchez y Víktor Boga, imparten estas materias a un grupo de estudiantes a quienes yo voy a darles una conferencia al terminar el curso. La Cátedra ha venido a redefinir algunos temas esenciales del periodismo cultural y de sus obligaciones morales.

EN LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO SE LE OTORGÓ EL DOCTORADO HONORIS CAUSA Y SE INSTITUYÓ EL PREMIO INTERNACIONAL A LAS ARTES Y LAS HUMANIDADES QUE LLEVA SU NOMBRE.

El premio es la única relación que ahora tengo con la UAQ. En una época di algunos diplomados de Literatura, pero ahora ya estoy cansado para echarme un compromiso así. De manera que continuaré mi relación con la Universidad a través del premio y estaré a su servicio cuando me inviten pues es mi Universidad. No estoy amenazando con ir a dar conferencias, pues pienso que los viejos estamos nada más para dar consejos y esto cuando nos los piden. Lo más patético en un viejo es perseguir a una jovencita o dar un consejo no pedido.

Creo que las decisiones del jurado en las hasta ahora cinco entregas del premio (en las cuales por decisión propia no intervengo para nada) han sido muy acertadas. Se le ha otorgado a Fernando del



Hugo y el escritor Fernando del Paso al finalizar la ceremonia de entrega del Primer Premio Internacional Hugo Gutiérrez Vega a las Artes y las Humanidades. 29 de noviembre de 2010, Teatro de la República.

[Fotografía: Jesús Morales Olvera]



Hugo y Miguel León Portilla durante la ceremonia de entrega del Premio Internacional Hugo Gutiérrez Vega a las Artes y las Humanidades en su segunda edición. 15 de diciembre de 2011, Teatro de la República.

[Fotografía: Angélica María Aguado Hernández]

Paso (2010), quien volvió a editar de manera muy exitosa *Noticias del Imperio* con un prólogo de Elmer Mendoza y otro mío; a Miguel León Portilla (2011), que publicó recientemente dos libros con hallazgos importantes de poesía náhuatl; a Elena Poniatowska (2012), con quien los españoles confirmaron nuestro acierto con otro acierto dándole el Premio Cervantes; al obispo Raúl Vera López (2013), que con la cátedra tipo homilía larga, cargada de sinceridad, valentía y sabiduría que dio en el Teatro de la República sobre los temas esenciales de la vida política y social, demostró ampliamente que merecía con creces el reconocimiento en materia de humanidades, y al padre Alejandro Solalinde (2014), quien es ejemplo de lucha constante por construir un país mejor. Así es que como ven el premio va muy bien, muy superior a su nombre.

EN 2012 INGRESÓ COMO MIEMBRO DE NÚMERO A LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA OCUPANDO EL LUGAR DE ALÍ CHUMACERO.

En la Academia la paso bien, tengo buenos amigos, la mayoría viejitos como yo. En los últimos tiempos se han ido Arturo Azuela, Ernesto de la Peña y Pablo García Sainz, quien fue jefe del comité de apoyo a la Academia. Cuando nos vemos en las reuniones lo primero que nos preguntamos es ¿cómo estás?, ¿cómo sigues? Como dicen los diplomáticos, “ya se está acabando el coctel”.



La escritora Elena Poniatowska y Hugo durante la ceremonia de entrega del Tercer Premio Internacional Hugo Gutiérrez Vega a las Artes y las Humanidades; al centro de la imagen el rector Gilberto Herrera Ruiz. 11 de diciembre de 2012, Teatro de la República. [Fotografía: Angélica María Aguado Hernández]

La Academia es muy útil para el país y las universidades, tiene un buen director muy activo que es Jaime Labastida y pronto cambiará de sede, tendremos una casa preciosa en Coyoacán que era de Miguel Ángel de Quevedo, “el apóstol del árbol”. Los árboles están catalogados. La Academia es un espacio para la consulta; es muy flexible, recibe con entusiasmo y sin ninguna rigidez las nuevas palabras, incluso las que están contaminadas de otros idiomas. Tiene relación con las otras Academias, y con la Real Academia Española hay un convenio en el que los mexicanos pertenecemos a la española y viceversa. Se han hecho diccionarios de mexicanismos como el que cada año remoja Guido Gómez de Silva. Tenemos compañeras como Margit Frenk (que sabe todo lo que hay que saber de literatura española), Margo Glantz (gran maestra), Ascensión Hernández Triviño (extraordinaria filóloga, especialista en lenguas indígenas y esposa de Miguel León Portilla), Concepción Company Company (quien también participa en el diccionario de mexicanismos y que todo lo sabe), y Julieta Fierro (divulgadora de la ciencia). Somos veinticuatro hombres y cinco mujeres, está muy desequilibrada la relación de género.



El obispo Raúl Vera y Hugo se saludan antes de iniciar la ceremonia de entrega del Cuarto Premio Internacional Hugo Gutiérrez Vega a las Artes y las Humanidades; observa el encuentro el rector Gilberto Herrera Ruiz. 4 de diciembre de 2013, Teatro de la República.

[Fotografía: La Jornada]



Hugo y el rector Gilberto Herrera Ruiz con el presbítero Alejandro Solalinde, homenajeado en la quinta edición del Premio Internacional que lleva su nombre. Les acompañan (de izquierda a derecha) la Mtra. Magali Aguilar Ortiz, secretaria de Extensión Universitaria, la Mtra. Laura Corvera Galván, Directora del Instituto Queretano de la Cultura y las Artes, y la Mtra. Verónica Núñez Perusquía, Directora de la Facultad de Lenguas y Letras. 9 de diciembre de 2014, Aula Forense de la UAQ.

[Fotografía: Archivo UAQ]



Hugo es investido como miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua. 11 de septiembre de 2012, Ciudad de México.

[Fotografía: Archivo familiar]

Otro aspecto valiosísimo de la Academia es el intercambio de información; en cada sesión hay una conferencia breve de veinticinco minutos dictada por un académico sobre sus investigaciones y así la Academia toma el pulso del desarrollo cultural del país. Yo asisto a las reuniones puntualmente, soy de los académicos que sí van; nos pagan un poco y si estamos en una comisión o participamos en una mesa redonda hay honorarios simbólicos. Estoy muy contento, ha sido una experiencia satisfactoria, siento que se hacen cosas útiles y que la Academia está mejorando y volviéndose más flexible.

¿CÓMO SE SIENTE POR HABER RECIBIDO DE MANOS DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA EL PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS Y ARTES 2013 EN LA CATEGORÍA DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA?

Muy contento, ya son numerosos libros, años de escribir, gran cantidad de trabajo periodístico y, sobre todo, mucho amor a la literatura, así es que aunque sea por exceso de amor agradezco que me den el premio. Cada vez que me dan un galardón (palabra que considero muy bonita), siento que no lo merezco, y es que como tuve una infancia en una pensión de estudiantes regentada por mi abuela, y no en una vida familiar cálida, de personas reunidas alrededor de la chimenea asando malvaviscos, siempre tengo la impresión de que no me merezco lo que me están dando, aunque después hago un trabajo de introspección y por

salud mental pienso que sí, o que por lo menos que así lo pensó el jurado; trampeo un poco pensando que el jurado sabe más que yo de esos temas y si considera que me lo he ganado entonces así debe ser. No me hago tonto, el premio me da mucho gusto para de alguna manera fortalecer la moral y afirmar la vocación. Viene a mi memoria la anécdota de que cuando el poeta João Cabral de Melo Neto tenía momentos de depresión y de inseguridad respecto a su obra, hablaba por teléfono con su amigo Carlos Drummond de Andrade y le decía: “Carliños, un elogito por el amor de Dios”.



Hugo al momento de recibir el Premio Nacional de Ciencias y Artes en la categoría de Lingüística y Literatura, de manos del presidente de la República, Enrique Peña Nieto; les acompaña en la imagen el secretario de Educación Emilio Chuayffet. Palacio Nacional, 11 de diciembre de 2013.

[Fotografía: Presidencia de la República]



Hugo en la ceremonia encabezada por el presidente de México, Enrique Peña Nieto, con motivo de los 25 años del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA). A la derecha de Hugo se encuentra el secretario de Educación Pública, Emilio Chuayffét, a la izquierda del presidente se puede observar a Rafael Moreno Valle, gobernador de Puebla, y Rafael Tovar y de Teresa, presidente del organismo cultural. 17 de enero de 2014.

[Fotografía: Presidencia de la República ]

## ¿QUÉ LE FALTA HACER EN LA VIDA, DOCTOR?

Bueno, pues una serie de arreglos funerarios a los que no les doy mayor importancia. Ya tiene instrucciones mi familia para no tener ceremonias, sólo cremar y terminar rápido. Creo que Guadalupe Ramírez complicó mucho las cosas con el tema de las cenizas porque quería una parte en un lugar y otra en un sitio distinto. En mi caso, espero que las tiren en una maceta por ejemplo. Creo que con las cenizas pueden salir unas rosas o claveles más bonitos.

Me queda poner en orden el último *Bazar de Asombros* (el número cuatro). Estoy escogiendo los materiales con mucho cuidado para no publicarlo todo porque sería una tontería. Y tengo pendiente un libro de poemas. Desde que murió mi hija Mónica no he podido escribir con la misma soltura con la que antes escribía, algo le

pasó al lóbulo de la poesía que se quedó atarantado. El golpe fue demasiado fuerte y todavía tiene sus repercusiones. Necesito una tanatóloga que me ayude porque todavía estoy en duelo, quedaron muchas cosas y charlas pendientes con mi hija. Acuérdense que Shakespeare hace que el padre se le aparezca a Hamlet y le diga los pendientes pues el príncipe estaba en pleno duelo, y siguió en duelo hasta que murió. Voy a intentar forzar la máquina para escribir un último libro de poemas, aunque no estoy muy seguro de lograrlo.

También tengo pensado seguir dirigiendo el Suplemento Cultural de *La Jornada* mientras pueda. Carmen Lira es una gran periodista y una jefa comprensiva y generosa. A veces nos reuníamos en su oficina hasta muy tarde con *Chema Pérez Gay*, escritor notable y entrañable amigo. También me reúno con otro excelente periodista, *Josefco Zaldúa*, nuestro jefe de redacción, y con *Guillermina Álvarez*, que conoce muchos secretos periodísticos. Para mí, es un honor trabajar al lado de *Pedro Miguel*, *Blanche Petrich*, *Luis Hernández Navarro*, *Hermann Bellinghausen*, *fray Miguel Concha* y *Javier Sicilia*, entre otros. Ya les decía que tengo buenos colaboradores y no pienso jubilarme porque la pensión que tengo como embajador es muy baja, así que seguiré trabajando. Me gusta lo que hago aunque me cansa y abruma la ciudad. Vivo en ella con zozobra, pero la gozo cuando voy a un museo o al Centro Histórico a comer en algún restaurante español para recordar a mi padre, aunque son muchas las horas que se invierten en el viaje. Pensar en regresar a vivir a Guadalajara no es opción, está imposible y muy contaminada.



Hugo del brazo del presidente de México, Enrique Peña Nieto, en el evento por los 25 años del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA). 17 de enero de 2014.

[Fotografía: Presidencia de la República]



Hugo con Pablo González Casanova, Carlos Payán Velder y José María Pérez Gay, en Casa Lamm durante el festejo por el 25 aniversario de *La Jornada*. 14 de septiembre de 2009.

[Fotografía: La Jornada]



Hugo con sus hijas; de izquierda a derecha: Fuensanta, Lucinda y Mónica.

[Fotografía: Archivo familiar]

## ¿ALGUNA VEZ HA PENSADO EN UN EPITAFIO?

Le he dado vuelta a varios epitafios. Le sugerí a Lucinda uno muy conocido: “Aquí yaces, y haces bien. Tú descansas, yo también”. Decía Jardiel Poncela que un voraz comerciante tenía un epitafio muy sencillo en su tumba: nombre, fecha de nacimiento y en la parte de abajo: “Se venden fosfatos”. Villaurrutia escribió el suyo: “Duerme aquí silencioso y olvidado, el que en vida vivió mil y una muertes. Nada quieras saber de su pasado. Despertar es morir. No lo despiertes”. Recuerdo también las últimas palabras de Hamlet: “The rest is silence”. Creo que me quedo con esta frase.

## ¿QUÉ PAPEL TIENE AHORA COMO ESPOSO, PADRE Y ABUELO?

Uno que me gusta. Con Lucinda me llevo muy bien. Tardamos años en arreglar todas las cosas. Somos buenos amigos, nos queremos y acompañamos. Me acuerdo del Eclesiastés: “Señor, ten compasión de mí y de la persona que envejece a mi lado”.

Con mis hijas Fuensanta y Lucinda me llevo muy bien, nuestra amistad se acrecienta. A Fuensanta que vive en Westfield (Nueva Jersey) la veo una o dos veces al año, cosa que me duele mucho porque conversamos muy bien y tenemos muchos puntos de vista en común. A mi hija Lucinda la veo con más frecuencia, aunque viviendo en la Ciudad de México no sé quién

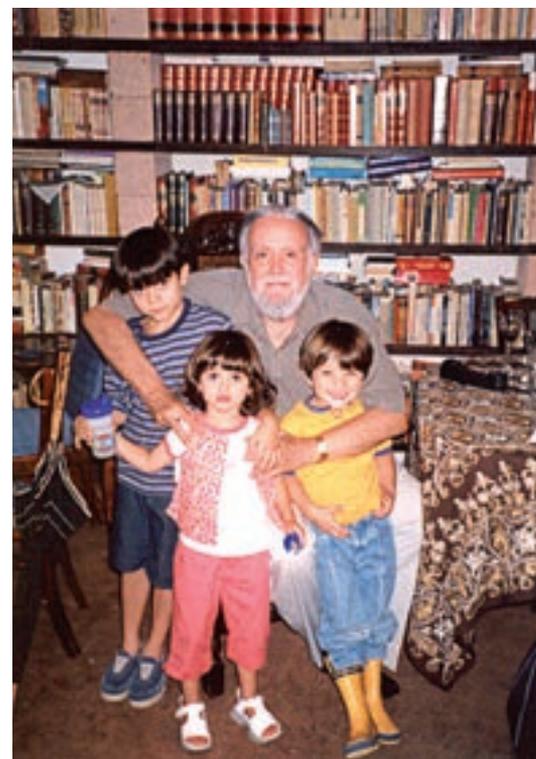
esté más lejos, si Lucinda en la Condesa o Fuensanta en Estados Unidos. La ciudad aísla y hace daño, pero es fascinante y así lo he escrito en varios poemas.

A los nietos los quiero infinitamente. Son lo máximo. Creo que los niños son lo mejor del mundo en general, si no fuera por ellos esto valdría madre. ¡Qué misoginia!, ¿verdad? Porque algo que vale mucho es “padre” y algo que vale poco es “madre”, aunque dependemos de la madre totalmente. Así de contradictorio es el machismo. Supongo que a Freud le hubiera fascinado pasar unos días en México escuchando ese tipo de cosas.

Me llevo muy bien con el mayor de los nietos, Bruno, que ya es todo un joven y ama la música. Es un chico inteligente y sensato. Hablamos mucho de futbol. Es inquieto y quiere ser actor, así que también hablamos de teatro. Tenemos un buen diálogo. Es un buen amigo de sus amigos, cálido y solidario.

Con Rita, la hija de Mónica, nos queremos mucho y hablamos de libros; se lleva algunos y luego los comentamos. Cuando era más chica se quedaba a dormir algunos fines de semana, y le contaba historias cuando se iba a la cama. Cumplió quince años; es una niña muy linda, alta y delgada como su madre, y buena estudiante.

De mis tres nietos que viven en Nueva Jersey, los gemelos Nicolás y Fiona de niños fueron muy inquietos y graciosos. Nico tiene mente filosófica y escribe buenos poemas y canciones; es un guitarrista destacado y da muy buenos pases en el futbol. Fiona es alta, espigada y hermosa. Es una buena bailarina y muy



Hugo en su departamento con tres de sus nietos: Bruno (hijo de Lucinda), Rita (hija de Mónica) y Gabriel (hijo de Fuensanta). Ciudad de México, 2002.

[Fotografía: Archivo familiar]



Hugo en uno de sus papeles más entrañables: el de abuelo. Aquí con Lucinda en compañía de dos de sus nietos, Rita (hija de Mónica) y Nicolás (hijo de Fuensanta); la imagen fue captada en diciembre de 2012 en su departamento de la Ciudad de México. [Fotografía: Angélica María Aguado Hernández]

graciosa. En junio siempre nos toca ir a su *show* de fin de curso, y lo gozamos mucho. Es muy solidaria con su gemelo Nicolás. Están en plena adolescencia.

Gabriel es muy bueno para los deportes especialmente para el fútbol; solidario y apoyador con sus compañeros, carismático e ingenioso, y querido por ellos y ellas. Los visitamos generalmente en primavera y ellos vienen a México en verano. Los cinco son generosos, inteligentes y simpáticos, y todos escriben poesía. Espero que la vida sea buena con ellos y les permita alcanzar la felicidad.

Los nietos son una experiencia que nunca había calibrado en todo su peso. Se les quiere entrañablemente. Uno como abuelo ya no tiene la responsabilidad directa que tiene con los hijos y, por lo tanto, se les goza, aunque también hay que hacer esfuerzos porque de igual manera hay que comprenderlos y tenerles paciencia, y los viejos tenemos como rasgo principal la impaciencia. Yo sigo siendo paciente, y no tengo por qué cambiar ahora a viejo cascarrabias, “a grumpy old man” –como dicen los americanos–. El papel que más me gusta es el de abuelo, y creo que lo estoy representando bien.

Hablando de papeles, hace un tiempo me llamaron David Olgún y Enrique Singer para decirme que volverían a poner *El tío Vania*. Hice el Serebriakov en la puesta en escena de Margules, y querían que lo hiciera otra vez. Les confieso que me entró la tentación, pero a estas alturas ya no puedo sujetarme a la disciplina de los ensayos y las funciones. También me impediría salir de México. Además la voz ya no es la misma y tengo problemas de oído. Por todo esto tuve que decirles que no, pero me hubiera gustado hacer un último papel, un nuevo Serebriakov. Lucinda se mostró escéptica ya que tomo muy en serio a mis personajes; Serebriakov es un hombre enfermo y cuando lo representé con

Margules adquirí una de sus enfermedades y su propensión a la hipocondría. De momento, el papel que tengo en la vida lo cumpla con Lucinda, mis hijas, nietos y amigos, y en *La Jornada*.

### ¿EN QUÉ UTOPIA CREE?

En la de la libertad y la felicidad. Dos aspectos fundamentales. La libertad se consigue ejerciéndola, y ejercerla es peligroso en los regímenes autoritarios, pero es la única manera de alcanzarla. En los juicios de Sancho hay algo maravilloso: el juicio del Graciosico, quien está acusado de faltas contra la autoridad; Sancho inicia el proceso haciéndole preguntas y el Graciosico se burla de él. Una vez que terminan el interrogatorio y las burlas, Sancho le dice: “Te voy a mandar a dormir esta noche a la cárcel”, “Usted podrá mandarme a la cárcel, ponerme grilletes y cadenas, pero ni vuestra merced ni veinte gobernadores juntos me van a hacer dormir si yo no quiero”. Sancho se queda pensando y le dice: “Tienes toda la razón. Anda y vete”. Se da cuenta de que el muchacho ejerce su libertad no durmiendo. No podemos olvidar nunca que hay muchas maneras de ejercerla. Hay un libro precioso de Luis Rosales llamado *Cervantes y la libertad*, donde afirma que es el primer escritor que habla en serio sobre el tema.

Hay preocupación por la libertad en Dante, pero no es tan urgente y angustiada como la que aparece en el Quijote.

Es la más poderosa de las búsquedas, la más bella de las utopías, y Rosales la analiza muy bien no sólo en el Quijote sino también en las *Novelas ejemplares* y



En la obra *El Tío Vania*. De izquierda a derecha: Alejandro Aura, Julieta Egurrola, Lolita Beristáin, Macrosfilio Amilcar, Memo Gil, Mabel Martín, Hugo y Edgardo Benítez. Dirección de Ludwig Margulis, UNAM.

[Fotografía: Archivo familiar]



Hugo y Fiona (hija de Fuensanta) durante el evento “Letras en la Mar”. Puerto Vallarta, 2014.

[Fotografía: Archivo familiar]



Hugo y Lucinda, su compañera incondicional.  
Ciudad de México, 2 de febrero de 2014.  
[Fotografía: Angélica María Aguado Hernández]

en las obras de teatro *Los baños de Argel* y *Los tratos de Argel*, que hablan sobre su prisión en esa ciudad del norte de África después de la batalla de Lepanto. Acuérdense de que Cervantes también estuvo preso en Sevilla por desfalco, era pagador de la Armada Invencible y parece que era malo para hacer cuentas. En Sevilla conoció a varias personas que habían estado en México y pidió que lo mandaran a la Nueva España, ésa era su aspiración, pero la impidió su fama de contador poco cuidadoso. Nunca robó y murió en la miseria en Valladolid en una casita muy modesta que conocimos Lucinda, las niñas y yo, donde con sus sobrinas y el ama se retiró a esperar la muerte que tuvo que ver claramente con un problema renal, porque hay una frase de él diciendo que cambiaría su obra predilecta, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, por una gota de orina.

Sobre la felicidad, pienso que tenemos la obligación de ser felices, pero nos estropeamos la vida nosotros mismos con la neurosis, ambición, depresión y angustia.

La Declaración de Independencia de Estados Unidos dice: “We hold these truths to be self-evident, that all men are created equal, that they are endowed by their Creator with certain unalienable Rights, that among these are Life, Liberty and the pursuit of Happiness”. Es una gran pena que tan hermosa declaración haya perdido su validez en todo el mundo.

Estoy de acuerdo en lo que decía Canetti, lo único que no se nos puede perdonar es no haber sido felices.

DOCTOR, PARA TERMINAR NOS GUSTARÍA TENER UNA ASOCIACIÓN DE PALABRAS AL ESTILO FREUDIANO; DÍGANOS POR FAVOR LA PRIMERA PALABRA QUE VENGA A SU CABEZA.

**Guadalajara:** nacimiento.

**Querétaro:** nacimiento.

**Dios:** esperanza.

**Lucinda:** amor.

**México:** amor.

**Comida:** placer.

**Viajes:** placer.

**Vida:** se acaba.

**Poesía:** vida.

**Monsi:** amistad y hermandad.

**Freud:** maestro.

**PRD:** pertenezco a Morena.

**PAN:** un desastre.

**PRI:** otro desastre.

**Facultad de Psicología de la UAQ:** orgullo.

**Libros:** vida.

**Humanismo:** motivo de vida.

**Teatro:** vida.

**Lucinda, Fuensanta y Mónica:** amor.

**Sus nietos:** amor.

**Amor:** vida.

**Universidad de Guadalajara:** recuerdo.

**UNAM:** recuerdo.

**Embajador:** recuerdos.

**Cine:** imaginación.

**Cómicos de la Legua:** afecto.

**Universidad Autónoma de Querétaro:** orgullo.

**Amigos:** amor.

**Gatos:** compasión y amor.

**Sexo:** nostalgia.

**Jazz o blues:** jazz.

**Hugo Gutiérrez Vega:** proyecto inacabado.



Hugo con los autores, Angélica Aguado Hernández y José Jaime Paulín Larracoechea,  
durante el homenaje del Instituto Nacional de Bellas Artes por sus 75 años.

15 de febrero de 2009, Palacio de Bellas Artes.

[Fotografía: Jesús Morales Olvera]



## HOJA DE VIDA

Guadalajara, Jalisco, 11 de febrero de 1934.

Abogado, maestro en Letras.

Miembro de carrera del Servicio Exterior Mexicano (1963-1998).

Realizó trabajos especiales para la UNESCO en Irán y la Unión Soviética.

Adscrito como consejero cultural en las Embajadas de México en Italia, Gran Bretaña, España y Estados Unidos.

Cónsul General de México en Rio de Janeiro, Brasil.

Embajador de México en Grecia, concurrente en Líbano, Chipre, Rumania y Moldova.

Cónsul General de México en San Juan [Puerto Rico].

Director de *La Jornada Semanal* y presidente del Consejo de Administración de *La Jornada*.

## ACTIVIDADES ACADÉMICAS

Maestro de la Universidad Autónoma de Querétaro (en la Escuela Preparatoria y la de Derecho).

Rector de la Universidad Autónoma de Querétaro (fundador de las Escuelas de Psicología e Idiomas).

Profesor de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, y de la de Filosofía y Letras, en la UNAM.

Director de la Casa del Lago de la UNAM.

Director General de Difusión Cultural de la UNAM.

Director de la *Revista de la Universidad* (UNAM).

Miembro del Seminario de Cultura Mexicana (desde 1997).

Miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua (desde 2011).

Maestro visitante y conferencista en universidades de Italia, Inglaterra, Rumania, Estados Unidos, España, Portugal, Grecia, Brasil, Argentina, Noruega, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Cuba, Italia, Panamá, Francia, Turquía, Rusia e Islandia.

## IDIOMAS

Inglés, italiano, portugués, francés, griego y rumano.

## CONDECORACIONES Y RECONOCIMIENTOS

Comendador de la Orden al Mérito de la República Italiana (1966).

Medalla Alfonso X, Universidad de Salamanca (España, 1981).

Comendador de la Orden Isabel la Católica (España 1983).

Hijo adoptivo de Tomelloso (Ciudad Real, 1983).

Gran Oficial de la Orden del Delfín (Grecia, 1988).

Gran Cruz de la Orden del Delfín (Grecia, 1994).

Premio Nacional de Poesía (México, 1975).

Premio de Letras (Jalisco, 1994).

Homenaje del Instituto Nacional de Bellas Artes (1994).

Condecoración por 25 años en el Servicio Exterior Mexicano (1998).

Premio Nacional de Periodismo en Difusión Cultural (1999).

Premio Iberoamericano de Poesía Ramón López Velarde (2001).

Doctor honoris causa por la Universidad Autónoma de Querétaro (2001).

Premio Nacional de Poesía Xavier Villaurrutia (2002).

Medalla de Oro del Instituto Nacional de Bellas Artes (2004).

Homenaje en el Encuentro de Poetas del Mundo Latino (Morelia, 2004).

Homenaje del Instituto Nacional de Bellas Artes por sus 75 años (2009).

En 2009, la Universidad de Guadalajara creó la Cátedra de Periodismo Cultural Hugo Gutiérrez Vega.

Homenaje del Estado de Querétaro (2009).

Premio Poetas del Mundo Latino (2009).

Homenaje del Estado de Jalisco (2009).

En 2010, la Universidad Autónoma de Querétaro creó el Premio Internacional Hugo Gutiérrez Vega a las Artes y las Humanidades.

Premio y Homenaje Nacional de Periodismo Cultural Fernando Benítez (Feria Internacional del Libro de Guadalajara, 2010).

La Biblioteca Central del Centro Universitario del Sur de la Universidad de Guadalajara lleva su nombre desde 2010.

En la Ciudad de México se inauguró el Centro de Arte Bicentenario Poeta Hugo Gutiérrez Vega (2010).

Medalla Fray Junípero Serra del Congreso del Estado de Querétaro (2010).

Doctor honoris causa por la Universidad Autónoma Metropolitana (2011).

Premio Mi Ciudad (Lagos de Moreno, 2011).

Homenaje de la Comunidad Universitaria de Querétaro en el Patio Barroco de la UAQ con motivo de su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua (2012).

Premio Nacional de Periodismo Carlos Septién García (2012).

Medalla Mariano Azuela al Mérito Literario otorgada por el H. Ayuntamiento de Lagos de Moreno (Jalisco, 2013).

Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura (2013).

Convocatoria del Premio Hugo Gutiérrez Vega de literatura joven, hecha por el H. Ayuntamiento de Guadalajara (2013).

Medalla Alfredo R. Placencia (Guadalajara, 2014).

Hijo Predilecto de Lagos de Moreno (Jalisco, 2014).

Doctor honoris causa por la Universidad de Guadalajara (2014).

## ACTIVIDADES PERIODÍSTICAS

Colaborador semanal del diario *Excélsior* de 1974 a 1977.

Colaborador de los periódicos: *Uno más Uno*, *Novedades*, *El Nacional*, *El País* (España), *El País* (Uruguay), *Clarín* (Argentina) y *Latinoamérica* (Italia).

Colaborador del suplemento cultural de *La Jornada Semanal*, con la columna *Bazar de Asombros*, desde 1998.

## ACTIVIDADES TEATRALES

Fundador y primer director del grupo Cómicos de la Legua de la Universidad Autónoma de Querétaro (1959).

Fundador del Grupo de Teatro Latinoamericano de Roma (1964).

Fundador y Director del grupo teatral del City Literary Institute de Londres (1969).

Actor de las compañías de teatro de la UNAM.

## ACTIVIDADES LITERARIAS

Ha publicado los siguientes libros de poesía:

- 1.- *Buscado Amor* (Losada, Buenos Aires, prologado por Rafael Alberti, 1963).
- 2.- *Desde Inglaterra* (Universidad de Guadalajara, 1966).
- 3.- *Resistencia de Particulares* (Editorial Era, 1967).
- 4.- *Cuando el Placer Termine* (Premio Nacional de Poesía publicado por Joaquín Mortiz, 1976).

- 5.- *Cantos de Placencia* (Editorial HYPERION, 1976).
- 6.- *Antología* (en italiano, Roma-México, edición bilingüe, 1977).
- 7.- *Poemas para el perro de la carnicería* (UNAM, 1978).
- 8.- *Antología* (Colección Material de Lectura, UNAM, 1978).
- 9.- *Tarot de Valverde de la Vera* (EUAf, España, y Prometeo, 1981).
- 10.- *Meridiano 8-0* (Cultural Hispánica, Madrid, 1982).
- 11.- *Cantos de Tomelloso* (Universidad Autónoma de Querétaro y Universidad del Estado de México, 1983).
- 12.- *Georgetown Blues* (Gobierno del Estado de Querétaro, 1984).
- 13.- *Las Peregrinaciones del Deseo. Poesía reunida 1985-1986* (Fondo de Cultura Económica).
- 14.- *Andar en Brasil* (Universidad Autónoma de Querétaro, 1987).
- 15.- *Los Soles Griegos* (Universidad Autónoma de Querétaro, 1990).
- 16.- *El nombre oculto de Grecia* (edición bilingüe español-griego. Editorial Nuevos Frutos, Atenas, 1991).
- 17.- *Poemas* (en griego, Instituto Cervantes, Atenas, 1991).

- 18.- *Cantos del despotado de Morea* (Editorial VERBUM, Madrid, 1993; Atenas, 1994, en griego).
- 19.- *Nuevas Peregrinaciones* (Guadalajara, Jal., México, 1994).
- 20.- *11 Poetas Griegos* (Tucán de Virginia, México, 1995).
- 21.- *Una estación en Amorgós* (Guadalajara, Jal., México, 1996).
- 22.- *Los pasos revividos* (El Tucán de Virginia, México, 1997).
- 23.- *Antología en Griego* (Ogospí, Atenas, 1997).
- 24.- *Antología personal* (Fondo de Cultura Económica, 1998).
- 25.- *Los pasos del nómada* (Antología Bilingüe Francés-Español. Québec. Traducción Emile Martel, 1999).
- 26.- *Peregrinajes* (Antología, Universidad de Puerto Rico, 1995).
- 27.- *Peregrinaciones* (Poesía reunida 1965-1999. Difusión Cultural UNAM, 1999).
- 28.- *Poesía sobre poetas* (Papeles de San Agustín, Oaxaca, 2001).
- 29.- *Una estación en Amorgós* (Griego moderno, Gobostis, Atenas, 2002).
- 30.- *Peregrinaciones* (Poesía reunida 1965-2001, Fondo de Cultura Económica, Colección Letras Mexicanas).

- 31.- *Antología con dudas* (Visor, Madrid, 2008).
- 32.- *Antología en Rumano (Gânduri peregrine)*, Bucarest, 2009).
- 33.- *Las águilas serenas* (Ensayo sobre escritores mexicanos, Instituto de Cultura del Estado México, 2009).
- 34.- *Polvo nuevo de la palabra antigua* (Colección Clásicos jaliscienses, Secretaría de Cultura, Guadalajara, Jalisco, 2009).
- 35.- *Peregrinazioni* (Antología poética en italiano, traducción de Emilio Coco, Foggia, 2010).
- 36.- *Voces y paisajes* (Colima, 2013).
- 37.- *Obsesiones de un espectador* (Letras de Querétaro, 2014).
- 38.- *Peregrinajes* (Puertabierta, Colima, 2014)

Su poesía ha sido traducida al inglés, francés, italiano, ruso, rumano, portugués, griego, turco, neerlandés, árabe y serbio-croata.

Ha publicado los siguientes libros en prosa:

- 1.- *Los Medios de Comunicación Social* (UNAM, 1973).
- 2.- *Poesía italiana moderna* (Material de Lectura, UNAM, 1974).
- 3.- *Información y Sociedad* (Fondo de Cultura Económica, 1975).
- 4.- *José Carlos Becerra* (Material de Lectura, UNAM, 1975).
- 5.- *Ramón López Velarde* (Material de Lectura, UNAM, 1976).
- 6.- *El Teatro en México* (Ediciones Alfonso X, Salamanca, 1978).
- 7.- *Luis Buñuel* (Ediciones Alfonso X, Salamanca, 1978).
- 8.- *El Erotismo y la Muerte* (Ensayos reunidos. Ed. Océano, 1988).
- 9.- *Lecturas, navegaciones y naufragios* (Ed. Minimalia, México, 1999).
- 10.- *Algunos ensayos* (LEISSSTE, México, 2000).
- 11.- *Bazar de asombros I* (Aldus, México, 2000).

12.- *Bazar de asombros II* (Aldus, México, 2002).

13.- *Esbozos y miradas del Bazar de Asombros* (CONACULTA, México, 2006).

14.- *Las águilas serenas* (Instituto de Cultura del Estado de México, 2009).

15.- *Hugo Gutiérrez Vega, conversaciones con David Olguín* (Editorial El Milagro, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012).

Ha publicado ensayos y poemas en revistas de México (*Siempre, Vuelta, Nexos, Revista de la Universidad de México*), España (*Cuadernos Hispanoamericanos*), así como en Argentina, Colombia, Venezuela, Italia, Brasil, Portugal, Unión Soviética, Rumania, Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Egipto y Suiza.

